M.-D. PHILIPPE, O. P.

Misterio de María

La Virgen María, modelo de fe, de esperanza y de amor

184

MISTERIO DE MARÍA

BIBLIOTECA
CARABANCHEL
MARIANISTAS



1/211-8-14

M.-D. PHILIPPE, O.P.

MISTERIO DE MARÍA

Crecimiento de la vida cristiana

BIBLIOTECA
CASA PARROQUIAL
MADRE DEL BUEN CONSEJO
MARIANISTAS



UNIVERSIDAD
SAN DÁMASO
Biblioteca

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

01330

Título original:

Mystère de Marie. Croissance de la vie chrétienne

© M.-D. PHILIPPE, O.P.
© 1986 de la versión española, realizada por JOAQUÍN CAMPILLO, para todos los países de habla castellana, by EDICIONES RIALP, S. A. Preciados, 34, 28013 Madrid.

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.»

ISBN: 84-321-2306-4
Depósito legal: M. 11.309-1986
Printed in Spain — Impreso en España

Anzos, S. A. - Fuenlabrada (Madrid)

ÍNDICE

Págs.

PREFACIO 11

PRIMERA PARTE

COMIENZO Y TÉRMINO DEL MISTERIO
Y DEL CRECIMIENTO DE LA CARIDAD EN MARÍA

INTRODUCCÓN 21

¿Cómo puede haber un verdadero crecimiento en el misterio del amor divino? 22
Naturaleza y propiedades de este crecimiento. 25
María es modelo en el orden del crecimiento de la caridad 30

I. CONDICIONES INICIALES DE LA CARIDAD EN MARÍA: EL MISTERIO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN 34

Consecuencias prácticas del pecado original en nosotros 36

Misericordia de Dios para María 38
Separación entre Satán y María 39
Armonía interior, plenitud de amor 41
El fundamento propio de este templo de Dios . 46

II. TÉRMINO DEL MISTERIO DEL CRECIMIENTO DE LA CARIDAD EN MARÍA: SU DORMICIÓN Y SU ASUNCIÓN. 49

Misterio de la dormición 50
El último acto de su contemplación terrestre . 58
Vida gloriosa del cielo en María: el nacimiento en el cielo, la luz de gloria 61
Misterio de éxtasis y de silencio 64
Misterio de presencia 67
Comparación entre los dos modos de vida divina (diversidad, continuidad) 68
Glorificación de María, vida *extra verbum* ... 70
Vida común con Jesús 71
Obra de misericordia 73
Vida litúrgica 78

SEGUNDA PARTE

ETAPAS DE PURA ALEGRÍA: LAS ECLOSIONES DE LA CARIDAD

I. PRIMERA RESPUESTA DE MARÍA A DIOS: EL MISTERIO DE LA CONSAGRACIÓN VIRGINAL. EL ABANDONO 83

Primera consideración 83
Modalidades de esta consagración 87
San José, asociado a la consagración de María. 97
La primera consagración: modelo de las consagraciones religiosas 101

II. LLAMADA PRECISA DE DIOS A MARÍA: EL MISTERIO DE LA ANUNCIACIÓN. «EL «FIAT» DEL NIÑO Y LA SIERVA 105

Primer acto de fe cristiana 105

Pureza de la fe de María 109
Realismo de su acto de fe 116
Fe-confianza 117
Fe-don 119
Fe-vida contemplativa 120
Fe-silencio 121
Eficacia de la fe: la sierva de Dios 126
Obediencia de la sierva 129
La pobreza: lazo divino entre la vida contemplativa y la vida activa 131
La alegría 134

III. PRIMERA INICIATIVA DE ENTREGA A LOS DEMÁS EN MARÍA: EL MISTERIO DE LA VISITACIÓN: LA MISERICORDIA Y LA ALABANZA 140

IV. PRESENCIA DE JESÚS. EL MISTERIO DE LA NATIVIDAD. LA ALEGRÍA 163

TERCERA PARTE

ANUNCIO PROFÉTICO DE LA ESPADA Y PRIMERAS PRUEBAS. PREPARACIÓN DIVINA A LAS ETAPAS DOLOROSAS

I. INSERCIÓN DEL DOLOR EN EL MISTERIO DE LA ALEGRÍA CRISTIANA: EL MISTERIO DE LA PURIFICACIÓN 183

Presentación de Jesús en el Templo 185
Purificación de María. Anunciación profética . 190
Aparición de la profetisa Ana 198

II. PRIMERA PRUEBA: LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS. LA HUIDA A EGIPTO. LA MATANZA DE LOS SANTOS INOCENTES 201

La huida a Egipto 204
La matanza de los inocentes 208

III. SEGUNDA PRUEBA: LA PÉRDIDA DE JESÚS EN EL TEMPLO, PRIMERA TRISTEZA EN EL CORAZÓN DE MARÍA 213

IV. VIDA EN NAZARET. LA CARIDAD Y EL TRABAJO 232

CUARTA PARTE

ETAPAS DOLOROSAS: LOS ENRAIZAMIENTOS DE LA CARIDAD. LA PACIENCIA DE LOS SANTOS

I. EL MISTERIO DE CANÁ: COOPERACIÓN OCULTA DE MARÍA A LA VIDA APOSTÓLICA DE JESÚS 243

II. EL MISTERIO DE LA AGONÍA: MISTERIO DE TRISTEZA EN LA LUCHA Y LA SOLEDAD 259

III. EL MISTERIO DE LA CRUCIFIXIÓN: MISTERIO DE SUFRIMIENTOS 270

Presencia de María junto al Crucificado. El «Stabat Mater» 271
Las palabras de Cristo 289
La lanzada 301

IV. EL MISTERIO DEL SEPÚLCRO: MISTERIO DE SEPARACIÓN 306

QUINTA PARTE

ETAPAS GLORIOSAS: EXPANSIÓN DE LA CARIDAD. LA LIBERTAD DE LOS HIJOS DE DIOS

I. EL MISTERIO DE LA RESURRECCIÓN: LIBERTAD DE LA FE 321

II. EL MISTERIO DE LA ASCENSIÓN: POBREZA DE LA ESPERANZA 337

III. EL MISTERIO DE PENTECOSTÉS: FECUNDIDAD DEL AMOR 348

CONCLUSIÓN 369

PREFACIO

Desde el punto de vista del teólogo se puede exponer de diversas maneras el misterio de María, Madre de Dios. Siguiendo a Santo Tomás, se puede elaborar un tratado de *teología científica* sobre el misterio de María. El orden que Santo Tomás nos ofrece en la «Suma» puede entonces ser completado, puesto que, gracias al misterio de la Inmaculada Concepción, todo el estudio teológico acerca del misterio de María arroja una luz nueva que permite penetrar más profundamente los misterios de su santificación personal, de su maternidad divina y de su cooperación en el misterio de la Redención. Se ve entonces de qué manera, en el interior del tratado de Cristo, se puede completar lo que Santo Tomás ya había elaborado tan genialmente. Lo que anima aquella búsqueda teológica es la «inteligencia» cada vez más pura, cada vez más penetrante del misterio de María como hija bienamada del

---

Nota del traductor. Las citas de la Escritura han sido transcritas según la versión de la *Sagrada Biblia* de Bover y Cantera, BAC, Madrid, 1947.

Padre, como Madre bienamada del Verbo encarnado, como Madre bienamada de los hombres.

Lo que ante todo se intenta descubrir en una teología científica y a través de ella es el orden que Dios ha establecido entre los diversos misterios de la vida de María, el orden que Él ha establecido entre el misterio de María y los de la Encarnación y la Redención, entre el misterio de María y el de la Iglesia. El teólogo, en efecto, considera todo lo que estudia a la luz de la sabiduría divina; lo que desea, ante todo, es participar lo más posible en esta luz en la medida en que lo permite la fe. Así, su movimiento más espontáneo es preguntarse constantemente cómo ve Dios, en su sabiduría, el misterio de María, el misterio de su Inmaculada Concepción, el misterio de su Maternidad. Una cuestión como ésta obliga al teólogo a volver, una y otra vez, a las fuentes mismas de la revelación, ya que, a través de la revelación, es el mismo Dios quien enseña tanto al creyente como al teólogo. Su deseo de penetrar cada vez más profundamente en la comprensión del misterio le impulsa a comparar los misterios entre sí; para penetrar en el misterio de la Inmaculada Concepción, el teólogo compara y opone este misterio al del pecado original, pone en paralelo la plenitud de gracia implicada en el misterio de la Inmaculada Concepción y la plenitud de gracia de Adán y Eva en el estado de justicia original, así como con la de Cristo.

En suma, para penetrar en lo hondo y para explicar mejor la riqueza del misterio, el teólogo pone sus conocimientos filosóficos al servicio de su fe. Puede entonces emplear las diversas analogías sugeridas por el misterio mismo. Para explicar el misterio de la maternidad divina de María se sirve de analogías de la maternidad humana y de la con-

templación. La maternidad divina es un misterio de contemplación: María es Madre en la plenitud de su fe; es, en su maternidad divina, bienaventurada en su fe. La maternidad divina es también, por otra parte, un misterio de maternidad real; estas dos analogías permiten sacar a la luz todo lo que distingue el misterio de la maternidad divina de María, en tanto que arrojan una cierta luz negativa, podríamos decir, sobre el misterio en sí, lo que estimula en el teólogo un deseo más vivo de volver de nuevo a la fuente de la revelación para adherirse más plenamente, de una manera más pura, al misterio tal como nos lo ha revelado el Espíritu Santo.

En todo lo anterior se ve claramente la riqueza que encierra la consideración y la contemplación teológica del misterio de María. Pero puede intentarse también la elaboración de un tratado de *teología bíblica* acerca de este misterio. Se trataría entonces de precisar el lugar exacto que ocupa la revelación de este misterio en el Antiguo Testamento a título de prefiguración y el que ocupa en el Nuevo Testamento: en las Epístolas de San Pablo, en los Sinópticos, en el Apocalipsis y en el Evangelio de San Juan. Así, se intentará esclarecer el modo cómo esta revelación se ha ido operando progresivamente, los aspectos dominantes y los secundarios bajo los que este misterio nos ha sido revelado en la Escritura. Se tratará, en fin, de precisar el sentido de este misterio en función de los otros misterios revelados: el de Dios, el de Cristo, el de la Iglesia.

También puede intentarse la elaboración de un tratado de *teología positiva* (¿no sería mejor decir de *teología de la tradición* de la vida de la Iglesia?) acerca del misterio de María. Habría que mostrar entonces de qué modo, progresivamente, se ha

desarrollado este misterio en la Iglesia hasta llegar a las dos grandes proclamaciones de los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción, cómo se ha realizado este desarrollo y cuáles han sido sus orientaciones dominantes. Y pensamos entonces en el paralelismo de María y de Eva, en las diversas relaciones de María con Jesús y con las tres Personas divinas. Asimismo hay que preguntarse por qué (al menos hasta donde el teólogo puede saberlo) acontece tal desarrollo y por qué se da un tal orden en aquel desarrollo. En efecto, nada es dejado al azar, sobre todo cuando se trata de la proclamacion de los dogmas. Hay, pues, un orden temporal en la conducta de Dios en relación con su Iglesia y que es el reflejo de la sabiduría de Dios y al cual el teólogo debe prestar toda su atención, tratando de desvelar el sentido de este orden en la conducta divina. ¿Por qué estos últimos dogmas acerca del misterio de María? ¿Por qué los de la Inmaculada Concepción y de la Asunción? ¿Por qué el Espíritu Santo, que conduce a la Iglesia, orienta nuestra fe de una manera tan imperativa hacia la «Mujer» de la visión del Apocalipsis? ¿Acaso no hay aquí un misterioso lazo entre esas revelaciones tan luminosas, tan gloriosas, acerca de María, Nuestra Madre —el signo en el cielo— y este impulso tan fuerte y avasallador de los ateísmos contemporáneos? Y es que es en la Cruz donde María fue dada a los hombres, y cuando la Iglesia es crucificada se nos vuelve a dar para que los discípulos fieles no estén solos.

Por último, se puede elaborar un tratado de *teología espiritual* (teología mística) en torno al misterio de María. Bajo este aspecto, se trata ante todo de mostrar cómo María, que nos ha sido dada como Madre, puede y debe ayudarnos a vivir plenamente

nuestra vida cristiana, de qué manera esta Madre nos educa, y nos educa como madre, indicándonos con su ejemplo, con su vida, la manera como debemos vivir los misterios de la fe, de la esperanza y del crecimiento de la caridad. En estos tres dominios: de la fe, de la esperanza y del acrecentamiento de la caridad, ella es la primera; solamente ella puede ser verdaderamente modelo. No solamente nos traza el camino que debemos seguir al aparecer como el modelo perfecto del acrecentamiento de la caridad, sino que, en tanto que Madre, ejerce sobre nosotros una cierta influencia, por su presencia, por su intercesión, por su acción maternal. María es para nosotros, verdaderamente, como un «medio» maternal que nos sostiene y nos reconforta. Y, sobre todo, nos ha sido dada en la Cruz como Madre, para que sea lo que recibimos de Cristo crucificado como prenda íntima y secreta de su amor. María nos ha sido dada para disponernos de manera divina a recibir el Espíritu de Cristo, el Paráclito.

La teología espiritual considera, pues, tres grandes aspectos en la vida de María: modelo de la vida de fe, de esperanza y de acrecentamiento de la caridad; medio maternal, prototipo de la Iglesia y, por último, don de Jesucristo crucificado, que nos dispone a vivir del Espíritu Santo.

En este ensayo de teología espiritual únicamente trataremos el primero de esos tres aspectos, ya que los otros dos deben ser tratados más bien a propósito del misterio de la Iglesia y del misterio de los Dones del Espíritu Santo.

Resulta evidente que aquellas vías teológicas para tratar de exponer el misterio de María, lejos de oponerse, se completan. La teología científica acerca del misterio de María no sólo no excluye la

teología espiritual, sino que la reclama, ya que este misterio de María, Madre de Jesús y Madre de los hombres, reclama una explicitación práctica; es necesario precisar de qué modo María, de hecho, juega concretamente este papel de Madre, cómo nos educa y nos enseña por medio de su vida silenciosa.

Debemos concretar bien el orden que existe entre estas diversas maneras de considerar teológicamente el misterio de María, porque cada una de estas consideraciones, bajo un cierto aspecto, implica una prioridad en relación con las otras, lo que equivale a decir que tales consideraciones son absolutamente originales e irreductibles. Se puede decir, por ejemplo, que la consideración teológico-bíblica es fundamental, y bajo este aspecto, es la primera según el orden genético; la consideración teológico-científica es la más perfecta, en cuanto que considera el misterio en sí mismo, tratando de aprehender su sentido propio, su propia naturaleza, y, bajo este aspecto, es la primera según el orden de la naturaleza. La consideración teológico-espiritual es la última y la más práctica en el sentido de que considera cómo podemos vivir de este misterio: bajo esta consideración es, sin embargo, la primera, según el orden de la finalidad.

Al considerar los diversos aspectos teológicos, se encuentra algo semejante a lo que ocurre entre las diversas partes de la filosofía: filosofía metafísica, filosofía de la naturaleza, filosofía humana. Aquí también cada una de estas partes posee, en relación con las restantes, una cierta prioridad: la filosofía de la naturaleza es primera según el orden genético, la metafísica lo es según el orden de la perfección, la filosofía humana según el orden de la finalidad. Sin embargo, hay una gran diferencia entre las

partes de la teología y las de la filosofía; la distinción entre estas últimas es más profunda que en la teología porque las partes de la filosofía tienen objetos formales y materiales distintos, en tanto que las diversas consideraciones teológicas versan sobre un mismo objeto formal y material, si bien desarrollan modalidades diversas de un mismo misterio. Por lo mismo, es mejor no hablar de «partes» de la teología, sino más bien de *consideraciones* diversas de la *Doctrina Sacra.*

Así como en filosofía, la filosofía de la naturaleza y la filosofía humana no pueden ser elaboradas perfectamente sin la influencia actual de la metafísica, en teología, y de manera mucho más rigurosa que en filosofía, no puede elaborarse la teología bíblica y la teología espiritual sin la influencia de la teología científica. Más aún, no solamente la teología espiritual no puede ser elaborada plenamente sino dando por supuesto la teología científica, sino que ha de permanecer siempre bajo su influencia actual. No quiere decir esto, sin embargo, que la teología espiritual aplique las conclusiones de la teología científica a aquello que debemos hacer, puesto que, en realidad, las conclusiones de la teología científica no son «utilizables» y no pueden ser aplicadas inmediatamente a la realidad concreta de nuestra vida cristiana. La teología espiritual desarrolla un aspecto propio de los misterios revelados (su aspecto de ejemplaridad y de Dones), pero para explicar según un orden de sabiduría este aspecto propio del misterio revelado hace falta el conocimiento más perfecto y preciso de este mismo misterio en sí mismo, es decir, implica la teología científica. Por eso en este tratado teológico sobre *María, Modelo del acrecentamiento de la vida cristiana,* se encuentra implicada la teología científica

del misterio de María con la de nuestra vida de gracia, de fe y de esperanza. Sin embargo, y voluntariamente, no trataremos aquí sino el aspecto propio de la teología espiritual, aspecto que las otras consideraciones teológicas no nos pueden manifestar. Queremos, en fin, insistir sobre este punto para que no haya lugar a equívocos.

PRIMERA PARTE

COMIENZO Y TÉRMINO DEL MISTERIO Y DEL CRECIMIENTO DE LA CARIDAD EN MARÍA

INTRODUCCIÓN

Desde el punto de vista inmediatamente práctico, que es el de la teología mística, no es suficiente considerar la naturaleza de la caridad, estudiar sus propiedades, ni siquiera considerar la expansión maravillosa en el Corazón de Jesús crucificado y glorificado ni tampoco es suficiente ver de qué manera esta amistad divina religa el Corazón de Jesús a su Padre y a sus miembros en el Espíritu Santo y cómo esta amistad se adueña de todas las fuerzas, cualidades y virtudes de Jesús para hacerle vivir plenamente las beatitudes evangélicas. Nos hace falta aún comprender cómo este misterio de amor, comunicado a nuestras almas, debe crecer prácticamente, apoderándose progresivamente de todas nuestras fuerzas, de nuestras cualidades, de nuestras virtudes humanas. La caridad, en tanto que estamos en la tierra ¿no es, acaso, comparable a la levadura que debe hacer fermentar la masa, al grano de mostaza que debe convertirse en un «gran ár-

bol» en el que vienen a cobijarse los pájaros del cielo? San Agustín nos dice que «el amor divino en nosotros tiene su principio —*sua initia*— su crecimiento —*sua augmenta*— su perfección —*suam perfectionen*» [1]. Por ello necesitamos considerar las diversas etapas de la vida cristiana de María como modelo y «ejemplo» del acrecimiento de la caridad [2]. Señalemos para empezar ciertas precisiones teológicas.

¿CÓMO PUEDE HABER UN VERDADERO CRECIMIENTO EN EL MISTERIO DEL AMOR DIVINO?

Solamente el ser imperfecto es capaz de progreso, de crecimiento. El ser perfecto escapa a todo progreso por el hecho mismo de que es perfecto, en tanto que un ser que aún no ha alcanzado su talla, que aún no ha desarrollado todas sus virtualidades, que no ha explotado todavía todas sus riquezas, es siempre susceptible de crecimiento y de perfeccionamiento. Cuando se trata de la vida divina, de la caridad, el progreso no será posible sino para quien la posee sólo «parcialmente» —de una manera participada— y no ha colmado la medida que Dios, en su sabiduría, le ha fijado. Sabemos, en efecto, que «cada uno de nosotros ha recibido su parte de la gracia divina según la medida de la donación de Cristo», *secundum mensuran donationis Christi* [3].

El crecimiento de la caridad presupone, pues, en quien la vive una cierta imperfección, la imperfec-

---

[1] *Serm*, V.ª serie, 368, cap. 4.

[2] Trataremos en otro libro acerca del misterio de Cristo como modelo y «ejemplar» de la caridad.

[3] Eph 4, 7.

ción de quien aún no ha alcanzado su término. Esta imperfección proviene, de hecho, del estado de creyente —aquel que no ve— y del estado de esperanza —aquel que no posee—. El misterio de la fe y el misterio de la esperanza permiten a aquel que ama progresar yendo de luz en luz, de amor en amor, de santidad en santidad. Siendo así que ni ve ni posee, se encuentra en un estado imperfecto que le hace capaz de crecer en el amor, de renovarse «de día en día» en su vida divina[4]. Por eso el libro de los Proverbios afirma: «Mas la senda de los justos es cual fúlgida luz matinal, cuyo brillo va creciendo hasta la plena radiación del día»[5].

Desde el punto de vista práctico, no debe olvidarse jamás que el crecimiento de la caridad no puede comprenderse sin el misterio de la fe y el de la esperanza. La caridad, en sí misma, en su propia naturaleza no puede explicar este crecimiento ya que en sí mismo no dice otra cosa sino unión afectiva e íntima con Dios. «Quien mora en el amor mora en Dios y Dios mora en él»[6]. Todo acto de caridad alcanza inmediatamente a Dios en su misterio personal de amor y, por ello mismo, su objeto propio es el fin último de toda criatura. Así, dado que el hombre está unido a su fin último, lo único necesario, debe reposar en él. La caridad, considerada en ella misma, es perfecta y no implica ninguna imperfección; reclama el reposo en Dios y realiza la unidad con El.

Poseída por un hombre que viva de la fe de la es-

---

[4] 2 Cor 4, 16: «Por lo cual no desfallecemos, antes bien, aun cuando nuestro hombre exterior se desmorone, empero nuestro hombre interior se renueva día tras días.» Cfr. Apc 22, 11b: «Y el justo obre justicia todavía, y el santo santifíquese todavía.»

[5] Prv 4, 18.

[6] 1 Ioh 4, 16.

peranza, la caridad no realiza sino imperfectamente este reposo divino y esta unidad de vida. A causa de la imperfección del estado de quien la posee, la caridad se encuentra en una situación casi anormal, casi «violenta», podríamos decir, puesto que por naturaleza está hecha para expandirse en una amistad perfecta que implique la visión beatífica. A causa de la fe, su ejercicio es siempre imperfecto aquí abajo, y no enteramente liberado de determinadas necesidades del sujeto. Esta situación imperfecta le da la posibilidad de crecer, de alcanzar progresivamente su estado de perfección, de unión perfecta con Dios.

Por ello, desde el punto de vista de la teología mística, el misterio de la fe y el de la esperanza deben ser considerados como partes esenciales del misterio del crecimiento de la caridad. El misterio de las purificaciones de la fe y el de la esperanza son prácticamente inseparables del misterio del acrecentamiento de la caridad y están ordenados a él. La caridad finaliza la fe y la esperanza[7]. Para permitir que el amor divino se agrande, el creyente y el que espera deben experimentar la necesaria purificación. Por el mismo hecho, desde el punto de vista práctico, no deben tratar separadamente estos misterios, sino, por el contrario, poner de relieve sus profundas conexiones, sus múltiples interferencias y sus causalidades recíprocas. Si la teología especulativa, en sus análisis científicos, debe estudiar cada una de las virtudes teologales en sí mismas y considerar sus caracteres propios, la teología mística, sin dejar de tener en cuenta el análisis de la teología científica y sirviéndose siempre de él, tratará de aprender concretamente, en toda

[7] Cfr. 1 Cor 13, 1-13.

su complejidad y riqueza, el misterio del crecimiento de la caridad cristiana.

NATURALEZA Y PROPIEDADES DE ESTE CRECIMIENTO

El crecimiento de la caridad es el crecimiento de la vida divina participada en nuestra alma. Este crecimiento es, por naturaleza, misterioso como la misma vida divina. No obstante, nosotros podemos, recurriendo a ciertas analogías, acercarnos al misterio, sin que por ello intentemos explicarlo.

La vida divina de la que vivimos por Cristo y en el Espíritu Santo es la vida más perfecta que podemos llevar. Nada es más vital, en el sentido más fuerte del concepto, que la caridad. Por ello, los crecimientos de otros tipos de vida que podamos experimentar y analizar en nosotros y en torno a nosotros no son sino vestigios, imágenes muy imperfectas de este misterio de crecimiento muy oculto. Pero estas imágenes, estos vestigios no son, sin embargo, menos preciosos para ayudarnos a escrutar este misterio.

El crecimiento de los seres vivos en la esfera de la vida vegetativa nos aparece como un impulso imperativo interno hacia un desarrollo perfecto. El ser vivo se nutre no solamente para conservar su vida, sino también para realizar todas sus riquezas vitales, poseídas inicialmente de un modo implícito e imperfecto, en cierto modo replegado sobre sí mismo. Pensemos en toda la riqueza vital contenida en la simiente, en el grano o en un pequeño animal que acaba de nacer. El crecimiento de los seres vitales es espontáneo, en el sentido de que está dirigido por exigencias inmanentes y propias del ser vi-

viente imperfecto en cuanto tal. Pero esta espontaneidad viene determinada: está orientada y posee un cierto ritmo particular. Cada especie de viviente posee su orientación y específico ritmo de crecimiento vital. El crecimiento de un grano de trigo no se verifica, evidentemente, del mismo modo que el de un perro. Cada individuo posee, por su parte, determinadas notas especiales y características que pueden modificar el ritmo y la dirección de su crecimiento vital. En una misma familia, la evolución vital de dos hermanos podrá ser muy diferente, y esta diversidad puede provenir de factores internos y externos, pero de cualquier forma, el medio vital tendrá una gran influencia. Más adelante volveremos sobre este tema del medio vital, de su papel y eficacia en el desarrollo del ser vivo[8].

Este ritmo de vida posee períodos más o menos diversificados. Pero lo que es seguro es que todo viviente vegetativo conoce un punto de partida de su movimiento ascendente de crecimiento, alcanza determinadas mesetas, después una cima y un cierto estado de plenitud y perfección, después de lo cual conoce un movimiento en sentido inverso de degeneración progresiva.

El misterio del crecimiento de la caridad es análogicamente lo mismo. La caridad posee también su impulso vital imperativo y espontáneo. La gracia, de la que brota, es una «semilla» divina que tiende a extenderse y a apoderarse de todo aquello de que pueda apoderarse, no solamente para vivir y conservarse, sino para crecer e irradiar. El crecimiento de la caridad posee asimismo una orientación y un ritmo: existe una cierta ley de crecimiento vital

---

[8] Este estudio del medio vital se encuadrará en un estudio sobre «L'Eglise, milieu vital de la croissance de la charité».

del amor divino que le es propia y esta ley es más imperativa, más exigente, más fuerte que cualquiera otra ley de crecimiento. Si ya es algo terrible impedir, detener el desarrollo normal de un amor humano que comienza a nacer —se habla constantemente hoy día de «rechazos» y se nos señala todos los estragos, todas las complicaciones que provienen de estas detenciones violentas o de los choques psicológicos que resultan de impedir a los impulsos vitales profundos desarrollar su curso libre—, puede adivinarse cuánto más terribles y cargados de consecuencias penosas son estos rechazos más o menos confesados, más o menos violentos, que detienen las aspiraciones tan profundas, tan fuertes y tan vehementes del amor divino. Si se habla menos de estos «rechazos» divinos no quiere decir que no existan o que su importancia sea mínima. Pero son más misteriosos y escapan aún a nuestra psicología.

Pero no olvidemos la diversidad de estos crecimientos; es muy clara y su distinción muy importante.

El ritmo de crecimiento de los seres vegetativos puede representarse por una especie de curva, con un punto máximo y una declinación. El ritmo de crecimiento de la caridad, considerada según su naturaleza, debe representarse por una línea siempre ascendente, que, sin duda, presenta mesetas, pero que no conoce un punto máximo seguido de una degeneración posterior. La caridad, que tiene una vitalidad divina, puede crecer siempre, en tanto que el sujeto permanezca fiel a la fe[9]. Este crecimiento

---

[9] SANTO TOMÁS, II.ª-II.ª, q 24 a 7c: «La caridad, en razón de su naturaleza específica, no tiene término de aumento, ya que es

no tiene otra medida que la que Dios le ha fijado y que no puede ser colmada sino al término de la vida terrena. Nos encontramos aquí, ante este misterio del crecimiento de la caridad, frente a un continuo *sursum corda*. Si pueden haber muertes, caídas radicales por el pecado mortal, no puede, en cambio, darse disminución y caídas lentas y progresivas.

El crecimiento de los seres de la vida vegetativa al realizarse en seres sensibles implica necesariamente, en razón de la cantidad, una cierta exterioridad de las diversas partes. El punto de partida del ser que crece es necesariamente exterior a su término. El crecimiento de la caridad, al ser de orden divino, no implica esta exterioridad. Por eso puede decirse que, en este crecimiento, cada punto de partida es al mismo tiempo una cima, y cada cima es como un nuevo punto de partida. Cada acto de caridad, a la vez, alcanza a Dios en sí mismo y dispone a un nuevo impulso, a un nuevo acto más perfecto.

En fin, el crecimiento de los seres vegetativos, si es verdad que depende de ciertas causalidades equívocas propias del medio en que se realiza, depende sobre todo y ante todo de un principio vital inmanente, causa propia y formal de este crecimiento. El crecimiento de la caridad, si por una parte depende de nuestros esfuerzos y de nuestra buena voluntad, depende en primer lugar de la gracia de Dios y del Espíritu Santo. San Pablo afirma claramente: «Yo planté, Apolo regó, mas Dios obró el crecimiento. De manera que ni el que planta es

---

una participación de la infinita Caridad, que es el Espíritu Santo».

algo, ni el que riega, sino el que obra el crecimiento, que es Dios»[10].

Para significar esas diversidades profundas, la Escritura, cuando habla del crecimiento de la caridad, no se sirve únicamente de comparaciones tomadas de los seres de vida vegetativa (por ejemplo, el grano de mostaza), sino que emplea también imágenes que evocan la construcción artística de una obra: «Todo el que viene a mí y escucha mis palabras y las pone por obra, os voy a mostrar a quién es semejante», dice Jesús en el Evangelio de San Lucas. «Es semejante a un hombre que edifica una casa, el cual cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la peña...»[11]. San Pablo dice igualmente: «Pues de Dios sois labranza, de Dios edificio. Según la gracia de Dios que me fue dada, yo, cual sabio arquitecto, puse el fundamento y otro sobreedifica»[12]. En el Antiguo Testamento, la construcción de la morada de Yahvé, realizada por Moisés, es asimismo muy significativa. Estas comparaciones, opuestas a las primeras, ponen de manifiesto que el crecimiento de la caridad es la obra principal de Dios, que el Espíritu Santo actúa como arquitecto divino, como «el dedo de Dios» y se sirve también de instrumentos. Como en las obras de arte que no tienen declinación ni degeración, es la misma sabiduría de Dios la que ha fijado los límites de este crecimiento.

Notemos, en fin, que estos dos tipos de comparación nos manifiestan que hay dos orientaciones muy características del crecimiento de la caridad: en primer lugar el enraizamiento o el hecho de po-

---

[10] 1 Cor 3, 6-7.
[11] Lc 6, 47-48.
[12] 1 Cor 3, 9-10.

ner los cimientos, y después la subida, el ascenso, la expansión o la edificación, la construcción hacia lo alto, que corresponde fielmente al crecimiento en intensidad y en extensión; la fase de los recogimientos ocultos y de las expansiones, las irradiaciones, manifestadas por las flores y los frutos. Estas dos orientaciones se reclaman la una a la otra como los dos movimientos propios de la vida, la asimilación, período de almacenamiento —la vida se conserva— y la comunicación, la donación, por el cual la vida se expande y difunde.

MARÍA ES MODELO EN EL ORDEN DEL CRECIMIENTO DE LA CARIDAD

Cristo, en razón misma del misterio de la unión hipostática, posee, desde el primer instante de su vida terrenal, una plenitud de amor infinitamente perfecta, más allá del misterio del crecimiento de la caridad. Jesús, como Hijo único del Padre, no puede crecer, porque es infinitamente perfecto. Por lo mismo, no puede ser el modelo del misterio del crecimiento de la caridad. Además, desde el primer instante de su vida, Cristo, en las cimas de su alma humana, sobreelevada por la gracia, vivía la visión beatífica. Por lo mismo repugna que la vida divina en el alma de Jesús tuviese un estado imperfecto, susceptible de progreso [13]. Su vida divina estuvo in-

[13] Se sabe cómo Santo Tomás interpreta este pasaje del Evangelio de San Lucas: «Y Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres» (2, 52). Para él no se trata de un progreso según los «hábitos de sabiduría y de gracia», sino solamente «según sus efectos» en el sentido de que hacía obras en las que se manifestaba una sabiduría cada vez mayor» (III.ª, q 7 a 12).

mediatamente estabilizada, es decir, como corresponde al Hijo bien amado del padre en quien ha puesto todas sus complacencias.

La pura criatura que ha vivido más la gracia cristiana, que ha gozado de todas sus riquezas aun estando sometida aquí en la tierra a un régimen de fe y de esperanza, es la Santísima Virgen. La Escritura, por la salutación de Gabriel y el *fiat*, nos atestigua la plenitud excepcional de gracia y caridad que la Santa Virgen posee en la Anunciación en su estado de creyente. La Tradición nos la muestra como la criatura que ha conocido la más grande intimidad con Dios y con Cristo, la que ha recibido del Padre y de Cristo el más grande amor. Los dogmas de la Inmaculada Concepción, de la maternidad divina y de la Asunción nos la presentan como contemplada por Dios y por Cristo de una manera única, habiendo recibido de ellos las mayores gracias y misericordias que una simple criatura pudiera recibir. Algunos teólogos precisan aún que la plenitud de su gracia inicial es más perfecta que la gracia que se sitúa al término de la vida terrestre de los más grandes santos. La plenitud de su gracia en el último acto de su vida terrestre es, evidentemente, incomparablemente mucho más perfecta. Y cómo ella jamás conoció falta alguna ni jamás rehusó nada a la voluntad divina, se puede concluir que, en el orden del crecimiento de la caridad, ella es sin duda la primera, la que ha aprovechado del modo más perfecto y más divino su tiempo de prueba. Si ella es la primera entre los que deben crecer en el orden de la vida divina, ella es, pues, el modelo del crecimiento de nuestra caridad cristiana, puesto que el primero en un género dado es modelo y causa ejemplar de todos los que pertenecen a este

género[14]. San Pío X, al hablar de la verdadera devoción a María, hace notar que la devoción perfecta a la Virgen debe imitar sus ejemplos: «Es una ley divina, en efecto, que sólo obtienen la eterna beatitud aquellos en los que se ha reproducido, por una fiel imitación, la forma de la paciencia y la santidad de Jesucristo: «Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, en orden a que fuese el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8,29). Mas tal es, generalmente, nuestra debilidad, que esta ejemplaridad nos descorazona. Pero Dios nos ofrece una atención providencial proponiéndonos a un ser tan cercano a Jesucristo como lo permite la naturaleza humana y, sin embargo, maravillosamente acomodado a nuestra debilidad. Es la Madre de Dios y nadie más. «Tal fue María, dice a este respecto San Ambrosio (*De Virginibus*, II, cap. 2), que su vida, por sí misma, es para todos una enseñanza». De donde concluye, con toda justeza: «Tened, pues, ante los ojos, pintados como en una imagen, la virginidad y la vida de la bienaventurada Virgen, en la que se refleja como en un espejo el brillo de la pureza y la fuerza misma de la virtud»[15].

¿Acaso no se podría pensar, como algunos dicen, que María es demasiado perfecta para ser nuestro modelo? Una objeción tal desconoce, en realidad la naturaleza propia del modelo: cuanto más perfecto es, cuanto más ideal y puro, tanto más puede jugar su papel de modelo, ejerciendo plenamente su acción de causa ejemplar. El modelo es, por na-

---

[14] SAN AMBROSIO, *De Virginibus*, PL. 16, c. 209. *Le plus beaux textes sur la Vierge Marie*, presentados por P. R. Regamey, La Colombe, París, 1946 (Rialp, Madrid, 1975).

[15] Cfr. Encicl. *Ad diem illum*, 2 de febrero de 1904.

turaleza, un ideal, pero un ideal concreto, ya realizado en un ser más perfecto y que nos aventaja. Es precisamente porque es «ideal» por lo que nos atrae, nos fascina. Y cuanto más perfecto y, de una cierta manera, trascendente, más puede ser inmanente e íntimo.

El crecimiento de la caridad en María es verdaderamente para nosotros un ideal purísimo, incomparablemente bello. Pero este ideal de crecimiento está, al mismo tiempo, muy cerca de nosotros, lo más cerca posible. ¿No es el del corazón de nuestra Madre divina? Este crecimiento de un corazón virginal e inmaculado es el de un corazón maternal, misericordioso y acogedor.


UNIVERSIDAD
SAN DÁMASO
Biblioteca

CAPÍTULO I

CONDICIONES INICIALES DE LA CARIDAD EN MARÍA: EL MISTERIO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Al ser el crecimiento de la caridad cristiana un movimiento, una ascensión, hay que determinar, para tratar de conocer su naturaleza particular, su punto de partida y su término. Todo movimiento se caracteriza en primer lugar por su punto de partida, el *terminus a quo*, del que arranca y que abandona, y por su objeto, el *terminus ad quem*. Si se trata de un movimiento vital, el *terminus a quo* no es solamente aquello que se abandona, sino también la cualidad inicial del viviente, y el *terminus ad quem* implica igualmente el modo último como este término es poseído. Así, y en función de esos dos extremos, se puede considerar las diversas etapas de ese movimiento. Por ello, a propósito del misterio del crecimiento de la caridad en María, hay que considerar en primer lugar el punto de partida de este misterio y su término; después, ha de considerarse las diversas etapas de esta ascensión divina: las etapas gozosas, dolorosas y gloriosas.

El punto de partida del misterio del crecimiento de la caridad en el alma de María debe comprenderse a partir del misterio de la Inmaculada Concepción. Este misterio nos revela, en efecto, la misericordia única de Dios en relación con María y el modo como le testimonia, desde el origen, toda su predilección. Con este misterio, nos encontramos en presencia del fundamento puesto por Dios para el inmenso edificio que quería realizar en María. Este misterio nos muestra hasta dónde Dios ha querido que la gracia cristiana se enraizase en este pequeñísimo ser humano, religado totalmente a Dios desde su concepción y de qué manera El ha querido separarlo radicalmente de toda complicidad con relación al pecado.

La bula *Ineffabilis*[16], al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, precisa, en efecto, que:

María fue preservada de la mancha del pecado original desde el primer instante de su concepción.

Esta exención de la falta original es una misericordia especialísima de Dios, concedida en virtud de los méritos de Cristo.

Esta doctrina es revelada, contenida al menos implícitamente, en la Escritura y en la Tradición.

He aquí lo que ha sido definido propiamente por la Iglesia.

María, aun siendo descendiente de Eva, y perte-

---

[16] Definición dogmática de la Inmaculada Concepción (Pío IX, 8 de diciembre de 1854): «Nos declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina según la cual, por una gracia y un privilegio especial de Dios omnipotente, y en virtud de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, la bienaventurada Virgen María ha sido preservada de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción, es revelada por Dios y por consiguiente debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles.»

neciente plenamente al género humano, está, sin embargo, totalmente exenta de la tara hereditaria a la que todos estamos sometidos. No solamente no ha conocido pecado —la *culpa*—, sino que ni siquiera ha sido tocada por la concupiscencia. El privilegio de la Inmaculada Concepción la separa completamente de lo que denominamos el «hombre viejo», el hombre de pecado.

CONSECUENCIAS PRÁCTICAS DEL PECADO ORIGINAL EN NOSOTROS

Sabemos, en efecto, que la consecuencia inmediata de la primera falta, de orgullo personal, de Adán y Eva es llevar a toda su descendencia, a todo el género humano, a un estado de caída, comparativamente con el estado inicial del paraíso terrestre. Pierden la gracia que les hacía amigos y familiares de Dios, así como los dones preternaturales de integridad, de inmortalidad, que armonizaban perfectamente, en aquel estado de justicia original, las más profundas exigencias de la gracia y las de la naturaleza. Esta nobleza de hijos de Dios y reyes del universo desaparece súbitamente por este pecado de orgullo y el hombre pasa a un estado de enemistad respecto al amor divino y de servidumbre penosa y austera respecto a la naturaleza. Por este pecado original, toda la humanidad es condenada a permanecer en una situación terrible invadida como está por la falta y como sumergida por el diluvio. A la armonía anterior sucede la división, la lucha; la concupiscencia arrastra nuestras pasiones hacia los bienes sensibles y excita orgullosamente nuestra inteligencia contra la voluntad amorosa y misericordiosa de Dios. Lo que normalmente debe-

ría estar subordinado y sometido —la parte inferior de la naturaleza humana— trata siempre de dominar y revolverse contra la parte superior. Esta, por su parte, habiendo perdido su subordinación respecto al fin último, privada del amor, ya no tiene firmeza ni estabilidad, y es llevada fácilmente por la atracción de los bienes sensibles terrestres.

El primer pecado ha producido, pues, una ruptura, una oposición terrible entre el género humano y Dios. Este género humano, esta raza humana está, de hecho, como entregada a Satán. Dios permite que éste se la apropie durante un tiempo.

Todos los descendientes de Adán han nacido en el pecado (salvo Cristo y María, de manera muy diferente por lo demás). Satán tiene, pues, sobre ellos una cierta manumisión desde su concepción y su aparición en el mundo. El demonio, que ha poseído un momento la fortaleza de nuestra alma, conoce sus puntos más vulnerables. Conoce mucho mejor la naturaleza humana, con todas sus virtualidades, sus tendencias nobles y grandes, así como las ruines y bajas, que los mejores psicólogos y psicoanalistas. Sabe bien las múltiples interferencias que pueden darse entre las diversas tendencias instintivas y todo lo que se oculta en ellas. Es como si hubiera marcado con sus garras, con sus propias huellas, a los descendientes de Adán en su naturaleza sensible hasta tal punto que incluso después del bautismo, si bien la falta queda borrada, permanece, sin embargo, el trazo de esta primera pertenencia como lo demuestran nuestras tres concupiscencias. El nuevo nacimiento a la vida divina —en la sangre de Jesucristo— no restablece a los miembros de Cristo en el paraíso terrestre. El querubín colocado a su puerta indica bien a las claras la voluntad expresa de Dios de no permitir a los descen-

dientes de Adán y Eva el retorno a esta primera beatitud a pesar de las nostalgias ardientes que en ciertos momentos puedan sentir. El bautismo rehabilita a los hombres en la mansión del Padre, como a verdaderos hijos pródigos, dándoles la gracia, el hábito nupcial, pero no suprime las concupiscencias, los malos instintos. Por esto es por lo que permanece la lucha interior. Satán ha sido rechazado de la «ciudadela». Ya no es su dueño, gracias a la victoria de la Cruz, pero aquí abajo, durante todo el tiempo de la prueba, mantiene siempre su «quinta columna».

Misericordia de Dios para con María

María, en medio de esta raza humana, es preservada «como un lirio en medio de zarzas». Desde el origen, no hubo en ella complicidad alguna con el mal, con el pecado, con Satán. La misericordia divina, en un gesto único de predilección, la preservó de todo ello. Se las ha compuesto, de alguna manera, frente a este contagio hereditario del pecado, para poner al abrigo a esta criatura predestinada, o más exactamente, para situarla como por encima de este pecado natural que invade todo, el género humano sin respetar ninguno de sus miembros. Se ve en el Antiguo Testamento la prefiguración de esta misericordia graciosa en el gesto de Dios con el pequeño Moisés acabado de nacer. Normalmente este hijo de los hebreos hubiera debido ser arrojado a las aguas del Nilo, pero este niño es «tan bello» que no se le puede hacer perecer. Después de haberlo ocultado tres meses, se le deposita en aquella cuna entre los cañaverales cerca de la corriente

del agua[17]. María, envuelta por esta misericordia de preservación como en un «arca divina», es la única simple criatura que no es tocada por la falta. Dios la conserva en su amor de tal manera que no permite que la toque nadie más que El. María ha salido purísima de las manos de Dios y purísima retornará a El.

Separación entre Satán y María

El demonio no tuvo jamás dominio directo sobre ella, sobre su alma ni sobre su cuerpo. Entre los descendientes de Adán es la única criatura que le escapa totalmente. El demonio lo ignora todo acerca de esta criaturita de los hombres; María es un «jardín cerrado», divinamente cerrado, un enigma misterioso que le intriga y le irrita. Ha adivinado con espanto que es su rival, ya que la revelación de la maternidad divina fue, sin duda, el motivo de su rebelión: en su orgullo, no aceptó el que una simple criatura pudiera ser Madre de su Dios, por lo que tendría con Dios una intimidad que él, Lucifer, jamás podría alcanzar. Al ver a esta descendiente de Eva escapársele, Satán ha presentido que ella era la que Dios ha elegido como la Reina de la tierra y del cielo, de los hombres y de los ángeles. Ante ella, se ve forzado a reconocerse totalmente extraño, vencido e impotente.

Comprendamos bien esta actitud práctica de Satán frente al misterio de la Inmaculada Concepción para entender mejor la palabra de la Escritura: *Inimicitias ponam inter te et mulierem*, «Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu linaje y el su-

[17] Cfr. Ex 2, 1-10.

yo» [18]. En su sabiduría, Dios había permitido que el demonio, por el pecado original, tuviera una cierta manumisión sobre los descendientes de Adán, pero Satán consideró esto como un derecho. Una de las consecuencias prácticas del orgullo en la criatura es la de erigir inmediatamente en derecho permanente todo permiso concedido de una manera temporal. ¿Acaso no se presenta Satán ante Jesús en el desierto como el «príncipe de este mundo», como el que tiene el derecho de reinar sobre el universo y tiranizar a los hombres? Ante este misterio de una descendiente de Eva que escapa a la tara hereditaria, en lugar de callarse y admirar un gesto especial de la misericordia absolutamente gratuita de Dios, reacciona como frustrado en sus derechos. Esta criaturita misteriosa le aparece como un fracaso de su poder como «príncipe de este mundo». No queriendo, por orgullo, confesar que es normal que la misericordia de Dios actúe con absoluta libertad, que no tiene que rendir cuentas a nadie, se irrita interiormente y trata, en tanto que puede, de no considerar la existencia de esta criatura extraordinaria, pretendiendo que no es nada. Para este intelectual orgulloso no existen y no tienen derecho a la existencia, entre las realidades que él estima y que dependen de su única competencia, más que las que él conoce. Pero al no poder negar absolutamente el hecho de esta existencia, trata por todos los medios de minimizar a esta criatura rodeada de la misericordia de Dios y ponerla en ridículo, tratando a cada momento de caricaturizarla. Este misterio es intolerable para su orgullo; es el «signo» claramente manifiesto de una misericordia que le muestra el derecho absoluto que él no puede acep-

[18] Gen 3, 15.

tar y de la que abomina, de una misericordia que le manifiesta el derecho absoluto de Dios sobre todas las criaturas, incluso sobre este género humano caído. El mismo, por inteligente que sea, no tiene ningún derecho que no haya recibido de Dios o que no dependa de la permisión de Dios; sus días de dominación sobre la tierra están contados, ya que no ha sido él quien ha determinado su duración.

María es, pues, desde su origen, el enemigo propio y personal de Satán, el enemigo irreductible, que se le escapa totalmente, cuando se creía dueño de la situación, dueño del mundo. Gracias a este privilegio, en efecto, María está completamente separada del pecado y de toda complicidad con el mal y con el príncipe de este mundo.

Esta separación radical del mal y esta ausencia de «hogar del pecado» —*fomes peccati*— nos permiten conocer cuán claro es el punto de partida del crecimiento del amor en María. En el *terminus a quo*, todo lo que es inconciliable con el amor divino está plenamente rechazado, dejado de lado, en tanto que en nosotros jamás lo está completamente. En nuestros impulsos de amor más divinos hay siempre en estado latente un cierto egoísmo, un cierto orgullo, de los que no nos libraremos plenamente sino en la gloria.

Armonía interior, plenitud de amor

Para conocer el carácter original de este punto de partida del misterio del crecimiento de la caridad en María no basta considerar la neta separación del alma de la Virgen respecto del pecado, sino que debe tenerse en cuenta asimismo la cualidad única de este germen vital que Dios le comuni-

ca inicialmente, puesto que se trata del crecimiento de un ser vivo.

Esta ausencia del *fomes peccati* nos permite afirmar que si Satán está ahí, furioso e irritado en su orgullo, como enemigo exterior, como tentador en su sentido más fuerte, el alma de María, sin embargo, está preservada de las luchas y divisiones interiores. Por ello mismo, los derroches, las pérdidas de tiempo las dudas, las lentitudes, las vueltas sobre sí mismo, los reposos egoístas que existen fatalmente en toda lucha interior en las que el enemigo tiene inteligencias en la plaza, no existieron en ella. Su alma está absolutamente orientada hacia Dios, su único Bien, su Creador y su Padre. María está únicamente atraída y polarizada por Él. *Dominus possedit me in initio viarum suarum*[19]. En ella no hay egoísmo alguno. Ella se ama como Dios la ama: esa es la razón de que en su ser todo esté en armonía y en perfecto equilibrio. Todas sus capacidades, todas sus fuerzas vitales están organizadas en razón del servicio divino. Todo lo que ella posee, inteligencia, voluntad, sensibilidad, pasión, todo está perfectamente ordenado para servir a Dios. En María se encuentran de nuevo las perfecciones del ser de pura naturaleza pura, esta actitud normal de la criatura de ser la servidora dócil y amante de su Dios.

Esta armonía interior y esta orientación hacia su Dios dan a su alma una simplicidad y una pureza maravillosas: las que Dios había comunicado en el Edén a su imagen y que eran como el eco vivo de su simplicidad. Dios había hecho el hombre simple, el pecado lo ha vuelto complejo y múltiple. ¿Acaso no es María, como dice la Escritura, un perfecto espe-

[19] Prv 8, 22.

jo del Creador «que hace resplandecer su noble origen»? [20]. María es una imagen de su Creador y Padre más perfecta que Eva en su estado de inocencia porque está más cerca de la unidad adorable del Dios-Trinidad. Su alma es luminosísima, toda límpida, puro cristal que refleja la luz de Dios, que deja pasar el rayo de sol sin retenerlo ni ensombrecerlo. ¿No es ella la estrella matutina? Esta armonía y esta luz nos manifiestan claramente todo el esplendor y belleza de su alma. Pero la belleza del alma de María, a diferencia del alma de Eva, permanece oculta; es una belleza interior: toda la gloria de la hija del Rey está en el interior. Es una belleza velada: «Tus ojos son cual palomas a través de tu velo» [21]. La belleza de Eva, por el contrario, es una belleza que la dispone a ser esposa de Adán. La belleza interior del alma de Eva irradia por todo su cuerpo, por toda su sensibilidad, en sus dones preternaturales. La belleza de María la dispone a ser la confidente de Dios, la virgen por excelencia. No es una belleza para los hombres, sino una belleza totalmente reservada a Dios. «La gloria de Dios es ocultar sus obras.» Esta armonía, esta limpidez, esta pureza, esta simplicidad provienen, en efecto, de una gracia cristiana. María, por su privilegio, no retorna al paraíso terrenal. Su gracia no es una gracia de justicia original, sino una gracia cristiana que implica exigencias divinas más profundas, más exclusivas, sirviéndose de un cuerpo capaz de sufrir, de padecer, y de un alma vulnerable a la tristeza, susceptible de acarrear las penas debidas a los pecados.

El punto de partida de este crecimiento del amor

[20] Sap 8, 3.
[21] Cant 4, 1b.

es muy simple, muy puro, sin dualidad ni división internas, pero también muy oculto, muy subterráneo, podríamos decir. Puede verse un signo de ello en el hecho de que el Espíritu Santo no nos ha revelado enseguida este gran misterio, puesto que el modo como Dios nos revela sus secretos no es extraño a la naturaleza misma del secreto revelado. El Espíritu Santo ha querido que la Tradición guarde durante largo tiempo este misterio como un «secreto» de amor en el que se vive pero del que no se habla.

Precisemos que esta gracia cristiana le es dada inicialmente en plenitud. Esta plenitud de gracia y de caridad no es inmediatamente definida, pero se encuentra como implicada en el dogma de la Inmaculada Concepción. La bula *Ineffabilis* habla de ello de un modo claro y explícito. Necesitamos considerar aquí esta plenitud de amor para aprehender más perfectamente la potencia y la virtud divina de este germen inicial.

«Dios, desde el principio y antes de todos los siglos, eligió y preparó para su Hijo único a la Madre de la cual, habiéndose encarnado, nacería en la bienaventurada plenitud de los tiempos. Él la ama más a ella sola, que a la universalidad de las criaturas *(prae creaturis universis)* y con un amor tal, que puso en ella, de una manera singular, sus mayores complacencias. Por eso, extrayendo de los tesoros de su divinidad, la colmó tan maravillosamente, mucho más que a todos los espíritus evangélicos, mucho más que a todos los santos, con la abundancia de todos los dones celestiales, que ella fue siempre completamente exceptuada de todo pecado, y que, toda bella y perfecta, apareció con tal plenitud de inocencia y santidad que no se puede, fuera de Dios, concebir una mayor y que ningún

otro pensamiento que el del mismo Dios puede medir su grandeza»[22].

He aquí la magnífica dote real que Dios hizo a la que Él escogió para que un día fuese la Madre de su Hijo bienamado. Esta plenitud de gracia nos hace penetrar de un modo nuevo y aun más íntimo en el misterio de la misericordia especialísima de Dios hacia María, puesto que la gracia es el efecto propio del amor misericordioso y paternal de Dios por su criatura.

Desde el primer instante, María ha sido amada por Dios «más que todas las otras criaturas». Dios se ha complacido plenamente en ella, y la ha colmado admirablemente de todas sus gracias.

Santo Tomás explica, como teólogo, esta plenitud de gracia: «Cuanto más cerca se está de un principio, más se participa de sus efectos. Según esto, Cristo es el principio de la vida y de la Gracia; como Dios, es la causa principal; como hombre, la transmite, porque su humanidad es como un instrumento siempre unido a la Divinidad»[23].

La bienaventurada Virgen María, que debía estar más cerca de Cristo que ninguna otra criatura, puesto que debía de ser su Madre, ha recibido de Él una plenitud de gracias que sobrepasa la de las otras criaturas. Esta plenitud de gracias es un eco perfectísimo de Jesús, depende de él, y sobrepasa excelentemente la de todos los demás santos. Porque esta plenitud de gracias le ha sido dada para que sea capaz de ser la digna Madre de Jesús.

Desde su concepción, María posee, pues, esta plenitud de gracia cristiana que implica la plenitud de fe, de esperanza y de amor. Esta gracia, como una

---

[22] Bula *Ineffabilis*.
[23] III.ª, q 27 a 1.

incomparable semilla divina, no pide sino crecer, enraizarse en esta «buena tierra» purísima, apoderarse de lo que hay de más íntimo en este ser, extenderse, ensancharse, convertirse en «un gran árbol en el que tengan abrigo todos los pájaros del cielo».

El fundamento propio de este templo de Dios

Ya hemos precisado el punto de partida del misterio del crecimiento de la caridad en María, mostrando, de una parte, la separación total de su alma respecto del mal, y de otra la cualidad única del germen divino depositado inicialmente en su alma. Nos resta ahora considerar el fundamento propio de este edificio divino, este templo de Dios, que el Espíritu Santo quiere construir en esta sencilla criatura. No sólo todo movimiento debe estar fundado sobre algo inmóvil —y cuanto más firme e inmóvil sea este punto de apoyo, más rápido podrá ser el movimiento—, sino que también todo edificio debe fundamentarse sobre roca si quiere resistir las vicisitudes de los tiempos.

Este privilegio de exención de la falta y de plenitud de gracia y caridad concedido a María le es dado en previsión del misterio de la Cruz. Se trata de una gracia cristiana que viene directamente de la misericordia del Padre en previsión de los méritos de Cristo crucificado. Considerado bajo esta perspectiva, el misterio de la Inmaculada Concepción nos manifiesta la gran victoria de la Cruz sobre el pecado, sobre el demonio. Este misterio es el triunfo más profundo, más puro, más íntimo, de la Redención. En el corazón de María, la eficacia

de la Redención es radical y plena, y se apodera de toda su alma. María, en este misterio, es plenamente el anuncio vivo del que ha de venir y ha de ser crucificado, puesto que ella está totalmente libre de la acción del demonio.

A través de este misterio, penetramos en la eficacia infinita de la sangre de Cristo, capaz no solamente de purificar al pecador, de rehabilitarlo, dándole «hábitos nuevos», «un vestido nupcial», sino también de rescatarle radicalmente, preservándole de toda mancha, de todo contacto pernicioso. La sangre de Jesús ha rescatado a María del modo más radical, más absoluto que pueda pensarse. Por este misterio, ella es la primera rescatada en el sentido más propio de esta primacía en el orden del rescate. En María todo lo que podía ser rescatado ha sido rescatado inmediatamente y desde el comienzo para ser devuelto al amor de Dios. Para este maravilloso rescate, Jesús, sin embargo, no ha ahorrado ningún sufrimiento: es por ella por quien Jesús ha sufrido más; no habría podido darle más ni sufrir más por ella, que es, verdaderamente, la primicia y la primera conquista del Buen Pastor. El fundamento propio de este misterio de crecimiento es, pues, la misericordia del Padre, que se comunica por el Corazón de Jesús crucificado y en él. El Espíritu Santo ha fundado sobre la «piedra», la «roca», su edificio, su obra maestra. Esto era necesario, ya que debía elevarse tan alto.

María, en este misterio de la Inmaculada Concepción, es, sin duda, el modelo ofrecido por el Espíritu Santo al punto de partida del crecimiento de nuestra caridad cristiana. Ella nos muestra lo que será nuestro nacimiento en la vida gloriosa: en el cielo todos seremos inmaculados como ella. La sangre de Cristo se apoderará entonces totalmente de

nuestra alma para darle esta pureza plena en el amor divino. María, en este misterio, es el prototipo del nacimiento de nuestra vida divina. Nuestra gracia cristiana nos inclina inmediata y eficazmente hacia este misterio que no nos resulta extraño porque forma parte esencial de nuestra vida divina. Pero este nacimiento de nuestra vida divina ha comenzado ya. Todo impulso de amor nos hace vivir la vida eterna, todos nuestros impulsos de caridad no tendrán eficacia plena sino en la medida en que su punto de partida esté íntimamente unido a este misterio de María. Todos nuestros esfuerzos, todas nuestras resoluciones de crecer en el amor divino, si son tomados fuera del Corazón Inmaculado de María estarán siempre mancillados de orgullo, de vanidad, de egoísmo. Estas resoluciones, a consecuencia del pecado original, tal como ya hemos señalado, implican aún ciertos compromisos con el mal, quizá inconfesados, muy sutiles y ocultos, pero, sin embargo, reales. Por lo mismo, la ruptura con el pecado no es plena; siempre llevamos con nosotros un poco de barro. El impulso inicial queda entonces un poco viciado y con frecuencia, a causa de esto, no conseguirá sus fines. En apariencia, todo será brillante, puro y bello, pero habría una «grieta» muy oculta, un apego a nosotros mismos, a nuestro orgullo. Si nuestras resoluciones de creer en el amor (todas nuestras resoluciones cristianas se resuelven en definitiva en esta única resolución de creer en el amor, con muy diversas modalidades) se apoyan voluntariamente en María, en su Corazón Inmaculado, y confían en él, tendrán entonces una pureza divina, serán verdaderamente eficaces. María, en su misterio de la Inmaculada Concepción, es, pues, el lugar propio de todo punto de partida auténtico del crecimiento del amor.

CAPÍTULO II

TÉRMINO DEL MISTERIO DEL CRECIMIENTO DE LA CARIDAD EN MARÍA: SU DORMICIÓN Y SU ASUNCIÓN

Una misma fiesta litúrgica une la muerte, la resurrección y la asunción de María. Para Jesús, la liturgia distingue estos misterios: he ahí un hecho cuyo porqué debe averiguarse a fin de extraer las consecuencias.

En su muerte, María es el modelo del término del crecimiento de la caridad. Su muerte nos debe manifestar la exigencia última de este misterio, la exigencia última de la caridad, su término. En su resurrección y asunción, María es el modelo de la vida gloriosa de los hijos adoptivos del Padre. Por este misterio de muerte y de asunción, María nos muestra los lazos íntimos que unen la vida de aquí abajo y la del cielo, manifestándonos todo lo que separa el *nigra sum* de la tierra del *formosa* estallante de la gloria, todo lo que separa la última etapa del desierto de la entrada en la tierra prometida.

MISTERIO DE LA DORMICIÓN

En la constitución apostólica *Magnificentissimus Deus* de 1 de noviembre de 1950 se afirma como verdad de fe la glorificación del cuerpo de María, sin que se precise si esta glorificación se realiza a partir de su cuerpo separado de su alma o viviendo aún según las condiciones terrenas. Por ello debe precisarse desde el punto de vista teológico que el misterio de la dormición de María nos ha sido comunicado por la Tradición, en tanto que el misterio de su glorificación es un dogma de fe.

Sin entrar aquí en las diversas disputas teológicas a propósito de la muerte de María, podemos considerar prácticamente que la más antigua y constante Tradición de la Iglesia afirma el hecho de su dormición como una verdadera muerte [24]. Si la Tradición nos da el hecho de la muerte de María no nos conserva ningún detalle que podamos considerar como cierto [25]. En esto hay un hecho particularmente notable que debe instruirnos. Porque todo está conducido por la sabiduría de Dios, muy especialmente cuando se trata de la Escritura y la Tra-

---

[24] Cfr. M. JUGIE, *La mort et l'assomption de la Sainte Vierge*, Bibliothéque Vaticane, Roma, 1945. Cfr. A. HOFFMANN O. P., *Explecto terrestris vitae cursu* («Divus Thomas», 1953, t. 2).

[25] J. DUHR S. J., *La Dormition de Marie dans l'art chrétien* (N.R. Th. 82, 1950, pp. 135 y ss.). Hacia la mitad del siglo VI el arte bizantino, dice el P. Duhr, nos muestra a María ya muerta; el arte occidental nos la pinta agonizante, moribunda. Cfr. Gen 23, 1. Se nos señala la muerte de Sara y la duración de su vida (127 años); es la única mujer de quien la Biblia menciona la edad en el momento de su muerte. ¿Acaso no es Sara la prefiguración de la Madre de los creyentes? Es la primera vez en que se menciona la sepultura. Gen 25, 7-12: «Expiró, pues, Abraham, y murió en florida vejez, anciano y colmado de días.»

dición y sobre todo, cuando se trata de un hecho tan importante. «Preciosa a los ojos de Dios es la muerte de los santos», porque esta muerte es la entrada en la gloria de Dios[26], porque esta entrada es la última obra de la misericordia y de la libertad humana. Lo que es verdad para la muerte de todos los santos lo es «a fortiori» para la muerte de María[27].

Para penetrar en el misterio de la muerte de María, para comprender toda la enseñanza que el Espíritu Santo quiere darnos en relación con ella, debemos comparar esta muerte con la de Jesús. No hay dos muertes más diferentes y más parecidas; más diferentes desde el punto de vista social, exterior, visible; más parecidas a los ojos de Dios desde el punto de vista interior.

Nuestro Señor muere en la cruz, sobre una eminencia (el monte) frente a la ciudad santa, pero fuera de ella; muere ante todo el universo, y a su muerte el universo tiembla, las tinieblas cubren la tierra, el velo del templo se desgarra.

Nuestro Señor muere condenado como criminal, como un esclavo, escarnecido a los ojos de todo su pueblo. Muere traicionado y abandonado por sus

---

[26] SANTO TOMÁS, *In Ioan.* XXI, Lec. 4.

[27] Así como el gesto de misericordia que Dios ejerce con el pequeño Moisés para salvarlo de la cólera del Faraón es una imagen de la maravillosa misericordia de Dios para con María en su misterio de la Inmaculada Concepción, las pocas palabras que nos dice la Escritura acerca de la muerte de Moisés pueden ser también consideradas como una prefiguración de la muerte de María: «Murió, pues, allí Moisés, servidor de Yahvéh, en el país de Moab, conforme a la disposición de Yahvéh. Y se le enterró en el valle de Moab frente a Bet-Peor... Tenía Moisés cuando murió ciento veinte años, no se había debilitado su vista ni su vigor perdido» (Dt 34, 5-7).

amigos. Muere como una víctima sangrante, a manos de los verdugos. Y nos comunica su última voluntad, sus últimas palabras, su testamento de amor en medio de la lucha, entre voces discordantes.

María no muere con Él; ha de aceptar seguir aún en la tierra y morir cuando Dios quiera, con una muerte incruenta, con una muerte infinitamente sencilla. Aquí no se da toda la tragedia humana de la cruz. Si la Tradición nos ha conservado solamente el hecho de su muerte, es, sin duda, para que todo quede escondido en el silencio, para que todo quede oculto.

Podríamos sentirnos tentados de lamentar este silencio de la Tradición y considerarnos como huérfanos que ni siquiera han tenido el consuelo de guardar en su corazón las últimas palabras y los gestos postreros de su Madre. Sabemos bien con qué ansia, cuando no se ha estado presente en la muerte de una persona amada, se quiere saber cuáles fueron al menos sus últimas palabras, sus postreros gestos. Pensemos un poco en la actitud de todas esas madres, de todas esas esposas que han recibido la noticia de la muerte de su hijo, de su esposo, en el campo de batalla, lejos de la patria, lejos de ellas. ¡Cómo querrían conocer algún testigo a quien poder interrogar sobre la muerte de sus seres queridos!

Juan, que seguramente fue testigo de la muerte de María —puesto que Jesús se la había confiado, se la había dado por madre y la había tomado con él—, no nos dice nada sobre ello. Juan, que con tanta fuerza y claridad nos ha hablado en su Evangelio de la muerte de Jesús, no nos dice nada de la muerte de la que él había amado como a su madre. Juan, que había comprendido plenamente todas las riquezas de su corazón, se calla.

Entendamos bien este hecho. María, en realidad, nos deja un testamento maternal, un testamento no escrito, escondido en el corazón de Juan, sellado por el Espíritu Santo en su corazón de hijo y de sacerdote. Este silencio voluntario de Juan, ¿no es, acaso, el más perfecto signo del silencio misterioso del corazón de María que muere por Su Dios? La manera más divina, más eficaz y más fuerte de comunicarnos el secreto de este corazón maternal, aceptando una muerte totalmente absorbida por el amor, absolutamente silenciosa por amor, era, sin duda, este gran silencio del testigo que da testimonio del silencio con el silencio.

Toda la vida de María ha sido una vida silenciosa y oculta, como nos dice la Escritura: «La gloria de Dios es ocultar sus obras.» Es, pues, normal que su muerte, que es el remate de una tal vida sea también oculta, inaccesible a las miradas humanas, a las miradas de los curiosos. Su muerte escapa a la historia humana para quedar exclusivamente reservada a Dios. María muere sin ninguna gloria humana para darse plenamente a la gloria de Dios y a la vida de sus hijos. El testamento de María no podía ser otro que el silencio del amor. La que guardó la palabra de Dios no podía transmitirnos el testamento de Jesús sino con el silencio de su fe.

Interiormente y ante los ojos de Dios no hay dos muertes más parecidas que las de María y Jesús. Jesús acepta morir por puro amor, para cumplir la voluntad del Padre: «no mi voluntad, sino la tuya»[28]. María acepta morir por puro amor, para cumplir la voluntad del Padre, para ser más semejante a su hijo Jesús, para seguirle hasta el fin.

---

[28] Lc 22, 42.

Todos los otros descendientes de Adán y Eva, y ellos mismos, no pueden aceptar la muerte por puro amor: es una pena que se les impone y que deben aceptar. Es verdad que pueden aceptar ese castigo con amor, como hijos que reconocen que lo han merecido y que saben por qué su Padre se lo ha impuesto, pero a pesar de esto, el carácter penal de la muerte permanece siempre. María, al no haber conocido el pecado original, está exenta de esta pena; si muere, la acepta libremente, por puro amor. Respecto a la muerte, María puede tener la misma pureza de intención que Jesús, si bien es evidente que las razones que explican aquella exención son diferentes. Así como el primer gesto de su vida es un gesto de abandono, el último es también un gesto de abandono. Pero el uno se realiza en la alegría, el otro en un amor purísimo, en el que se asumen todos los sufrimientos y tristezas de su vida terrenal.

El amor del corazón de María, en efecto, en la última etapa de su vida ha alcanzado una maravillosa plenitud: la plenitud es amor querido para ella por Jesús. Jesús pone en ella todas sus complacencias y le comunica todo lo que puede dar del amor de su corazón. Por eso la intensidad del amor del corazón de María, en este último acto, aumenta con el del Corazón de Jesús; ella es semejante a Él, todo lo semejante que le es posible a una criatura purísima unirse al amor del Corazón de Jesús, y en Él, a la voluntad del Padre.

Algunos teólogos han pretendido con razón que la plenitud de amor del corazón de María, en este último acto de su vida, era semejante a la del Corazón de Jesús, pero de modo diferente: Jesús sería la fuente y María lo recibiría todo de esta fuente. Para penetrar más profundamente en este misterio, de-

bemos considerarlo siempre bajo la luz de la Santísima Trinidad sin perder de vista la diferencia. En la Trinidad Santa, el Hijo recibe del Padre. En el cuerpo místico, María recibe de Jesús toda la plenitud de caridad. Hay, pues, una plenitud semejante de amor en Jesús y en María pero con dos diferentes maneras de ser: la una «principio», la otra «derivada». Y es precisamente por esta última comunicación de amor que une tan fuertemente el alma de María a Jesús por lo que su alma no puede morar con su cuerpo: María debe morir. Es, verdaderamente, una muerte de amor, una muerte provocada y realizada por el Amor.

En un bellísimo pasaje de su Tratado del Amor de Dios, San Francisco de Sales, que se hace eco de toda un tradición, nos habla de esta dormición de María diciendo que ella muere de un éxtasis de amor [29]. Interpretemos bien esta palabra: «éxtasis». No se trata de un éxtasis carismático, que implica siempre una cierta violencia, un cierto elemento visible, extraordinario, casi milagroso —como sabemos, toda gracia carismática está ordenada a la santificación de los otros—; este aspecto parece no tener ninguna razón de ser en esta muerte de María, ya que todo está escondido, todo permanece reservado a Dios. Juan, único testigo sin duda, lo encerró todo en su corazón de hijo y de sacerdote.

Se trata, pues, aquí de un «éxtasis» totalmente divino, absolutamente interior, totalmente reservado a Dios. Exteriormente, debió ser un dulce sueño, «esta muerte es como un sueño; ha emigrado de este mundo en estado de vigilia», dice San Germán de

---

[29] S. Modesto: María muere «bajo la dulce presión de su amor maternal, contemplando a su Hijo». En. com. II PG., 86, 308a.

Constantinopla [30]. Y San Andrés de Creta afirma: «La mejor imagen que podemos hacernos (de esta dormición) es el sueño extático de Adán, cuando le fue extraída una costilla para completar nuestra especie» [31]. Es la dormición de la «vieja sirviente» cuya tarea está terminada, que ya no tiene ninguna atadura en la tierra y que se abandona totalmente al amor de su Dios. Así es también la dormición de la Virgen, que, muy dulcemente y en un gozo apacible, deja esta tierra para ir ante el Esposo que la llama. He ahí verdaderamente la muerte de la sierva de Dios y la de la esposa que muere únicamente por su Dios y Esposo y que no quiere morir sino de amor por Él, que muere guardando en su corazón las palabras del Esposo y que no quiere añadir nada a esas palabras para mostrar cuán verdaderas son.

Es también la muerte de la madre que muere por sus hijos. Su muerte es una enseñanza maternal. María quiere enseñarnos a vivir de la muerte de Cristo por el ejemplo de su vida. Quiere revelarnos lo que hay de esencial en la muerte de Cristo crucificado para que no nos detengamos en los detalles exteriores, en el aspecto grandioso, trágico, espectacular, incluso estético, del misterio del Calvario. Quiere que penetremos inmediatamente en la herida del Corazón de Jesús y que comprendamos allí que su muerte es una muerte de amor, de obediencia a la voluntad del Padre. Quiere que comprendamos que esto es lo que cuenta ante todo y que el aspecto exterior, sangrante, no tiene otro sentido que el de manifestar este amor íntimo y divino. María, como Madre, quiere que aceptemos morir de esta

[30] Homil. I PG., 98, 345 ss.
[31] Homil. I PG., 97, 1052-53.

misma manera, imitando a Cristo crucificado no en lo exterior, sino íntimamente en lo más profundo de su voluntad y de su corazón.

María quiere enseñarnos a aceptar todas las muertes, grandes y pequeñas, en silencio y por puro amor. Ella sabe lo difícil que resulta para nuestra naturaleza humana; que necesitamos decirnos a nosotros mismos y a los demás que sufrimos, que nuestro prójimo no nos comprende, que nos martirizan. Necesitamos siempre, en nuestros sufrimientos, tener espectadores, y si los otros nos vuelven la espalda, nos convertimos en nuestros propios espectadores. Es por esto por lo que nuestros muertos cotidianos no son suficientemente divinos, no son suficientemente de Él en el amor. María, Madre de nuestra vida divina, no quiere que esto sea sí. Quiere para nosotros una muerte de amor, un holocausto en el que todo esté incendiado de amor por Él, para reconocer sus derechos soberanos de amor.

Este misterio de la muerte de la Santísima Virgen aparece en la Tradición íntimamente unido al de su resurrección, de su asunción. De hecho, la Iglesia lo ha reunido todo en una misma fiesta. En esto hay una enseñanza que no debe olvidarse. María, por su muerte, complementaria de la de Jesús, nos revela no solamente lo que hay de esencial en la muerte de Jesús, sino también el vínculo necesario que existe entre su Muerte, su Resurrección y su Ascensión. Quiere hacernos comprender que toda muerte aceptada por amor de una manera absolutamente divina, totalmente oculta a los ojos del mundo, implica inmediatamente una entrada en la vida eterna, una ascensión. «Hoy estarás conmigo en el paraíso», es verdad para todos los que aceptan morir con Él. Esto es muy importante para

nuestra vida de cada día. Toda muerte divina implica una entrada inmediata en la vida eterna, quizá oculta, pero real.

El último acto de su contemplación terrestre

El último acto de amor del corazón de María, realizado en la tierra, pone término a su largo exilio y le permite penetrar en la visión beatífica, en su vida contemplativa plena, extensa y divina. La primera expansión que se realiza según una cierta continuidad con la vida cristiana de la tierra es la de esta vida contemplativa de la visión beatífica. Comprendamos bien, en efecto, que se da a la vez una cierta continuidad y una cierta discontinuidad entre la vida divina de la Santísima Virgen en la tierra y su vida celeste. La continuidad, sustancial y objetiva, se halla en la estructura esencial de su amor divino. La discontinuidad aparece desde el punto de vista del sujeto, es decir, desde el punto de vista del ejercicio mismo de su amor, y tiene su fuente en la transformación de la fe en la luz de la gloria.

Importa considerar bien lo anterior para comprender a la vez la similitud y la diferencia entre la estructura de la vida contemplativa de María en la tierra y su vida contemplativa en el cielo. De otro modo se corre el riesgo de no aprehender lo que hay de verdaderamente propio de la vida contemplativa del *viator* y, asimismo, el de caer en los errores (condenados por la Iglesia) que querrían hacer de la tierra un cielo anticipado.

En efecto, el último acto de la vida divina que María cumple sobre esta tierra fue verdaderamente un acto de contemplación ordenado hacia el Padre

por el misterio de Jesús y dentro de él, bajo la moción divina del Espíritu Santo. Este acto de contemplación se realiza de hecho en este éxtasis de amor del que hemos hablado, éxtasis que la arrebata de sí misma para ocultarla en Dios. Este éxtasis de amor, por intenso y perfecto que sea, permanece necesariamente envuelto en las oscuridades de la fe y en la pobreza de la esperanza. No es aún el éxtasis de su inteligencia, sino más bien un «éxtasis de amor» que no implica la posesión plena. Hay todavía una tensión, un impulso, un deseo último, que arranca de algún modo el alma de María para proyectarla totalmente en el amor de su Dios.

Puesto que este «éxtasis de amor» se realiza necesariamente a partir del último acto de fe de la vida de María, en su línea propia, conoce entonces una perfección última; se ejerce de una manera totalmente divina, bajo la moción del don de inteligencia. Nos encontramos en presencia de una adhesión de fe incomparable y única, que implica necesariamente un máximo de certidumbre, de estabilidad y de fijeza; es el último fundamento del reposo contemplativo del alma de María, ya que esta adhesión plenaria de fe la pone en contacto directo con el Verbo. Ya no habrá ninguna fluctuación en su inteligencia, ninguna agitación extrínseca que pueda turbar esta adhesión, que agota verdaderamente todas las virtualidades de su inteligencia. Pero, a la vez, todo se realiza en un máximum de oscuridad: el *non visum* no ha conocido jamás tal agudeza, porque el misterio del «don del Hijo» jamás ha sido vivido tan profundamente. Nos encontramos en presencia de la última exigencia del misterio de la verdad primera subsistente que quiere posesionarse totalmente de la inteligencia de la criatura. Las oscuridades de los misterios gozosos, las de los do-

lorosos y las de los primeros misterios gloriosos han sido sobrepasadas. Permanecen, sí, pero de un modo especial y único, porque María, en este último acto de amor, está muy próxima a la gran revelación del cielo; ésta disposición última y esta proximidad espesan de cierta manera el velo de la fe haciéndolo aun más luminoso. Esta proximidad hace que el velo sea más difícil de soportar. Habría que comprender esta última cautividad de la inteligencia humana por la fe en razón de este misterio de tinieblas; su amor excesivo puede permanecer oculto a los ojos de los otros y a los suyos propios, y estar solamente reservado a Jesús y a Dios. María puede morir sin gloria, no sólo social y humana, sino incluso sin gloria propia; puede ser exclusivamente para Él, totalmente abandonada en la plena cautividad de la fe viviendo su último *nescivi*, y no haciendo otra cosa sino amar.

Este acto constituye para ella la última prueba, la que lo resume todo, la que permite el último *sursum corda*, en un amor que no quiere nada, pero que está seguro del amor infinito del Bienamado.

Este último acto de amor de su vida terrena contiene también su último acto de esperanza. La esperanza de María, como su fe, alcanza entonces toda su perfección, a tal punto que no le queda otra cosa sino desaparecer. María ha cumplido totalmente su papel.

Este último acto de esperanza de la vida terrena de María, al ejercerse bajo la moción del don de temor, conoce un deseo intenso, abrasador, un deseo inaudito de ver a Dios, de poseerlo plenamente, de ser totalmente poseída por Él. Este deseo tan ardiente es también muy pobre, está totalmente remitido a Dios, al placer del Padre. María sabe entonces más que nunca hasta qué punto es una sierva

inútil y de qué manera todo le ha sido dado por pura misericordia. En este último acto de esperanza con el que se acaba su vida terrenal, María se entrega toda a Dios como la más pobre de todas las criaturas, como totalmente dependiente de la misericordia de su Dios, incapaz por sí misma de estar en su presencia amorosa. Pero al mismo tiempo su corazón salta de alegría, porque está sediento de Aquél que es toda su vida y que ha sido siempre para ella «el único necesario», la única realidad.

Es en este último acto de amor, de fe, de esperanza, en el que María está tan cerca de su Padre, de su Hijo, tan abrasada por el Espíritu Santo, cuando en su corazón se extiende una paciencia y un ardor maravillosos. El *in manus tuas commendo spiritun meum* es vivido plenamente. Está dispuesta a seguir aún en el desierto si tal es el placer de Dios; pero aspira a verle, a ser totalmente tomada por Él, a dárselo todo, con una intensidad que no había conocido aún.

Todo el ardor de amor que Jesús ha vivido en su último acto terrenal en la Cruz, en el Calvario, lo vive ella ahora plenamente. Su caridad está al unísono de la caridad de Jesús.

Vida gloriosa del cielo en María: el nacimiento en el cielo, la luz de gloria

En este éxtasis de amor, Dios le comunica desde el interior la luz de gloria. Esta luz de gloria conoce la misma plenitud de intensidad que el último acto de amor, ya que es el grado de caridad el que mide la intensidad especial de cada visión beatífica y no las capacidades intelectuales del alma.

Esta luz de gloria le permite ver a Dios desde el

interior, en su misterio, verlo como Él se ve, «cara a cara», conocerlo como ella es conocida. Es el mismo Verbo de Dios el que, desde lo interior —Él que es la fuente primera de su inteligencia, el Padre de toda luz—, se apodera de toda su inteligencia y se revela a la plena luz. María contempla el Verbo presente en lo más íntimo de su ser, de su espíritu, de su corazón. Viendo al Verbo, ve también al Padre y al Espíritu Santo. La visión beatífica, al hacerla participar inmediatamente de la vida de Dios (en plena claridad), es necesariamente una contemplación trinitaria, puesto que la vida de Dios es una vida contemplativa trinitaria: una generación luminosa del Verbo y una espiración amorosa. María está asociada a esta vida trinitaria por el Hijo, y en el Hijo ella es hija del Padre y ama en la misma luz del Verbo.

Puesto que la vida trinataria es de hecho inseparable de la vida gloriosa de Cristo, María contempla, en su visión beatífica, la naturaleza humana glorisa de su Hijo, hipostáticamente unida al Verbo. Su contemplación trinitaria es al mismo tiempo e indisolublemente una contemplación del Verbo encarnado glorioso. Ella ve todo el amor del Padre por su Hijo bienamado y lo ve con el Padre y el Espíritu Santo. Ve todo el resplandor de este amor en el alma y el cuerpo resucitado de Cristo y muy especialmente el resplandor de la herida de su Corazón, foco y centro de toda la luz y todo el calor de la Jerusalén terrena. En esta contemplación del Verbo encarnado, María ve todos los divinos lazos que el Espíritu Santo ha anudado entre ella y su Hijo, contempla el gesto de misericordia generosa de su Dios en relación con ella y comprende el privilegio único de su inmaculada concepción. Contempla toda la gratuidad de la misericordia de su

Dios, que ha mirado la humildad de su esclava haciéndola Madre de su Hijo unigénito y asociándola de una manera tan íntima a toda su obra de la Redención. En la visión de su Hijo y en la visión de su maternidad divina, contempla todo el cuerpo místico, todo el misterio de esta «Jerusalén nueva, bella como desposada que se ha engalanado para su esposo» [32] y en esta «ciudad santa» penetra en el misterio de cada una de nuestras almas, nos ve, en su visión beatífica, como Dios nos ve, desde el interior, en plena transparencia divina.

El Padre Bernard, en su obra *Le Mystère de Marie*, al hablar de la vida gloriosa de María y de su maternidad en la visión beatífica, afirma: «Su actividad más alta es evidentemente la de ver a Dios y amarlo. Sin embargo, esta bienaventurada Virgen es tan esencialmente Madre que no puede apartarse de ver en Dios a todos sus hijos y de amarlos en Él. De suerte que tocamos aquí lo que hay de más elevado en esta maternidad espiritual, puesto que estamos frente a una criatura que tiene el privilegio de ver a los que ha dado a luz como Dios mismo los ve y de llevarlos constantemente en su corazón maternal como los lleva Dios mismo. No se puede concebir nada más considerable en relación con ella ni más provechoso para nosotros que esta mirada, y esta ternura con la que nos envuelve y nos penetra» [33].

---

[32] Apc 21, 2.

[33] P. BERNARD, *Le Mystère de Marie*, Desclée de B., París, 1933, tomo I, p. 388.

MISTERIO DE ÉXTASIS Y DE SILENCIO

Esta visión beatífica de María implica simultáneamente un éxtasis intelectual y un éxtasis de amor. Es el mismo Verbo de Dios el que se ha adueñado de lo que hay de más íntimo y profundo en su inteligencia para iluminarla y actualizarla de manera divina. El Verbo, al manifestarse tal como es, se convierte en el bien propio de su contemplación. La inteligencia de María, sobreelevada por la luz de gloria y como asumida por el Verbo, contempla inmediatamente al Verbo de Dios como Él mismo se ve. El Verbo se convierte entonces en la forma viva de su contemplación, según la analogía que Santo Tomás expresa en *Contra Gentiles* «Como en el misterio de la Encarnación la naturaleza humana de Cristo subsiste por el Verbo de Dios, así en la visión beatífica la inteligencia beatificada vive por el Verbo de Dios y en Él» [34]. Lo que se realiza según el orden ontológico en el misterio de la Encarnación, se realiza según el orden vital en el misterio de la visión beatífica. Esta visión es a la vez una intuición intelectual, la más pura que pueda darse (por eso se dice que es una visión y un juicio de experiencia, el más realista posible, ya que esta visión es una penetración de la Verdad subsistente) y un contacto inmediato con la realidad por excelencia. Se comprende de qué manera este modo divino de la visión beatífica trasciende infinitamente el modo connatural de la inteligencia humana. En el acto de la visión beatífica, la inteligencia de María es verdaderamente arrebatada por el Verbo en un rapto en sentido propio: la inteligencia deja, por decirlo así, su propia modalidad, para vivir al unísono con el Verbo, para adoptar plenamente su manera de

[34] IV, C. Gen 54.

conocer. He aquí por qué, sola, esta contemplación posee verdaderamente un modo extático. Pero como el Verbo, al ser trascendente en relación con el objeto propio a la inteligencia de María, es, al mismo tiempo, inmanente, es más íntimo a su inteligencia que ésta lo es a ella misma. Esta contemplación posee al mismo tiempo un modo de interioridad absoluto, de recogimiento, ya que une el alma de María a Aquel que está en lo más íntimo de su ser, que es la fuente misma de todo su ser y de toda su vida.

Comprendamos bien que este modo de recogimiento, de interioridad de la visión beatífica no es en absoluto una actitud reflexiva, como si hubiese un nuevo acto de conocimiento que considerase al sujeto en estado de contemplación y analizase el comportamiento mismo del sujeto cognoscente. Es el mismo acto único de mirada contemplativa y objetiva el que posee todas las perfecciones del rapto y del recogimiento intelectuales. Estamos, pues, en presencia de un recogimiento objetivo y divino que sobrepasa y trasciende todo recogimiento reflejo y subjetivo.

Este recogimiento intenso se realiza en el silencio; la inteligencia de María, en su contemplación bienaventurada, no produce «verbo» propio. Permanece eternamente fijada en el Verbo de Dios, absorbida en Él, recluida en su soledad divina y en su vida trinitaria. La visión beatífica, en lo que tiene de absolutamente propia, es incomunicable, porque es el mismo Verbo de Dios el que especifica, informa, la inteligencia sobreelevada por la luz de gloria, y termina su acto propio de contemplación.

Todos estos caracteres: modo de éxtasis, modo de recogimiento, de intimidad, de silencio, nos muestran bien claramente que esta visión beatífica que,

formalmente, es una contemplación de la inteligencia, extendiendo todas sus virtualidades, implica también una expansión plena de amor. La visión beatífica implica necesariamente un éxtasis de amor, ya que la vida divina es Luz y Amor y la contemplación de las tres personas es «mirada pura», «puro don». Lo que, en primer lugar, caracteriza este éxtasis de amor bienaventurado es su eternidad. María, para la eternidad, se entrega totalmente, en un don perfecto e inmutable, al Padre, en el Verbo y por el Espíritu Santo. Nada puede oponerse a este don. Y este don, si es sustancialmente el mismo que su último acto de vida terrestre, conoce, sin embargo, una dimensión nueva. Ya no está oculto, sino que aparece radiante, extendido, se realiza en el esplendor y la belleza, estalla como una flor que, hasta entonces, no podía despuntar y permanecía encerrada en sí misma. Recordemos la bella comparación de San Francisco de Sales: la caridad vive siempre aquí abajo como una crisálida; solamente en el cielo aparece como una bellísima mariposa que extiende sus alas multicolores a los rayos del sol.

Si quisiéramos analizar más profundamente este acto del don de María en la visión beatífica, veríamos que este acto implica, como el acto de inteligencia, todas las perfecciones del modo de éxtasis o del modo de recogimiento. María, en este acto de amor perfecto de donación, se hace uno con su Dios y con su Hijo. Vive su propia vida. Es toda de ellos, y al serlo, no se pertenece nunca más, pero, al mismo tiempo, está, más que nunca, íntimamente presente ante ella misma. Se podría decir que, en la medida misma en que, durante el exilio, se había olvidado de sí para ser para su Dios, estaba como muerta para sí misma, como el grano de trigo en-

terrado en la tierra, en la misma medida, en la gloria María se encuentra a sí misma para su Dios. En la visión de gloria, María vive la vida de la Trinidad: la vida de Dios y la vida de su alma. Sabemos que uno no se encuentra a sí mismo perfectamente, sino en Dios. La palabra de Cristo es siempre verdadera: «El que pierde su vida, la gana.» Aquí, sobre la tierra, vivimos sobre todo de esta «pérdida»; en el cielo es esta «ganancia» la que estalla esplendorosamente. Sustancialmente, en el amor divino, pérdida y don son siempre simultáneos y coextensibles, pero la experiencia es totalmente diferente en el tiempo de prueba y en el cielo, en donde el don de amor se realiza en plena luz y según un modo divino perfecto, liberado de todas las trabas de la tierra, de todas las condiciones del sujeto que permanece en la fe.

MISTERIO DE PRESENCIA

Esta contemplación —pura mirada y don puro— hace vivir a María en la presencia íntima de las tres Personas divinas y de su Hijo, presencia semejante a la que existe entre las tres Personas de la Trinidad Santa. El Padre está presente al Hijo y el Hijo al Padre en el Espíritu Santo de manera tal que el Hijo está en el Padre, *apud Patrem* que mora en Él y que el Espíritu Santo mora en los dos. Del mismo modo, María está presente a cada Persona divina y mora junto a cada una de ella. Ella es *apud Patrem, apud Verbum et Spiritum Sanctum.* Esta presencia de penetración se realiza en el Hijo y por el Hijo, en su luz y su amor.

La soledad y el silencio de la visión beatífica son una soledad y un silencio divinos que no repugnan

a esta vida común trinitaria, eterna generación del Verbo y eterna aspiración de Amor. María está plenamente asociada, según la medida querida por Dios, a esta vida común. Sin dejar de ser una criatura, infinitamente lejos de la trascendencia de Dios, María está como integrada en todo el misterio personal de Dios, por el misterio y en el misterio de su Hijo. Es por toda la eternidad la hija bienamada del Padre, heredera de todo su tesoro familiar; por toda la eternidad, está llamada por Él para vivir de sus secretos: de la generación del Hijo —que es también el Hijo de María— de la espiración de Amor.

COMPARACIÓN ENTRE LOS DOS MODOS DE VIDA DIVINA (DIVERSIDAD, CONTINUIDAD)

Vemos enseguida las grandísimas diferencias que existen entre el último acto de contemplación que María ejerce en la tierra, en su éxtasis de amor, y el acto único, eterno, de contemplación celeste. La cautividad de la inteligencia, en la tierra, por la fe, y su exaltación plena en el cielo, por la luz de gloria, nos hacen comprender inmediatamente el abismo psicológico que separa las dos etapas de la vida divina en María. De un lado, la inteligencia, viviendo en la fe, permanece siempre en un estado de espera, de imperfección; por eso no puede expandirse en una cierta vida contemplativa sino gracias a la caridad. De otro, la inteligencia, sobreelevada por la luz de gloria, vive plenamente, y su acto de visión constituye el elemento primero y sustancial de la vida contemplativa del cielo. El acto de fe, considerado en sí mismo, como distinto de la caridad constituye ciertamente el fundamento, el elemento pri-

mero, de la vida contemplativa, pero no constituye ciertamente su sustancia. El acto de fe, considerado en sí mismo, es una adhesión a la verdad divina revelada, pero no es aun una mirada contemplativa. Esta adhesión no llegará a ser *mirada contemplativa,* sino gracias a la caridad, y dentro de ella, puesto que según solamente la caridad aquí en la tierra alcanza a Dios inmediatamente y tal como El es, desde el interior y de manera íntima. Este conocimiento contemplativo será, pues, un conocimiento totalmente impregnado de amor, un conocimiento penetrante y experimental, gracias al amor, y por tanto, y en cierto modo, mucho más «tacto», «gusto», que «mirada» y «visión». En la contemplación del cielo, la inteligencia, sobreelevada por la luz de gloria, retoma sus derechos y su primacía, pero ha sido necesario que acepte perderlos para dejar al amor, aquí abajo, su primacía absoluta.

Mas por fuerte que sea la discontinuidad entre la vida contemplativa del cielo y la de la tierra, no debemos olvidar su continuidad, muy oculta, es verdad, a nuestra consideración humana, pero real y profunda. Esta continuidad proviene del objeto y de la estructura esencial de la caridad. En la tierra, como en el cielo, es siempre el mismo misterio de Dios en sí mismo el que se alcanza y contempla. Todo lo que es extrínseco a este misterio no forma parte de la contemplación divina. Y por lo mismo, toda actitud refleja y subjetiva es contraria a la contemplación divina. Sustancialmente, es siempre la misma caridad la que impone su exigencia de silencio de interioridad y de donación de sí; poco importa, por lo demás, la manera cómo lo exige. Lo que es seguro es que lo exige siempre, porque esta exigencia forma parte de su naturaleza misma de

amor divino, de amor absoluto y celoso, que no puede sufrir comparación alguna con ningún otro amor, que no puede sufrir discusiones, razonamientos, palabras vanas, que pide que todo nuestro «yo» se entregue de manera total al amor de Dios, quien trata de descubrirse o al menos de hacerse presentir a lo más íntimo de nosotros mismos: «El reino de Dios está dentro de vosotros», «el que permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él»[35].

GLORIFICACIÓN DE MARÍA, VIDA *EXTRA VERBUM*

La vida de María en el cielo no es solamente la visión beatífica; ésta constituye ciertamente el elemento esencial y principal, mas no el único. Se da como un reflejo de la visión gloriosa sobre todas las otras facultades de la Santísima Virgen; la glorificación de su cuerpo debe ser comprendida en función de esta irradiación. La visión beatífica, en sí misma, es absolutamente independiente de la resurreción del cuerpo y no resulta modificada en nada por ella, pues es inmutable y eterna como la beatitud misma de Dios.

El dogma de la Asunción nos enseña que el cuerpo de María resucitó y subió al cielo[36]. Importa poco saber si hubo tres días de intervalo como en Jesús o, por el contrario, si esta asunción gloriosa tuvo lugar sin intervalo, inmediatamente después de la muerte. Lo que es formalmente objeto de nuestra fe es el misterio mismo de la glorificación

---

35 1 Ioh 4, 16.

36 Const. Apost. *Magnificentissimus Deus.*

y asunción del cuerpo de María, que no conoció la corrupción.

La resurrección de María ocurre sobre el modelo de la resurrección del cuerpo glorioso de Jesús. El cuerpo glorioso de María semeja el cuerpo glorioso de Jesús con una semejanza única; se le asemeja más que la que pudieron tener todos los otros cuerpos de los elegidos. En este orden de la resurrección, como en el de la visión beatificación, María es la primera entre las criaturas, la más próxima a Jesús; es la nueva Eva, totalmente semejante al nuevo Adán. Es normal que incluso en el orden físico, el de la realidad del cuerpo humano, Jesús le devuelva centuplicado lo que ella Le diera. En ella se formó el cuerpo de Jesús, y su cuerpo es glorificado sobre el modelo del cuerpo glorioso de Jesús.

Hay, pues, una maravillosa proximidad entre la humanidad gloriosa de María y la humanidad gloriosa de Jesús. Ella es la gloria de Jesús. Jesús se glorifica en ella como el Padre se glorifica en Jesús. Toda la belleza del cuerpo glorioso de Jesús se encuentra en ella. San Juan Damasceno declara: «Era necesario que la Madre de Dios poseyera todo lo que pertenece a su Hijo...» [37]. Así es como San Juan la representa en su visión celeste, como la «Mujer vestida del sol», *pulchra ut luna*, porque su belleza, su resplandor, vienen del sol.

Vida común con Jesús

Si queremos precisar la plenitud de la vida bienaventurada de María en el cielo, es necesario considerar antes, y en primer lugar, su vida común con

[37] Homil. II *in Dorm.* B.M.V. PG., 96, c. 726.

Jesús, ver después su gobierno maternal por lo que atañe a todo el cuerpo místico, militante y glorioso, su regencia sobre los ángeles, y, en fin, notar como esta vida común y misericordiosa coincide divinamente con su vida litúrgica.

Entre la humanidad gloriosa de Jesús y la de María se ejerce una vida común en la que se expande la caridad divina de Jesús y de María según un modo totalmente nuevo, con una libertad y una plenitud, una penetración y comprensión maravillosas. La vida de Nazaret, la vida de la Sagrada Familia, se prolonga y transfigura en el cielo. El centro es la humanidad gloriosa de Jesús, que es el centro, el foco de esta nueva vida familiar. Más precisamente, debemos decir que este foco es el que ilumina esta vida común y le comunica su tonalidad propia. Todo viene de él; todo debe retornar a él. Jesús ejerce eternamente sobre María su calidad de rey, de sacerdote, de profeta; sigue comunicándole sus secretos, pues toda mirada, toda palabra de Jesús a María es verdaderamente una iluminación que reconforta el corazón y la inteligencia de la Santísima Virgen. Jesús continúa ejerciendo sobre su corazón su influencia de Hijo bienamado, de buen Pastor que la conoce por su nombre, que la ama más que a todas las demás ovejas con un amor de predilección infinitamente dulce y firme. La atracción de la herida del Corazón glorioso de Jesús sobre el corazón de su Madre es inagotable, proviene de una plenitud infinita de amor. María, en una pobreza gloriosa, lo recibe todo con ansiedad y se da con amor. Ella vive sólo en relación con su Jesús. Todo, en su corazón glorioso de madre, vive solamente para Él.

OBRA DE MISERICORDIA

Gracias a esta unidad tan profunda, tan íntima, María realiza con Jesús esta obra común de misericordia y de amor fraternal para con todo el cuerpo místico. Ella es, por toda la eternidad, la Madre de los miembros de Cristo: Madre de su vida divina, Madre que no cesa de engendrarlos para esta vida, que no cesa de guardarlos, de conducirlos, de nutrirlos, de sostenerlos, de educarlos y de dirigirlos hacia el Corazón de su Hijo Jesús y hacia el Padre, enseñándoles la docilidad plena al soplo del Espíritu Santo.

María nos comunica esta vida divina de hijos adoptivos del Padre —adoptivos pero reales— y de miembros de Jesucristo en un conocimiento perfecto de nuestras almas, conocimiento recibido de Cristo: todos los secretos de nuestro corazón le son revelados. María nos conoce y nos llama por nuestro nombre, habiendo recibido este conocimiento del mismo Buen Pastor. Tal conocimiento es un conocimiento práctico, amante y eficaz. Es el conocimiento de la madre respecto a sus hijos, que liga el corazón y la inteligencia de la madre al corazón y la inteligencia de sus hijos. En el conocimiento de amor se da como una comunicación muy íntima de vida; María, como Madre, está entregada totalmente a nuestras almas, por Cristo y por el Padre. Y es en esta misma donación en la que es Madre y nos engendra: la donación tiene un modo maternal que no puede separarse del don que nos hace Cristo con la Santísima Trinidad. María no puede darse a nuestras almas como Madre, engendrando en nosotros la vida divina, sino en la voluntad de su Hijo y en la del Padre, bajo la sombra del Espíritu Santo.

Dios, en su sabiduría, ha querido establecer plenamente a María como Madre de su Hijo para que sea plenamente Madre de sus miembros, para que juegue en relación con nosotros, eternamente, el papel de Madre de la vida divina; por ello, el don de la vida divina, que concede a sus hijos, se realiza según este modo especial de la maternidad. María es para sus hijos el medio vital en el que se desenvuelve su vida divina; ella es la que lleva y protege su vida cristiana, la que dispone sus almas para la acción de Espíritu Santo y la que, de una manera íntima y suave, completa en ellos esta acción del Espíritu Santo para que las gracias de Dios alcancen toda su eficacia.

Esto nos hace comprender de qué manera María está presente a cada uno de sus hijos en lo más íntimo de su vida divina, de su vida cristiana; de qué modo en nuestra gracia hay algo que nos connaturaliza con la gracia de María, que nos inclina espontáneamente hacia ella y nos permite vivir al unísono de su vida divina. Es en este sentido en el que debemos comprender que su maternidad respecto de los que aún están en la tierra se sitúa en otro plano distinto, de la acción instrumental de los sacramentos.

Precisemos que para los que aún están sobre la tierra, la presencia de María en lo más íntimo de su vida divina es una presencia sobrenatural que permanece oculta y velada y es la fuente de nuestros más grandes impulsos y nuestros deseos más ardientes. Pero aunque oculta, esta presencia es eficaz y real; es la presencia de alguien que actúa en nosotros maternalmente, que nos otorga la vida de Dios, que no cesa jamás de disponernos y hacernos dóciles a la inspiración del Espíritu Santo.

Verdaderamente, el Espíritu Santo puede darnos la experiencia divina de esta maternidad de elección y predilección de María sobre nuestras almas. Él puede hacernos vivir conscientes de esta prsencia invisible y maternal de María en lo más íntimo de nuestra vida divina. Puede enseñarnos a decir «Madre» al mirar a María como nos enseña a decir «Padre» al contemplar a nuestro Creador. Puede desvelarnos y hacernos experimentar todos los insondables abismos de esta maternidad, hacernos comprender la cualidad divina de su amor. María, en la Cruz, ha aceptado separarse de Jesús para ser madre de la vida divina de Juan. Jesús le ha pedido ese sacrificio para que sea nuestra Madre, y María lo ha aceptado con amor: ha preferido la vida divina de su hijo Juan a la alegría de la presencia física de su Hijo, a la vida terrena de su Hijo. Esta elección es eterna; nosotros somos amados con esta «cualidad» de amor.

El Espíritu Santo puede sumergirnos, escondernos experimentalmente en los abismos de la misericordia maternal del corazón de la Virgen y exigir de nosotros que permanezcamos allí como reclusos, como el niño *in sinu Mariae*. Puede pedirnos que la escojamos de una manera especialísima como Madre, con una elección que intenta semejarse a la cualidad divina de la suya. Puede reclamar de nuestra parte una actitud semejante a la de Juan: elegirla como Madre para obedecer a un orden imperativo de Cristo, a su última voluntad, y llevarla con nosotros, en nuestra vida, en nuestra intimidad, como él lo hizo, para vivir exclusivamente con ella y de ella. Es una habitación divina oculta, solitaria, silenciosa, en la que puede fijarnos el Espíritu Santo. Existe en ello, sin ninguna duda, una alianza especialísima de amor entre nuestro

corazón y el de María, en la cual todos vivimos, pero de lo que no todos somos divinamente conscientes.

Además, María coopera con el gobierno de Cristo sobre nosotros, que consiste en dirigirnos hacia el Padre, a conducirnos por amor hacia la casa paterna. Este gobierno, que es el de la sabiduría de Dios, posee como carácter propio el de ser a la vez fuerte y suave, *fortiter et suaviter*. El gobierno maternal de María sobre nosotros toca primeramente a la expansión de nuestra vida cristiana, a la perfección de nuestra vida de fe, de esperanza y de amor. María acelera siempre la hora de Cristo, como en Caná, y desea siempre que nuestro progreso sea cada vez más rápido; no puede sufrir ciertos retrasos, ciertas negligencias. Actúa «con fuerza» exigiendo mucho de nosotros, como una madre amorosa que tiene grandes ambiciones para los hijos que tanto ama. Pero obra también con dulzura, con una infinita suavidad, que hace como si surgiera de nuestro interior, como si fuésemos nosotros mismos los que actuásemos; ella desaparece, se borra, para dejar lugar a nuestras iniciativas. En toda nuestra vida de oración ella se presenta para ayudarnos a vivir en Él de manera más divina. Santo Tomás nos dice que si las bodas de Caná se consideran de una manera mística se trata entonces de las bodas de nuestra alma con Cristo. En estas bodas, María es siempre la invitada y juega el papel de *conciliatrix nuptiarum*, presentando nuestra alma a Cristo. María actúa, pues, maternalmente sobre nuestra vida de oración para hacerla más divina, para descartar el modo humano intelectual, estético o imaginativo, y poner en su lugar un modo divino de simplicidad y de amor. «Sed simples como las palomas.» «Quien no reciba

el Reino de Dios como un niño, no entrará en él» [38].

Este gobierno de María se ejerce especialmente en toda la zona de nuestra imaginación humana, de nuestros recuerdos, de nuestro «yo psicológico», zona en la que se libran la mayor parte de las batallas, de las luchas, donde se sitúan la mayoría de las tentaciones. María pacifica, aplaca, simplifica, suprime los complejos psicológicos, los desata con su amor maternal y suave; actúa también sobre nuestra sensibilidad y nuestras fuerzas psíquicas, rodeándolo todo con su gracia maternal.

Gracias a esta acción de misericordia maternal, su presencia, realizada primeramente en lo más íntimo de nuestra vida divina, en su misma fuente, puede, si a Dios le place, apoderarse de toda nuestra vida humana, imaginativa, intelectual, afectiva y sensible. Esta acción maternal puede apoderarse de todo.

Tal acción puede —puesto que María posee en el cielo su cuerpo glorioso— tomar incluso las modalidades más extraordinarias, más sensibles o más imaginativas, del mismo modo que sucede con la presencia del cuerpo glorioso de Cristo en relación con los miembros de su Cuerpo que aún están aquí en la tierra. María puede aparecer visiblemente a sus hijos, aún exiliados aquí abajo, para reconfortarlos, para alentarlos, para recordarles las exigencias de la vida cristiana. Evidentemente, tales apariciones revisten siempre un orden carismático y pasajero: son como «signos divinos» para fortalecer nuestra fe o disminuir nuestra incredulidad y son asimismo como «presagios» de lo que hay en el cielo.

En el cielo, para los elegidos, esta presencia es

[38] Lc 18, 17.

vivida en plena luz y todas sus virtualidades aparecen absolutamente explícitas. María ejerce siempre sobre los elegidos este papel maternal, misericordioso y fuerte. Ella ilumina a cada uno de los elegidos y se da a cada uno de ellos en particular.

Respecto a los ángeles, María ejerce una «regencia» y ya no una «maternidad» íntima; los ilumina, pero no se da a ellos como Madre. Así, sus hijos tienen con ella una intimidad que los ángeles no pueden conocer.

Vida litúrgica

Su vida común con Jesús y esta vida maternal con los elegidos y con sus hijos de la tierra se extiende a la vez en una magnífica vida litúrgica de oración, de devoción, de adoración, de acción de gracias, de alabanza, de súplica. Esta vida litúrgica celeste es distinta de la vida contemplativa, pero está en perfecta armonía con ella; es como el resplandor y la marca de esta vida contemplativa sobre todo el plan de la vida moral humana.

Esta vida de adoración se proyecta de hecho en su misterio de compasión vivido según un modelo glorioso. Es el holocausto íntimo y eterno de su corazón en unión con el de Jesús. Es el holocausto glorioso de la esposa y la madre. Las «siete dagas» que traspasan su corazón corresponden al único lanzazo que traspasa el corazón de Jesús.

Esta adoración gloriosa es, asimismo, una alabanza. Si María, en el cielo, es ciertamente hostia de holocausto, es también «hostia de alabanza». En ella todo es alabanza de Dios; todo lo que está en relación con ella alaba a Dios por ella. Es una alabanza de amor filial, plena de intimidad y ale-

gría. Esta alabanza implica una verdadera acción de gracias, para agradecer a Dios todo lo que Él ha comunicado libremente y con amor.

En fin, María es nuestra «abogada» cerca del Padre y de Jesús. No cesa de interceder en nuestro favor, de pedir para nosotros gracias de amor, no cesa de interceder por nuestra causa cerca de Aquel que el Padre ha investido como Juez de la humanidad. No cesa de recordarle, de repetirle, las palabras que Él mismo ha dirigido al Padre en favor nuestro:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» [39].

El foco de toda esta vida litúrgica es el Corazón de Jesús y el de María, inseparables de hecho; la víctima y el Sacerdote son inseparables por toda la eternidad.

Esta vida litúrgica del Cielo, término y medida de nuestra vida litúrgica de la tierra, participa de la eternidad; se encuentra directamente dentro de su resplandor y bajo su dependencia. Contiene eminentemente todo lo que ha sido vivido durante las diversas etapas de la vida de la Santísima Virgen y que conmemoramos a lo largo del año litúrgico: liturgia del Adviento, de Navidad y de la Purificación; liturgia maternal y gozosa; liturgia de la Agonía y de la Cruz; de la Resurrección y de Pentecostés. Todo está unido según un modo de gloria y se realiza en el esplendor, la belleza y la irradiación del amor. En esta vida litúrgica gloriosa, no hay la menor oscuridad; todo aparece divinamente ordenado y luminoso.

He aquí toda la riqueza de esta vida bienaventurada, todo el resplandor divino de la vida de cari-

[39] Lc 23, 34.

dad; la vida que contempla a Dios se expande en la inmutabilidad de la visión gloriosa, es una vida contemplativa extática y solitaria, divinamente comunitaria en el seno de la vida trinitaria. La que mira al prójimo se expande en lazos de amistad mutua y luminosa, en una vida gloriosa, esclareciendo de manera divina la soledad de la contemplación.

En María, estos lazos de la caridad fraterna son, de hecho, lazos de dependencia filial en relación con Jesús y lazos de misericordia maternal respecto a los miembros de su cuerpo místico. Por el don de piedad, su caridad se apodera ante todo del ejercicio de la virtud de misericordia y de la virtud de religión, y, por estas virtudes, se apropia de todas las demás virtudes. María vive en el cielo, al unísono del Corazón de su Hijo, todas las virtudes. Estas constituyen propiamente el particular clima «humano-divino» de la vida común gloriosa y nos manifiesta todas sus riquezas, todas sus diversas ramificaciones.

SEGUNDA PARTE

ETAPAS DE PURA ALEGRÍA: LAS ECLOSIONES DE LA CARIDAD

CAPÍTULO I

PRIMERA RESPUESTA DE MARÍA A DIOS: EL MISTERIO DE LA CONSAGRACIÓN VIRGINAL. EL ABANDONO

Después de haber mostrado el punto de partida y el término del misterio del crecimiento de la caridad en la Santísima Virgen, debemos ahora considerar atentamente los diversos momentos de este crecimiento.

PRIMERA CONSIDERACIÓN

El primer acto de caridad del corazón de María que nos ha sido revelado es la consagración de todo su ser a Dios. En el misterio de la Anunciación, María responde al ángel Gabriel, que le ha dicho que ella será la madre de Dios, de esta manera: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?» [40]. Esta pregunta nos muestra bien a las claras las intenciones íntimas del corazón de María. Esta virgen, «prometida

[40] Lc 1, 34.

a José» se da enteramente a Dios. Le pertenece exclusivamente. Sus esponsales con José esconden maravillosamente su entrega total a Dios.

Esta consagración total de su ser es la primera respuesta de María a la misericordia gratuita de Dios, es el primer impulso de su corazón hacia el amor de su Dios. En esta respuesta, María explota de manera divina el capital de su privilegio de inmaculada. Este acto es el fruto de un amor heroico que quiere tender hacia Dios lo más perfecta y rápidamente posible. Como toda donación, implica una separación, un sacrificio. María, por amor a Dios, hace el sacrificio de su maternidad humana, si ello place a Dios, y este sacrificio se realiza en la oscuridad de la fe. Ella no puede saber qué es lo que Dios le reserva. Es el mismo acto de fe y de esperanza que Dios exige de Abraham cuando le pide que deje el suelo de sus padres y marche hacia la tierra prometida. «Ahora bien, Yahvéh dijo a Abraham: Vete de tu país, de tu patria, y de la casa de tu padre al país que yo te mostraré» [41].

---

[41] Gen 12, 1. Citemos estas palabras de San Gregorio Niseno respecto a Abraham, dejando su país para responder a la llamada de su Dios: «Abraham, bajo la orden de Dios, sale de su tierra y de los suyos. Se trata aquí de una salida conveniente a un vidente, dirigida hacia el conocimiento de Dios. No se trata, en efecto, de un simple cambio de lugar lo que me parece significarse en esta expresión, sino que hay que entenderla espiritualmente. Quiere decir que al salir de sí y de su propia tierra, es decir, de su mentalidad baja y terrena, al elevar su espíritu tanto como le era posible, por encima de los límites ordinarios de la naturaleza y dejar el parentesco, la relación del alma con los sentidos, de suerte que ninguna apariencia sensible pudiera turbarla y hacerle menos capaz de percibir las realidades invisibles, al cerrar sus oídos al ruido del mundo exterior, no dejando que la vida ofuscase su espíritu en las apariencias, al marchar por el camino de la fe, y no por el de la vista, se elevaba a un grado de conoci-

María, al consagrarse totalmente a Dios, en cuerpo y alma, debe salir de todo aquello que le es connatural, *egredere de cognitione tua.* Debe olvidar la casa de su padre, *obliviscere domum patris tuae,* para orientarse hacia una tierra prometida, aún invisible, que le dará Dios[42].

Con este acto, nos encontramos claramente en presencia de la aurora de la ley evangélica. El espíritu de esta ley, en lo que tiene de más exigente y puro, se impone al corazón de María y toma posesión de todo su ser. La pregunta de María al ángel Gabriel en la Anunciación nos desvela, pues, de manera indirecta el amor íntimo y escondido de su corazón hacia Dios. Ella lo ha escogido con preferencia a todas las demás realidades.

Si el Espíritu Santo no nos ha revelado directamente el primer *ecce venio* que ha pronunciado en el secreto de su corazón podemos, sin embargo, adivinarlo a través de esta objeción, tan sencilla, tan clara, que María ha hecho espontáneamente al ángel, como la cosa más normal. La pregunta nos revela también una exigencia muy particular de su amor respecto al plano social y comunitario: ella está prometida a José, siendo así que es toda de Dios. Se trata, pues, de una nueva comunidad en el seno de la antigua comunidad de Israel y que realiza su amor; una comunidad familiar de personas

---

miento tan alto que podía llegar a alcanzar el límite de la perfección humana habiendo conocido a Dios tanto como es capaz de conseguirlo nuestra naturaleza estrecha y perecedera, lanzada más allá de ella misma» (*Adv. Eunom.*, XII; PG., 15).

[42] Gen 24, 16 y 43. *Rebeca,* prefiguración de María, nos es presentada como una joven muy bella, virgen *(bethulah)* no conocida por ningún hombre y de una inocencia virginal (alma). Cfr. Ex 2, 8; Is 7, 14; Cant 1, 3; 6, 8; Ps 68, 26; Prv 30, 19. Esta expresión se encuentra siete veces en la Escritura.

entregadas a Dios, que se unen para amarle de manera más divina y para amarse mutuamente por El. He aquí la autora de la comunidad cristiana; cualquier otra comunidad cristiana se enraiza en esta comunidad y no puede separarse de ella.

Esta consagración de María, que el Espíritu Santo nos revela de una manera velada, es el modelo de toda primera etapa, de toda primera orientación en el misterio del crecimiento de la vida cristiana. En efecto, el primer gesto del alma cristiana es el de presentarse a su Dios, su Creador y su Padre. Ahora bien, la presentación a su Creador y Padre no puede realizarse, sino poniéndose totalmente, cuerpo y alma, en sus manos, prometiéndose fidelidad y esperándolo todo de El. He aquí el gesto perfecto de la consagración, fruto de una confianza total en la misericordia omnipotente del Padre-Creador. La primera cooperación del alma cristiana, respondiendo a la acción misericordiosa de su Dios, no puede ser otra que un gesto como éste. Por tal consagración, el alma explota libremente, del modo más divino, la gracia que Dios le ha concedido. Reconoce que no se puede cooperar con Dios, sino entregándose totalmente a El, dejándolo actuar en completa libertad. No podemos presentarnos ante Dios si no es dejándole atraernos hacia El. No se puede progresar en el amor divino sino dejando que el amor de Dios nos invada. El primer «sursum corda» de la criatura no puede ser otro que una consagración total, dejando al alma absolutamente libre para su Dios. Este, enseguida comunicará lo que quiere, determinando así la voluntad de la criatura. Pero Dios no puede comunicar su voluntad si, primeramente, no hay en el alma de la criatura esta presentación íntima, esta consagración profunda. Dios respeta siempre la libertad hu-

mana, no actúa directamente ni se impone sino en la medida en que nosotros le dejamos actuar. San Juan de la Cruz afirma que «debemos dejar el corazón libre para Dios, lo que es el principio dispositivo para todos los favores que Dios quiere hacer al alma y que no los hace sin aquella disposición»[43]. La consagración permite esta libertad interior del corazón orientándolo totalmente hacia Dios.

Precisemos que este primer acto de caridad del corazón de María nos aparece en la Tradición y las Escrituras con ciertas modalidades que debemos considerar de cerca.

Modalidades de esta consagración

Si se decanta la Tradición de todas las leyendas apócrifas que nos proporcionan detalles superfluos no sancionados por el Espíritu Santo, nos ofrece el solo hecho de la consagración de María a Dios en su Presentación al Templo para ser ofrecida al servicio de su Dios. La Escritura no nos dice nada de ello explícitamente. El primer gesto oficial de María, su Presentación al Templo, como el último, su muerte, debían quedar, por designios de la Sabiduría divina, como encubiertos, escondidos en la Tradición.

Notemos que el misterio de la Presentación es el punto de partida de toda la Tradición cristiana, que comienza con él, con este primer acto personal de la vida de María. El misterio de la Tradición cristiana es, pues, inseparable de la vida de María. Si rehusamos admitir la Tradición, se mutila necesariamente el misterio de María y corremos el riesgo

[43] San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo.*

de no poder comprenderlo de la manera deseada por el Espíritu Santo. Ya no se podría aprehenderlo desde el interior, lo cual es normal porque el misterio de una madre es siempre un misterio de intimidad afectiva que repugna en cierto modo a ser escrito, y que no puede ser vivido y comunicado sino por el amor y en el amor.

Por este misterio de la Presentación, la Tradición quiere hacernos comprender que María se ha entregado totalmente a Dios, que se ha separado de sus padres —por otra parte tan santos— Joaquín y Ana, para entrar en la casa de Dios, para consagrarse a su servicio[44]. Ella quiere ser la servidora de Dios y ninguna otra cosa. María cumple este primer gesto de amor en el secreto de su corazón. San Alberto Magno nos dice que María se entrega a Dios para ser su bien bajo la única inspiración del Espíritu Santo, sin ningún consejo humano, *solo inspirante Spiritus sanctus absque omni humano prompto consilio et exemplo.*

Comprendamos los derechos absolutos de Dios sobre la que iba a convertirse en su propiedad exclusiva. A pesar de la obligación de todas las jóvenes de la estirpe de David de contraer matrimonio para perpetuar la descendencia real de la que debía nacer el Mesías, María, sin menospreciar esta obligación, acepta la llamada imperativa del

---

[44] San Juan Damasceno afirma: «Ella nace en la casa de Joaquín, y es conducida al Templo. Plantada en la casa de Dios y abonada por el Espíritu Santo, como un olivo fructífero, se convierte en el lugar de todas las virtudes, librando a su espíritu de todo deseo carnal, y conservando vírgenes su alma y su cuerpo, como convenía al que Dios debía concebir en su seno. Dios, santo, descansa en los santos; al conservar la santidad María se convierte en un templo santo y admirable, digno de recibir al Altísimo». *De Fide orthod.*, IV, 14.

Espíritu Santo, se separa de los suyos, sacrifica la maternidad, se despoja del derecho de amar a quien ella eligiera y de ser amada por él para no ser amada, sino de Dios y no amar a nadie sino a Él.

El Cardenal Cayetano precisa que esta donación de sí misma a Dios no puede hacerse sino bajo condición, «si tal le place a Dios». María, en efecto, al realizar este acto, no puede pedir consejo a nadie. Debe guardarlo como un secreto divino, puesto que ella es la primera en realizar este gesto con una pureza tal. María no tiene modelo alguno ante sí; es la «primera»; debe, pues, actuar con una dependencia tanto mayor respecto a su Dios, poniéndose enteramente a la disposición de Aquél.

Esta condición no disminuye en nada el carácter absoluto de la entrega, que es total, pero nos pone de manifiesto su modalidad. Esta entrega, esta donación se hace con un abandono pleno, en una remisión total al deseo de Dios. He aquí la extrema delicadeza del corazón de María, que no quiere hacer nada que no sea directamente querido por Dios. Comprende, bajo la inspiración del Espíritu Santo, que la mejor manera de responder a la misericordia del padre es abrirse cada vez más a su misericordia, no limitarla a nuestra talla humana, sino entregarse, abandonarse. Esta consagración primera es, así, una consagración en el abandono, o, mejor dicho, una consagración de abandono, porque ella no quiere ser otra cosa que un abandono total, pleno, sin restricción alguna de materia o de tiempo. Se entrega atada de pies y manos al deseo de Dios y le promete considerar durante toda su vida esta actitud como la actitud más verdadera y la más fundamental. Un tal abandono es característico de la criatura elevada al orden

sobrenatural de hijo de Dios, como claramente nos lo enseña Nuestro Señor[45]. Porque la actitud más característica de la criatura racional al presentarse ante Dios es la de adorarle; es el primer acto de los hijos del hombre, Caín y Abel, que nos es revelado. La criatura racional, frente a su Dios, se borra, desaparece. ¿Puede mirar a su creador sin temblar? Por el contrario, la actitud propia del hijo es la de amar a su Dios-Padre y vivir en unidad de amor con Él. Se comprende entonces cómo la actitud característica de la criatura racional elevada a la dignidad de hijo de Dios sea este temor amoroso, filial, desplegándose en un abandono pleno[46].

---

[45] Lc 12, 22: «No os acongojéis por la vida, pensando qué comeréis...»

[46] Sería interesante comparar el primer acto que la Escritura nos relata de Moisés, servidor de Dios, con el que la Tradición nos muestra de María, servidora de Dios. «Y sucedió por aquellos días que, siendo ya mayor Moisés, fue donde sus hermanos, comprobó lo agobiados que estaban y vio a un egipcio que pegaba a uno de sus hermanos hebreos. Volvióse a un lado y otro y notando que no había nadie, mató al egipcio y lo soterró en la arena» (Ex 2, 11-12). A la misericordia de Dios, que le ha salvado de las aguas de Nilo, Moisés responde por una obra de justicia humana —se podría decir mejor por tres gestos sucesivos de justicia humana, es decir, por una plenitud de justicia humana— (Ex 2, 13-17). A la misericordia gratuita del Padre, que la ha apartado de las aguas del pecado, María responde con una promesa de abandono: he aquí la única respuesta adecuada a la misericordia divina. Porque responder a la misericordia divina con la justicia humana es poner la misericordia divina a nuestra propia altura humana, es canalizarla en nuestra propia razón, es, pues, destruirla. Moisés tendrá miedo de las consecuencias de su gesto cuando advierta que el Faraón lo ha sabido y entonces huirá al país de Madian. Responder, por el contrario, con una promesa de abandono, es reconocer el carácter absoluto de la misericordia divina, es querer vivirla lo más totalmente posible, es abrir nuestra alma a la misericordia para que la misericordia tome posesión de todo. En lugar de utilizar humanamente la miseri-

El niño dormido en los brazos de su madre ilustra bien esta actitud de abandono perfecto. Como infante, solamente se apoya en su madre, no tiene otro sostén que sus brazos; como infante no tiene inquietud alguna, más aun, ni siquiera sabe qué es la inquietud. Está de tal manera descuidado y abandonado que normalmente cierra los ojos y se duerme. Se trata sólo de una imagen, ciertamente, pero de una imagen que puede ayudarnos a comprender esta exigencia primera de la vida divina en el corazón del hombre. «Quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él»[47].

Este santo abandono del «infante» no es quietismo, porque es el fruto de actos de fe, de esperanza y de amor en la misericordia omnipotente y amante de Dios-Padre. No es un abandono psicológico, fruto de un temperamento linfático que con frecuencia se traduce en una actitud de dejadez y de indeterminación. Es, ante todo, un abandono divino, que mantiene al alma totalmente dispuesta a acep-

---

cordia de Dios, se quiere ser poseído por ella, se quiere esconderse en ella lo más perfectamente posible. Se convierte uno entónces en un ser fuerte con la fuerza de Dios. Notemos bien que si María, gracias a la pureza de su corazón, se abandona inmediatamente de una manera tan perfecta, ello no quiere decir que este acto no sea heroico y que no exija una verdadera muerte de las iniciativas humanas. El ser vivo es el que «se mueve»; el abandono reclama que la parte inferior acepte callarse, no «moverse», para dejar a la parte superior actuar libremente. El abandono a la misericordia divina exige, pues, que el «Egipcio» —que representa el pagano, el que obedece al faraón, a las potencias humanas tiránicas— sea condenado a muerte y enterrado en la arena. El gesto de Moisés es entonces significativo y simbólico. Nos ilustra a la vez acerca de la grandeza y pureza del gesto de María —mostrándonos todo el abismo que existe entre la justicia y el abandono— y lo que este gesto de abandono presupone e implica: la muerte y sepultura del hombre viejo.

[47] Lc 18, 17.

tar la voluntad de Dios. Si se puede comparar este abandono divino con la actitud del niño que se duerme en los brazos de su madre, ha de compararse también con el estado del sirviente que vela esperanzado atentamente la vuelta de su amo, deseoso de recibir inmediatamente la orden de su bienamado señor[48]. Este espíritu de abandono es, en efecto, la actitud fundamental de la criatura racional ante su Dios, sabiendo que servir a Dios, ponerse totalmente en sus manos y ejecutar sus órdenes es lo más grande que puede haber para la criatura. La actitud propia del servidor que ama a Dios es la de esperar las iniciativas de Aquel a quien se dedica en cuerpo y alma para responder con la mayor diligencia y alegría. Este abandono divino es, pues, un estado de atención amorosa a la voluntad de Dios, para recibir esta voluntad como ella quiere ser recibida. La petición del *Pater* lo expresa maravillosamente: «hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo». Es preciso que la criatura racional adopte maneras celestiales para recibir de un modo divino la voluntad del Padre. Apartar todos los retardos, todas las lentitudes propias de la tierra y manifestar un deseo fundamental de recibir con amor e inmediatamente esta voluntad amorosa y eterna.

En fin, para penetrar mejor todo lo que de divino hay en este espíritu de abandono y evitar toda falsificación humana, se podría comparar también este estado fundamental del alma humana cristiana que se entrega totalmente a los deseos de Dios-Padre con la actitud del padre de familia que vigila para

---

[48] «Estén ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas» (Lc 12, 35-45).

no dejar que el ladrón entre en su casa[49], con la actitud del soldado montando la guardia, con la del centinela atento a los menores rumores, a los ataques solapados y astutos. No es solamente la actitud del servidor que espera las órdenes de su señor, es también la actitud de quien está al acecho en la lucha, del que sabe que mientras espera las órdenes de su jefe, debe permanecer atento a las maniobras del enemigo deseoso de impedir que reciba las órdenes y que las ejecute. La vida cristiana, aquí abajo, es milicia; el adversario no descansa, intentando permanentemente apartar al cristiano de la voluntad de su Padre. San Pedro nos lo recuerda: «Sed sobrios, vigilad; vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda en torno buscando a quien devorar»[50]. Esta acción del demonio es particularmente fuerte y sensible en este comienzo, tan importante para todo lo que vendrá después. La primera orientación es siempre lo más delicado, lo más sensible y asimismo lo más importante. El demonio es demasiado inteligente como para dejar de ocuparse de ello con una vigilancia especialísima. Por esto es por lo que el santo abandono del «infante», del hijo del Padre, no solamente es el estado de atención del siervo fiel —el hijo es siempre una criatura, siervo de Dios—, sino también el estado de vigilia del soldado totalmente entregado a la lucha, y que sabe que el enemigo, aunque permanezca oculto, está en realidad presente, dispuesto a devorar a su presa a la menor imprudencia. Este abandono cristiano exige, pues, una vigilancia extrema respecto a todo lo que sea Dios o los enviados de Dios. Vigilancia extrema,

[49] Lc 12, 19.
[50] I P. 5, 8.

por otra parte, que no es solo fruto de la prudencia humana adquirida, por perfecta que pueda ser, y que por sí sola no es capaz de detectar las artimañas del demonio. Hace falta la luz de la fe para advertirlas, hace falta la prudencia infusa, ayudada por el don de consejo para ser «prudente como la serpiente». Esta es la única prudencia que permite al alma ser «sencilla como una paloma».

Esta consagración de abandono en el alma de María encierra todas estas dimensiones divinas: entrega totalmente de María a su Dios, como el infante se abandona entre los brazos de su madre; coloca a María en una situación de sierva amante de su Dios, esperándolo todo de Él y deseosa de ejecutar sus deseos; la sitúa en un estado de defensa ante Satán, su enemigo personal. Esta consagración de abandono es para María la mejor manera de fortificarse en su Dios contra los ataques posibles del demonio. Porque al abandonarse a la misericordia del Padre, María se oculta en aquella misericordia y escapa a las miradas del demonio. María huye al desierto. Satán lo ignora todo acerca de este primer gesto de María: ésta es la primera manera cómo María aplasta la cabeza de Satán.

Esta consagración de abandono aparece claramente como lo que ensancha fundamentalmente, del modo más perfecto, su plenitud de fe, de esperanza y de amor, recibidas con su privilegio de inmaculada. ¿Acaso no es el primer fruto de los dones del Espíritu Santo, su primera cooperación con Él? El don de sabiduría, ¿no le hace acaso descubrir en primer lugar los derechos exclusivos y celosos de su Dios? Dios lo quiere todo: María se da sin reservas. Los dones de temor y de consejo, ¿no la hacen ante todo dócil a la soberanía absoluta de Dios? Sólo tiene valor antes sus ojos el cumpli-

miento de los deseos de su Dios; lo esencial no es la cualidad de la ofrenda considerada en sí misma, sino el preciso cumplimiento de la voluntad de Dios realizado en esta ofrenda.

Para que la ofrenda sea del agrado de Dios, para que sea santa, es preciso que sea la expresión viva de su voluntad. Por esto, para consagrarse plena y perfectamente, María se abandona totalmente al deseo de Dios, amando más este deseo que la propia consagración de su ser: toda su alegría, toda su fuerza están junto al deseo de Dios.

Vemos la diferencia con el primer acto que el Espíritu Santo nos ha revelado de nuestra madre según la carne y la sangre, Eva. En ella, este primer acto es un acto de independencia, de aislamiento orgulloso, de autonomía terrible. Eva responde a Satán que le pregunta, le descubre el secreto de Dios y se convierte en la presa del demonio.

En nosotros se da una constante lucha entre estas dos primeras iniciativas que son como nuestros dos atavismos, el que nos viene de Eva y el que nos llega de María; nuestras iniciativas oscilan de hecho entre estas dos actitudes tan opuestas. En la misma medida en que somos engendrados en la vida divina nuestras iniciativas se acercan cada vez más a esta consagración total de abandono. Vivimos cada vez más el santo abandono, comprendiendo que el «ecce venio» y el «in manus tuas», punto de partida y término de la vida terrena de Jesús, son los que caracteriza fundamentalmente la actitud del cristiano. El «in manus tuas» es, en efecto, como el alfa y el omega del discípulo de Cristo. María, la primera entre los discípulos de Jesús, la que anuncia la ley evangélica, viene a ofrecernos el modelo.

Esta consagración primera de abandono del alma

de María a Dios permanece totalmente oculta; es una alianza secreta e íntima que se realiza entre ella y su Dios. Ninguna criatura es testigo de ello; solamente actúan ella y Dios: Dios toma la iniciativa; ella coopera respondiéndole. María lo deja todo para amarle por encima de todo, exclusivamente, como a lo único necesario. Esto es normal, porque el abandono pide estar oculto, estar reservado a Dios. Cuando un alma se abandona verdaderamente a Dios, se oculta en El, puesto que no vive más que para El. Este misterio de la consagración de María, de su presentación, permanece oculto en lo que hay de más íntimo, de más secreto en la Tradición, sin duda para hacernos comprender su importancia. Todo comienzo debe estar reservado a Dios, exclusivamente a El, que tiene el derecho a las primicias de todo lo creado.

Desde el punto de vida comunitario, nada ha cambiado. La vida del Templo, exteriormente, sigue siendo la misma; María no modifica nada. Las miradas de los hombres no podrían adivinar nada; sólo Dios sabe de qué modo María, en medio de los demás, vive de una manera absolutamente nueva, según unas exigencias más profundas y más divinas, las de la ley evangélica. El ideal evangélico debe ser vivido primeramente en el corazón de María de una manera absolutamente secreta, a la sombra del Templo.

La primera piedra del edificio que Dios quiere construir en nosotros, este templo divino en el que debe habitar el Espíritu Santo, debe estar como oculto, encerrado en lo más íntimo de nuestro ser, en la misericordia del Padre, sin que sea necesario que exteriormente aparezca cambio alguno.

He aquí una de las exigencias del gobierno divino que nos es mostrado maravillosamente por la pri-

mera respuesta de María dentro del misterio del crecimiento de su vida divina.

San José, asociado a la consagración de María

Esta donación secreta va a modificarse, o más exactamente a ampliarse, gracias a José. No sabemos cómo se realizó el primer encuentro de José y María, si fue María quien confió su secreto a José o si fue el mismo Espíritu Santo el que reveló a José el especial amor de Dios para con María. La primera hipótesis parece más conforme con las leyes del gobierno divino y uniría más íntimamente José a María. José sería el primero que recibiría la confidencia de María; se convertiría, por ello, en el primer beneficiario de su caridad fraternal y misericordiosa. Porque confiar a cualquiera un secreto personal que interesa profundamente toda nuestra vida es testimoniarle por ello una grandísima confianza, y por lo mismo hacerle objeto de un acto de amistad. José se convertiría, por tanto, desde el punto de vista espiritual, en el primer confidente y amigo de María. La Escritura nos dice que José era oficialmente el esposo de María. Por el mismo hecho de que él acepta considerarla como su esposa a los ojos de todos, respetando a la vez su donación total a Dios, permite una realización más plena de la consagración de María a Dios. José es para María como la primera respuesta misericordiosa de Dios a su abandono pleno, ya que, gracias a él, no hay ningún obstáculo que pueda impedir la realización de su entrega total, en cuerpo y alma, a su Padre. José, guardián de la Virgen, es también el que guarda, el que oculta la obra primera realizada

por María en la misericordia de su Padre: su abandono filial. José coopera activa y libremente a este abandono viviéndolo en su corazón y haciendo de él su vida. Tal cooperación permite a la obra de Dios afirmarse, instalarse según un modo comunitario, y precisamente según el modo comunitario más íntimo y natural: el matrimonio.

Veamos bien la progresión de las exigencias del amor divino en María: este amor le demanda la donación de todo su ser, primero de un modo solitario y oculto —viviéndolo ella sola— después, pidiéndole que se apodere del corazón de su semejante más próximo: José. La caridad fraternal y la misericordia, en lo que tienen de más grande, se apoderan inmediatamente del corazón de María y la unen a José con ese lazo tan extraordinario que sólo puede exigir el don de consejo, lo que desde el pobre punto de vista humano puede parecer un poco disparatado, pero que desde la consideración de la sabiduría divina es maravilloso. La consagración virginal, se podría pensar, al ligarnos exclusivamente a Dios, nos debe separar de la caridad fraterna. Pero, en realidad, al unirnos más estrechamente al amor de Dios nos permite amar más profundamente al prójimo, amarlo con una profundidad y una delicadeza absolutamente divinas. Resulta grandioso constatar que María, que se consagra de una manera tan plena a Dios, está, asimismo, ligada con tales lazos de caridad fraterna con José. Su corazón virginal ama a José de un modo divino, purísimo, pero muy real, muy eficaz. No se trata en absoluto de una especie de amor platónico, abstracto, lejano; un amor tal no sería divino, sino que en el fondo estaría teñido de egoísmo. La caridad fraterna nos hace amar al prójimo como Dios lo ama, con toda la profundidad, todo el realismo y toda la

pureza del amor divino, que alcanza lo que es sin ser afectado él mismo, según una generosidad totalmente desinteresada. Se ama al otro verdaderamente por amor, queriendo para él el bien y el bien más excelente de que sea capaz. Es con este amor divino con el que María ama a José; le ama porque es para ella el prójimo elegido por Dios que debe ser su prometido y su esposo; ella se conforma totalmente con la elección hecha por Dios; elige a José para que sea su compañero de camino, su sostén, su dueño, su confidente. Lo escoge para llevar con él una estrecha vida común, la vida común de un hogar, de una familia. Su confianza en José es tal que le confía el secreto de su alma: su consagración virginal a Dios. He aquí el modelo de toda caridad fraterna, porque esta caridad aparece a la vez tan pura que coexiste perfectamente con las exigencias más grandes del corazón de María, inmaculado y consagrado a Dios, y tan profundamente humana que este amor implica una mutua elección singularísima, una elección absoluta y fiel que decidirá definitivamente la orientación humana de su vida. Su elección es una promesa de fidelidad que no puede retractarse oficialmente: José y María están prometidos. Esta elección es íntima, totalmente respetuosa de las exigencias mutuas, acogedora y confiada. Se podría incluso decir que, así como María se abandona totalmente a la misericordia omnipotente del Padre, consagrándose a Él, así, su confianza hacia José, representante de esta autoridad del Padre sobre ella, es tan plena que se abandona total y verdaderamente a él para todo lo que tiene relación con la vida común. Ella puede confiarse enteramente a la prudencia divina de este hombre justo[51]. Sólo una prudencia cristiana totalmente divi-

[51] Mt 1, 19.

nizada por el don de consejo puede dirigir los actos exteriores de una tal caridad fraterna y ordenar esta vida común de María y de José, aurora de la primera comunidad cristiana.

Consideremos aquí aún esta exigencia del gobierno divino: Dios quiere que lo que está inicialmente secreto y oculto en nuestro corazón vaya tomando, progresivamente, posesión de toda nuestra naturaleza. Que nuestro corazón sea suyo, en primer lugar, en lo que hay de más profundo, pero que después sea también suyo en sus relaciones con los demás hombres. La caridad debe tomar posesión de la amistad humana en lo que tiene de más excelente y transformarla. Gracias a esta caridad fraterna la misericordia de Dios puede superabundar. No es solamente María la que está totalmente consagrada a Dios; es también José en su relación con María. No es únicamente María la sierva de Dios; sino que también José es siervo de Dios, al ser el siervo de la sierva de Dios; José es un siervo muy humilde, cuyo papel principal consiste en ocultarse. Dios le necesitaba para esconder a su sierva y reservársela, así, más profundamente. Dios, en su gobierno misericordioso, quiere multiplicar sus servidores, para que su misericordia superabunde. Quiere unirlos de una manera muy íntima, creando entre ellos fortísimos lazos de caridad fraterna, incluso condicionando la fidelidad del uno a la fidelidad del otro. Vemos en Moisés y Aarón, en el Antiguo Testamento[52] la prefiguración de lo que se rea-

---

[52] Cfr. Ex 4, 14-16. Resulta muy interesante comparar el modo como Dios une José a María, como guardián de su sierva, y el modo como une Moisés a Aarón, ya que en las dos ocasiones nos encontramos en presencia de una cierta superabundancia de la misericordia divina, que multiplica sus instrumentos y los une

liza entre María y José. Para ocultar a Moisés le es dado Aarón, quien será el portavoz de Moisés, la «boca de Moisés», quien podrá permanecer siempre vuelto hacia su Dios. Pero, no insistamos. Consideremos solamente cómo Dios ha dado a esta primera consagración de abandono su fecundidad inmediata. El verdadero y divino abandono de un alma totalmente consagrada a Dios ilumina y engendra el abandono en el alma del prójimo.

LA PRIMERA CONSAGRACIÓN: MODELO DE LAS CONSAGRACIONES RELIGIOSAS

Se puede decir que esta consagración de la Santísima Virgen a Dios es el modelo de todas las consagraciones religiosas. Nos debe mostrar, pues, lo que hay de esencial y de principal en éstas. María no puede responder a Dios si no es dándose totalmente a Él; esta consagración es la primera obra común de María con su Dios, la explotación divina de su gracia inicial: la Inmaculada Concepción y la plenitud de gracia. A la misericordia gratuita del Padre que la envuelve, María responde de manera divina entregándose totalmente a esta misericordia

---

entre sí para realizar una obra común. Pero el modo como Dios une José a María y Aarón a Moisés es totalmente diferente, así como el motivo propio de la respectiva unión. José está, a la vez, mucho más unido y mucho más separado respecto a María; participa del secreto de ella en razón de la perfección de su esposa. Por el contrario, la participación de Aarón viene dada en función de la imperfección de Moisés. El paralelismo puede permitirnos aprehender mejor lo que hay de perfecto y divino en la unión que Dios realiza entre José y María, y de qué manera, gracias a aquélla, Dios reclama de uno y otro una pobreza mucho mayor y un amor fraternal tan intenso.

y abandonándose a ella en cuerpo y alma. Dios se lo ha dado todo gratuitamente; María se lo devuelve todo libremente y lo pone a la total disposición de Dios. He aquí su respuesta a la misericordia inicial del Padre. He aquí el gesto divino que brota inmediatamente de la plenitud de fe, de esperanza y de amor de su corazón purísimo. La consagración de las vírgenes se enraíza evidentemente en el misterio de la Inmaculada Concepción; es en respuesta a este misterio por lo que ella ha entrado en la Iglesia.

Comprendamos bien que esta consagración se hace inicialmente en secreto. No hay nada jurídico, nada oficial; es Dios y únicamente para El, y para María y solamente para ella. Por eso, si se quiere hablar con precisión, se debe decir que esta consagración es el modelo del espíritu de todas las demás consagraciones religiosas, de lo que debe inspirarlas y darles su carácter divino. Y esta consagración de abandono de entrega nos muestra, precisamente y a través del misterio de la presentación, que el espíritu de toda consagración es la entrega, la renunciación. El voto de abandono, de renuncia, o mejor, el espíritu de renuncia, es como el alma de todos los demás votos y constituye su esencia. Los votos se esclerotizan en la misma medida en que no están constantemente vivificados por el espíritu de renunciación. Y por lo mismo, el misterio de la presentación no es solamente el modelo de todas las almas religiosas, sino que también lo es de toda alma cristiana. Esta debe vivir siempre de este espíritu de abandono incluso jurídica y socialmente. Dios le ha permitido enrolarse en una vida distinta de la vida religiosa: no se puede dispensar jamás a un alma cristiana de vivir en la renunciación, en esta entrega total a la misericordia

fraterna, y así esta alma vivirá del espíritu de los votos de religión.

De igual modo, se puede decir que la comunidad que se establece con José es el modelo de toda comunidad cristiana y muy especialmente de la comunidad religiosa. Pero haciendo la misma precisión: lo que María nos enseña no es el aspecto social y jurídico, sino la manera de vivir en comunidad cristiana. María nos muestra el espíritu que debe animar a toda comunidad cristiana.

La consagración virginal de María al Padre en el abandono a su misericordia y esta confianza fraterna tan pura y fuerte que liga a María a José son como los frutos últimos de todo el Antiguo Testamento que debía acabarse, completarse, con estos dos actos de amor divino, el uno que mira a Dios, el otro que se dirige al prójimo. Respecto a Dios, la espera de Israel debía completarse en el abandono, la forma más divina del supremo deseo. Cuando el deseo sobrenatural alcanza su paroxismo, si no quiere materializarse y humanizarse en impaciencia revolucionaria, si quiere seguir siendo divino, debe transformarse en abandono, en renuncia, y entregarse totalmente a la misericordia de Dios. Toda la espera de Israel florece, pues, en el misterio de la Presentación de María. En relación con el prójimo, las relaciones de justicia y de caridad que unían entre sí a los miembros del pueblo de Israel no podían tener culminación más perfecta que las que tienen lugar entre María y José. Ambos son de la estirpe de David. Y se unen en los lazos del matrimonio, lazos que constituyen la más estrecha relación de justicia, y se unen respetando mutuamente su consagración virginal a Dios, lo que exige la más pura y la más grande de las confianzas fraternales y asimismo un amor mutuo extraordinaria-

mente fuerte. Toda la Ley del Antiguo Testamento se completa en estos dos gestos de María, que están ya más allá de la Ley y preparan la Ley nueva.

labra del enviado de Dios, como a la palabra de Dios sobre ella. En este acto de fe viva y amorosa, el espíritu de María (San Agustín nos dice su «espíritu» y su «corazón») toca al mismo verbo de Dios en su misterio personal, o más exactamente, el Verbo de Dios actúa sobre su espíritu, que se entrega totalmente a esta acción divina. El Verbo de Dios se imprime como desde el interior en su espíritu de suerte que el espíritu de María se encuentra como poseído por el Verbo. «Cristo habita en nuestros corazones por la fe»[55]. El Verbo de Dios habita su espíritu y lo posee.

Hay en todo esto una maravillosa manumisión divina sobre su alma purísima. María escucha la palabra de Dios —*fides ex auditu*— y toca al Verbo. Son el oído y el tacto lo que nos sirve para expresar el realismo de la fe y al mismo tiempo su carácter imperfecto: el creyente no ve, oye. Oye la palabra de Dios. Esta palabra, por ser divina, no actúa desde el exterior como la palabra humana, sino que actúa desde dentro, por lo que posee un realismo y una eficacia únicos; permite un verdadero tacto interior de nuestro espíritu, en lo que hay de más profundo, con la Luz divina, con el Verbo.

María escucha y guarda en su corazón esta palabra, dejándola enraizarse en ella, desarrollar toda su virtud divina, apoderarse de ella hasta el fin. En su inteligencia y en su corazón nada se resiste, nada se opone, todo está abierto a la acción directa de Dios. En ella no hay división, no hay restricción o limitación de esta donación fundamental de su espíritu y de su corazón. Gracias a su voto de entrega, todo está divinamente dispuesto para esta acción directa de la palabra de Dios sobre ella. El

[55] Eph 3, 17.

abandono evangélico está ordenado a la recepción de la palabra de Dios. Es como la labor que permite a la tierra ser una «buena tierra» capaz de recibir la semilla divina, el germen de vida. Sin este abandono nuestra alma es árida, encerrada en ella misma, incapaz de abrirse a la palabra de Dios.

Es en lo «non-visum», en la oscuridad y en la tiniebla en donde María recibe la palabra de Dios. Ella no ve nada, no hace sino escuchar y tocar, dejarse prender por la verdad de su Dios hasta en las profundidades más vitales de su inteligencia. Acepta alegremente que Dios se comunique en el silencio, de manera oculta y misteriosa, acepta libremente y con amor que la «Luz» y la «Palabra» le sean dadas en las «tinieblas» y en el «silencio», lo que forma parte de este misterio de plenitud de fe. La fe no da la luz, pero la prepara y ordena a ella las fuerzas más vivas de nuestra inteligencia.

Si todo se realiza en la oscuridad de las tinieblas, todo se realiza, sin embargo, en la certeza. María está sedienta de que su espíritu, en lo que tiene de más íntimo, quede determinado totalmente por la verdad divina, por el Verbo. Su «fiat» realiza esto maravillosamente, la fija en Dios y la separa por el mismo hecho de todos los cambios y relativismos de las criaturas. En este acto de fe su espíritu adquiere una nueva certeza que le permite mantenerse firmemente, como si viviese en presencia de Aquel que le ha sido dado de un modo invisible, en las tinieblas, pero más íntimamente presente que nunca.

PUREZA DE LA FE DE MARÍA

Para conocer mejor el carácter totalmente divino de este acto que constituye a María en Madre de Dios, hace falta, siguiendo a San Agustín, poner la Anunciación en paralelo con las otras anunciaciones de las que nos habla la Escritura para ver las diferencias y semejanzas que hay entre ellas.

Todas las otras anunciaciones prefiguran, de hecho, la Anunciación; son como esbozos de ésta, más o menos alejados de ella[56]. Comparemos la actitud de María con la de Zacarías. A Zacarías, que era un varón justo ante su Dios caminando «irreprensiblemente en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor», le falta manifiesta falta de fe ante el mensaje del ángel, tan extraordinario e increíble desde el punto de vista humano. Es demasiado prudente en su fe, demasiado racional, demasiado humano: pide un signo. Pedir a Dios un signo, cuando Dios reclama una adhesión de fe, es, en realidad, reclamar una ayuda humana, algo que hable a nuestra razón, a nuestra prudencia, algo que sea connatural con nosotros. Nuestra razón humana puede, en efecto, sentir miedo de lo absoluto que lleva consigo la adhesión de fe; con frecuencia tiembla ante el abismo divino que se abre en nuestra alma por la adhesión voluntaria de fe. El misterio divino que, en la medida en que nosotros creemos en él va a apoderarse de nosotros y hacerse nuestro, horroriza nuestra razón, e instintivamente reclamamos algún signo que nos permita reflexionar mejor, verificar si aquello es querido por Dios. Si reclamamos estos signos no es necesa-

[56] Lc 1, 26 ss.; cfr. Ex 3, 1 ss.

riamente en razón de una mala voluntad que no querría creer, sino para ganar tiempo. Es por falta de generosidad. Es una excusa para tener un poco más de tiempo ante nosotros.

De hecho, la fe cristiana se realiza de manera muy diferente, según estados muy diversos: la fe del discípulo no tiene las mismas exigencias que la del siervo o la del niño. El discípulo puede reclamar ciertos signos, ciertos motivos racionales de credibilidad, para adherirse a la palabra de su maestro. En tanto que «discípulo» parece tener el derecho de reclamar para él tales motivos a fin de justificar a los ojos de su propia razón el fundamento y legitimidad de su adhesión de fe. Puede asimismo reclamar tales signos para los otros, para quienes no creen y a los que debe llevar la buena nueva. Fijémonos en Moisés: Dios le envía al Faraón con una misión muy precisa. Pero el Faraón no cree en Yahvéh. Entonces, ante la objeción temerosa de Moisés —«¿Quién soy yo para ir al Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?»—, Dios dice: «Yo estaré contigo, y ésta será la señal de que te he enviado...»[57].

Santo Tomás nos dice que los signos son para los infieles, para aquellos que aún no creen. El signo es como el incentivo que los va a atraer, encender su atención y suscitar su curiosidad. Y esto es especialmente cierto cuando el signo es un signo penal que les aflige o un signo misericordioso que les salva. El faraón ante el signo penal de esta granizada de una «violencia desconocida» exclama: «He pecado esta vez: Yahvéh es el justo, al paso que yo y mi pueblo somos los malvados. Implorad a Yahvéh,

---

[57] Ex 3, 11-12a.

que ya son demasiados truenos y granizos; pues yo os dejaré marchar y no os detendréis más»[58]. Ved a Cristo con la samaritana. Desde que Nuestro Señor le aparece como un profeta, conociendo profundamente lo que ella es, sabiendo los secretos de su vida personal, ella comienza a interesarse vivamente y se pone en el camino de la fe. Igualmente constatamos que Dios no hace reproche alguno a Gedeón cuando éste reclama un signo para que su pueblo crea en lo que él les dirá en nombre de Yahvéh. Es el mismo Yahvéh el que da a Moisés estas «armas milagrosas» para que el faraón sepa que no hay otro como Él en toda la tierra[59] para que Moisés pueda contemplar su poderío y que su nombre sea publicado por toda la tierra[60].

María, bajo la dirección del Espíritu Santo, se adhiere con la divina espontaneidad de una niña bienamada del Padre. Se adhiere inmediatamente, sin pedir signos, y el ángel le ofrece uno por superabundancia. El motivo de su adhesión no es este signo, que es sólo un «ejemplo figurativo», como dice Santo Tomás[61]. El verdadero motivo de su adhesión aparece bien claro en su respuesta al ángel: *Fiat mihi secundum verbum tuum*, «Hágase en mí según tu palabra»[62]. María cree en la plenitud de la palabra de Dios simplemente porque es la palabra de Dios. Y no quiere encerrar la amplitud y profundidad de esta palabra divina en la comprehensión humana que tiene de aquélla, por lo que no responde: «Acepto ser la madre de Dios», sino *fiat mihi se-*

---

58 Ex 9, 27-28; 10, 16-17.
59 Ex 9, 14.
60 Ex 9, 16.
61 III.ª 30 a 4 ad 2.
62 Lc 1, 38.

cundum Verbum tuum. Ella es la que recibe la palabra de Dios como la luz, como lo que es fuente y principio de toda luz, de todo conocimiento. Su inteligencia acoge esta luz sin querer disminuirla o restringirla en modo alguno. He aquí bien patente la actitud filial del niño que recibe la palabra del Padre como un absoluto que no se discute, y que se recibe como un tesoro.

Podría objetarse que María no se adhiere espontáneamente ya que, como Zacarías, ella pregunta al ángel el *quomodo* «¿Cómo será eso...» San Agustín ha comprendido muy bien la objeción: «A esta pregunta de María, *quomodo fiat istud,* se podría decir, si quisiéramos calumniarla, que ella no creía bastante, cuando lo que ocurría es que no hacía sino buscar cómo ocurriría aquello, sin dudar de la virtud, del poder de Dios. Y la respuesta que le fue dada: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cobijará con su sombra» hubiera podido ser en los mismos términos que la ofrecida a Moisés (cuando éste se inquietaba en el desierto sobre cómo podría alimentar a un pueblo tan numeroso). «¿Tan corto será el brazo de Yahvéh? Tú verás si la palabra que te he dado se cumple o no»[63].

El ángel hubiera podido responder: «¿Acaso será imposible para el Espíritu Santo descender sobre ti?» Es verdad que Zacarías, al decir algo semejante, es castigado por su poca fe y condenado al mutismo en castigo de su falta: ¿Por qué esta diferencia? Porque Dios juzga según el corazón, no según las palabras, *nisi quia Deus non de verbis, sed de cordibus judicat*»[64].

---

[63] Nb 11, 23.

[64] Cfr. *Lib. sobre los Siete libros de las cuatro cuestiones sobre*

Si se mira la intención del corazón de María, como nos invita a hacer San Agustín, el *quomodo* no es en absoluto, en el corazón de la Virgen, un deseo de justificación para estar segura de la palabra de Dios, no es un replegarse sobre ella misma para ganar tiempo; por el contrario, es el *quomodo* del niño que, al no comprender, demanda qué es lo que hay que hacer para entrar plenamente en los caminos del Señor. Es, pues, el fruto del amor obediente y temeroso —inspirado por el don de temor— que no quiere arriesgarse a errar y desfigurar la voluntad de Dios.

La pureza divina de este acto del niño que se adhiere a la palabra de Dios porque es, simplemente, la palabra de Dios, nos pone bien de manifiesto la primera cualidad de la fe cristiana. Este primer acto de fe explícitamente cristiano se ejerce con una limpidez absolutamente divina.

---

el Heptateuco. Del mismo modo, en el *Sermón* 291, III.° serm T 18, 503: «Al hacer esta pregunta al ángel, ella quiere saber cómo será madre y no abriga duda alguna sobre la omnipotencia de Dios: ¿cómo será esto? ¿De qué manera se cumplirá lo que me anunciáis? Me anunciáis un hijo, encontraréis mi alma toda preparada, pero, decidme de qué manera nacerá este hijo. ¿Podía esta virgen temer, o al menos ignorar el consejo de Dios, es decir, que al querer tener un hijo desaprobaba su voto de virginidad? ¿Qué habría ocurrido si el ángel le hubiese dicho: únete a tu marido? Pero Dios no podía hablar de este modo, porque Él había aceptado como Dios su voto de virginidad y recibido de ella lo que Él mismo le había dado. Dime, pues, mensajero divino, ¿cómo será esto? El ángel sabe que es el deseo de instruirse y no la desconfianza lo que le inspira esta pregunta y como conoce las disposiciones de su corazón no rehúsa esclarecerlo: Tu fe es intacta; tu virginidad también lo será. El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Esta sombra *(umbraculum)* es inaccesible a los ardores de la concupiscencia. Porque concibes por la fe; porque serás madre por la fe... es por lo que será grande y será llamado Hijo del Altísimo.»

Pero no debe creerse por ello que haya un desprecio o rechazo del signo. Por esto no parece inútil, antes de penetrar en los otros caracteres de la fe cristiana de María en este misterio, tratar de precisar, desde el punto de vista práctico, el papel y el lugar exacto del «signo» y de los motivos de credibilidad tales como parecen ser revelados por Dios.

Los motivos de credibilidad, y entre ellos, los signos divinos, los milagros, las profecías, no deben ser rechazados ni menospreciados. Dios quiere que los utilicemos, que nos sirvamos de ellos, ya sea por lo que hay siempre de infiel latente en nosotros, ya por los no creyentes que viven cerca de nosotros. Pero, sin embargo, esto no significa que Dios quiere que se los reclamemos.

Lo que es seguro es que Dios no quiere que estos motivos de credibilidad, estos signos, se conviertan en el motivo propio de nuestra adhesión de fe. Dios no puede desear que nuestra fe sea medida por el conocimiento racional y humano que tengamos de estos signos, puesto que entonces, nuestra fe, apoyándose directa y esencialmente sobre el conocimiento humano y experimental de tales signos, sería una fe humana y constituiría la prolongación inmediata de nuestro juicio personal y como su conclusión o consecuencia normal. Este es el caso de la fe adquirida de los demonios. Ya no es una fe infusa y divina cuyo motivo propio no puede ser otro que la palabra misma de Dios: la fe divina debe ser medida directa y formalmente por la misma palabra divina en tanto que nos ha sido revelada. Así, la táctica del demonio respecto al creyente es siempre la de confundir los motivos de credibilidad y el motivo divino, sacando a la luz únicamente los motivos de credibilidad, con vista a degradar pro-

gresivamente la cualidad propia de la adhesión a la fe, hasta llegar a destruir su carácter divino y a no tener en cuenta más que el aspecto exterior y psicológico de quien se adhiere a la palabra al juzgar que ello no puede ser de otra manera. Respecto a la fe imperfecta del discípulo vemos con gran claridad las dos orientaciones posibles. Bajo la influencia del demonio, esta fe imperfecta, pero divina, se irá degradando poco a poco hasta llegar a perder su cualidad de fe divina conservando únicamente su comportamiento psicológico de fe natural, de opinión estable y segura. Bajo la influencia del Espíritu Santo, esta fe imperfecta del discípulo tenderá a crecer y a dirigirse hacia una fe más divina, más pura. Dios reclama entonces que el creyente acepte verdaderamente que su inteligencia está cautiva de la palabra de Dios, prisionera voluntaria de la verdad divina. La inteligencia del creyente debe estar como encerrada en su motivo divino y abandonada enteramente a la palabra de Dios.

Nos encontramos así frente a la fe de los «niños», la fe de aquellos que no razonan, sino que, por el instinto del Espíritu, el instinto del Amor, creen plenamente, integralmente, en el mensaje de Dios, y se entregan totalmente al servicio de Dios que les habla: «Señor, vuestro servidor escucha, ¿qué queréis de mí?»[65]. Es la fe que hace entrar en el reino de Dios. El que ama no necesita signos, esos motivos, esas especies de ayudas, útiles para los débiles, pero embarazosas para quienes caminan perfectamente. El amor divino, apoderándose de la inteligencia humana del creyente, le permite adherirse de tal manera que su único cuidado es el de no

[65] I S 3,9: «Habla, Yahvéh, que tu siervo escucha.»

limitar las exigencias absolutas de la verdad divina. Por ello, si Dios concede un signo, si el don de inteligencia da una visión muy clara de los motivos de credibilidad y del valor justo de los signos, el que cree como un «niño» no los rehúsa, pero no se detiene en ellos. No es esto lo que le interesa, puesto que sólo siente sed de adherirse al misterio por él mismo, en lo que tiene de más divino, esto es, de más oscuro, de más misterioso y trascendente.

He ahí las primeras purificaciones de la fe que el Espíritu Santo opera. En María, estas purificaciones ya han sido efectuadas. En el caso de Zacarías, asistimos a su realización; él pide un signo, debió tener más confianza, más audacia en su fe. Dios esperaba de él algo más grande y más generoso y le corrige como Padre, porque le ama, infligiéndole un signo penal: le priva del habla. Es un castigo paternal, una purificación, que Zacarías acepta como corrección divina, sufriéndola con paciencia y amor.

Realismo de su acto de fe

El otro carácter de este acto de fe de la Santísima Virgen en este misterio de la Anunciación es su realismo. Por este acto de fe, la parte más noble de su inteligencia se adhiere a la Palabra viva de Dios, al Verbo que se encarna en ella y, por el mismo hecho, toda la vida humana de María se compromete en esta adhesión de fe. El Verbo de Dios está presente en ella, habita en ella se apodera de todas las fuerzas de su inteligencia, de su corazón, de su sensibilidad. Todo su ser es movilizado por Dios y para Dios. Es preciso comprender bien el carácter realista de este acto de fe que transforma toda la vida

de María; que, en un instante, exige de ella una aquiescencia profunda, sin restricción, a la voluntad amorosa de Dios sobre ella. Santo Tomás nos dice bien claramente que la fe versa sobre la Realidad divina, que, por lo mismo, es el conocimiento más realista que puede existir. La fe no sólo determina nuestro entendimiento especulativo, sino también el práctico. El «fiat» de María en la Anunciación nos pone de manifiesto el realismo divino de su acto de fe. No olvidemos que si la fe puede aparecernos a menudo como un conocimiento abstracto es porque se realiza en nosotros de un modo aún demasiado humano, según nuestra connatural manera de conocer, una manera abstractiva, que no es ni intuitiva ni realista. Por la caridad y por el don de inteligencia, el acto de fe se vuelca normalmente en una experiencia amorosa de la presencia íntima de Dios, de un Dios Padre que obra sobre nosotros con amor, llevando todo nuestro ser a su virtud eficaz, comunicándonos algo de su ser y de su vida.

FE-CONFIANZA

Este acto de fe de María, que se vierte en amor, se amplifica también en la esperanza, que pone en ello esta nota de impulso jubiloso de deseo, de tendencia y de abandono. En el «fiat» está implicado el primer acto de esperanza explícitamente cristiano sobre el Verbo encarnado. María espera en la promesa divina que se realiza en ella. Encuentra en la presencia de su Dios, que se encarna en ella, un sostén maravilloso, un nuevo impulso de deseo y un nuevo abandono. Es la esperanza silenciosa de la Madre que saca de Aquel que está en ella un

nuevo impulso de vida, una sed ardiente de ver a Dios. Pues, en efecto, la esperanza es el deseo eficaz de ver a Dios, deseo que se apoya en la omnipotencia misericordiosa de Él. Es esta «ancla» divina la que nos fija en el Corazón de Cristo y ordena todas nuestras fuerzas vitales hacia Él, haciendo que nos apoyemos en su omnipotencia misericordiosa. María, en su «fiat», traduce este deseo eficaz de alcanzar a su Dios, de poseerle, de ser poseída por Él, abandonándose totalmente a la imnipotencia misericordiosa del Padre. Este deseo y este abandono, por su Hijo y en su Hijo, reviste un carácter mucho más simple, más familiar, más dulce, pero también mucho más ardiente, y más fuerte, pues la promesa se realiza en ella y se realiza de esta manera tan íntima y cercana.

Notemos asimismo la pureza sobrenatural de esta esperanza. Por ella tocamos su condición de cristiana, porque aprehendemos también hasta qué punto debe apoyarse en la misericordia infinita de Dios. María espera en su Hijo, en su infante. Se apoya sobre la Fuerza de Dios que le ha sido comunicada en la debilidad de su «infante», de Aquel que aún no ha nacido. María no tiene derecho alguno sobre El que se da a ella por pura gracia y liberalidad divina, pero ella debe poseerlo como a su propio Hijo, como a su propio Niño, debe dedicarse al que se entrega a ella como un infante que lo espera todo de su Madre. El don de temor permite a la esperanza del corazón de María adquirir esta nota divina: es una esperanza de Madre que espera totalmente en su infante y que no tiene derecho alguno sobre Él. Por una esperanza tan sobrenatural, la fe cristiana se infunde en una actitud de confianza. María confía en la palabra de Dios que es promesa de vida para ella. Su entrega, su abandono, se

transforma en una confianza inquebrantable en El que le ha sido dado, en el que va a venir...

FE-DON

Este acto de fe y este acto de esperanza permiten a la caridad del corazón de María transformarse divinamente en don. Sabemos bien que todas las purificaciones de la fe y de la esperanza son en vistas del crecimiento del amor. Si el Espíritu Santo reclama una tal, es para permitir al Amor el que se ejerza libremente y sin límites ni disminuciones provenientes de las restricciones humanas ligadas a nuestra manera de juzgar y orientar nuestra vida.

El amor de Dios quiere tener el campo libre para actuar según sus propias exigencias, porque Dios no puede darse personalmente sino cuando el hombre acepta libremente darse a Dios. La caridad es una amistad divina, un don mutuo, recíproco, que no puede realizarse sino en la donación mutua. Dios no se da a María si María no se entrega a Dios y en ello podemos percibir toda la divina fecundidad de este don. Porque María, al entregarse, entrega toda la humanidad a Dios. Es bien conocida esta bella doctrina de los Padres, según la cual consideran el «fiat» de María como el consentimiento de toda la humanidad a las bodas divinas con el Verbo; Santo Tomás habla así a propósito de los motivos que explican el anuncio de Gabriel a María: «A fin de manifestar que se había concertado un desposorio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana, por la Anunciación se pedía el consentimiento a la Virgen en nombre de toda la naturaleza humana»[66].

[66] III.ª q 30 a 1 y 4.

En este «fiat» de la Anunciación, María se da a su Dios. Esta explícita donación la ata más íntimamente, más divinamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Esta donación implica una elección clara, precisa, que lo reclama todo sin compartir nada. Dios se da en su Hijo único; María se entrega como Madre de Dios: he aquí la nueva alianza que se realiza en ese «fiat» de amor, y que solicita de María una docilidad perfecta. Pues, en efecto, el ángel le dice: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cobijará con su sombra»[67].

Fe-vida contemplativa

Por este «fiat» de fe, de esperanza y de amor, María penetra en una intimidad absolutamente nueva con Dios, su Hijo. El Padre le comunica su secreto de amor, le pide que viva con Él. El Hijo le comunica su secreto personal de amor y le pide que viva de su luz, de cara a Él y para Él. El Espíritu Santo le pide una docilidad perfecta en el amor. Por este «fiat», María penetra en el misterio de la Trinidad Santa, para vivir de este mismo misterio. Vemos, pues, la manera admirable por la que el Padre ha revelado a los hombres su misterio de Padre, pidiéndole a María que sea la Madre de su Hijo. No se puede revelar más suavamente un secreto a un amigo que haciéndole vivir el mismo secreto, haciendo que este secreto se convierta inmediatamente en su secreto y que lo viva de la misma manera. El Padre, revelando su Hijo, su Verbo, la Luz, a una humanidad que está tan lejos de esta luz, pide a María que su Hijo único sea también su propio Hi-

[67] Lc 1, 35.

jo único. Revela su paternidad dando a María esta fecundidad milagrosa de Madre. Es en la maternidad de María en donde el Padre nos revela su paternidad.

Este «fiat» es verdaderamente el origen, la fuente, de toda la vida contemplativa cristiana. María, por aquel «fiat», se compromete en principio, y ante todo, a una vida de contemplación: se convierte en portadora de su Dios, tabernáculo vivo del Verbo encarnado. Ella es el verdadero templo del Espíritu Santo que contiene la nueva alianza de Dios con la humanidad, según la expresión de San Agustín dirigida a Maria: «El Verbo se unió a la carne, contrajo alianza con la carne, y tu seno es el lecho sagrado en el que se consuma esta unión santa del Verbo y de la carne»[68].

María es, pues, verdaderamente la casa de Dios, la «casa de oración» y de contemplación. Todo en su alma, en su inteligencia y en su corazón está ordenado al Verbo, a la Verdad subsistente. Todo en ella debe estar atento a la presencia amorosa, al amor de predilección de su Dios e Hijo. En este «fiat», María recibe la palabra divina y la guarda, la conserva, la recoge en su corazón y en su inteligencia. Por este «fiat», le es dada la presencia de Dios; Dios se fija en ella, establece en ella sus raíces, se adueña de toda su vida de la manera más íntima y realista.

FE-SILENCIO

La pureza divina de la fe de María, en este misterio de la Anunciación, se nos manifiesta también en

---

[68] *Serm.* 291, 111.

el hecho de que este acto de fe la separa y aísla de todo lo que no es Dios para esconderla en su Dios, para unirla a El de un modo absolutamente nuevo. Hay un secreto, una alianza nueva, entre ella y su Dios: de ahí su silencio incluso respecto a José. María le había comunicado su primer secreto, el que era su obra común con Dios. Aquí, cuando Dios actúa directamente, para comunicarle su secreto personal, le pide que permanezca como reclusa en este secreto. Y ello forma parte de este acto de fe que la liga divinamente a su Dios de un modo absolutamente personal. La fe nos enrola en el misterio personal de Dios, nos hace llevar su secreto trinitario para vivir de él. Al orientarnos hacia la visión beatífica, que, a su vez, nos enclaustra en la Santísima Trinidad, es normal que la fe, en lo que tiene de más divino, lleve en ella misma esta exigencia. María debe aceptar el ser como clausurada por su Dios en un silencio nuevo. Dios, al comunicarle su secreto, quiere que ella lo guarde celosamente en su corazón, para que fructifique en ella. Es preciso que María acepte permanecer en silencio, no decir nada, ser un «huerto sellado», solamente para Dios. Después de haber aceptado su consagración, Dios la ha confiado y entregado a José; nuevamente la vuelve a tomar completamente en este misterio, en este secreto. Quiere que viva para Él, que entre ella en Él y que este secretísimo lazo la separe de todos. Por su maternidad divina, Dios quiere que ella entre en lo más íntimo de su vida trinitaria.

Notemos bien este silencio de María en el misterio de la Anunciación, signo de su vida contemplativa y salvaguarda de su divina soledad. Este silencio es la consecuencia inmediata de la alianza secreta que existe entre ella y su Dios.

El silencio no puede apoderarse de manera vital

de nuestra vida, convertirse en un elemento esencial de ella, sino por el amor, y por lo que el amor tiene de más suyo, el amor de amistad, que hace que el amigo comunique al amigo sus secretos. Solo el amigo puede recibir los secretos de su amigo y no tiene el derecho de comunicárselos a ningún otro. La comunicación de los secretos del amigo al amigo, efecto propio de su amistad, engendra necesariamente el silencio, porque respecto a los demás debe permanecer callado, como rodeado de un muro. En la misma medida en que el secreto que el amigo nos ha comunicado se apodera profundamente de nuestra vida, hay que permanecer silencioso; se vive entonces cada vez más en la intimidad del amigo porque ese secreto, pesado de llevar, es al mismo tiempo fuente de alegría, y como fruto de amor, se apodera cada vez más de toda nuestra inteligencia y de nuestro corazón.

Desde el punto de vista humano los secretos, que se refieren siempre al conocimiento práctico y afectivo, no pueden jamás apoderarse de toda nuestra vida humana, y siempre habrá posibilidades de evasión gracias a nuestra actividad de conocimiento especulativo. En el orden sobrenatural es diferente, puesto que Dios, por la fe viva, puede apoderarse de toda nuestra inteligencia y de todo nuestro corazón. Esto es lo que ocurre con la Santísima Virgen en este «fiat» que la encierra en Dios como en cierto modo Dios se encierra, se enclaustra en ella. Dios se enclaustra en María y María, por ese secreto, se enclaustra en Dios. María guarda silencio por amor y en el amor, lo que le permite estar aun más presente, más atenta a la presencia amorosa de su Dios. No se trata en absoluto de un silencio violento y forzado, como el de Zacarías (silencio penal, puesta en cuarentena); es un silencio de amor toma-

do libremente. Se podría decir que la palabra de Dios, cuando se dirige a nosotros, parece reclamar siempre el silencio; si nos adherimos de manera divina a esta palabra, ella nos ocultará en su virtud y nos hará silenciosos en el amor; si nos adherimos imperfectamente, nos dejará mudos para corregirnos.

Este silencio, signo y efecto de la exigencia contemplativa de la fe amorosa, aísla a María de José. En este sentido, implica una cierta prueba divina para ambos. Se trata de un medio divino que intensifica la vida de unión con Dios y que separa al mismo tiempo de toda comunidad humana, por santa que sea. Decimos bien de toda comunidad humana y no de los instrumentos de Dios, en el sentido preciso de instrumentos divinos, es decir, de aquellos que enviados por Dios transmiten su mensaje, como Gabriel o el sacerdote. José posee únicamente una autoridad de fuero externo; forma parte de esta comunidad como el que detenta la autoridad. Dios quiere que María guarde su secreto, mientras que hubiera sido más sencillo que ella pusiera a José al corriente de las palabras del ángel, lo que, según nuestro punto de vista humano, habría sido más prudente, ya que de ese modo, María hubiera testimoniado a José más confianza, más respeto en relación con la autoridad de éste. Pero el Espíritu Santo ha juzgado de otro modo a fin de que ambos sean conducidos por caminos más divinos, más heroicos. María, al aceptar este silencio, testimonia a José una confianza aun mayor, la confianza que se otorga a alguien cuando se le puede pedir cualquier cosa, incluso cuando se coloca ante sus ojos en una situación que exteriormente parece traicionarle y engañarle. Es preciso, entonces, una confianza heroica, la confianza que María reclama de

José y que espera de él, porque sabe cuánto la ama y que por eso puede pedírselo todo.

José respeta su silencio, sin comprenderlo. No la interroga, pero se preguntará qué debe hacer: «José, su marido, como fuese justo y no quisiese infamarla, resolvió repudiarla secretamente»[69]. No pone en duda la virtud de María, pero piensa que no puede seguir guardándola como su esposa. «Estando él en estos pensamientos, de pronto un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: "José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu mujer, pues lo que se engendró en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará al pueblo de sus pecados"»[70]. Es el ángel el que ilumina a José acerca de lo que tiene que hacer.

María puede, pues, guardar su secreto, permanecer en el silencio y vivir con José. Su unión ha sido puesta a prueba, y a una prueba terrible, por la exigencia del secreto de Dios, pero una vez sobrepasada, de una manera divina, su unión se intensifica y purifica. José se convierte en el guardián de la Madre y del Niño; mira a María con una mirada nueva, la mira a través de las palabras del ángel, y por ello puede tener un conocimiento divino de ella. Y María sabe que puede contar con su discreción, su respeto y su amor.

Se encuentran aquí varios principios sumamente importantes para comprender bien la trabazón de la vida contemplativa en la vida comunitaria. La vida contemplativa, para permanecer oculta a los ojos de los demás, nace en una comunidad, pero no puede perdurar en el seno de la comunidad si no

[69] Mt 1, 19.
[70] Mt 1, 20.21.

permanece divinamente separada y se refugia en la intransigencia del silencio divino.

Eficacia de la fe: la sierva de Dios

Notemos además que si este «fiat» compromete a María primeramente en una vida contemplativa, la compromete también en una vida de servicio temporal respecto a Dios. Porque el «fiat» de fe viva determina no solamente lo que hay de más íntimo en la inteligencia especulativa de María, sino también en su inteligencia práctica. La fe se encuentra más allá de la distinción entre intelecto especulativo e intelecto práctico y por ello toda adhesión de fe transforma nuestra actitud especulativa y práctica. La fe pide una concreción en la actitud obediente del servidor fiel. María, por su «fiat» es Madre de Dios y por su maternidad coopera de modo muy estrecho al gobierno de Dios sobre los hombres. Dios le pide que acepte en la obediencia este servicio temporal y divino de maternidad: toda su vida física, sensible, está como puesta al servicio de su Dios.

No hay servicio más humilde, más absorbente y al mismo tiempo más noble y bello que el de formar un cuerpo humano a Dios, que el de dar a Dios su carne y su sangre, darle todo lo que se posee para que se revista de ello. Al mismo tiempo es un servicio de pura donación el de ser Madre de Dios, ya que hay que aceptar no tener derecho alguno sobre su Hijo, lo que implica la más terrible y sufriente abdicación para el corazón de una madre. Normalmente, una madre tiene derechos naturales sobre su hijo, derechos instintivos muy fuertes y celosos. María, al aceptar ser la Madre de Dios, re-

nuncia a todos sus derechos sobre su Hijo. Comprende que una criatura no puede tener derecho sobre su Dios y por lo mismo, renuncia voluntariamente, en espíritu, a poseer humanamente y a acaparar para ella a Aquel que debe ser su Hijo, Él que debe estar tan íntimamente dependiente y sumiso respecto a ella, El que debe ser todo el tesoro de su vida. Gracias a esta abdicación, ella se convierte en la más abnegada de las criaturas. Las palabras con que Gedeón responde al ángel que le anuncia la misión que Dios espera de él, serían aún más verdaderas en boca de María: «... yo soy el más chico en la casa de mi padre»[71], puesto que María debe vivir y conocer lo que ninguna otra criatura conocerá: el sometimiento total instalado en lo más íntimo de su corazón maternal respecto a Dios que lo es todo para ella. Es verdaderamente el servicio de una sierva que se sabe y quiere ser sólo instrumento de lo que Dios reclama de ella, aun siendo la sierva fiel, escogida con preferencia a todos los hijos de los hombres, puesto que se trata de un servicio en el que María es causa segunda, en el que debe entregarse plenamente, sin restricción, con todo lo que hay en ella de más individual, de más personal: su vida, su corazón, su sensibilidad, su carne, su sangre. Su maternidad es una maternidad milagrosa que depende directamente de la omnipotencia de Dios, una pura gratuidad a la que María no tiene derecho alguno, y es al mismo tiempo una maternidad real, más perfecta y maravillosa que todas las demás maternidades, en la que María es la causa propia. Se da aquí algo desde el punto de vista de la excelencia: la maternidad de María es verdaderamente el modelo de todos los demás servi-

[71] Idc 6, 15.

cios que Dios puede pedir a los hombres. En efecto, cuando Yahvéh escoge a Moisés para liberar a su pueblo y le ordena que hable al Faraón «para que deje partir de su país a los israelitas»[72], cuando Yahvéh ordena a Gedeón combatir a Madián, derribar el altar de Baal y construir en la cima de este lugar un altar a su Dios[73], Dios inviste a sus servidores de un poder nuevo que le es donado milagrosamente por pura liberalidad. Pero a la vez les ordena actuar por ellos mismos; Dios quiere que sean a la vez servidores pobres, inútiles, enteramente sometidos a su voluntad, y servidores fieles que lo intenten todo para realizar lo que Dios espera de ellos. Es siempre la misma exigencia del servicio divino, que encontramos una y otra vez y que será plenamente explicada por Nuestro Señor en su Evangelio. El servidor fiel explota lo mejor que sabe los cinco talentos que le ha confiado su señor, y no se contenta con esconderlos por temor de perderlos. El fiel servidor no es solamente el que conserva, el que guarda el depósito que le ha sido confiado, sino el que lo hace fructificar y que podrá, llegado el tiempo marcado por su señor, devolverle el doble de lo que ha recibido. El servidor fiel es, pues, el que ha trabajado sin guardar nada para él, permaneciendo pobre, y también el que ha sabido utilizar inteligentemente y hacer fructificar lo que su señor le había confiado. Entre los fieles servidores de Cristo, María es la primera. Moisés, servidor de Yahvéh, es como una magnífica prefiguración de María, sierva de su Dios. La grandeza misma de este gran servidor de Yahvéh, la omnipotencia divina que está como depositada en sus manos

[72] Ex 6, 11.
[73] Idc 6, 16.25-26.

nos muestran luminosamente la grandeza totalmente nueva de esta pequeña sirviente de su Dios, que le devuelve un servicio más íntimo, más útil, todavía más grande. Deja que la omnipotencia de Dios se apodere de todo lo que le pertenece y coopera en ello con una generosidad plena. María aceptará el quedarse sin nada cuando el Maestro venga a reclamarle el tesoro confiado a ella.

Obediencia de la sierva

El servidor solamente puede ser fiel si ejecuta perfectamente las órdenes recibidas de manera inteligente y no sólo material. El servidor fiel es el que vive en la obediencia, virtud primera del servidor. Un servidor que no obedece no es un servidor. Comprendamos la actitud tan íntima de la sierva de Dios: su obediencia interior, perfecta, a la voluntad de su Dios. María ama más que a todas las cosas a esta voluntad divina, entregándose completamente a ella, considerándola como su única luz y su única fuerza.

Los Padres de la Iglesia han insistido mucho sobre este «fiat» de obediencia que es la antítesis divina del *non serviam* de Lucifer y del acto de desobediencia de Eva[74]. «Comprendemos, dice San Justino, que él (Cristo) se ha hecho hombre por medio de la Virgen a fin de que la desobediencia provocada por la serpiente encontrase su fin por la misma vía por la que había comenzado. En efecto, Eva, virgen e intacta, al concebir la palabra de la serpiente, engendra la desobediencia y la muerte;

[74] Cfr. A. D'Alès, *Marie, Mère de Dieu, Tradition anténicienne*, Diction. apolog., t. III, c. 155 y s.

la Virgen María, al concebir fe y alegría, cuando el ángel Gabriel le anuncia que el Espíritu del Señor vendrá sobre ella y la virtud del Altísimo la cubrirá con su sombra, de modo que el Ser santo nacido de ella será Hijo de Dios, respondió: "Hágase en mí según tu palabra"»[75].

San Ireneo es aun más explícito: «Encontramos así a la Virgen María obediente, que dice: "He aquí vuestra sierva, Señor, que se haga en mí según tu palabra." Eva fue desobediente: desobedeció en tanto que todavía era "virgen". Si Eva, esposa de Adán desobedeció y se convirtió, para ella y para todo el género humano, en causa de muerte, María, esposa de un hombre predestinado y no obstante virgen, se convierte por su obediencia en causa de salvación para ella y para todo el género humano... Porque no se puede desligar lo que ha estado ligado, sino deshaciendo en sentido inverso los nudos, de suerte que los primeros sean desligados gracias a los segundos o que, en otros términos, los segundos liberen a los primeros... El nudo que la desobediencia de Eva había creado ha sido deshecho por la obediencia de María; lo que la virgen Eva había ligado por su incredulidad, lo desata la Virgen María por su fe»[76].

Esta obediencia de la sierva de Dios se realiza en la más grande sencillez, en la humildad más grande, en la mayor espontaneidad, sin ningún retraso. María no tiene más que un solo deseo: ejecutar de modo divino la orden de Dios, dejar que la orden de Dios se realice en ella. ¿Acaso no es ella la «tierra de Dios»? Esta sierva se entrega para que su Dios

---

[75] *Diálogo con Trifon.*, PG., t. 6, 712.

[76] Cfr. *Adversus Haereses* III, 22, 4, e *Irénée de Lyon. Contre les Hérésies.* Sources Chrétiennes, éd. du Cerf, 1952, pp. 379 y ss.

se sirva de ella, para convertirse en la del «molde» de Dios.

Como la fidelidad de la sierva de Dios nos muestra la cualidad divina de la obediencia apoderándose de toda su vida, así su radical disponibilidad, nos pone en presencia de la cualidad divina de la humildad de su corazón. La Escritura nos manifiesta esta humildad cuando nos muestra la turbación de María ante la salutación del ángel. «María confía de tal modo en la gracia y presume tan poco de sí misma que es presa de temor al oír la salutación del ángel». María, dice el Evangelio, se preguntaba qué podría significar esta salutación (Luc. 1,29). Es decir, que se estimaba indigna de ser saludada por un ángel y pensaba: «¿De dónde que un ángel del Señor venga a mí»?[77].

La manera cómo María acepta este servicio divino de su maternidad cerca de su Hijo nos debe dar luz sobre la actitud que Dios reclama de nosotros en cualquier servicio que nos ordene. Nuestro «fiat» de servidor debe ser obediente, fiel, generoso, y ejercerse asimismo en un espíritu de abnegación. De otro modo, no seremos verdaderos servidores, acapararemos los tesoros de Dios e impediremos que Dios nos los comunique.

La pobreza: lazo divino entre la vida contemplativa y la vida activa

Gracias al desprendimiento de sí tan profundo del corazón de María no habrá oposición entre las exigencias de su vida contemplativa, solitaria y si-

---

[77] Cfr. P. Aubron, S. J., *L'oeuvre mariale de S. Bernard*, Cah. de la Vierge (t. 13-14), éd. du Cerf, p. 156.

lenciosa, y las de su maternidad activa y acaparante que necesariamente la coloca en una vida común.

Desde el punto de vista natural, según sus estructuras propias, la vida contemplativa y la vida maternal se oponen y reclaman una organización de vida totalmente opuesta: la contemplación demanda que no se mire sino a lo único necesario, en tanto que la maternidad se enraiza necesariamente en la tierra. Únicamente María, en el misterio de su maternidad, escapa a esta ley, puesto que su Hijo es su Dios. Pero la maternidad exige que acepte renunciar a todo derecho sobre su Hijo y ser poseída por El.

Gracias a su renuncia de sí misma, esta maternidad no acapara nada, no guarda nada. María puede entregarse a ella totalmente; permanece libre y su corazón y su inteligencia solamente se adhieren a la única voluntad de Dios sobre ella, por la obra y en la obra que Dios le ha pedido que realice. El olvido de sí aparece como el medio divino único que puede aliar y unir estas dos funciones, tan diversas desde el punto de vista de nuestra psicología y tan opuestas para nosotros, la del reposo contemplativo y la de la actividad maternal.

En la medida en que nos hacemos servidores vacíos de sí, es decir, sabiéndonos sólo instrumentos, una sola cosa se apodera de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad: el deseo de cumplir lo más perfectamente posible la amorosa voluntad de Dios sobre nosotros. Así, el deseo de cumplir su voluntad incluso cuando Dios exige de nosotros una vida aparentemente muy activa, nos mantiene en su amor, en su unidad con Él, y por el mismo hecho, no se pone obstáculos a la vida contemplativa. En estas condiciones, en efecto, la vida activa no es acabada por una obra temporal que ha de realizar-

se, pues su término propio no es nada humano y terrestre, sino algo eterno: la voluntad de Dios que ante todo se intenta realizar. Es la voluntad divina la que lo finaliza todo y determina realmente nuestra actividad. No se pretenda, sin embargo, que todos los que cumplen la voluntad de Dios como servidores fieles y pobres estén necesariamente instalados en la vida contemplativa: la vida contemplativa reclama algo más —al que le es propio— y que da a su actividad un carácter especial, específico. Pero queremos subrayar que la vida activa puede ser llevada de dos maneras; según el modo que le es connatural —y entonces se opone fatalmente a la vida contemplativa— y según un modo divino, de pobreza, y entonces, lejos de oponerse a la vida contemplativa, puede estar a su servicio, llegando a ser como una disposición divina respecto a ella o como su irradiación visible y su manifestación, que la oculta a los ojos de los hombres y la reserva totalmente a Dios. Es, prácticamente, lo que ocurre respecto al misterio de la maternidad divina. Esta maternidad milagrosa oculta la virginidad de María; la vida de la Madre, totalmente dedicada a los cuidados temporales de su Hijo, oculta la vida contemplativa, silenciosa, totalmente consagrada a su Dios. Aparentemente, María lleva la misma vida que todas las otras madres; en lo profundo, a los ojos de Dios, su vida tiene una cualidad de amor única. Además, su maternidad da a la vida contemplativa una presencia maravillosamente encarnada de su Dios, que permite una contemplación mucho más simple, más familiar, más íntima, y esta misma maternidad es a la vez como el fruto propio de su vida de fe, de esperanza y de amor, de toda su vida contemplativa. He ahí los tres lazos íntimos que Dios, en su sabiduría, ha querido realizar en-

tre actividades que, humanamente, aparecen tan opuestas.

Es muy instructivo para nosotros ver que la vida contemplativa, desde su entrada en la Iglesia, aparece acompañada de un servicio temporal y divino. Hay en ello un modo típicamente cristiano de la contemplación en la tierra que nos manifiesta a la vez su divina superabundancia —debe apoderarse de todas nuestras actividades y su carácter oculto, reservado a Dios: debe escapar a las miradas de los hombres, no ser de este mundo.

La alegría

Este principio, en María, de la vida contemplativa cristiana, en una dedicación de la sierva humilde y fiel, se extiende en un misterio de alegría. El «fiat» de la Anunciación engendra en el corazón de María una purísima alegría plena, sin la menor tristeza.

Intentemos penetrar en el misterio de esta alegría, para comprender mejor de qué modo Dios, cuando quiere trabajar profundamente un alma, elevarla a lo más alto de su amor, la instala primeramente en su alegría. Esta alegría forma parte esencial de la vida cristiana. Nuestro Señor mismo nos la desea y se la pide al Padre para nosotros: «... para que tengan mi gozo cumplido dentro de sí»[78]. He aquí por lo que es importante para nosotros considerarla desde su punto de partida, desde su primera manifestación.

Considerada en su estructura profunda, la alegría, para nosotros es el sentimiento que experi-

[78] Ioh 17, 13.

mentamos al tomar consciencia de la expansión plena del capital de vida que poseemos. Un hombre que vive su vida como él quiere, sin obstáculos, sin contrariedades, sin oposición, y que tiene plena conciencia de ello, experimenta necesariamente una cierta euforia gozosa. No podía ser de otro modo: pensemos en todas las alegrías de nuestra vida: la alegría de reencontrar a los que se ama, la alegría del trabajo bien hecho, la alegría de tener éxito en los exámenes...

Es fácil, en efecto, comprender —y la experiencia no deja de manifestárnoslo— que hay para nosotros diferentes clases de alegrías muy diversas correspondientes a las diversas expresiones de nuestro distintos géneros de vida humana: intelectual, sensible, vegetativa. La alegría de poseer una perfecta salud, un cuerpo vigoroso, es totalmente diferente de la alegría que produce la contemplación, o la de haber reencontrado a un amigo, a un ser que amamos tiernamente. No podemos entrar aquí en el estudio de las diversas modalidades de la alegría; basta con hacer notar que siempre, y en todas ellas, encontramos como dos elementos: el cumplimiento de tal o tal orientación de nuestra vida y la conciencia de esta realización.

Si falta uno de estos dos elementos no habrá alegría. Y para convencernos de ello basta con analizar el contrario de la alegría: la tristeza. La tristeza no es otra cosa que el sentimiento que experimentamos cuando tenemos conciencia de que un impulso de nuestra vida resulta como quebrado por una fuerza contraria que nos hiere y nos sofoca. La tristeza nace cuando tenemos conocimiento de este estado de violencia en que nos encontramos: la ignorancia de tal estado aparta de nosotros aquel sentimiento. Vemos, pues, que la tristeza, como la ale-

gría, exige un cierto conocimiento experimental de nuestro estado de vida.

Si analógicamente trasponemos este análisis de la alegría al plano de la vida sobrenatural, es fácil comprender cómo la alegría sobrenatural cristiana exige de una parte la extensión de nuestra vida divina de amor y la toma de conciencia de esta expansión, o más exactamente —ya que nuestra vida divina es una vida de amistad con Dios por Cristo— la alegría cristiana brotará de la experiencia de la presencia de Cristo en nosotros; y en El, de la Santísima Trinidad. La alegría cristiana es, pues, la alegría de la presencia de Cristo poseído como amigo, y en Él de todo el misterio personal del amor de Dios.

En María, en su misterio de la Anunciación, esta alegría es plena, total. María sabe en su fe que Dios le ha sido dado de una manera totalmente íntima, como el niño ha sido entregado a su madre. La presencia que se realiza entre su Dios y ella por su «fiat» es una presencia a la vez espiritual y física. Una presencia que es, ante todo, espiritual. María elige a su Hijo, o más exactamente, acepta ser elegida por su Dios para ser la Madre del Verbo encarnado, del Hijo único del Padre. Gracias a esta elección mutua, se da una presencia espiritual perfecta, y la cualidad e intensidad de esta presencia espiritual brota inmediatamente de la cualidad e intensidad de esta elección recíproca plenamente vivida. Esta presencia espiritual se prolonga en una presencia física que es el modo más íntimo de presencia que pueda realizarse normalmente en la tierra entre dos seres vivos, es decir, la presencia del niño ante su madre cuando el niño pequeño es llevado por la madre y la presencia de la madre ante el niño cuando ella lo lleva, le hace vivir, comuni-

cándole todo aquello de lo que ella misma vive. Se da entonces un maximum de dependencia vital que funda una presencia muy íntima. Precisemos que gracias al don de sabiduría, María experimenta íntimante en su corazón la eficacia de la elección de su Dios y de su Hijo sobre ella. Y sabe hasta qué punto su Hijo le ha sido entregado, hasta qué punto depende de ella en su vida física.

Esta alegría es a la vez que totalmente divina, purísima y profundamente humana. Es la alegría de la Virgen que vive de la presencia íntima de su Dios para ella, que le ha sido consagrado de una manera especialísima. Es la alegría del corazón de la Madre que vive de la presencia íntima de su Hijo, quien desarrolla, en efecto, toda su vida humana. Esta alegría es a la vez la de su vida contemplativa y la de su servicio maternal, la alegría del hijo del Padre y la de su pequeña sierva. Estas dos alegrías, de carácter tan distinto desde el punto de vista de nuestra psicología humana —se podría decir que se trata de dos especies de alegrías, las más opuestas e irreducibles: la una, enraizándose profundísimamente en la vida humana; la otra, procedente de lo que hay de más secreto en la vida divina— se encuentran unidas en el corazón de María y, lejos de oponerse, se intensifican mutuamente la una a la otra. Así, lo que caracteriza en primer lugar la alegría del misterio de la Anunciación es la perfecta armonía entre las exigencias del amor divino y la expansión de la vida humana: esta expansión se realiza, sin embargo, según un modo de pobreza divina. Si ello no fuera así, la alegría humana haría pantalla a la alegría espiritual divina, y no sería su irradiación y su fruto.

Añadamos como segundo carácter de la alegría cristiana en el misterio de la Anunciación su carác-

ter recogido, silencioso; María debe alegrarse sola; debe vivir este misterio en secreto. Es preciso que ella viva en el silencio esta alegría divina y humana. Este recogimiento aumenta el fervor de su alegría; debe guardarla celosamente para su Dios. Una alegría secreta tiene siempre una nota especialísima de profundidad, de interioridad, de intimidad. Es como un perfume que se guarda preciosamente en un vaso sellado por miedo a que toda su cualidad se evapore. Esta alegría posee, por ello mismo, una cierta gravedad. María debe estar alegre para todo el universo que no sabe nada; debe estar atenta a la presencia de Dios para aquellos que lo ignoran.

En fin, esta alegría es purísima; es su carácter más íntimo y más divino. Es una alegría generosa, en el sentido de que no repliega a María sobre sí misma sino que por el contrario, abre aun más profundamente su corazón al amor divino. El peligro de toda alegría para nosotros es el de complacernos en ella, detenernos en ella, ser acaparados por ella y por lo mismo, replegarnos sobre nosotros mismos, de encerrarnos en nosotros mismos en un sentimiento de plenitud y de satisfacción. El peligro de complacencia existe incluso en las alegrías sobrenaturales. María, gracias a la grandísima pureza de su fe y a la generosidad de su corazón, puede vivir íntimamente de esta alegría divina de la presencia de su Hijo Jesús, sin peligro alguno de encerramiento en sí misma. Por el contrario, por esta alegría plena, tan íntima y profunda, el corazón de María puede expandirse plenamente, puede unirse más completamente al amor de su Dios y de su Hijo. Se hace cada vez más acogedor, cada vez más dilatado y ávido de amar. Si Dios concede esta alegría al principio es precisamente para esto. Como un maravilloso educador, comienza por atraer

al alma hacia Él lo más completamente posible, dilatándola en la alegría de su amor, para exigir de ella una total fidelidad. Concede esta alegría, en el punto de partida, para afirmar los primeros pasos y permitir un impulso más espontáneo. La alegría, al ser el fruto inmediato del amor de amistad, su quasi-propiedad, engendra normalmente —y podemos decirlo siempre cuando se trata de la alegría divina— en nuestra alma esta dilatación, esta apertura y esta firmeza, esta confianza, que permiten nuevos impulsos. La alegría, efecto del amor, conduce a un amor más perfecto. Por esto es normal que la primera expansión del amor divino, en lo que tiene de más propio, de más connatural y profundo, sea la alegría.

Este misterio de la Anunciación nos muestra las dimensiones divinas del alma de María. Ella es la que recibe la palabra de Dios y la guarda en el silencio y la fidelidad de la obediencia. La «conversación» de esta virgen está reservada a Dios. Ella es la sierva humilde y pobre de su Dios; su único refugio está en la voluntad y la primesa de su Dios. Ella es la Madre amorosa de su Dios. La virgen sierva, milagrosamente, se hace fecunda, y esta fecundidad plena de amor se expande en alegría.

En este misterio, aurora de la vida cristiana, María aparece como la Mujer nueva: la virgen silenciosa, consagrada a su Dios; la virgen humilde, sierva; la virgen Madre, fecunda en la alegría.

CAPÍTULO III

PRIMERA INICIATIVA DE ENTREGA A LOS DEMÁS EN MARÍA: EL MISTERIO DE LA VISITACIÓN: LA MISERICORDÍA Y LA ALABANZA

Después de la Anunciación, San Lucas nos refiere en estos términos el misterio de la Visitación: «Por aquellos días, levantándose María se dirigió presurosa a la montaña, a una ciudad de Judá, y entró en la casa de Zacarías, y saludó a Isabel»[79]. El ángel, por su mensaje divino, había dado a María no solamente el objeto de su contemplación, sino también un «signo» del que debía servirse para ejercer su misericordia: «Y he aquí que Isabel, tu parienta, también ella ha concebido un hijo en su vejez, y éste es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril»[80].

El ángel no advierte en vano a María de este nacimiento extraordinario; no hay nada inútil en los mensajes de Dios. De este signo, dado para confirmar su adhesión de fe, se sirve María, bajo la ins-

---

[79] Lc 1, 39-40.

[80] Lc 1, 36.

piración del Espíritu Santo, como pasto divino a su celo misericordioso.

Con este misterio de la Visitación, vemos cómo la vida contemplativa de María, recogida y silenciosa, y su estado de sierva totalmente consagrada a Dios, no se oponen en nada a la generosidad e impetuosidad de su amor fraternal y misericordioso, sino que por el contrario, esta donación completa a Dios la empuja a ponerse al servicio de su prójimo, de su prima Isabel que, en razón de su estado, tiene necesidad de ayuda. En efecto, se trata, para María, de ir a ponerse al servicio de su prima anciana y prestarle toda la ayuda temporal y material que sin duda necesita. María se dispone alegremente a ello, se «apresura»; la distancia y la fatiga no la asustan. «La caridad nos quema», dice San Pablo. La caridad incendia el corazón de María y le pide que transforme en misericordia todos los lazos que tiene con la comunidad humana.

De hecho, como nos lo revela el texto de la Escritura, Dios se sirve de este gesto de misericordia temporal para realizar una misericordia divina: la santificación de Juan el Bautista, el precursor, y por Juan el Bautista, de su madre. «Y aconteció que al oír Isabel la salutación de María, dio saltos de gozo el niño en su seno, y fue llena Isabel de Espíritu Santo...» [81].

Tratemos de entender bien este encadenamiento de hechos, que constituye para nosotros una maravillosa enseñanza.

María nos enseña aquí la misericordia temporal. Nos hallamos en presencia de su primer gesto comunitario que, de hecho, es un gesto de misericordia temporal respecto a sus semejantes. Este pri-

[81] Lc 1, 41.

mer gesto lo realiza con alguien que le está muy próximo por los lazos de sangre y por su vida divina y que necesita de su abnegación.

María no duda en dedicarse a esta tarea. Hubiera podido, bajo el pretexto de su intimidad con Dios, bajo pretexto de silencio y soledad, ahorrarse este gesto de misericordia. La excusa hubiera sido perfecta: ¿no ha aceptado un servicio mucho más divino, mucho más urgente y personal para el que debe prepararse y dedicarse enteramente? Dado que ella ha sido elegida para ser la Madre de Dios, podía parece normal y conveniente que estuviese como exenta de los servicios comunes, ordinarios, los que puede hacer todo el mundo. Conocemos suficientemente todas estas razones, que el demonio pone en nuestra imaginación para evitar que insistamos más. Por otra parte, es cierto que nadie la obliga; Dios, a través del ángel no le ha exigido nada en este sentido, e Isabel no ha solicitado ayuda. María hubiera podido, pues, abstenerse fácilmente, para dedicarse a lo que era ciertamente la voluntad de Dios sobre ella.

El Espíritu Santo no le hace oír este lenguaje. Quiere que este gesto de misericordia se ejerza de una manera absolutamente divina: ¿acaso no ejerce Dios su misericordia gratuitamente? Una misericordia forzada no es misericordia. El Padre quiere que María sea misericordiosa como lo es Él; por eso es preciso que este primer gesto de misericordia brote gratuitamente de su corazón, sin precepto alguno por parte de Dios, sin ninguna llamada de parte de la criatura. No hay otra cosa que la llamada y la voz del Espíritu Santo, su soplo, más imperioso para el corazón de la Virgen que cualquier orden. El Espíritu Santo la empuja a ponerse humildemente y «con presura» al servicio de su prima.

Es María la que se desplaza y va a la casa de Isabel; es María la que se oscurece ante su prima y la saluda la primera. El orden de jerarquía social y familiar es respetado. Pero, al entregarse a esta labor misericordiosa, María no deja su vida contemplativa, no deja a su Hijo-Dios: le lleva en su seno, le ruega y obedece dócilmente al Espíritu Santo que la dirige. Al ir a casa de Isabel para proporcionarle la ayuda de sus manos, le lleva al mismo tiempo algo infinitamente más precioso: la presencia oculta, real y física, de su Dios. María le da realmente a su Dios, sin decir nada del misterio que es su vida; se calla, permanece en su secreto. Pero en cuanto que María actúa bajo la conducción del Espíritu Santo, todas sus acciones tienen una eficacia divina, que sobrepasa infinitamente su valor propio, inscrito en circunstancias particulares de lugar y tiempo. Esto lo vemos aquí de un modo manifieto. Dios se sirve de las palabras de salutación que María dirige a Isabel para que el niño dé «saltos de gozo en el seno». «Porque he aquí que, como sonó la voz de tu salutación en mis oídos, dio saltos de alborozo el niño en mi seno»[82]. Juan el Bautista es el primero, después de María, que recibe por ella la influencia de la virtud vivificadora y salvadora de Jesús. Por el mismo hecho, él es también el primero sobre el que María, por la presencia de Jesús en ella, ejerce su papel de maternidad divina. Esta acción se realiza de una manera eficaz y misteriosa. María se calla; Juan el Bautista se calla, pero salta de alegría: es su lenguaje de infante. El es el primero que ha comprendido la grandeza de María: hay que hacerse «infante» para reconocer la maternidad divina de María. Por Juan el Bautista, la acción divina

82 Lc 1, 44.

de Cristo en María alcanza a su madre, Isabel, la cual, como subrayan las Escrituras fue «llena del Espíritu Santo» [83].

Notemos bien el ambiente alegre, tan firme y suave, de esta doble misericordia espiritual. El Espíritu Santo santifica a Isabel a través del estremecimiento, del salto de Juan el Bautista, y santifica a Juan el Bautista por la salutación de María a Isabel. No se puede actuar más suavemente sobre el corazón de una madre para santificarla, para transformarla, que sirviéndose de su hijo aun oculto en su seno, pues no hay nada más íntimo y más querido al corazón de una madre que el hijo que ella lleva y al que le da su vida. Y al mismo tiempo, no se puede actuar de manera más directa, más eficaz, más firme, ya que el niño es algo de su madre. Y se puede decir, igualmente, que no se puede actuar más suavemente sobre el corazón de un infante que sirviéndose de su madre. En este primer gesto misericordioso de María aparecen netamente las cualidades dominantes de la misericordia: debe ser divinamente espontánea, realizarse con generosidad y rapidez —el miserable no tiene tiempo para esperar—; debe ser perseverante —María permaneció con Isabel «como tres meses»—; cumplirse con fidelidad —no es un gesto caprichoso y casual, sino de una gratuidad muy diferente—; debe ejercerse en la humildad, para ser dulce y discreta, ya que de otro modo heriría al pobre haciéndole sentir su desnudez. El pobre es un ser frágil, vulnerable, que pide y necesita una gran dulzura.

La humildad de María, que se pone al servicio de su prima, es recompensada maravillosamente por Dios, pues recibe, a través de Isabel una nueva sa-

[83] Lc 1, 41.

lutación divina, después de la de Gabriel, la salutación de una madre que habla como madre, con un lenguaje maternal: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde a mí que venga la madre de mi Señor a mí?» Y sobrepasando la simple salutación, Isabel proclama la razón de esta beatitud de María: «Y dichosa la que creyó que tendrán cumplimiento las cosas que le han sido dichas de parte del Señor»[84].

Isabel, antes que Nuestro Señor mismo lo proclame en el Evangelio —«Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la ponen por obra»[85]—, nos muestra la verdadera beatitud de María, aquello por lo que es verdaderamente nuestro modelo y en lo que la podemos imitar.

Resumamos, pues, este misterio de la Visitación: es una acción de misericordia temporal, una acción de misericordia eterna, una santificación, una revelación nueva que proclama la grandeza divina de la que es sierva de su Salvador, de su familia, de su pueblo.

A esta salutación de Isabel, María responde con el Magnificat, que nos descubre la grandeza de su alma, su maravillosa magnanimidad. La que llega a Isabel como humilde sierva escucha la salutación de su prima y, en lugar de comportarse como quienes no teniendo bastante humildad para recibir honores reclaman brutalmente el silencio de quienes les alaban, acepta este honor insigne que le testimonia Isabel; no le reprocha el modo cómo la ha saludado, sino que recibe este honor y se lo devuelve a Dios. Ved cómo San Bernardo expone maravillosamente esta actitud de María: «Ella llega a

[84] Lc 1, 45.
[85] Lc 8, 21.

casa de Isabel que, instruida al punto por el Espíritu Santo de la gloria única de la Virgen, exclama llena de admiración: «¿De dónde que la madre de mi Señor venga a mí?» Y después, bendiciendo la voz de la que acaba de saludarla, Isabel añade: «He aquí que, como sonó la voz de tu salutación en mis oídos, dio saltos de alborozo el niño en mi seno»; en fin, ella beatifica la fe de la que ha creído: «Y dichosa la que creyó que tendrán cumplimiento las cosas que le han sido dichas de parte del Señor». He aquí, ciertamente, grandes alabanzas, pero la piadosa humildad de María no se permite a sí misma retenerlas, sino que las hace llegar a quien la ha colmado de los beneficios que en ella son alabados. Glorificas, dice a Isabel, a la Madre del Señor, pero «mi alma glorifica al señor»... Testimonias que a mi voz tu hijo ha saltado de alegría, pero «mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador». Me proclamas bienaventurada por haber creído pero esta bienaventuranza de la fe en una atención hacia mí de la misericordia celestial, de tal suerte que si «me llamaran dichosa todas las generaciones» es, sobre todo, porque Dios «puso sus ojos en la bajeza de su esclava» [86].

He aquí la alianza divina, maravillosa, de la humildad y la magnanimidad; la humildad en lo que tiene de más puro y bello, y que, lejos de estrechar el alma, de encerrarla en ella misma, desposeyéndola de todo impulso de ardor, la sitúa en un estado de apertura que favorece la grandeza de alma y permite todas las audacias divinas.

María, proclamada «bendita entre las mujeres» proclama inmediatamente a Dios como Autor de to-

---

[86] *Sermon pour le dimanche dans l'Octave de l'Assomption*, cfr. trad. de P. Aubron, *op. cit.*, p. 144.

das estas bendiciones, cuyo valor y verdad ella reconoce, pero que no quiere que recaigan sobre ella: Dios es la causa principal, por lo que debe recibir todo el honor de las criaturas.

El Magnificat es una plegaria de alabanza en la que el alma de María «engrandece» a su Señor y en la que su espíritu exulta de alegría. Esta alabanza es como el maravilloso resumen de toda la alabanza del Antiguo Testamento que, con el Magnificat, alcanza la cima; es su fruto último, como la aurora del Nuevo Testamento[87]. Porque Cristo ya está presente, oculto, es verdad, pero divinamente activo. Esta presencia de Cristo otorga a la alabanza de María una nota de alegría extraordinaria: «... se regocijó mi espíritu en Dios mi Salvador». Es una exultación, una alegría desbordante que no puede contenerse. Es su espíritu el que exulta de alegría, desbordante que no puede contenerse. Es su espíritu el que exulta de alegría, es decir, son las cimas de su alma las que se estremecen con una alegría divina, purísima. María se regocija «en su Dios» en la presencia amorosa de su Salvador, de este Salvador que es suyo, que le pertenece, porque todo su cuerpo, por medio del cual va a salvar al mundo, es suyo, totalmente suyo, como el cuerpo de un infante es algo de su madre. He aquí, pues, la alegría cristiana en lo que tiene de más propia.

Y María, bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos manifiesta la razón de esta alegría divina: «Porque puso sus ojos en la bajeza de su esclava.» El verdadero motivo de esta alegría cristiana es, pre-

---

[87] Hay que poner en paralelo con el Magnificat (Lc 1, 46-55) los dos cánticos de Moisés: Ex 15 y Deut 32, para comprender mejor lo que hay de absolutamente propio en el cántico de María.

cisamente, esta mirada de amor de Dios sobre su criatura, su pobre criatura, en su misma pequeñez de criatura, en su condición ruin y miserable de criatura, descendiente de Eva, hecha de barro y polvo, que no es nada por ella misma. Dios ha amado la debilidad de su esclava, se ha complacido en ella hasta tal punto que ha querido hacer de ella su Madre, el tabernáculo vivo de su Verbo encarnado.

María, bajo la moción del don de temor y del de sabiduría, experimenta plenamente su bajeza de sierva de Dios a la vez que esta mirada de amor misericordioso, de elección absolutamente gratuita por parte de Dios.

Comprendamos bien esta experiencia íntima del don de temor que María nos revela aquí con tanta simplicidad. Por este don, ella ama su pequeñez, su propia nada, para que la gloria sea únicamente para Dios. Quiere ser verdaderamente la más pequeña, estar en el último lugar, para ser sierva del modo más perfecto, para ser más dependiente, no sólo físicamente, socialmente, sino también moralmente. Ella no presume de tener ningún mérito, ninguna virtud, sabiendo que es la verdad. En sí misma, fuera de la misericordia omnipotente de Dios, ella no es nada; todo corresponde a Dios. La humildad, cuando se hace divina, crea el vacío completo; no se contenta con apartar los obstáculos del orgullo, con aplanar las montañas, sino que cava asimismo un abismo de pequeñez, para llamar más eficazmente al Amor, para atraerlo con más fuerza y audacia. Es esta humildad divina la que atrae a Dios hacia el corazón de María, como lo dice de un modo tan bello, San Agustín: *Facta est Mariae humilitas scala caelestis, per quam Deus descendit ad terram.* «La humildad de María ha constituido la escala celeste por la que Dios descendió a la tie-

rra»[88]. Es la pequeñez vivida y amada por Dios lo que está en la raíz de toda exultación divina.

Puesto que está de tal manera enraizada en la humildad, María puede reconocer que «en adelante le llamarán bienaventurada todas las generaciones». La beatitud propia de la madre viene de sus hijos, su mayor gloria consiste en ser honrada por sus hijos y en sus hijos. Podemos decir, apoyándonos en la Escritura, que si la esposa es ciertamente la gloria del esposo, los hijos son la gloria de su madre. El castigo propio que Dios reserva a la mujer es el de dar a luz con dolor, y su deshonor más terrible, el de tener hijos indignos y criminales. Para Eva, la consecuencia más terrible de su pecado, la que sentía más íntimamente, era la de tener un hijo fratricida sobre el que gravitaba pesadamente la maldición divina: «Rechazado como maldito serás de este campo que ha abierto su boca para recibir por mano tuya la sangre de tu hermano. Cuando trabajes la tierra no volverá a darte fruto. Errante y vagabundo vivirás por el orbe»[89].

La mayor gloria de María es ciertamente la de ser la Madre del Hijo de Dios, de este primer Hijo del hombre, Salvador de la humanidad, verdadero José que rescata a sus hermanos culpables de trai-

---

[88] Cfr. SAN BERNARDO, *Las alabanzas de la Virgen Madre hom. I super missus:* «¿En quién, dice el Señor, reposará mi espíritu, sino sobre el alma humilde y apacible?» (Is 66, 2). Dice sobre el alma humilde y no sobre la virgen. Por consiguiente, si María no hubiese sido humilde, el Espíritu Santo no hubiera reposado sobre ella, no la hubiera fecundado... Es, pues, manifiesto que si ella ha concebido del Espíritu Santo es, como ella misma lo confiesa, porque Dios ha mirado la humildad de su sierva más bien que su virginidad. Si ella ha complacido a Dios por su virginidad, es gracias a su humildad por lo que ella ha concebido... Texto cit. en P. ABRON, *op. cit.*, pp. 47-48.

[89] Gen 4, 11-12.

ción y de crimen. Por Jesús, María es también Madre de toda la Iglesia; en la Cruz ella queda establecida oficialmente por Jesús la Madre del discípulo bienamado, que representa a la Iglesia: por ello todas las generaciones divinas, provenientes del agua y del Espíritu, son su gloria. Todas la proclamarán bienaventurada.

Fijémonos en este futuro. Se trata de una profecía de algo que debe venir pero que ya, desde el presente, ahora, *nunc*, en la hora actual, se realiza, puesto que la generación de Juan el Bautista ha reconocido ya a María como bienaventurada. Las otras generaciones de hijos de Dios, hasta el fin de los tiempos, continuarán llamándola bienaventurada, porque ella ha recibido la palabra de Dios en su corazón, en esta «buena tierra» en la que la palabra divina ha fructificado plenamente. Por la maternidad divina de María todas las demás maternidades pueden ser santificadas y transformadas; por la generación del Hijo de Dios, todas las generaciones venideras pueden adquirir un sentido nuevo.

Isabel, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ha proclamado a María bienaventurada porque había creído; María, bajo la inspiración del mismo Espíritu, nos afirma que todas las generaciones —y no solamente Isabel— la proclamaron bienaventurada porque Dios, el «Todopoderoso», ha hecho en ella cosas admirables y «su nombre es Santo». Por eso mismo, María completa lo que había proclamado Isabel.

En la tierra, lo que la beatifica inmediatamente es su acto de fe, pero este acto de fe mira a su Hijo, el Verbo encarnado. He ahí la realidad sobre la que se funda, y esta realidad es eterna. Por eso es por lo que, eternamente y universalmente, María es llamada bienaventurada por todas las generaciones.

Es la omnipotencia de Dios y su santidad lo que se invoca aquí, pues el misterio de la Encarnación no puede ser explicado si no es por la intervención de esta omnipotencia y de esta santidad. El hecho admirable, milagroso y santo, reclama inmediatamente de una parte la omnipotencia, para la que nada es imposible; de otra, su santidad, que está separada de todo lo creado y elevada por encima de toda corruptibilidad y mezcla. Que una criatura nacida sea Dios, que una humilde sierva sea Madre de su Señor, que una madre permanezca virgen en su maternidad, todo eso es admirable y santo, todo es objeto directo de contemplación divina.

Comprendamos igualmente que esta generación del Hijo de Dios es la primera de las generaciones desde el punto de vista de la perfección según el orden de valores. Todas las demás generaciones son, pues, necesariamente relativas a ésta; incluso se puede decir que aquéllas son en cierto aspecto como medidas y finalizadas por ella. En efecto, la más maravillosa obra de arte natural que nuestro universo ha producido es la santa humanidad de Cristo. Esta humanidad es perfecta, sin la menor tara, la imagen más cumplida de su Dios. He aquí por qué todas las generaciones proclamarán necesariamente bienaventurada a esta generación del Hijo de Dios y, en ella y por ella, a su Madre. Por todas las generaciones, todo el universo físico la reconocerá como bienaventurada.

Si la omnipotencia y la santidad son inseparables y necesarias para explicar la obra admirable de la Encarnación, la misericordia lo es igualmente, e incluso es ella la que proporciona la última explicación haciéndonos comprender de qué manera Dios, siendo todopoderoso y trascendente, se encuentra tan próximo a nosotros y cuán suave es su

acción omnipotente. Él es misericordioso, lleno de solicitud para «los que le temen», y su misericordia es eterna, se extiende «de generación en generación», es decir, no le falta a ninguna criatura, está siempre presente en todas sus obras.

Pero si esta misericordia está siempre ahí, dispuesta a darse, dispuesta a salvar, no puede, sin embargo, ejercerse eficazmente sino en «aquellos que temen a Dios». Porque no puede ejercerse la misericordia sino en quienes reconocen su pobreza, es decir, en quienes temen a Dios sabiendo que ellos no son nada. Y entre estos pobres, ávidos de recibir la misericordia y reclamándola, María es la primera. Ella vive profundamente este temor de Dios, teniendo el sentido de la majestad omnipotente de su Dios. Y es por esto por lo que ella es más capaz que ninguna otra criatura de recibir la misericordia de Dios.

Notemos bien este lazo entre la misericordia y el temor filial. La misericordia es el atributo más propio de Dios, como dice Santo Tomás, es decir, el que caracteriza mejor el estado de superioridad absoluta de Dios, que no depende de nadie y del que dependen todas las cosas. Por esto, todo depende de su misericordia y nada escapa a ésta. El temor de Dios es la actitud más característica de la criatura, la que cualifica más profundamente su estado de criatura frente a Dios, el estado de quien nada tiene por sí mismo y que recibe todo a cada instante de su Creador y Padre; el estado de quien no puede ser otra cosa que el mendigo de la misericordia de Dios, pues la criatura, como tal, no tiene derecho alguno, en sentido restricto, respecto a su Creador. El temor de Dios es, pues, como la condición necesaria para recibir la misericordia divina; él proporciona esta receptividad, esta sed que orienta

espontáneamente a la criatura hacia el Dios de toda riqueza y de toda bondad. El temor de Dios, desde el lado de la criatura, es como la medida de la misericordia: en la misma medida en que tememos a Dios, Dios tiene misericordia de nosotros.

Después de haber hablado de la omnipotencia y la santidad de Dios, María tiene razón para hablarnos de su misericordia y del temor que ella reclama. Por esta consideración, extiende su alabanza a todas las obras de Dios. Su Magnificat, que había comenzado por glorificar a Dios por la obra admirable que había realizado en ella, toma una amplitud universal: *Non solum mihi fecit magna qui potens est,* como dice Beda el Venerable, *sed in omni gente qui timet Deum acceptus es illi:* «No solamente ha hecho en mí cosas grandes El que es poderoso, sino que todo aquel que teme a Dios ha recibido de Él.» Por otra parte esto es normal, pues el misterio de la Encarnación debe tener, por la Redención, una eficacia universal y debe extender la misericordia de Dios sobre todo el Universo. Si todas las generaciones proclaman bienaventurada a María, no lo hacen sólo exteriormente, sin entrar en su propia beatitud; por el contrario, recibirán ellos también, como María, la misericordia de Dios. Bajo esta luz de la misericordia divina todo se unifica; María y los que la llamarán bienaventurada tienen la misma actitud, todos temen a Dios.

Esta amplitud universal del Magnificat nos invita a considerar un nuevo aspecto de esta alabanza profética. Hemos dicho que, en efecto, el Magnificat nos revela la grandeza del alma de María, Madre de Jesús, sierva de Isabel y Madre de los apóstoles; por consiguiente no es extraño que después de haber devuelto a Dios todo el honor que le había expresado Isabel, cante todas las maravillas del go-

bierno divino. En efecto, lo propio de la magnanimidad cristiana es no solamente rendir gloria a Dios por lo que ha realizado en nosotros y por la cooperación que reclama de nosotros, sino también por todo lo que realiza en el universo, por todo el concurso maravilloso que demanda de sus criaturas. Percibimos ahí una de las diferencias que existen entre el magnánimo tal como le describe el filósofo y el magnánimo cristiano. Para Aristóteles, el magnánimo, si domina al honor y no es su esclavo, es a causa de la grandeza de su virtud y del sentido exacto del valor eminente de ésta. Tal es la razón por la que, en esta concepción, el magnánimo está siempre un poco por encima de la multitud de las gentes, indignas de él, y no se compromete sino en grandes obras, dejando a los otros el cuidado de las pequeñas cosas cotidianas. Entre las acciones humanas, morales y políticas, él ha hecho su elección.

Trasplantado a tierra cristiana, la magnanimidad se convierte en la cualidad-tipo del apóstol, del que quiere vivir plenamente en el amor de Dios y cooperar lo más estrechamente posible a su reinado, para permitir a los demás acceder a esta vida divina. El magnánimo cristiano es aquel que está totalmente entregado al servicio de Dios para ejecutar todo lo que la voluntad divina espera de él, sabiendo muy bien que sólo aquello que es querido por Dios es grande y eterno. Poco le importa el juicio de los hombres que miran el valor de las realidades exteriores, es decir, que no consideran su valor divino, que no lo refieren inmediatamente a la voluntad de Dios. Para el magnánimo, por el contrario, la grandeza de una acción depende directamente de esta referencia. Cumplir la voluntad de Dios, incluso en un pequeño detalle, puede ser siempre algo muy

grande, muy noble, si se ejecuta con un gran amor; para el magnánimo cristiano servir a Dios es reinar.

El magnánimo cristiano no se reserva, pues, para tal o cual acción escogida. No es él quien escoge, sino que Dios escoge por él. No debe, por eso, separarse de la multitud y colocarse por encima de la vida común; su único deseo es el de entrar cada vez más profundamente en los propósitos de Dios sobre él y sobre todos aquellos que le rodean, para convertirse más cada vez en un cooperador fiel de Cristo, para el Padre, en la condición en que Él ha querido situarle.

María, con una magnífica grandeza de alma, ha aceptado, por su «fiat» esta cooperación única en el gobierno de Dios, que la coloca en una situación absolutamente privilegiada. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, ella nos revela esta especie de carta del gobierno divino y, por ello, da a los apóstoles los grandes principios divinos que deben dirigirles y deben ser asimismo la materia de sus alabanzas divinas y sus acciones de gracias.

Estos principios son muy simples. De una parte, la fuerza de Dios que ejecuta su justicia: el «Brazo de Dios» aparece como al servicio de su justicia vindicativa, y de otra parte, su misericordia, que lo perdona todo, que lo transforma todo. «Hizo ostentación de su poder con su brazo: desbarató a los soberbios en los proyectos de su corazón; derrocó de su trono a los potentados y enalteció a los humildes; llenó de bienes a los hambrientos y despidió vacíos a los ricos» [90].

Esta ley de sabiduría del gobierno divino es universal; ha presidido la conducta de Dios respecto

[90] Lc 1, 51-53.

de los ángeles. Frente a los que «se llenaban de orgullo en los pensamientos de su corazón», los que han preferido su propia excelencia a la gloria de Dios, los que han amado demasiado su poder y su majestad, los que se creían ricos, porque no les faltaba nada, Dios ha ejercido «la fuerza de su brazo». Los ha dispersado, desposeídos de su trono y despedido con las manos vacías. A los que, humildemente, no aspiraban sino a la gloria de su Dios y Señor, los ha exaltado y ha llenado con todas sus riquezas.

Encontramos esta misma ley en el gobierno de Dios sobre los hombres: pensemos en la conducta de Dios respecto al Faraón [91]. Sin embargo, aparece aquí una nota especial que se explicitará cada vez más, puesto que toda la conducta de Dios en el Antiguo Testamento se explica en función del Nuevo. Así, precisamente, en la sabiduría divina, si la justicia y la misericordia se encuentran allí, se encuentran en una síntesis divina diferente. Esto se pondrá claramente de manifiesto en las obras propias del Verbo encarnado, de Cristo. María puede proclamarlo ya, porque todo en ella está realizado en su raíz, en su fuente primera. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, María profetiza la manera como Dios gobernará su Iglesia.

En el Cristo, el Ungido del Señor, el Padre ha desplegado la «fuerza de su brazo» contra los corazones orgullosos, los potentados y los ricos, estas tres formas de orgullo y de satisfacción de sí mismo. Y exalta a los humildes y llena de bienes a los que tienen hambre.

La primera obra que la fuerza divina manifiesta en este «Brazo de Dios» es la de dispersar a los que

[91] Ex 7, 8-52, 36.

se elevan orgullosamente, como aquel que es físicamente fuerte puede dispersar y alejar a todos los que pretenden dominarle. Ocurre lo mismo en el plano sobrenatural. Dios aparta de sí a los que están llenos de orgullo, los que no piensan sino en situarse por encima de los demás. Es normal que la primera obra de la fuerza divina sea la de apartar a los orgullosos, porque entre todos los vicios humanos, solamente el orgullo se opone directamente a Dios y trata de elevarse por encima de Él. He ahí por qué Aquel que no busca sino la gloria de su Padre debe, en primer lugar, humillar las cabezas altaneras que no quieren inclinarse. Es una obra de justicia, que devuelve a Dios el primer puesto, el que le es debido y que han querido usurpar.

Este orgullo interior, oculto en el corazón, se concreta con frecuencia en la búsqueda de poder humano: el poder político y social. La llegada del «Rey de reyes» destrona a los potentados y exalta a los humildes. Pensemos en la angustia de un Herodes, conociendo por los Magos el nacimiento misterioso de este Rey de Israel: «El rey Herodes se turbó y toda Jerusalén con él»[92]. Por cobarde temor, hizo asesinar a todos los que pudieran haber sido este rey. Pensemos en Pilato ante los gritos de la multitud reclamando la muerte de Jesús. Pilato tiene miedo de perder su puesto; prefiere ser cómplice de un crimen, de un deicidio, a perder su poder. Los Herodes y los Pilatos de todos los tiempos son en realidad juzgados y condenados por este Niño-Rey y este Crucificado: «Derrocó de su trono a los potentados.»

No solamente los que detentan el poder son poseídos por esta locura del orgullo. El orgullo puede

[92] Mt 2, 3.

reinar sobre todo hombre. Su primer fruto es siempre el mismo: poner en el corazón humano esta autosatisfacción que le hace considerarse como independiente de todos, como poseedor de todas las riquezas. Frente a estos ricos de espíritu y de alma, que no comprenden su profunda indigencia de amor divino y piensan que todo les es debido, que se estiman desbordantes de sabiduría, la justicia divina se ejerce de modo implacable: «despidió vacíos a los ricos» [93]. Por el contrario, la misericordia

---

[93] Sería interesante comparar el gesto misericordioso de María en su misterio de la Visitación y los gestos de misericordia de Moisés en relación con el faraón y su pueblo. No pensemos que el paralelismo sea artificial. Basta con analizar el Magnificat para entender que si María, en su misterio de la Visitación, actúa en relación con Isabel con una suavidad extrema, proclama, sin embargo, y no rechaza la «fuerza del Brazo» de Dios que ha «desbaratado a los soberbios en los proyectos de su corazón», que ha despedido «vacíos a los ricos». El faraón no está ausente de este misterio. Este paralelismo entre la misericordia suave de María y las diez plagas de Egipto nos permite conocer mejor cómo el Padre quiere que María sea la aurora de la misericordia evangélica, cuyo primer carácter es la dulzura. Es necesario, según el orden de la sabiduría de Dios, que el primer gesto comunitario que María realiza como Madre de Dios sea un gesto misericordioso absolutamente gratuito, que brota espontáneamente de su corazón y que se manifiesta con una suavidad extrema. Para que esta suavidad se manifieste mejor, aparece en toda su pureza. Todo es suave en este misterio.

Sin embargo, no pensemos que la fuerza esté ausente de esta misericordia. Está presente, pero sobrepasada. Hace falta una fuerza plena, excesiva, para ser verdaderamente dulce. María, en su misericordia respecto a Isabel, es más fuerte que Moisés en sus correcciones misericordiosas frente a la dureza del corazón del faraón. Así, cuando María nos «visita» —dado que en nosotros hay siempre un «hombre viejo» cuyas costumbres están a veces muy próximas a las del faraón—, si le pedimos que ejerza sobre nosotros sus «correcciones maternales» para liberar el «Israel» que llevamos en nosotros, no nos extrañemos de que

suave de María y las diez plagas de Egipto nos permite conocer mejor cómo el Padre quiere que María sea la aurora de la misericordia evangélica, cuyo primer carácter es la dulzura. Es necesario, según el orden de la sabiduría de Dios, que el primer gesto comunitario que María realiza como Madre de Dios sea un gesto misericordioso absolutamente gratuito, que brota espontáneamente de su corazón y que manifiesta con una suavidad extrema. Para que esta suavidad se manifieste mejor, aparece en toda su pureza. Todo es suave en este misterio.

Sin embargo, no pensemos que la fuerza esté ausente de esta misericordia. Está presente, pero sobrepasada. Hace falta una fuerza plena, excesiva, para ser verdaderamente dulce. María, en su misericordia respecto a Isabel, es más fuerte que Moisés en sus correcciones misericordiosas frente a la dureza del corazón del faraón. Así, cuando María nos «visita» —dado que en nosotros hay siempre un «hombre viejo» cuyas costumbres están a veces muy próximas a las del faraón— si le pedimos que ejerza sobre nosotros sus «correcciones maternales» para liberar el «Israel» que llevamos en nosotros, no nos extrañemos de que ella actúe con la misma fuerza que Moisés, enviándonos las diez plagas de Egipto para separarnos de nuestras concupiscencias. «Llenó de bienes a los que tienen hambre.» Cristo ha venido verdaderamente para los que «tienen hambre y sed de justicia», para los que conocen su debilidad y su miseria y reclaman socorro. Todos estos pobres, estos míseros, son colmados por Dios de riquezas, de bienes. Cuando

---

ella actúe con la misma fuerza que Moisés, enviándonos las diez plagas de Egipto para separarnos de nuestras concupiscencias.

Juan el Bautista en su prisión, oye hablar de las obras de Cristo, envía a dos de sus discípulos a decirle: «¿Eres tú el que ha de venir o hemos de esperar a otro?» Jesús les responde: «Id y anunciad a Juan lo que vistéis y oisteis: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, los pobres evangelizados» [94].

He aquí la realización de la profecía de Isaías, que anunciaba así el reino del Mesías: «Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos se abrirán...» [95]. «Para dar albricias a los oprimidos me ha enviado, para vengar a los de corazón quebrantado» [96]. El gobierno del Mesías es ante todo un gobierno de misericordia, que exalta los pobres, los pequeños, los miserables, y esto es lo que hace tan divino, tan digno de ser alabado.

En el Antiguo Testamento, las riquezas, el poderío y la buena opinión de sí eran considerados frecuentemente como un signo de la benevolencia de Dios, como una recompensa normal del justo. En el Nuevo Testamento, los pobres alcanzan el primer lugar, que los ricos desposeídos les dejan por fuerza. Los desheredados, los huérfanos, los débiles pasan delante de los «potentados»; los que tienen un corazón contrito, que conocen su miseria y la confiesan, son los únicos considerados por Dios. El Padre, por Cristo y en Él, perdona, rehabilita y exalta al hijo pródigo, al publicano, a la pecadora, a la Samaritana, y deja como de lado al hijo mayor, a los fariseos, a los levitas y los sacerdotes de la antigua

---

[94] Mt 11, 4-6.
[95] Is 35, 5.
[96] Is 61, 1b.

Ley, más afectos a su propia justificación ritual que a la misericordia y al amor.

Después de haber opuesto y unido tres gestos divinos de misericordia y justicia, el Magnificat de María termina proclamando la predilección misericordiosa y fiel de Dios hacia Israel, su servidor y su hijo. «Tomó bajo su amparo a Israel, su siervo, para acordarse de la misericorida, como lo había anunciado a nuestros padres, a favor de Abraham y su linaje para siempre.» El misterio del Verbo encarnado es la gran misericordia hecha de manera especial a Israel; es la misericordia por excelencia que Dios le hace, eligiendo un miembro de su linaje para dar al universo su Salvador, para ennoblecer a toda la humanidad en la descendencia de David. Esta misericordia es el cumplimiento de la promesa hecha a los patriarcas, y por ello, reviste un modo particular, se inscribe más profundamente aun en el pueblo elegido, habiendo sido largamente deseada y reclamada por él. Dios, que prepara esta misericordia inefable con un largo período de espera, de prefiguración, excitaba en Israel una sed más ardiente y le hacía comprender mejor su debilidad, su impotencia lejos de la ayuda de su Dios. Toda misericordia inesperada, concedida sin preparación, fuera de la misericordia gratuita y primera, no puede ser tan eficaz, porque una tal misericordia no puede darse sino entre dos, el que concede y el que recibe. Es preciso que el que reciba sepa plenamente su pobreza para no limitar el gesto del donante. Dios no tenía necesidad de esperar para prepararse, pero la humanidad sí la tenía, para comprender mejor la gravedad de su falta y todo lo que se deriva de ella. María, que en su «fiat» de la anunciación termina este período de espera, tiene una sed aún mayor que la de los patriarcas y los profe-

tas, porque conocía mejor que ellos la gravedad de la falta y sus funestas consecuencias. Es su deseo tan desprendido, su consagración virginal en el abandono, lo que atrae la misericordia de Dios. Este abandono total ha llamado tan fuertemente a la misericordia divina que ésta no ha esperado más, y ha venido a establecerse en María para hacer en ella su morada, su templo. Israel, en definitiva, es ella; en ella es en quien se realiza la promesa. María lo reconoce así, y en su grandeza de alma, glorifica al Señor.

Este misterio de la Visitación nos muestra, de una parte, cómo la misericordia cristiana es como el fruto primero de la contemplación cristiana, que reclama su expansión en obras de misericordia temporal y espiritual. Por otra parte, nos hace ver cómo la oración litúrgica brota de la misericordia. Es la alabanza de la comunidad cristiana, constituida por la misma misericordia. En efecto, la comunidad cristiana está inmediatamente fundada sobre la misericordia; por consiguiente no es extraño que la alabanza propia de la comunidad cristiana como tal proclame sobre todo la misericordia de Dios, puesto que se enraíza en ella. *Misericordias Dei in aeterno cantabo.* El Magnificat, como el cántico de Moisés, es ante todo el canto del servidor de Dios, objeto de sus preferencias, de sus beneficios, de sus misericordias.

CAPÍTULO IV

PRESENCIA DE JESÚS. EL MISTERIO DE LA NATIVIDAD. LA ALEGRÍA

Antes del nacimiento de Jesús, durante los nueve meses de espera, Jesús está muy presente para María; presente para su vida contemplativa, para su corazón de Madre y de sierva de Dios. Pero esta presencia es aún imperfecta. Está como escondida en María, y no reclama de ella sino la pasividad en relación con la virtud del Altísimo. No tiene que hacer sino obedecer a la orden de Gabriel, que le comunica que el Espíritu Santo descenderá sobre ella, que el poder del Altísimo la cobijará con su sombra[97]. Por su «fiat» María vive de esta presencia oculta del Verbo que se encarna en ella.

Con el misterio del nacimiento de su Hijo, María entra en una etapa totalmente nueva tanto para su vida contemplativa cuanto para su vida de sierva de Dios. Dios se da entonces a ella como un infante se da a su madre, esperándolo todo de ella. María

[97] Lc 1, 35.

no debe ya permanecer simplemente pasiva dejándose actuar por el Espíritu Santo, sino que debe comenzar a tomar iniciativas absolutamente maternales. Ya no basta con que se deje tomar y devorar por Él; es preciso que se dé espontánea y efectivamente a su Hijo, en múltiples gestos, acciones y ocupaciones; ha de crear un medio maternal en el que su vida de Niño pueda conservarse y desplegarse.

Es muy importante considerar todo esto para comprender mejor cómo el Espíritu Santo, después de largos períodos de pura receptividad, en el que Él mismo actúa directamente sin reclamar de nosotros más que una docilidad perfecta a su acción, puede súbitamente pedir de nosotros determinadas iniciativas totalmente nuevas sin que por eso nos dispense de este estado de docilidad y de fundamental dependencia. Es que quiere, entonces, algo más de nosotros. Espera por nuestra parte una entrega efectiva que se traduzca en ciertas actitudes y determinados gestos, ciertas responsabilidades y compromisos a veces muy audaces, en los que Él quiere que nosotros tomemos la iniciativa.

Además, con el nacimiento de Jesús, la vida comunitaria cristiana va a conocer su primera realización perfecta. La presencia oculta e invisible de Jesús no bastaba para la expansión de esta vida comunitaria familiar; hacía falta su presencia visible. Por eso, con el misterio de Navidad, nos encontramos en presencia de un discernimiento muy claro de Dios sobre la humanidad. Algunos rehúsan recibirlo: «Vino a los suyos y los suyos no le recibieron»; otros, por el contrario, son conducidos a Él con una gratuidad maravillosa.

Bajo este aspecto se comprende cómo la Natividad es verdaderamente el misterio de la alegría di-

vina perfecta. Los ángeles lo proclaman claramente a los pastores: *Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo:* «He aquí que os traigo una buena nueva, que será de grande alegría para todo el pueblo.» La alegría, en efecto, implica la expansión de nuestra vida y la conciencia de esta expansión. Por eso, desde el punto de vista humano, puede haber distintos tipos de alegría, ya que hay diversas maneras de expandir y desarrollar nuestra vida. Entre estas alegrías la de la amistad es a la vez la más humana y la más consciente para nosotros. Sabemos bien cómo nuestro corazón humano se entristece cuando sufre la separación, la ausencia del amigo; su presencia, por el contrario, le hace exultar de alegría. Es esta alegría de la amistad la que mejor nos puede servir para percibir el carácter propio de nuestra alegría divina, pues el misterio de la caridad es un misterio de amistad con Dios, con las tres Personas divinas, por Cristo y en Él. La alegría divina implica el desarrollo, la expansión de esta amistad y una cierta experiencia de ella, es decir, la entrega de Dios a nosotros y nuestra entrega a Él, de donde resulta una presencia de amor y una cierta experiencia de esta presencia en la fe viva gracias al don de sabiduría. Cuanto más intensa y fuerte, vivida y experimentada es esta presencia, más intensa y fuerte es la alegría. Por eso, el misterio de la Navidad es para María este misterio de entrega mutua: Dios, dado como «infante» a María, su Madre. No puede haber presencia más íntima que la del niño pequeño cerca de su madre, porque estos dos seres están unidos el uno y el otro y son connaturales entre sí. No puede haber presencia más vivida, más experimentada que en el momento mismo del nacimiento, de la primera aparición de esta presencia. En este momen-

to, la presencia posee un esplendor único. La Natividad es Dios con María, es Dios para María. No hay nada más que este hecho, en toda su novedad, en toda su pureza. Es, verdaderamente, el misterio de la gran alegría. En la Anunciación, Dios había sido entregado, ciertamente a María y María entregada a su Dios, pero esta donación permanecía oculta. La presencia era aún imperfecta, porque la presencia reclama que los seres, que están en presencia, sean perfectamente distintos, que puedan verdaderamente ser dos *a llevar* la misma vida. La unidad de conocimiento y de amor, incluso cuando este conocimiento y amor son divinos, no son suficientes para una presencia plena, cuando se trata de nosotros, que poseemos un cuerpo; tenemos necesidad de una presencia física, de una mirada que sea como el reflejo, la expresión viva de esta unidad de conocimiento y de amor. Lo propio del nacimiento es precisamente la realización de esta distinción perfecta del cuerpo del niño respecto al cuerpo de la madre, lo que permite que el niño se haga presente a su madre. Por eso lo que domina en la Anunciación no es la alegría, sino el deseo silencioso en la espera de una promesa que se realiza.

Añadamos también que la presencia perfecta pide una cierta acción mutua de los seres entre ellos. María, en el misterio de la Natividad, al encontrarse por primera vez con su Niño, debe actuar respecto a él como madre, es decir, como alguien que se lo da todo, que no se siente molesta con su hijito, puesto que Él lo espera todo de ella y depende de ella totalmente.

Intentemos comprender un poco toda la ternura, todo el amor, todo el respeto que María pone en su primera mirada a Jesús, en su primera caricia, en

su primer beso, en sus primeros gestos maternales. «Le envolvió en pañales», nos dice la Escritura[98]. Estos gestos, que las otras madres realizan instintivamente y que traducen su amor maternal en lo que tiene de más natural, María los realiza bajo la conducción del Espíritu Santo, porque estos gestos traducen no solamente su amor maternal, sino también su amor virginal, su amor divino respecto a su Dios, que se entrega a ella en la debilidad, en la pequeñez del infante, entregado totalmente a su madre. Bajo la moción de los dones de temor, de piedad y de consejo, María ejecuta de manera divina estos gestos. Estrecha a su Niño contra su corazón con un temor casto y amoroso, en un abandono perfecto a la voluntad del Padre, para calentar el cuerpo pequeño y tierno del Hijo único del Padre. Y la Virgen, que recibe a su Dios en la pequeñez y la impotencia, tiembla sabiendo que Dios espera de ella iniciativas maternales. Así como el Hijo está eternamente cerca del Padre en un abrazo eterno de amor, así el Niño Jesús, recién nacido, en esta noche de la Natividad, está oculto cerca de su madre en un abrazo de amor. El corazón de María es para Jesús el eco viviente del «seno eterno» del Padre. Este temblor divino, efecto del don de temor, lejos de paralizar la ternura y el amor del corazón maternal de María, le permite, por el contrario, expandirse mucho más profundamente. Ninguna madre ha estrechado contra su corazón a su hijo con más ternura que María; ninguna madre ha mostrado más delicadeza y respeto hacia su fragilidad.

El don de temor no perjudica en absoluto a las exigencias profundas del amor ni a todas sus audacias; no hace a la criatura escrupulosa ni humana-

[98] Lc 2, 7.

mente temerosa, sino que favorece aquellas exigencias porque se realiza en el amor; permite al amor ir más lejos, realizar todos sus impulsos, todas sus exigencias.

Para penetrar mejor en este misterio de presencia y de alegría, detengámonos un instante en las circunstancias especiales en las que se realiza y que nos ha revelado la Escritura.

María y José son obligados a dejar Galilea para ir a Belén, en Judea, a la ciudad de David, puesto que el censo, ordenado por César Augusto, exigía que cada uno fuese censado en su ciudad de origen. Y precisamente durante su estancia en Belén, «se le cumplieron a ella los días del parto, y dio a luz su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le recostó en un pesebre, pues no había para ellos lugar en el mesón» [99].

Es en el éxodo, podríamos decir en el camino, donde acontece este misterio del nacimiento de Jesús. Jesús no debía nacer ni en el Templo de Jerusaleń —la casa de Dios, que era el símbolo de su propio cuerpo— (porque debía nacer de una manera oscura y oculta) ni en la casa de José y María —había que obedecer al decreto imperial y «dar al César lo que era del César»— ni en el mesón, porque los hombres habían cerrado sus puertas ante la pobreza de José y de María. Al rehusar recibir a José y a María, ocupados en los bienes de este mundo, los hombres rehúsan recibir a Jesús: «Vino a los suyos y los suyos no le recibieron» [100]. No hay sitio para Él. Los hombres no quieren un rey y un Dios pobre, sin signo alguno exterior que manifieste su poderío. José y María, rechazados por los

[99] Lc 2, 6-7.
[100] Ioh 1, 11.

hombres, han de refugiarse en una cueva, en la vecindad de animales. Es ahí donde nacerá Jesús, para los hombres, pero lejos de su negocio, de su organización terrena que les impide recibirle.

En su sabiduría, Dios se sirve de este rechazo de los hombres para realizar su amor más plenamente, para poner de manifiesto más brillantemente su alegría y su gloria. El nacimiento de Jesús se realiza así en el silencio y la soledad maravillosa de la naturaleza durmiente. Por este mismo hecho todo está mucho más reservado a María, todo es mucho más simple: no hay curiosos, no hay importunos. María está sola para recibir a su Hijo, a su Dios. Este nacimiento milagroso permite a esta Madre recibir inmediatamente a su Hijo, estar inmediatamente totalmente atenta a Él, encontrarse verdaderamente sola con Él. No hay manos extrañas que se interpongan entre las de María y el cuerpo del recién nacido. Si José esta, ciertamente, presente cerca de María y de Jesús, es para celar el misterio, para guardar celosamente el secreto del Padre.

Según los designios de la sabiduría de Dios, María, que da a luz a su primogénito, debe estar sola con Él en este silencio de la noche, para experimentar la mayor efusión posible de su amor y su alegría; porque, precisamente, puesto que Él es únicamente para ella —los demás lo han rechazado y no han querido recibirlo— y ella está allí únicamente para Él, esta presencia reviste una intensidad y una pureza enormes. En la Anunciación, María estaba ciertamente sola con Él y Él en ella, pero no se daba entonces este rechazo de la humanidad que empuja violentamente, podríamos decir, a Jesús hacia su Madre, puesto que sólo ella acepta recibirlo.

Todo concurre a hacer más íntimo, más profun-

do, más divino el misterio de esta nueva presencia en la soledad y el silencio de la noche de Navidad. La pobreza exterior de José y María es como la guardiana de ello. Si José y María hubieran parecido ricos, si hubiesen llegado como grandes señores, a la vista del estado de María se les hubiese concedido plaza en el mesón, se habría despedido a otros huéspedes menos importantes, se habría encontrado un medio u otro de alojarlos, y el misterio del nacimiento de Jesús no habría conocido esta soledad y este silencio. Habría tenido lugar en medio de la agitación de una posada y hubiera contribuido a aumentar aquella agitación. Pero no es ése el modo como Dios visita nuestra tierra; por el contrario, es preciso que la pobreza prepare los caminos y descarte a todos aquellos que no buscan sino las riquezas terrenales, a todos aquellos que no piensan sino en instalarse bien en la tierra.

Cuando se trata del misterio de la primera visita del Verbo encarnado a este mundo, la pobreza ha realizado tan bien su trabajo que no hay nadie más que María y José. Es a esta soledad, fruto de la pobreza aceptada y querida, a la que Él viene a habitar, en la que se manifiesta y se muestra para darse y entregarse.

En este silencio y en esta alegría, la contemplación de María puede realizarse perfectamente. Ella puede, por su fe en el misterio de la Encarnación plenamente realizado en ella, adherirse al Verbo presente que se da a ella en el silencio: la palabra viva de Dios se da a María por su Infante: *infans*, el que no habla. La Luz estallante de Dios se da en un niño recién nacido que mantiene los ojos cerrados. María puede, en su esperanza, apoyarse sobre la Fuerza de Dios, que se da a ella en la debilidad misma de Aquel que lo espera todo de su Madre; puede

desear vivir del cielo al recibir para ella sola su Dios en la persona de su Hijo bienamado. María puede, en su caridad, experimentar el amor de Dios hacia ella y hacia los hombres fijándose en el corazón de su hijito, y estableciendo en él su único lugar de reposo. Gracias a esta presencia amante y silenciosa de su hijito hacia ella, María conoce un nuevo impulso de contemplación, engrendrador de una nueva exigencia de silencio y de soledad. Soledad y silencio divinos, totalmente impregnados de amor, que no le impiden ser plenamente Madre, estar absolutamente atenta a sus deberes y responsabilidades maternales. Esta alegría de María es como una imagen viva de la alegría del Padre en presencia de su Hijo. En efecto, la Natividad es el comienzo de todo el misterio de la Sagrada Familia. Es la primera manifestación del carácter familiar de la vida divina y, por lo mismo, la prolongación para nosotros, en nuestra humanidad, de todo el misterio de la Santísima Trinidad.

Esta contemplación cristiana totalmente virginal de María se realiza, pues, en una vida común familiar que, al ser totalmente divina, *absolutamente vacía de sí,* es, realmente, una vida solitaria con Dios. Por ello, las actividades maternales de María hacia su Hijo deben ser consideradas como el resplandor inmediato de su silencio contemplativo. Tienen un valor litúrgico, y vistas bajo este aspecto, nos manifiestan el modo característico de la liturgia cristiana en su brillantez original. Esta presencia visible de Jesús da origen a toda la vida litúrgica cristiana, que exige la vida perfecta común para realizarse plenamente. El misterio de la Natividad nos manifiesta lo que hay de precisamente típico en la liturgia cristiana: el ejercicio de la virtud de religión informada por la caridad cristiana bajo la mo-

ción directa del Espíritu Santo según el don de piedad. El Magnificat, como canto de alabanza, da fin al Antiguo Testamento e inicia el Nuevo: es como su aurora. En la Navidad aparece el «Sol», está presente y resplandece ya. La Navidad nos debe hacer aprehender en toda su pureza lo que caracteriza a la liturgia cristiana.

La liturgia del Antiguo Testamento había escogido sucesivamente como lugar de adoración y alabanza los lugares en donde la naturaleza aparecía como convidada a unirse a la acción religiosa; después la Morada de Yahvéh en la marcha a través del desierto; en fin, el Templo de Jerusalén, en donde el genio artístico del hombre, dirigido por Dios, había edificado una morada divina. Todos estos hitos reclamaban una liturgia cada vez más majestuosa y solemne. La liturgia cristiana, que no es solamente la liturgia de la espera —la que simboliza una realidad que ha de venir—, conoce una nota mucho más simple, mucho más realista: hace su aparición junto a la cuna, alrededor del Niño Jesús. Dios, que viene a habitar entre los suyos, no desciende en la morada suntuosa que los hombres le habían destinado. No nace en el Templo de Jerusalén, sino en Belén de Judá, en una cueva reservada a los animales y a los pobres sin cobijo, a los vagabundos. Quiere que su primera visita sea verdaderamente para los pobres, para los que no tienen nada. Quiere que todo se rehaga a partir de esta desnudez del pesebre, que es escogido como el lugar donde debían cumplirse los primeros gestos, la primera adoración y la primera alabanza de la liturgia cristiana. Toda la majestad un poco fría del Templo es abandonada para ser reemplazada por los gestos maternales sencillos y amorosos de María. El don de piedad se ejerce entonces plenamente

y transforma desde el interior el ejercicio mismo de la virtud de religión. La liturgia toma de este hecho una nota muy familiar, que no resta nada al respeto debido a la majestad de Dios, pero le da una fisonomía nueva, hecha de intimidad, de simplicidad, de ternura.

El carácter familiar de esta liturgia, al ser divino, no está exclusiva y celosamente encerrado sobre sí mismo: la llegada de los pastores, invitados por los ángeles, está ahí para atestiguarlo. Si María hubiese tenido una contemplación y una alegría menos divinas, si su unión con Jesús hubiera revestido un modo más humano, habría rehusado sin duda recibir a los pastores. Hubiera pedido a José que les hiciera comprender que no se puede molestar en la noche a una joven madre que acaba de dar al mundo a su hijo. María hubiera podido argumentar de ese modo para permanecer celosamente en su alegría y su silencio y estar a solas con Jesús.

María, sin embargo, dócil al Espíritu Santo, actúa de otro modo y deja a los pobres forasteros acercarse y contemplar al recién nacido, haciéndoles merced de un gesto maravilloso de caridad fraterna. Les da todo lo que posee de más preciado para que su alegría estallante esté también en los corazones de los pastores. Es verdaderamente causa de su alegría, puesto que les muestra al Salvador, les permite que Le contemplen, que vivan en su presencia. Estas pobres gentes que vienen en nombre de Dios, empujados por los ángeles, no turban el silencio contemplativo de María y forman parte inmediatamente de esta liturgia cristiana. «Y habiéndolo visto, dieron a conocer la declaración que se les había hecho acerca de este niño» [101].

[101] Lc 2, 17.

Su alabanza es la de los ángeles; no tienen otra; son demasiado pobres.

Por los pastores, esta liturgia cristiana se sitúa inmediata y explícitamente en continuidad con la liturgia de los ángeles: El «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor»[102] se convierte en la alabanza de los «pobres», que son los primeros evangelizados y que lo esperan todo de la bondad de Dios.

Los pastores no solamente no turban la alegría y el silencio contemplativo de María, sino que le proporcionan una alegría y una paz nuevas. Porque, ¿acaso no forma parte María de aquellos «que ama el Señor»?

María, que no ha rechazado a esos pobres y no los ha considerado como molestos e indiscretos, es recompensada por su misericordiosa bondad para con ellos. Porque estos pastores no solamente le comunican la alabanza de los ángeles, la alabanza que encierra misteriosamente el silencio del pesebre, sino que le comunican también lo que el ángel les ha dicho sobre el recién nacido: «Os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es el Mesías, el Señor. Y esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre»[103]. San Lucas añade: «Pero María guardaba todas estas palabras ponderándolas en su corazón»[104]. Estas palabras del ángel a los pastores le confirman la Anunciación que el ángel Gabriel le había hecho y precisamente la misión divina de Jesús,

---

[102] Lc 2, 14.

[103] Lc 2, 12.

[104] Lc 2, 19. Cfr. Com. de Cayetano: «Ella ejercía el oficio *(officium)* de la contemplación, uniendo lo que le había sido dicho a las palabras dichas a los pastores.»

que viene para salvar a su pueblo: es el Salvador.

No solamente estas palabras confirman su fe en el mensaje del ángel, sino que confirman asimismo su actitud maternal de ternura y amor hacia su Hijo. El ángel, en efecto, inspirado por el Espíritu Santo, se sirve de los primeros gestos de María hacia su Hijo como «señal» por la que los pastores podrían reconocerle. Para su corazón virginal, que en su casto temor había debido acometer esas iniciativas tan audaces y tan tiernas respecto a Jesús, las palabras del enviado de Dios debieron ser sumamente pacificadoras y relajantes. María, al actuar de esta manera tan maternal, tan tierna y amorosa, estaba realizando la caridad divina que debía tener hacia su Hijo. Toda la ternura, todo el amor que una madre proporciona naturalmente a su hijo, los ofrece ella también a Jesús, pero aún con más fuerza, porque la virginidad del corazón, lejos de aminorar su amor por su Hijo, lo intensifica y le permite cumplir con todas sus exigencias.

Comprendamos bien esta ley del gobierno divino y veamos cómo Dios se sirve de todos y cada uno de una manera propia y original para educar y formar el corazón de María. Primero es el Espíritu Santo sólo el que la instruye y le muestra lo que debe hacer; después, el Espíritu Santo y el ángel Gabriel; más tarde, el Espíritu Santo, los ángeles y los pastores. Después, como ya veremos, los Reyes Magos y Simeón; en fin, su mismo Hijo.

El ángel Gabriel hubiera podido venir a decir explícitamente a María la manera cómo Dios deseaba que actuara en la Natividad. Dios, por el contrario, quería que ella permaneciera en la oscuridad de la fe y que, en esta oscuridad, su caridad tomara iniciativas maternales para con su Dios, aunque permaneciendo en una docilidad plena al soplo del

Espíritu Santo, aceptando en silencio sus indicaciones, sus mociones suaves. El Espíritu Santo, para recompensar su docilidad, le envía a los pobres pastores que le revelan la aprobación de Dios respecto a su actitud; puesto que el mismo ángel se sirve de sus gestos como «señal» distintiva. El Salvador es el que está envuelto en pañales y recostado en un pesebre.

Si el punto de partida de la vida contemplativa cristiana se realiza gracias a una intervención explícita de Dios —el misterio de la Anunciación— aquí la intervención del Espíritu Santo parece realizarse muy interiormente como para intensificar el abandono de María [105]. El signo visible no aparece sino como una confirmación dada por sobreabundancia. María no había de tenerla necesariamente, pero ello le ocasiona una nueva alegría —la alegría de la criatura que se sabe bendecida por su Dios y que constata que el mismo ángel se sirve de sus pobres gestos humanos— y un aumento de la certeza respecto a sus actitudes como sierva madre maternal de Dios. Ella debe ser la Virgen ordenada y

---

105 San Lucas, en el Evangelio, nos indica muy bien este progreso del silencio contemplativo de María: al ángel, responde con el «fiat»; a Isabel, contesta con el «Magnificat»; a los pastores les responde escuchando con atención todas sus palabras y encerrándolas en su corazón. Por otra parte, habría que comprender bien la significación fuerte del *conservabat* —*sunetêrei*— empleado aquí por San Lucas, distinto del *retinent* (Lc 8, 15) y del *custodiunt* (Lc 11, 28). María guarda la palabra que Dios de una manera única, la conserva «como un secreto», porque le ha sido confiada, y debe guardarla; los otros discípulos de Cristo deben también guardarla —y no solamente escucharla—, pero para ellos, guardar la palabra indica en primer lugar estar atentos a la palabra de Dios, para no olvidarla. Progresivamente, con la ayuda de María, deben también guardarla como un tesoro único, como un secreto de amor.

consagrada totalmente a Dios; la Madre totalmente ordenada a su Hijo. Este doble orden no es más que uno en el amor; lejos de oponerse entre sí ambos aspectos se intensifican mutuamente. Este doble orden, que la une tan fuertemente al Verbo encarnado, no la aísla de sus semejantes, sino que le permite ser extraordinariamente acogedora para todas las almas de «buena voluntad» que Dios pone en su camino.

Este misterio de la Natividad, como todo nacimiento humano, es a la vez un término y un punto de partida. Es el término de todo Adviento, no solamente el de los nueve meses, sino también el de la larga espera del pueblo de Israel, tras la promesa hecha a Abraham, tras la promesa hecha a Eva después del pecado y de la expulsión del Edén. Por fin, ahí está el Salvador. La Navidad, como término, puede ser el misterio de la presencia y el misterio de la alegría, que exigen ambas un resultado, un hecho cumplido. Todas las exigencias divinas que, en el alma de María, se iban desarrollando progresivamente a partir del misterio de la Presentación se encuentran en este misterio de la Natividad como reunidas en una manifestación de alegría. Las exigencias de la consagración virginal en el abandono y las de la caridad fraterna se apoderan más profundamente del alma de María en esta noche de Navidad. No tiene más ayuda humana que la de José; los hombres rehúsan venir en su ayuda, el desierto se tiende en torno a ella. Es necesario que María se abandone totalmente a la misericordia omnipotente del Padre, para no recibir ayuda para ella y su Hijo, sino de su Padre del cielo y de su representante, José. Cuando se trata de nosotros mismos, nada es verse abandonados a la misericordia de Dios, pero cuando se trata de ser abandona-

dos por Aquel que es toda nuestra vida, nuestro Hijo predilecto, hace falta una superabundancia de abandono divino. Esta Madre que espera a su Hijo debe abandonarse totalmente en una grandísima pobreza a la única misericordia del Padre y debe, al mismo tiempo, y más que nunca, confiar totalmente en José, en una caridad fraternal muy simple, sabiendo muy bien que puede contar con él. José espera también este Jesús esperado por ella, y que es su Hijo, y lo espera con mayor amor que si fuera hijo suyo, porque todo lo que es de María es suyo, y María lo sabe. He aquí la suprema delicadeza de la caridad fraterna, que suprime todo rasgo de celos entre quienes se aman por Dios. El «fiat» silencioso de la Anunciación conoce entonces como un punto culminante en esta espera última del nacimiento. «Llega» el que ha sido prometido, el que María lleva oculto en sí. Su deseo de poseerlo y de ser toda para Él no ha cesado de aumentar, de intensificarse. El nacimiento de Jesús no rasga el silencio de su contemplación. María lo mira de modo divino, en la luz de su fe, viviendo más divinamente aun de su «fiat». Sus gestos maternales traducen el silencio de la contemplación y expresan el don generoso y eficaz de todo su ser, al servicio de su infante.

La gratuidad de su misericordia se ejerce en su acogida a los pobres pastores que necesitan acercarse a su Salvador: María, en silencio, les muestra la benignidad del Salvador. La alabanza de los ángeles, que respetan el silencio de María, proclama la «Gloria de Dios» en su nombre. Es el Magnificat de la Madre que, por sus gestos maternales, alaba a Dios en silencio, pidiendo a los ángeles que canten en su lugar.

Si la Natividad es un término, todo comienza también en la Natividad. Es el principio de la vida

terrenal de Cristo, el comienzo de la gran subida a Jerusalén, el comienzo de la separación. María se convierte en la persona que, cada vez más, seguirá a Jesús, en vez de ser únicamente la que lo lleva y lo oculta. Para comprender mejor estos dos grandes aspectos del misterio de la Navidad no será inútil recordar lo que corresponde, en el misterio de Moisés, a este misterio del nacimiento de Jesús. Se siente la tentación, a primera vista, de decir que resulta evidente que, en la vida de Moisés, no puede haber prefiguración del misterio de la Natividad, pues este misterio es totalmente propio del Evangelio que comienza, en efecto, por este misterio, por esta «gran alegría»: el nacimiento del Salvador. Es verdad, desde este punto de vista no hay que buscar prefiguración del misterio de la Navidad, sino considerar más bien que la Navidad es una cierta prefiguración de nuestra vida divina aquí abajo en la espera del cielo. Sin embargo, después de haber subrayado el paralelismo que existe entre el privilegio de la Inmaculada Concepción y el nacimiento de Moisés, la Presentación de María y el primer gesto de Moisés, la Anunciación y la vocación de Moisés, la Visitación y las diez plagas de Egipto, el Magnificat y el canto de Moisés, puede no resultar vano el intentar seguir en esta vía. Después del cántico de Moisés ocurre la entrada en el desierto, el principio de esta gran aventura a través de todo el desierto, a través de las luchas más diversas. ¿No hay en ello la prefiguración de este otro aspecto del misterio de la Natividad que acabamos de subrayar? La vida terrena de Jesús es, sin duda alguna, la marcha a través de un gran desierto [106].

---

[106] «... Los israelitas se dirigieron hacia el desierto de Shur; caminaron tres días por el desierto y no hallaron agua...» (Ex 15, 22).

TERCERA PARTE

ANUNCIO PROFÉTICO DE LA ESPADA Y PRIMERAS PRUEBAS. PREPARACIÓN DIVINA A LAS ETAPAS DOLOROSAS

CAPÍTULO I

INSERCIÓN DEL DOLOR EN EL MISTERIO DE LA ALEGRÍA CRISTIANA: EL MISTERIO DE LA PURIFICACIÓN

Si el misterio de la Navidad se cumple fuera del Templo, el de la purificación se realiza dentro de él. No hay oposición entre la vida litúrgica de Navidad y la del Antiguo Testamento, sino perfeccionamiento de la una por la otra. Si la presencia real de Cristo en medio de nuestro universo renueva todas las cosas y da comienzo a una era nueva, no es, sin embargo, una revolución que condene lo que ha ocurrido anteriormente, bajo la conducción de Dios, en el pueblo de Israel.

Dios, en su gobierno de las cosas, las renueva conservándolas. Sus obras más audaces se enraizan en la tradición que ha establecido para los hombres. Ante los judíos que tratan de oponer la doctrina y los gestos de Jesús a los de Moisés, Jesús responde: «Vuestro acusador será Moisés, en quien habéis puesto vuestra esperanza. Porque si creye-

seis a Moisés, me creeríais a mí, porque es de mí de quien ha escrito» [107].

Nos encontramos de nuevo aquí con una de esas leyes profundísimas del gobierno divino, gobierno de sabiduría que se sirve de todo, que no se endurece jamás, puesto que está siempre ordenado hacia el único Bien. El gobierno de los hombres mantiene muy difícilmente esta armonía, este equilibrio entre el hecho de guardar lo que es bueno —*conservatio in bono*— y el hecho de dirigirse hacia el bien —*motio ad bonum*— o, si se prefiere, el aspecto estático y el aspecto dinámico, el aspecto formal y el aspecto eficiente. El hombre peca constantemente, sea por exceso de conversatismo, sea por exceso de afán renovador. O es conservador en detrimento de la renovación, o revolucionario en detrimento de la tradición. Dios, en su sabiduría, domina las dos tendencias opuestas, las armoniza para que cada una de ellas realice todo lo que puede realizar en orden a la adquisición del bien supremo, la bienaventuranza.

Los lazos de dependencia entre el misterio de la Navidad y el de la Purificación y su originalidad propia nos manifiesta maravillosamente estos principios. Nada hay más audaz que el misterio de la Navidad en comparación con todo lo que había sido establecido por Dios en la ley mosaica. Incluso se podría decir que comparado con el formalismo legal de aquella época —es decir, la manera en que los hombres aplicaban la ley— nada hay más revolucionario en su extrema benignidad. Pero, asimismo, nada hay más enraizado en esta ley que esta renovación: el misterio de la Purificación y de la Circuncisión están ahí para ponerlo de relieve.

[107] Ioh 5, 45-46.

Tratemos de comprender de qué manera el misterio de la Purificación va a ser para María una etapa nueva, tanto para su vida contemplativa como para su vida litúrgica. Su primera visita al Templo con el Niño Jesús va a ser la fuente de grandes alegrías (alegría para Simeón, alegría para el pueblo, alegría para María) y a la vez, fuente de una profundización y de una entrada aún más personal en los caminos de Dios por el anuncio profético del sufrimiento.

En el misterio de la Purificación, debemos distinguir tres aspectos complementarios: la presentación de Jesús en el Templo, la purificación de María y la aparición de la profetisa Ana.

Presentación de Jesús en el Templo

La ley de Moisés obligaba a que «todo varón primogénito fuera consagrado al Señor». Esta consagración estaba simbolizada por el sacrificio de «un par de tórtolas o de dos palominos» [108]. Ahora bien, la letra de la ley no era aplicable a Jesús, que fue, desde el primer instante de su concepción, el ungido de Dios por su misterio de la unión hipostática. La ley, en efecto, se aplicaba solamente a todo niño varón salido naturalmente del seno materno, *masculinum quod aperit vulvam, hoc ut matricem,* como hace notar Cayetano en su comentario, en tanto que Jesús ha salido milagrosamente del seno de su madre permaneciendo ella virgen *clauso genitali membro matris, ita etiam clausa vulva est.* Estaba realmente por encima de la ley y su nacimiento milagroso era como un signo de ello. Sin embargo,

[108] Lc 2, 23-24.

Dios quiere que, de hecho, se someta a ella, como ya se había sometido a la circuncisión. «Lo llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor» [109].

En efecto, Jesús, como Él mismo lo dirá más tarde, no ha venido para abolir la ley, sino para completarla. Esta ley de ofrenda de todo primer nacido recordaba la liberación milagrosa del pueblo de Israel del yugo tiránico del Faraón: el Señor había herido a medianoche a todos los primogénitos de Egipto, tanto al «primogénito del Faraón... como al primogénito del cautivo en su prisión» [110]. Esta ley encontraba su perfección en la ofrenda del primogénito de María y del Padre.

Al someterse a esta ley, Jesús vive plena y totalmente la ley común de su pueblo, la de todos los hijos de Israel. Su misterio personal sigue oculto. Aparecía oficialmente como el «hijo de la mujer» llevando consigo, por ello, las consecuencias de la deuda común de Israel.

En el Templo, María y José encuentran a Simeón, «hombre justo, temeroso de Dios, que esperaba la consolación de Israel» [111]. No solamente era un varón justo según la ley común, sino que vivía en el temor de su Señor y en la esperanza de su misericordia. Moraba en la intimidad filial del Espíritu Santo. «El Espíritu Santo reposaba sobre él. Le había sido revelado que no vería la muerte antes de haber visto al ungido del Señor» [112].

Este hombre, que había recibido los secretos de la sabiduría de Dios, vino, pues, al Templo, «impulsado por el Espíritu». El, que pertenece plenamen-

---

109 Lc 2, 22.
110 Ex 12, 29.
111 Lc 2, 25.
112 Lc 2, 25-26.

te al Antiguo Testamento, fiel a su espíritu, es conducido al Templo por el Espíritu Santo. María, que pertenece plenamente al Nuevo Testamento, pero materialmente es fiel aún del Antiguo, obedece a la ley y se dirige al Templo con su Hijo Jesús. Hay en ello una maravillosa ordenanza de la sabiduría divina para hacer que se encuentre Simeón con María y Jesús. Simeón toma entre sus brazos al Niño Jesús y da gracias a Dios diciendo: «Ahora dejas ir a tu siervo, Señor, según tu palabra, en paz; pues ya vieron mis ojos tu salud, que preparaste a la faz de todos los pueblos: luz para iluminación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel» [113].

Las cualidades de Simeón nos muestran claramente que vive con intensidad toda la espera de Israel, la de los patriarcas, la de los profetas, en lo que tienen de más puro y auténtico. Por eso es por lo que el Espíritu Santo le revela, en primer lugar, y antes que a nadie, la presencia del Mesías en este Niño. Después de María, Juan el Bautista, Isabel José y los pastores, instruidos por los ángeles, Simeón es instruido por el mismo Espíritu Santo en lo más íntimo de su corazón y de su inteligencia. Los pastores reciben el mensaje del ángel en medio de la naturaleza silenciosa y grandiosa, y se ponen en marcha; Siméon, dócil al soplo del Espíritu Santo, encuentra al Mesías en el Templo: es en el Templo en donde el deseo de Israel debe encontrar su término.

Movido por el Espíritu Santo, Siméon habla en nombre de todo su pueblo, servidor fiel de Dios, que espera la llegada de Aquel que debe venir como Salvador. Reconoce que *ahora* está frente a la realización de la promesa: «Mis ojos han visto tu salva-

[113] Lc 2, 29-32.

ción» y, por lo mismo, su misión ha terminado; no le queda ya sino desaparecer para dejar que el Salvador actúe directamente. Toda la misión de Israel, aliada a Dios en la carne y en la sangre por el signo de la circuncisión, era la de esperar al Mesías, liberador de su pueblo: «No se retirará de Judá el cetro, ni de sus pies tampoco la bengala hasta que venga Aquel cuyo es el mando y le estén las naciones sometidas» [114].

A través de dos afirmaciones, Simeón caracteriza proféticamente la misión de este Salvador universal: «Luz para iluminación de los gentiles, gloria de tu pueblo Israel».

Notemos bien esta precisión. Como Salvador —es decir, el que da la salvación—, Jesús viene para todos los pueblos; como Luz —el que ilumina y manifiesta la Verdad— Jesús viene para los gentiles que no han recibido aún la revelación divina. Su misión personal es la de rendir testimonio a la verdad para que todos los hombres de buena voluntad puedan recibir la luz. Como Gloria —el que aporta la culminación, la perfección última a una obra ya comenzada—, Jesús es dado a su pueblo. Es su fruto más excelente, el que encierra todas las perfecciones y riquezas de la estirpe de David. Es «como un árbol plantado junto al curso de las aguas» [115].

Sus padres se maravillaban de lo que se decía de Él [116]. María, que guardaba en su corazón el mensaje del ángel y de los pastores, escucha admirada la profecía de Simeón que le revela explícitamente la misión salvadora universal de su Hijo Jesús: su Hijo es la salvación que Dios ha preparado ante to-

---

[114] Gen 49, 10.
[115] Ps 1, 3.
[116] Lc 2, 33.

dos los pueblos; es la Luz enviada por Dios para iluminar a las naciones; es la gloria de su pueblo.

Este misterio de la presentación implica la ofrenda de Jesús a su Dios, ofrenda realizada por el sacerdote. Sin querer entrar en la cuestión de saber si Simeón es o no sacerdote, sigamos aquí la opinión de Cayetano que, desde el punto de vista teológico, aparece como válida. Cayetano considera que Simeón es sacerdote, porque la Escritura nos señala que él «les bendijo» [117]. Así, el cumplimiento de un gesto tal en el Templo no puede ser obra sino de un sacerdote, cuyas funciones propias son las de bendecir y sacrificar [118].

Esta ofrenda de Jesús por parte de Simeón es el último acto del sacerdocio levítico. Después, deberá desaparecer, ya que, estando presente la realidad, habiéndose cumplido ya la promesa, carece de razón de ser la era de los símbolos. El «Nunc dimittis» del anciano Simeón, que considera toda la espera de Israel, se aplica de una manera especial al sacerdocio levítico.

María juega un importante papel en esta última acción litúrgica del sacerdocio levítico; es ella la que presenta Jesús al sacerdote, la que se lo entrega. Es de María de quien el sacerdote recibe a Jesús para ofrecérselo al Padre.

María, pues, coopera a este misterio con el que acaba todo el sacerdocio levítico. Su cooperación es una cooperación maternal, que consiste en presentar a Jesús, conducirlo, entregarlo al poder del sacerdote. Por esta cooperación, María une, de modo divino, la liturgia cristiana a la del Antiguo Testamento. La liturgia de Navidad, maternal, ínti-

---

[117] Lc 2, 34.

[118] Com. de Cajetan in Luc 2, 34.

ma y familiar, asume la liturgia legal del Templo dándole una significación nueva. Con esta ofrenda del Niño Jesús realizada en primer lugar por Él mismo de manera silenciosa y oculta, después, de manera visible por María y por el sacerdocio levítico, estamos ya en presencia de la transformación de la liturgia mosaica en liturgia cristiana.

Purificación de María. Anunciación profética

La ley de Moisés reclamaba no solamente la ofrenda del primogénito, sino también la purificación de la madre. Esta ley, materialmente considerada, no obliga a María, que es purísima y ha concebido a su Hijo milagrosamente. Sin embargo, si se considera la ley profundamente, en su aplicación al alma de María, se convierte en un misterio. La purificación legal se transforma en un misterio de purificación.

Si María se somete a la ley es para seguir permaneciendo oculta, para que su privilegio siga siendo exclusivamente para la gloria de su Dios. He aquí la actitud de la pobre sierva de Dios que, por instinto divino, quiere vivir según las exigencias propias de la ley común para permanecer oculta, para no singularizarse. Esta es una de las señales de la humildad cristiana en el plano social y comunitario, justamente lo contrario de la tendencia orgullosa que busca todas las ocasiones de manifestarse a los ojos de los otros, para ser notado.

María hubiera podido hacer uso de sus privilegios, considerarse exenta de la ley común y mostrarse como un alma privilegiada de Dios y llamada por Él para una misión extraordinaria. Pero, conducida por el instinto divino del don de temor, se

sirve de la ley común para desaparecer y permanecer inadvertida y sin consideración. María comprende que la gloria de Dios es ocultar sus obras.

Esta humildad prepara de modo divino el corazón de María para recibir plenamente la palabra de Dios, incluso cuando esta palabra hiera su corazón. Porque existe, en efecto, un estrechísimo lazo entre la fe y la humildad. Ésta permite a nuestra inteligencia no limitar humanamente la palabra de Dios adaptándola a nuestras exigencias naturales. Manteniéndonos en nuestro lugar de criaturas, nos da el sentido de nuestra pequeñez, de la estrechez de los puntos de vista humanos en comparación con los de Dios sobre nosotros. Nos hace aptos para aceptar un mensaje divino que podemos no comprender y que incluso parece, a primera vista, estar en oposición con todo lo que se nos había dicho precedentemente. El orgullo, en cuanto que se apodera de nosotros y nos exalta, cierra nuestra inteligencia, que se cree entonces capaz de llegar a conocer profundamente la verdad. El hombre orgulloso sólo cuenta con su juicio personal, porque no puede someterse a la verdad divina en su misma trascendencia. Por eso, precisamente, es necesario que María sea muy pobre y muy humilde, para ser capaz de recibir esta nueva profecía de Simeón. Éste, en efecto, no sólo le revela la misión salvadora universal de su Hijo, misión de luz y de gloria, sino que, de modo más directo aún, le revela que ese Salvador es un «signo de contradicción» y de qué manera su suerte de Madre estará ligada a la de su Hijo, hasta qué punto los dolores de Él serán sus propios dolores.

El texto de la Escritura es clarísimo: Simeón les bendijo y dijo a María: «Este niño está puesto para caída y surgimiento de muchos en Israel y como se-

ñal a quien se contradice —y a ti misma una espada te atravesará el alma— para que salgan a luz de muchos corazones los pensamientos» [119].

El que es la Salvación, la Luz y la Gloria es, al mismo tiempo, un «signo de contradicción». Es verdaderamente un *signo*, porque significa el cumplimiento de todas las profecías, porque significa la paz perfecta entre Dios y el género humano, porque significa, en fin, la inmensa gracia de Dios comunicada al mundo. Es el signo de Dios por excelencia. Pero este signo divino es signo de contradicción, porque los Judíos pretenderán que no es ni el signo del cumplimiento de las profecías ni el de la paz divina con los hombres, ni el de la gracia concedida al mundo. Esta contradicción, que opondrá a Jesús, en sus enseñanzas, con los fariseos, con los escribas y con los príncipes de los sacerdotes, conducirá a la crucifixión. Allí Jesús será más que nunca «signo de Dios» puesto que allí todo será consumado. En la cruz Él será el signo de Dios por excelencia, no solamente para Israel, sino también para los Gentiles.

En tanto que «signo de contradicción», Jesús será a la vez la ruina y la resurrección para su pueblo, porque lo propio de la contradicción es dividir y dividir de una manera definitiva. No hay posibilidad de tomar una posición intermedia: o se acepta o se rechaza. Para los que reciben a Jesús como su Salvador, como el que viene para salvar e iluminar, Él será causa de resurrección y de vida. Para los que le rechazan, considerándolo como un blasfemo o un loco, por este mismo rechazo, será causa de ruina. Muchos, a causa de Él, por orgullo, rehusarán la luz y conocerán tinieblas más espesas aun

[119] Lc 2,34-35.

que si Él no hubiera venido. No solamente rehusaron a Cristo, sino que llegarán a rehusar a Dios, a proclamar que Dios no existe. San Juan afirma que «la luz luce en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron» [120]. Él que es Sabiduría y Luz de Dios para los creyentes es, al mismo tiempo, escándalo y locura para el Judío y el Gentil, para todos aquellos que no aceptan creer en su misterio.

La suerte de María está íntimamente unida a la de su hijo: he ahí por qué su alma debe ser traspasada por una espada. El alma de María debe ser torturada y conocer los más íntimos sufrimientos, los sufrimientos más agudos. La imagen de la espada que atraviesa su corazón muestra bien que no se trata simplemente de una herida superficial y pasajera, sino de una herida mortal que atenta contra lo que hay de más vital en ella: su corazón de Madre; es este corazón maternal el que ha de ser traspasado en lo que tiene de más amoroso, de más vulnerable. Simeón, de una manera profética, anuncia a María lo que ha de suceder a Jesús durante su vida. Le revela las actitudes diametralmente opuestas que serán tomadas respecto a Jesús y de qué manera ella misma se verá envuelta en este misterio y deberá beber con Él el cáliz hasta el fondo. El hierro que traspasará físicamente el pecho y el corazón de su Hijo traspasará místicamente su alma. Todo su sufrimiento será interior, oculto, reservado a su Dios. He ahí la parte especial que Dios le ha reservado y que le pide que acepte en su fe viva. Después de haberle pedido el «fiat» de la Anunciación, en la alegría le demanda ahora este nuevo «fiat» que anuncia la espada. El misterio de la Encarnación está ordenado al misterio de la Reden-

[120] Ioh 1, 5.

ción y de la Cruz, distinguiéndose de él, sin embargo. No se trata simplemente de aceptar vivir una maternidad divina, llena de alegría dentro de una total pobreza; Dios quiere más. María, que ha estado tan ligada al misterio de la Encarnación, debe estarlo igualmente al misterio de la Redención. Dios le pide que acepte una maternidad sangrante, crucificante, para que esté más íntimamente unida al misterio de salvación de su Hijo.

Todo esto debe ocurrir a fin de que «se revelen los pensamientos íntimos de muchos».

Llamada por el Padre a estar tan profundamente asociada al misterio de la Redención de su Hijo, María se convierte en la Mujer nueva, dada como Madre a Juan, el discípulo bienamado, y, por él, dada como Madre a todos los discípulos de Jesús.

El rescate de la Redención en ella es tan eficaz y profundo que María puede hacer obra común con el que la rescata. Puede cuidar maternalmente y llevar a la vida divina a los que Jesús salva. Por lo mismo, es la Madre del Cristo total. Como tal, puede recibir los secretos de sus corazones y guardarlos en el suyo. El niño no oculta nada a su madre; le dice todos los secretos de su corazón y, como niño, no puede decírselos a nadie sino a su madre, la única que puede comprenderle. En la medida en que ella es madre, puede recibir los secretos de sus hijos y guardarlos. María, que es totalmente Madre, que es Madre en toda su alma —puesto que su maternidad es divina—, puede recibir en su corazón los secretos de «todos». Es precisamente gracias a la herida divina de la espada por lo que puede recibir en su amor esos secretos, ya que es por la herida de la espada por lo que está íntimamente unida a la obra de la Redención y por lo que se convierte explícitamente en nuestra Madre.

Volvamos un instante sobre la comparación de este misterio de la Purificación con el de la Anunciación para entender mejor el orden de la sabiduría divina. La anunciación, hecha por Gabriel, estaba llena de alegría. El silencio y la pobreza que exigía estaban ordenados a la alegría. La proclamada por Simeón estaba orientada hacia el sufrimiento y la separación. La primera, en efecto, consideraba la maternidad divina en relación con Jesús y se realizaba en secreto, sin testigos; la segunda considera la maternidad dolorosa —que encontrará su culminación en el Calvario— en relación con todos los «hijos pródigos», con todos aquellos a quienes hay que rehabilitar y llevar de nuevo a la casa paterna, y se realiza en el Templo, de manera oficial y con testigos.

Así pues, es perfectamente normal que la primera venga de un ángel y la segunda, por el contrario, de un representante de Israel, un sacerdote-profeta que, en nombre de su pueblo y de toda la humanidad, le pide que sea Madre de todos los pobres pecadores, y que acepte unir su alma íntimamente a la de su Hijo en su misión de rescate y de salvación. Es normal que la primera anunciación angélica tuviera lugar en secreto. El misterio de la Encarnación debe permanecer oculto a los ojos de los hombres para que Jesús pueda llevar la «vida común» de la humanidad, para que el «Rey de Israel» pueda servirle trabajando duramente oculto a los suyos durante treinta años. Es normal que esta segunda anunciación tenga carácter oficial: el misterio de la Redención debe realizarse en la montaña, a la vista de todos.

María había recibido el mensaje alegre del ángel en un «fiat» de fe, de esperanza y de amor; es también en un nuevo «fiat» de fe, de esperanza y de

amor como recibe la profecía de Simeón. Este nuevo «fiat» implica nuevas exigencias y reclama una generosidad divina mayor. Porque si en la Anunciación su «fiat» de fe era oscuro, le daba, sin embargo, una presencia íntima del Verbo encarnado: por este acto de fe, Cristo venía a habitar en ella. En el caso presente, este nuevo acto de fe obliga a aceptar una separación futura, le hace vivir la amenaza de la separación, y de una separación violenta y sangrante. Este acto de fe engendra en su corazón y en su alma un desprendimiento aún mayor, el de una dolorosísima separación de Aquel que lo es todo para ella, exigiéndole un abandono total a la voluntad amorosa de Dios. Ella debe aceptar, radical y profundamente, sin comprenderla, esta voluntad misteriosa de Dios sobre Jesús y sobre ella misma, prefiriendo el cumplimiento pleno de esta voluntad, por penosa y dura que pueda parecer, a la posesión actual, tan maravillosa y tan divina, de su hijo Jesús. Cuantos más dones maravillosos nos concede Dios, más exige de nosotros esta voluntad radical de preferir, más que a sus dones, a Él mismo, en su propia voluntad sobre nosotros.

La profecía de Simeón pide a María que viva en la presencia de Jesús, que acaba de serle entregado de esta manera tan plena por el Padre, aun sabiendo que un día esta presencia le será arrancada de una manera terrible, violenta. He aquí la gran pobreza interior que Dios reclama de ella como Madre y como Virgen. El ángel le pedía la pobreza de la sierva inútil; Simeón le pide otra, la de sierva inútil que debe dedicarse totalmente a su misión, sabiendo en su fe que esta misión, humanamente y exteriormente fracasará, de manera momentánea, casi enteramente. Este Salvador debe acarrear la «caída y surgimiento de muchos en Israel». Y pues-

to que ella debe cooperar a la obra, puesto que su suerte está ligada a la de su Hijo, ella, la Madre, está también puesta para la caída de muchos en Israel. Como Él es un signo de contradicción, ella misma debe aceptar también el serlo, lo que para un corazón de Madre, que sólo conoce la misericordia, es terrible. Aquí está verdaderamente la capacidad de sacrificio instalada en lo más íntimo de su corazón maternal y misericordioso: aceptar que su misericordia sea ocasión de caída. Debe aceptar ser un día rechazada como su Hijo; debe aceptar ser tratada como Agar, reducida a vivir en el desierto, muriendo de hambre y de sed, con su Hijo, porque no se querrá considerar la verdadera dignidad de Él; no se querrá ver en Él sino al esclavo, al hijo de la esclava, a un estorbo.

Con este misterio nos situamos frente al primer encuentro de María y del sacerdote, encuentro que inmediatamente toma el carácter de holocausto y de sacrificio. El alma de María es inmolada proféticamente por la espada divina, pero ella lo estaba ya por esa otra espada divina que es la palabra de Dios, palabra que le es dirigida a Simeón y de la que vive por la fe. Esta palabra es su alimento, alimento amargo para su corazón de Madre. La palabra de Dios que hasta aquí había sido siempre causa de alegría para su alma, se convierte súbitamente para ella en una palabra crucificante que hiere, que causa un sufrimiento muy oculto, muy profundo. Es verdaderamente la marcha a través del desierto la que comienza con la profecía de Siméon. Pues el primer episodio que el Éxodo menciona a propósito de esta marcha es precisamente que al cabo de tres días de marcha sin encontrar agua, Israel llega a Mará, «pero no pudieron beber agua, porque era amarga. Por esto llamóse a

aquel sitio *Marà* ≐ *amargura*» [121]. Esta agua amarga es como una prefiguración de la profecía de Siméon para el corazón maternal de María. Pero sabemos también que «Moisés clamó a Yahvéh y Yahvéh le mostró un madero que él lanzó al agua, y las aguas se tornaron dulces» [122]. Simeón devolvió a María al Niño Jesús; María lo tomó con un amor más fuerte: podía darle ahora no solamente la alegría de su corazón, sino también este dolor tan profundo; ella podía ofrecerle su alma herida por la espada de la palabra. Por la presencia de Jesús esta herida se convierte en fuente de una nueva dulzura.

La profecía de Siméon, que es la última del Antiguo Testamento, que clausura, pues, todas las de los profetas, debe quedar encerrada en el corazón de María, guardada, oculta como un secreto. Por esta profecía, todo el Antiguo Testamento en lo que tiene de más divino, se termina en el corazón de María para herirla de un modo también divino.

Todas las profecías del Antiguo Testamento están como orientadas hacia esta última profecía, para que el peso de la palabra divina sea más duro, para que la espada sea más hiriente. Al aceptar en su fe esta profecía de Simeón, todas las profecías del Antiguo Testamento hacen irrupción en el alma de María y son aceptadas por ella de un modo totalmente nuevo.

Aparición de la profetisa Ana

Una viuda muy avanzada en edad, que no «se apartaba del Templo sirviendo a Dios en ayunos y

[121] Ex 15, 23.
[122] Ex 15, 25.

oraciones noche y día»[123], movida por el Espíritu Santo, levanta su voz para dar gloria a Dios y hablar del Niño Jesús a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

Antes de Juan el Bautista, que será «la voz del que clama en el desierto» para anunciar la venida del Mesías, después de los ángeles que glorificaban a Dios en el cielo, viene esta pobre viuda que, en el Templo, anuncia, la primera, la buena nueva.

Esta profetisa de la tribu de Aser está allí como representando a todas las otras profetisas del Antiguo Testamento que rindieron homenaje a la providencia misericordiosa de Dios.

Este misterio de la Presentación es verdaderamente la reunión en el Templo de todo lo que había de vivo y de verdadero en el Antiguo Testamento. El Espíritu Santo los reunió en la casa de Dios para que recibiesen esta primera visita de Cristo al Templo, para que pudiesen participar de su misterio reconociendo que por fin había terminado el tiempo de la espera, que la Luz aparecía y se levantaba.

Todo este misterio nos muestra de qué modo en María se verifica la unión del Antiguo y del Nuevo Testamento; de qué manera, por ella y en ella, el Antiguo Testamiento es asumido por el Nuevo, sin suprimirlo: el Antiguo Testamento es transformado completamente. María es la mujer que termina y completa la Sinagoga y la Madre y el prototipo de la Iglesia.

Esta unión se hace por el misterio de la cruz, pero es necesario que María viva previamente de este misterio en su fe, en su esperanza y en su amor. Es necesario que este misterio se apodere plenamente de su alma antes de que se realice exte-

[123] Lc 2, 37.

riormente en el cuerpo de Cristo. Debe llevarlo en lo más íntimo de su corazón y es en esto en lo que, verdaderamente, consiste este misterio de ofrenda y de sacrificio que, en realidad, es el mismo. Porque toda ofrenda santifica y toda santificación divina se da en forma de ofrenda aceptada.

CAPÍTULO II

PRIMERA PRUEBA: LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS. LA HUIDA A EGIPTO. LA MATANZA DE LOS SANTOS INOCENTES

Sin entrar aquí a discutir el itinerario de los Magos y sin preguntarnos qué son ni de dónde vienen, anotemos aquello que puede esclarecer nuestro presente estudio y hacernos penetrar mejor en este misterio en el que María está inmediatamente comprometida.

Este misterio, en efecto, que sigue siendo un misterio de alegría, implica sin embargo ya algunas luchas, ciertas separaciones y determinados sufrimientos, no solamente de orden profético, sino inmediatamente realizados. Nos encontramos, pues, en presencia de las primeras luchas, de los primeros asaltos del demonio, de las primeras separaciones y sufrimientos que vienen a herir el corazón de María y a poner en su alegría un matiz marticular.

Los Magos, que vienen de Oriente, después de haber sido milagrosamente instruidos, y guiados por la estrella, acerca del nacimiento del «rey de los ju-

díos», se detienen en Jerusalén para preguntar a los que saben dónde hallarán el rey de los judíos. Tras haberse servido del signo divino, los Magos han de recurrir a medios más humanos y solicitar el concurso de la sabiduría adquirida. Pero esta llamada al conocimiento humano les obliga a desvelar su creencia, a dar a conocer el objeto de su extraordinario viaje. «¿Dónde está el rey de los judíos, que nació? Pues vimos su estrella en el oriente y vinimos a adorarle» [124]. «Oído esto, el rey Herodes se turbó y toda Jerusalén con él», dice la Escritura.

Tras haber consultado a los «príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo», Herodes, llamando secretamente a los Magos, conoce de ellos exactamente el tiempo de la aparición de la estrella, y habiéndolos puesto en el camino de Belén, les dice: «Id y tomad exacta información acerca del niño; y cuando le hubiereis hallado, dadme aviso, para que yo también vaya y le adore» [125].

Desde la salida de Jerusalén de los Magos la estrella reaparece aun con más brillo. «Y de pronto, la estrella que vieron en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando adonde estaba el niño, se paró encima» [126]. Y entrando, vieron al Niño con María su Madre. Y cayendo de rodillas, se prosternaron ante Él y le adoraron. Y habiendo abierto sus tesoros le ofrecieron presentes: «oro, incienso y mirra».

Estos gestos exteriores atestiguan claramente los sentimientos interiores de admiración, de veneración, de adoración, que los Magos experimentasen ante Jesús. Estos hombres de ciencia habían sido

---

[124] Mt 2, 2.
[125] Mt 2, 8.
[126] Mt 2, 9.

prendidos de tal manera por la maravillosa señal del cielo, la estrella milagrosa, que creyeron en la protección especial de Dios sobre este niño real, como «enviado de Dios», de tal suerte, que no se desconcertaron al constatar que, exteriormente, no se manifestaba nada extraordinario. Este rey de Israel no aparece sino como un niño pequeño, hijo de padres pobres. No se puede dudar, visto el texto de la Escritura, de que en su espíritu y en sus corazones, los Magos adorasen al Niño Jesús en espíritu y en verdad, con la más grande humildad, reconociéndole como enviado de Dios. «Aunque, según el sentido literal, la razón que movió a los Magos a ofrecer tales presentes en vez de otros, no está clara», anota Cayetano, la tradición, sin embargo, le ha atribuido un cierto valor simbólico, puesto que el oro se relaciona con la dignidad real, el incienso con la divinidad y la dignidad sacerdotal y la mirra con su cuerpo de niño y su sepultura» [127].

Los magos, por su adoración y su ofrenda, confirman en María lo que Dios le había ya dicho a través del ángel Gabriel, los pastores y Simeón. La estrella milagrosa, como señal divina, atestiguando en el cielo el nacimiento maravilloso de este Niño confirma su realeza universal y divina. María admira en su corazón la actitud de estos hombres llegados de lejanas tierras para adorar a su Hijo y rendirle homenaje. ¡Qué manifestación más viva de la solicitud del Padre hacia su Hijo!

Pero hay algo muy particular en esta adoración de los Magos, si se la compara con la de los pastores. Éstos habían sido guiados únicamente por los ángeles, sin intermediario alguno. Así, tras su adoración en el pesebre, vuelven a su trabajo habitual

---

[127] Cayetano, *Comm. de S. Math.*, II, 2.

transformados interiormente, sin duda, pero sin que nada modifique su vida exterior. Los Magos, guiados inicial e inmediatamente por Dios, se ven obligados a detenerse en Jerusalén y a informarse allí sobre el lugar donde encontrarían al «rey de los judíos». El itinerario de los Magos no es tan sencillo como el de los pastores, han debido recurrir a la sabiduría de los hombres para llegar a Belén, y esto ha provocado en el corazón de Herodes y de sus partidarios unos grandes celos hacia aquel maravilloso Niño, anunciado como el «jefe que será el pastor de mi pueblo Israel». He ahí por qué los Magos, llegado el momento del regreso, fueron advertidos durante el sueño de que no volvieran a ver a Herodes. Tomaron entonces un camino distinto para regresar a su país, sin tener en cuenta la petición que les había hecho Herodes.

La huida a Egipto

Pero no solamente los Magos, con ocasión de este misterio, reciben de los ángeles la orden de marcha; José también es alertado: así que partieron los Magos, he aquí que un ángel del Señor se aparece en sueños a José, diciéndole: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para acabar con él» [128]. José se levantó, tomó al Niño y a su Madre y en la misma noche, partió a refugiarse en Egipto.

Esta vez el ángel ha advertido a José, porque se trata de una decisión que corresponde al jefe de la

[128] Mt 2, 13.

familia como tal, y es necesario que María tenga todo el mérito de una obediencia plena.

En efecto, nos encontramos en presencia de un gesto de obediencia cristiana de María en un orden social. María ha obedecido ya más de una vez a Dios, a su palabra, a sus instrumentos; pero aquí se trata de una obediencia de fuero externo, de una obediencia a José, jefe de la familia. Esta obediencia interesa al bien común del hogar que se encuentra amenazado y que hay que poner en seguro a todo precio.

Veamos bien todas las circunstancias particulares de este acto de obediencia para tratar de conocer mejor lo que caracteriza la obediencia cristiana a un orden de autoridades en cuanto tal.

Este acto de obediencia es relativo a la orden que José da a María y, por ella, al Niño. Hay que dejar inmediatamente Belén y partir a un país extranjero, a Egipto. Se trata de expatriarse, de exiliarse, porque la vida del Niño está en peligro. Hay que partir lejos, durante la noche, sin saber exactamente dónde, ni durante cuánto tiempo. Esta orden podría parecer a primera vista imprudente, casi una locura: el Niño es aún muy pequeño, y se trata de emprender un viaje larguísimo, sin ninguna ayuda, sin ningún preparativo. Esta orden aparece de manera repentina y realmente en oposición con todo lo que acaba de ocurrir; el pasaje de los Magos parecía manifestar una solicitud extraordinaria por parte del Padre respecto a su hijito. Y sin embargo he aquí que todo se cambia en un instante por un ensueño, por una aparición nocturna.

Apenas podemos pensar en una orden más clara, más precisa, más concreta, en circunstancias más extraordinarias y aparentemente tan poco prudentes. Además, una orden tal, ¿no es una falta de va-

lor, una huida ante un enemigo muy lejano? Herodes aun no ha llegado. Una huida como ésta, ¿no podría tener consecuencias trágicas para los otros?

María acepta la orden sin discutirla, en silencio, como si fuese la cosa más normal, la más sencilla. María no ha debido pedir explicaciones a José para asegurarse de que todo era muy prudente, muy dentro de la voluntad de Dios. En la alegría de poder obedecer, María ejecuta inmediatamente lo que se le dice. La virtud de obediencia consiste, en efecto, en aceptar como regla de ésta o la otra actividad la orden del superior. Es la orden misma del superior la que el inferior recibe libremente como medida inmediata de su acto de obediencia. La virtud de la obediencia, que considera el precepto del superior, se sitúa en el orden de la ejecución. Por eso, cuanto más rápida y pronta es la obediencia, es más perfecta porque el orden de la ejecución demanda, por naturaleza, esta prontitud, a diferencia de la fase de reflexión y de consejo, que necesita tiempo.

El don de piedad que, desde el interior, transforma la virtud infusa de la obediencia, poniendo directamente su ejercicio bajo la moción del Espíritu Santo, permite a nuestros actos de obediencia poseer una nota de simplicidad y de confianza absolutamente filial. Es la obediencia del niño dócil respecto a sus padres queridos. Una obediencia tal no puede soportar la menor reclamación o reivindicación de nuestra razón humana contra la autoridad de quien manda o contra el valor de lo que se manda. No puede tolerar ninguna comparación o crítica humana tendente a disminuir el carácter imperioso y absoluto de la orden recibida del Padre. Quiere ejecutar la orden paterna con la mayor generosidad y exactitud posible sabiendo muy bien

que por ello coopera eficazmente a su voluntad, a su reino... Y, por el mismo hecho, la actitud trágica o dramática que la obediencia —sobre todo la de fuero externo— engendra fácilmente en nuestro «yo» psicológico —ya que implica siempre una cierta muerte de nuestro juicio práctico— pide ser sobrepasada. Hay que aceptar por amor a Dios, desaparecer completamente sin dramatismos. Debemos ofrecer nuestro holocausto sin reclamar espectadores que nos aplaudan o se apiaden, ya estén estos espectadores dentro o fuera de nosotros. El don de piedad nos enseña a morir a nosotros mismos de una manera oculta, por amor de Dios.

María, movida por el Espíritu Santo, gracias al don de piedad, obedece de la manera más confiada, más espontánea, más divina, a la orden de José, pues José representa para ella la autoridad de Dios en todo lo que concierne a la vida común familiar. Sin ninguna duda, sin crítica alguna, sin preguntarse si José es lo suficientemente prudente al dar una orden de tal naturaleza, ella ejecuta inmediatamente, en el silencio de la noche, con amor y alegría, la voluntad de Dios sobre ella, transmitida por José.

Este acto de obediencia se presenta de un modo alegre, porque aunque deba dejar su patria, el lugar bendito donde ha nacido su Hijo y dirigirse hacia Egipto, el lugar de la cautividad y el exilio, María se exilia con su Hijo llevándolo con ella. Por eso, este acto de obediencia, que reclama de ella la separación de ciertos bienes exteriores, de su país, de sus parientes, la une en realidad más profundamente a su Hijo. Debe llevarlo con ella, porque se exilia precisamente para salvarlo. De nuevo María es toda para Él, como en la noche de Navidad, y su intimidad es, si se quiere, más grande aun, porque

el peligro inminente estrecha más los lazos que las unen. El corazón de María debe convertirse para su Hijo en una muralla y una fortaleza contra el enemigo que atenta contra su vida. Este acto de obediencia, que entrega a María más profundamente a la voluntad de Dios, origina en su corazón una plenitud de alegría más grande, más perfecta, puesto que su presencia se hace más intensa: todo concurre a la salvación de los santos; incluso los enemigos de Dios son la ocasión, para los hijos de Dios, de un aumento de su alegría.

La matanza de los inocentes

«Entonces Herodes, viéndose burlado por los Magos, se enfureció en extremo, y mandó matar a todos los niños que había en Belén y en todos sus contornos de dos años para abajo, según el tiempo exacto que había averiguado de los Magos. Entonces se cumplió lo dicho por boca del profeta Jeremías:

Una voz se oyó en Ramá,
llanto y gran lamentación;
era Raquel que lloraba sus hijos,
y no quería ser consolada, pues ya no existen» [129].

La docilidad de los Magos al mensaje del ángel tiene como consecuencia salvar al Niño Jesús de la muerte, pero ocasiona, al mismo tiempo, la matanza terrible de todos aquellos pequeñuelos, tan cerca del Niño Jesús según el tiempo y el lugar. He ahí el primer dolor que rodea la venida de Cristo a la

[129] Mt 2, 16-18.

tierra. Y este dolor es sufrido por estos niños y sus madres, todos los niños y todas las madres que histórica y geográficamente son, respectivamente, contemporáneos de Jesús y de María.

Desde el punto de vista del gobierno divino, hay en ello un misterio cristiano, que es como la primera realización de la profecía de Simeón: la venida de Cristo, aunque bien oculta en la humildad, suscita inmediatamente celos terribles en el corazón de los orgullosos que quieren a cualquier precio reinar sobre la tierra y temen ser destronados: porque Jesús no puede venir sino como rey. Estos celosos, que no pueden tolerar la superioridad de otro, son presa inmediatamente del deseo de suprimirlo, no importa de qué manera, incluso aunque haga falta para ello asesinar a otros seres inocentes, cuya sola falta es la de ser vecinos y contemporáneos de Aquel de quien se tienen celos.

Como la hora de Jesús aun no ha llegado, Dios impide la acción de Herodes enviando al Niño, a través de la huida, fuera de su poder, pero permite, en cambio, a los celos de Herodes alcanzar a todos aquellos que están próximos a Jesús, sin saberlo ellos, por la edad y por el lugar de origen. Es el ejecutor de un gran número de pequeños mártires, los primeros testigos inocentes de la realeza de Cristo, testigos no por sus palabras —son incapaces de poderlo hacer—, sino por su muerte.

Esta permisión divina, en relación con nuestra prudencia carnal, puede parecernos terriblemente injustificable. Porque a los ojos de nuestra prudencia carnal nos sentimos siempre tentados de seguir el consejo de Caifás: «Conviene que muera un hombre solo por el pueblo» [130].

---

[130] Ioh 18, 14.

Mirando a nuestra fe, esta permisión divina es la obra de la Sabiduría. Permanece misteriosa, es cierto, pero adivinamos que es, en realidad, misericordia divina. Doble misericordia, poniendo de una parte, a salvo la vida del Niño Jesús y entregando, de otra, al martirio a los pobres inocentes, haciendo de ellos los testigos tácticos, involuntarios, pero pacientes y reales, de la realeza de Cristo.

Con su fe y su obediencia, María se adhiere a esta voluntad divina. Los llantos de esas madres son tomados en su corazón para ofrendarlos a Jesús. Estos llantos humanos no han empañado su alegría, sino que la han hecho más pura, más intensa y más divina. En este misterio de la huida a Egipto y de la matanza de los santos inocentes se encierra toda una enseñanza divina que hay que comprender bien. Oigamos lo que dice Fray Luis de Granada: «Y mira también cómo apenas era nacido Cristo nuestro Salvador, cuando luego se levantó Herodes para matarlo; por donde entenderás que apenas haya nacido Cristo en tu corazón, cuando luego se levantarán otros muchos Herodes que le quieran quitar la vida. Porque luego el mundo con sus persecuciones, y la carne con sus halagos, y los falsos amigos con sus malos consejos, y el demonio con todos sus artificios, han de trabajar para apartarte de tus buenos propósitos, lo cual no es otra cosa que matar en ti a Cristo recién nacido. Huye, pues, entonces con aquella santa mujer del Apocalipsis al desierto, que es la soledad y apartamiento de los hombres, mayormente de aquellos que te puedan dañar. Y mira que más seguro estuvo Cristo en Egipto que en Judea, esto es, en tierra de infieles que de fieles, porque a veces está más seguro el cristiano entre paganos, que entre carnales y malos cristianos. Porque menos peligroso es el enemi-

go público que el traidor secreto, y menos daño hace el lobo en figura de lobo que debajo de piel de oveja» [131].

Notemos también que todo acto de obediencia cristiana, sobre todo de fuero externo, que se ejerza perfectamente bajo la moción del don de piedad, salva en nosotros, en efecto, el reino de Cristo, acarreando con frecuencia la muerte de una cantidad de cosas inocentes, cuya matanza nos resulta psicológicamente dolorosa, haciéndonos llorar y gemir. Llevamos en nosotros muchas cualidades, muchas posibilidades y actividades, que no son malas en sí mismas y que jamás hubiéramos pensado que podrían ser materia de sacrificio, y, sin embargo, la obediencia cristiana, que es una obediencia que nos une siempre a la Cruz de Cristo, nos exige con frecuencia que las sacrifiquemos. Y cuanto más perfecta es la obediencia, mayor número de estos sacrificios implica. Es por ello por lo que resulta absolutamente normal que la obediencia cristiana, haciéndonos vivir de la voluntad de Dios y realizando en nosotros el reino de Cristo, salva a Cristo en nosotros y a la vez es la ocasión del sacrificio de nuestra pequeña personalidad, de nuestro «yo psicológico» con todo lo que posee de relaciones y de ramificaciones exteriores u ocultas.

Desde el exterior no se puede comprender estas matanzas infantiles e injustificadas, por lo que tan frecuentemente nos lamentamos de aquello que parece desparecer injusta o inútilmente. A los ojos de quien obedece, estas matanzas son absolutamente necesarias y sirven de testimonio a la primacía absoluta de la voluntad de Dios y de su amor. Sola-

---

131 FRAY LUIS DE GRANADA, *Memorial de la vida cristiana*, Tratado 6.°, 2.° V, p. 85, Barcelona, 1604.

mente Dios puede actuar de este modo y reclamar el testimonio de inocentes. Al actuar así, Él se sirve de ellos y los exalta, y ellos cooperan a su amor y adquieren un valor eterno.

CAPÍTULO III

SEGUNDA PRUEBA: LA PÉRDIDA DE JESÚS EN EL TEMPLO, PRIMERA TRISTEZA EN EL CORAZÓN DE MARÍA

En este misterio de la pérdida de Jesús en el Templo se nos muestra la primera separación de María respecto a su Hijo. Es la primera tristeza que Dios, en su gobierno de sabiduría, impone a María. Sin embargo, este misterio es un misterio de alegría, porque la separación es solamente pasajera, una prueba, y permitirá después una unión más profunda entre María y Jesús.

Este misterio debe hacernos comprender cómo, en la vida cristiana, puede haber misterios de alegría que impliquen grandes tristezas; de qué manera pruebas pasajeras preparan la gran separación de la cruz; de qué modo Dios puede imponernos bruscamente determinadas ausencias de Cristo y permitir a otros gozar de su presencia. En fin, este misterio nos revela un secreto íntimo del corazón de Jesús, su secreto de apóstol, que María ha hecho suyo y que debe ayudarnos a considerar lo que caracteriza la comunidad cristiana.

Recordemos en primer lugar las circunstancias en las que se realiza el misterio: San Lucas nos dice: «Iban sus padres cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Y cuando fue de doce años, habiendo ellos subido, según la costumbre de la fiesta, y acabados los días, al volverse ellos, quedóse el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo advirtiesen sus padres» [132]. Normalmente, el niño Jesús debía seguirles con el conjunto de los otros niños que formaban grupo aparte en la caravana.

«Y creyendo ellos que Él andaría en la comitiva, caminaron una jornada» [133]. Es decir, es sólo al final de la primera jornada de camino cuando María y José se aperciben de que Él no estaba con ellos: «y le buscaban entre los parientes y conocidos; y no hallándole, se tornaron a Jerusalén para buscarle» [134].

Para María esta desaparición súbita, al término de esta primera jornada de marcha, debió ser extremadamente dolorosa, dada la intimidad que la unía a Jesús y que jamás hasta entonces se habían separado. Fue la primera herida en su corazón de madre, la primera realización íntima y personal de la profecía de Simeón: «Una espada te atravesará el alma.»

Esta separación es tanto más cruel cuanto que era inesperada e imprevisible. Jesús no había dicho nada, no había dejado adivinar nada y sin embargo Él, el Niño absolutamente obediente, sabía que «progresaba en sabiduría». Y he aquí que, repentinamente, desaparece sin advertir de ello a sus padres. Hubiera sido muy fácil haberles prevenido; ellos hubieran comprendido perfectamente; pero

---

132 Lc 2, 41-43.
133 Lc 2, 44.
134 Lc 2, 44-45.

Dios, en su sabiduría, quería otra cosa. Esta ausencia de Jesús es sentida más violentamente en el corazón de María porque resulta como incomprensible. Siendo así que Jesús era todavía muy joven, que sólo contaba doce años, ¿no parece que sus padres aparecían como culpables de una falta de vigilancia y de solicitud hacia su Hijo y que hubieran debido advertir más prontamente su ausencia? Y sin embargo, hicieron una jornada de camino lejos de Él.

Resulta difícil encontrar circunstancias más trágicas en su sencillez para hacer esta separación más dura en el corazón maternal de María. En su tristeza y su dolor, José y María lo dejan todo para encontrar a Jesús, primero entre los parientes, después en Jerusalén. Y esta búsqueda dura «tres días», como para indicar que, a pesar de su limitada duración, pareció como infinita al corazón de María. Esta prueba ¿no sería en realidad querida por Dios como una preparación para la gran ausencia del sepulcro que también durará tres días?

María no puede ocultar a su Hijo estos tres días de angustia, de penas, de tristeza. Y le dice, como un reproche, cuando lo encuentra: «Mira que tu padre y yo, llenos de aflicción, te andábamos buscando» [135].

Si se quiere penetrar más profundamente en el alma de María durante estos tres días de búsqueda, hay que recordar lo que la Escritura nos dice en el *Cantar de los Cantares* a propósito de la inquietud de la Esposa que busca a Su Bienamado:

«Busqué a quien ama mi alma; busquélo y no lo hallé. Quiero levantarme, y daré la vuelta a la ciudad por las calles y las plazas; buscaré a quien ama

[135] Lc 2, 48.

mi alma: lo busqué y no lo hallé.» Halláronme los guardianes que rondan la ciudad: «¿Habéis visto a quien ama mi alma?» [136]. «Busquéle y no le hallé, le llamé y no me contestó. Encontráronme los guardianes que rondaban por la ciudad, me golpearon, me hirieron...» [137].

Luis de Granada nos declara en su *Memorial de la vida cristiana:* «Tres días de espacio se dieron al Patriarca Abraham después de haberle mandado sacrificar a su hijo, para que en este tiempo padeciese el piadoso padre el dolor que la memoria de la muerte de tan amado hijo le había de causar, y otros tantos se dieron a esta piadosísima madre, para que sufriera el dolor que esta tan triste ausencia le causaría» [138].

«Después de tres días, le hallaron en el Templo, sentado en medio de los maestros, escuchándoles y haciéndoles preguntas, y se pasmaban todos los que le oían de su inteligencia y de sus respuestas» [139].

Es en el Templo donde María encuentra a Jesús, en medio de los doctores, escuchando e interrogándoles a su vez. Es la manera más humilde de enseñar, la más misericordiosa, la más adaptada a su situación de Hijo de Dios, de una parte, que no tiene nada que aprender de los hombres, pero que debe enseñarles el amor y la infinita misericordia de Dios, y de otra, la de un niño de doce años que, normalmente, debería permanecer callado en medio de aquellos graves teólogos.

Señalemos claramente que esta primera enseñanza del Verbo encarnado está reservada a los docto-

---

136 Cant 3, 1-3.
137 Cant 5, 6-7.
138 FRAY LUIS DE GRANADA, p. 87 de la *op. cit.*
139 Lc 2, 46-47.

res, a los teólogos de este tiempo. Ellos son los que reciben las primicias de la doctrina de Cristo. Tienen un cierto derecho a ello en razón de su función social. Jesús respeta esta jerarquía social, eclesiástica del Antiguo Testamento como ha querido respetar la ley de la circuncisión. Él, el Maestro por excelencia, quiere primeramente interrogar a los maestros de Israel.

Es en el Templo donde se realiza esta primera enseñanza, en la casa del Padre, que es la casa de la verdad, el lugar que guarda las tablas de la ley y toda la doctrina revelada por Dios a partir de Moisés.

Mientras María, llena de angustia, está con José, Jesús está en medio de los doctores y les proporciona la gracia de su presencia y de su primera enseñanza. La ausencia de Jesús, tan cruel, que debía soportar María, permite a los doctores poseer la presencia de Jesús como Maestro y vivir este tiempo con Él, que estaba allí para ellos, que había dejado a los que le eran tan queridos, José y María, para venir a ellos.

María y José, al encontrarse en aquel lugar y en aquella compañía, «quedaron sorprendidos». Pero a pesar de ello, María no pudo dejar de decirle lo que pesaba tan angustiosamente sobre su corazón de madre: «Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu padre y yo, llenos de aflicción, te andábamos buscando.»

He ahí la pregunta más normal de una madre que ha sufrido a causa de su hijo y que no comprende cómo ese hijo tan querido ha podido actuar de un modo tan inesperado. Ella no le reprende, porque no es otra cosa sino una sierva de Dios, pero le interroga con tristeza.

Es la primera interrogación de María a Jesús que el Espíritu Santo nos ha revelado. Es una plegaria

que expresa todo el profundo dolor de su alma, y que brota como el fruto inmediato de estos tres días de sufrimiento y angustia. Si esta pregunta expresa el dolor del corazón de María, nos manifiesta, más profundamente aún, el amor ardiente de María hacia su Hijo y nos desvela un poco el misterio de su gran intimidad. La intensidad de la tristeza de la separación está en función directa de la intensidad del amor. María no puede decirnos toda la intensidad del amor que siente por Jesús, no puede decirnos la cualidad de la dilección que siente por Él: cuando se ama con tal fuerza, se guarda silencio. Pero, cuando súbitamente nos liberamos de una tristeza que nos angustiaba, entonces, en ese momento, se puede decir hasta qué punto estábamos agobiados y así, indirectamente, desvelar lo que hay de más íntimo en nuestro corazón. Al expresar cuánto hemos sufrido, cuán entristecido estaba nuestro corazón, se deja entrever cuánto se ama. La herida del corazón puede entonces indicar lo que el corazón ama.

A la pregunta de su Madre, Jesús no responde directamente, sino que interroga a su vez y muestra la relación íntima de su vida con el Padre: «¿Pues por qué me buscabais? ¿No sabíais que había yo de estar en casa de mi padre?» [140]. A la primera pregunta de María a Jesús corresponde la primera respuesta de Jesús a María, la primera que el Espíritu Santo ha revelado. Mas esta respuesta no es la de un niño normal a su madre, cuando ésta le ha mostrado todo el dolor que caba de causarle y le pide una explicación. Tal respuesta no puede ser sino una respuesta divina, la del Hijo bienamado del Padre que quiere instruir a María; es, verdaderamente, la

[140] Lc 2, 49.

primera enseñanza de Jesús a su Madre. Después de haber ofrecido las primicias de su doctrina a los doctores, puede dirigirse a su Madre y comunicarle con autoridad la palabra de Dios. A los doctores de la ley les había enseñado interrogándoles: es la única enseñanza que los doctores pueden recibir; a María le enseña directamente, con autoridad. Sabe que ella es capaz de recibir de su Hijo de doce años una palabra tan clara, y exteriormente tan ruda.

Jesús, al decirle «Por qué me buscabais», no hace ningún reproche a su Madre. María ha obrado bien dejándolo todo para buscarle durante tres días. Pero Jesús no quiere que María se contente con su presencia visible; quiere arrastrarla más lejos en su vida contemplativa, quiere que su fe se purifique todavía más. En este aspecto, efectivamente, poco importa la presencia visible; por eso, en vez de responder a la que es bienaventurada en la fe le interroga: «¿Por qué me buscabais?». Al dirigirse en realidad a la hija del Padre le quiere revelar, en primer lugar, los lazos sustanciales que existen entre Él, el Hijo y su Padre: «¿No sabíais que había yo de estar en casa de mi padre?». El Hijo, en tanto que Hijo, está necesariamente todo entero cerca del Padre y no puede estar sino allí. Para Él, la única autoridad es el Padre: «Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra» [141]. Ha venido para esto; así, todo lo que el Padre quiere es verdaderamente su bien, su alimento.

«Y ellos no comprendieron lo que les dijo» [142]. Esta primera enseñanza divina es recibida por María en la fe, y se adhiere a ella de manera divina, pero su corazón de Madre no puede comprenderla.

---

[141] Ioh 4, 34.
[142] Lc 2, 50.

«Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón» [143]. Guarda en su corazón esta palabra de su Hijo como la palabra de Dios para ella, aceptando el no comprender toda su significación. Notemos bien esta actitud totalmente divina de María. Es la palabra de Dios la que guarda en su corazón y la guarda en tanto que palabra de Dios. Entonces, ¡qué le importa comprenderla o no comprenderla! Ella sabe muy bien que eso no es esencial. «Comprender» o «no comprender» modifica evidentemente el punto de vista psicológico y transforma el comportamiento del sujeto, pero la fe, en su aspecto objetivo, sobrepasa este comportamiento y este punto de vista. La fe pide que se guarde intacta la palabra de Dios, la que se comprende y la que no se comprende, la que nos alberga y nos dilata el corazón como la que nos hiere y anonada. Jamás se puede comprender la espada que hiere: se puede aceptarla y vivirla, pero no se puede comprender lo que hiere. Adherirse solamente a lo que se comprende es rebajar, de un modo u otro, la palabra de Dios a nuestra manera humana de conocer. En estas condiciones, el orden natural se convertiría en la medida del orden sobrenatural.

En María la fe es purísima, divina: guarda intactas todas las exigencias objetivas del misterio revelado, permite a su alma estar más allá de las exigencias de su inteligencia humana.

«Y bajó en su compañía y se fue a Nazaret, y vivía sometido a ellos... Y Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres» [144]. Jesús, para obedecer a su Padre, había dejado a su Madre sin advertírselo y se había

[143] Lc 2, 51.
[144] Lc 2, 51-52.

quedado en Jerusalén sin que ella lo sospechara. Para obedecer también a su Padre, regresaba con José y María, como si nada hubiese ocurrido. Vuelve a Nazaret y continúa siendo un Hijo obediente. «Vivía sometido a ellos.»

Aparentemente, la vida de Nazaret, esta vida de trabajo oculto, va a reanudarse de la misma manera que antes. Pero en realidad, va a cumplirse de un modo totalmente nuevo. Porque Jesús, para María y José, ya no es el Niño que está a su cuidado y a quien deben educar, sino el Niño que se ha mostrado con toda su autoridad de Hijo del Padre, el que acaba de revelar el verdadero sentido de esta comunidad familiar, su verdadera orientación, su principio propio: hay que estar totalmente entregado a las cosas del Padre.

Jesús vive en esta luz, María recibe este mismo orden de Jesús y vive de él en su fe. Y José lo acepta asimismo. Este principio es, verdaderamente, el título de la Sagrada Familia, nos hace entrever que esta comunidad es el modelo de la familia laboriosa que trabaja por amor a Dios y por amor fraternal hacia sus miembros. Y esta comunidad es también el modelo de la vida religiosa, vivida para la gloria del Padre; una comunidad tal es una comunidad contemplativa en la que cada uno de sus miembros se encuentra inmediatamente relacionado con Dios, con el Padre, como uno de sus siervos fieles, que de Él recibe sus directrices paternales. Y por el mismo hecho, en el interior de esta comunidad tan fuertemente unida hay un misterio de soledad que es aún más radical y profundo.

Bajo la luz de la palabra del Niño Jesús, es fácil para nosotros conocer la diferencia que existe entre la comunidad cristiana como tal y la comunidad humana. Esta última está ordenada al bien común

inmanente, a la amistad, a la *concordia* entre sus miembros. Cada hombre, en tanto que miembro de una comunidad, está ordenado al bien común de esta comunidad. Sabemos, ciertamente, que el hombre puede, a través de determinadas actividades, escapar a esta finalidad y orientarse hacia el bien separado absoluto. Pero entonces, en esta misma medida, escapa a la comunidad y se convierte en un solitario. Los miembros de la comunidad humana como tal, llevan una vida activa; el contemplativo en tanto que contemplativo ya no es miembro de la comunidad humana. Pero, en cierta manera, la termina.

La comunidad cristiana, fundada sobre la caridad, es a la vez comunión y realidad personal, puesto que el bien común de esta comunidad no puede ser sino el Cristo total. Éste es, a la vez, Dios en su misterio personal y Dios comunicándose a los hombres para salvarlos; es el Hijo único y el Salvador. Estos dos aspectos son inseparables e indivisibles y por esto toda comunidad cristiana implica un misterio de intimidad personal con Dios en la soledad del alma, en el seno mismo de las más íntimas y profundas relaciones comunitarias de sus miembros. La *soledad* cristiana no es la soledad del filósofo que se separa de la comunidad para conseguir mejor su fin separado; la *soledad* cristiana es un misterio que se enraiza en el amor divino. El cristiano, para vivir de este amor, no deja por ello la Iglesia, sino que, por el contrario, cuanto más viva en soledad más presente estará en la comunidad cristiana, más firmemente será un miembro esencial y necesario de esta comunidad. Si exteriormente, el eremita, el solitario, debe vivir lejos de los demás, hemos de comprender que vive lejos del mundo pero en íntima comunión con sus hermanos, lle-

vándolos a todos en su amor y envolviéndolos a todos, en cierto modo, en su oración.

Así pues, si estos dos elementos, comunidad y soledad, existen en la comunidad cristiana, se encuentran totalmente transformados. Tal transformación, lejos de suprimir las naturalezas propias de sus miembros para hacer de ellos como una mixtura, permite a la comunidad ser más ella misma y a la soledad ser, asimismo, más soledad. No hay soledad mayor que la del contemplativo cristiano, pues vive del misterio mismo de la soledad cristiana divina y no hay hombre que sea, tanto como él, miembro de una comunidad, ya que es el mismo amor el que le recluye en Dios y le entrega a su hermano. La comunidad cristiana realiza la unidad de vida de sus miembros, unidad análoga a la de la Trinidad: «Que sean unos como nosotros.»

La vida de Nazaret nos presenta el prototipo de esta comunidad cristiana, y el misterio de Jesús en el Templo nos ofrece su secreto divino. La liturgia de la Iglesia, en efecto, el día de la fiesta de la Sagrada Familia, toma como Evangelio el pasaje de San Lucas que relata este misterio. A primera vista podría extrañarnos la elección de este pasaje: una madre de familia que hubiera vivido un episodio análogo no recordaría el hecho como un acontecimiento capaz de hacernos sentir la perfección y la santidad de su familia. En efecto, Jesús no ha pedido permiso a sus padres; aparentemente, les ha desobedecido. Incluso se podría decir que, humanamente hablando, estos tres días pasados lejos de sus padres sin permiso de ellos es una especie de fuga. Es cierto que Jesús vuelve a ser enseguida el Niño perfectamente obediente, pero este acontecimiento no parece que pudiera ser el modelo de la conducta ejemplar de un hijo hacia sus padres. Se-

gún la costumbre de nuestras familias terrenas, procuraríamos relegar al olvido una tal fuga, tanto más cuanto que inmediatamente todo vuelve a estar en orden.

La Iglesia, y antes que ella María, bajo la inspiración del Espíritu Santo, piensan de otro modo. Ambas nos recuerdan este episodio de la vida infantil de Jesús y lo conservan como un acontecimiento extraordinario, misterioso, que brilla con resplandor único en medio del silencio que envuelve todo el resto de la vida oculta de la infancia de Jesús. Así pues, es nuestra obligación estar muy atentos a lo que el Espíritu Santo quiere enseñarnos con ello.

En primer lugar nos muestra que Jesús no debía obediencia, en sentido estricto, más que a su Padre; a su Madre y a José, solamente en la medida exacta en que determinara su Padre. Al actuar de aquel modo, Jesús ha obrado bien. No ha desobedecido, sino que al contrario, ha obedecido a su Padre. Jesús, el Ungido por excelencia —por el misterio de la unión hipostática es el Ungido del Padre—, no es esencialmente relativo sino a su Padre, el único que tiene autoridad sobre Él. Ningún ser humano puede tener autoridad natural sobre Él, ni siquiera su Madre. Jesús tiene libertad soberana del Hijo único del Padre respecto a todo lo creado, puesto que ninguna criatura puede tener derecho natural de propiedad cualquiera sobre una persona divina. Pero Él se somete libremente, por amor a su Padre, a los que el Padre le propone.

María aceptaba en su corazón esta gran pobreza: ser Madre sin tener derecho alguno sobre su Hijo. Cuando el ángel le pide que sea Madre de Dios ella se declara espontáneamente la esclava del Señor; por eso, no hace ningún reproche a su Hijo cuando

lo encuentra en el Templo; no le expresa sino su extrañeza, su angustia, su sufrimiento.

Esta «fuga» del Niño Jesús era, pues, un misterio de obediencia al Padre, como Él mismo explica a su Madre; tenía que dedicarse por entero a los «asuntos del Padre» para ser «testigo de la verdad» ante los doctores, ante los que tenían como función propia la búsqueda de la verdad y que por lo mismo, poseían un cierto derecho a recibirla en primer lugar.

Esta actitud del Niño Jesús nos muestra, pues, de un modo concreto, en circunstancias particularmente reveladoras, su docilidad fundamental respecto al Padre a la vez que su libertad, su total autonomía en relación con las criaturas, incluso con su Madre. Él, que se ha sometido a la ley, está por encima de la ley, porque es Dios, Hijo unigénito del Padre. Si respeta la ley de Moisés es porque quiere enseñarnos a que la respetemos. Esta ley viene de su Padre y si a veces, en apariencia, Él se ha liberado de ella es para ponernos de manifiesto el carácter relativo de la ley respecto a su fin, que es la voluntad del Padre, el amor del Padre [145]. El fin de la ley es permitirle estar totalmente entregado a los «asuntos del Padre», actuar con Él y conforme a su voluntad. Nosotros tenemos siempre la tendencia a materializar la ley, a hacer de ella un fin, lo que es totalmente contrario al amor. Jesús, en su primera enseñanza a María, le muestra el primado del amor.

Jesús, como Hijo unigénito del Padre, como su Enviado, no solamente instruye a su Madre en este

---

[145] Ante el escándalo de los judíos tras la curación del paralítico un día de sábado, Jesús afirma: «Mi padre sigue el presente obrando, y yo también obro» (Ioh 5, 1-18).

misterio, sino que también la educa, y en ella educa muy especialmente la autodonación sobrenatural. Le pide, en efecto, que ejerza de una manera totalmente divina la abnegación de su corazón maternal; la quiere cada vez más rica en su abnegada maternidad divina; por ello es preciso que esta disposición al sacrificio total le pertenezca incluso como educadora. Exteriormente María debe actuar en relación con Él como las demás madres que después de haber dado la vida a sus hijos deben educarlos, comunicarles un poco de su corazón y de su inteligencia. Pero, interiormente, María debe ser una madre absolutamente pobre en su actividad educativa: Jesús posee todas las virtudes que María le podría comunicar. En su corazón, Jesús posee todos los tesoros de amor que María podría transmitirle y los posee incluso de una manera más perfecta. Sin embargo, el Padre quiere que María cumpla su papel cerca de su Hijo bienamado; que esté allí, ejerciendo su maternidad educadora sobre su niño, como mandataria de Él. Quiere que esta misión la ejerza plenamente y más perfectamente que ninguna otra madre, sabiendo en su corazón que no es sino un instrumento, que por ella misma no podría hacer nada.

Si la pobreza en la maternidad es liberadora y gozosa, en la educación maternal, sin dejar de ser también liberadora y gozosa, implica ya ciertas separaciones dolorosas y penosas. Este misterio nos lo revela bien a las claras: María acepta sin comprender, como una verdadera sierva pobre. Acepta, primero, en la angustia, después en la alegría, pero siempre sin comprender. La pobreza divina, cuando se apodera de nuestras obras de misericordia espiritual, como es en este caso de la educación maternal, reclama la santa ignorancia. Reclama que se

ejerza la misericordia como una sierva inútil, sin considerar los resultados que puedan obtenerse, mirando solamente la voluntad del Padre. Esto es lo que Jesús enseña a su Madre, y Él quiere que ella viva de la beatitud de los «pobres de espíritu».

Si Jesús, en este misterio, actúa de este modo, es impulsado por el Espíritu Santo, con vistas a que se cumpla aquello por lo que ha sido enviado: ser testigo de la verdad, ocuparse de los «asuntos de su Padre».

Jesús es testigo de la verdad, en primer lugar, ante los doctores, ante los maestros de Israel, para explicarles de modo divino las Escrituras; después ante María y José, para explicarles su misión. Es la primera vez que María se encuentra ante Jesús-Sacerdote. Es la primera vez que Nuestro Señor dirige la palabra a su Madre con autoridad; palabra divina que, para su corazón de madre, es como una espada. Es la primera realización íntima en el corazón de María de la profecía de Simeón.

Comprendamos de qué modo Dios, en su sabiduría, ha querido que esta enseñanza produzca todos sus frutos. Ha preparado el corazón de María de una manera muy especial, mediante tres días de separación y de angustia. Estos tres días han trabajado el corazón de María, lo han hecho extremadamente sensible. La angustia, la tristeza, después la gran alegría de encontrarle, ponen el corazón tan amante de María en una disposición única que lo hacen singularmente vulnerable. En este momento preciso cuando Jesús le dirige esta primera palabra tan misteriosa y tan dura, que traspasa su corazón de madre que aspira a un gesto de ternura y comprensión. Esta palabra ha debido tomar posesión del corazón de María de una manera total, martirizándolo y dilatándolo, orientándolo hacia el Padre,

haciéndole abandonar en un instante todas las angustias y todas las inquietudes para no mirar más que los intereses del Padre, su voluntad paternal.

Hay en ello algo extraordinario que nos muestra cómo Jesús podía contar con la fidelidad de su Madre, cómo podía tener confianza en ella, sabiendo que ella sería lo bastante fuerte para aceptarlo todo con amor.

Por esta enseñanza, el corazón de María conoce nuevas exigencias divinas. Es por ello por lo que este misterio nos permite penetrar más profundamente en el misterio de la Sagrada Familia, nos ofrece, incluso, la gran luz que debe hacérnoslo comprender. Esta familia es divina; todos sus miembros deben estar ligados inmediatamente a Dios, y esta relación se constituye por el Cristo, por el sacerdocio de Cristo, por su acción sacerdotal. María es toda del Padre, en Cristo y por Cristo.

Por eso esta verdadera comunidad familiar implica una intimidad personal llena de amor. Cristo está más dado a María que anteriormente, porque le es dado no solamente como Hijo, sino también como Sacerdote con su secreto íntimo y divino, sus relaciones con el Padre. Por el hecho mismo de que María es más pobre, puede recibir a Jesús de una manera más divina, más absoluta. La presencia es, pues, mayor, e igualmente lo es la alegría. Esta presencia, por otra parte, es vivida de una manera más divina, más consciente y más pobre. Porque la separación momentánea de Jesús ha dado a María una noción más exacta del valor de esta presencia divina; ha dado la medida de hasta qué punto es el alimento y el sentido de su vida. Esta separación le ha hecho conocer mejor que esta presencia es un don gratuito, una pura gracia, que Dios puede suspender y suprimir cuando quiera y como quiera.

María vive de ella desde entonces con una agudeza mucho más grande, con una atención aún más amorosa. Dios ha querido esta prueba momentánea para que María viva aun más profundamente del don maravilloso que Él le hace, para que tenga de él una conciencia aun más aguda. Esto es lo que frecuentemente hace Dios en nuestras vidas: nos suprime momentáneamente un favor determinado, un determinado privilegio, para que comprendamos más profundamente su valor y para que nuestro reconocimiento sea más manifiesto cuando nos devuelve este mismo favor.

Dios ha querido también esta prueba para que los doctores reciban la visita de Cristo y se aprovechen de su enseñanza; en ello se manifiesta también una ley general de su gobierno. Dios pide a las almas que ama ciertas mortificaciones, ciertas tristezas divinas, ciertas sequedades en la oración para merecer por otros ciertas visitas de Cristo. Por eso, cuando nos acontecen tales separaciones, si nuestra conciencia no nos reprocha ninguna infidelidad, ninguna falta de fervor, ninguna tibieza, no debemos inquietarnos, sino dejarlo todo para encontrar a Dios de nuevo. No hemos de pensar inmediatamente que Dios actúa de este modo para castigarnos. A veces es únicamente para purificarnos y arrastrarnos más lejos en su amor y su intimidad; a veces es para prepararnos para una enseñanza más divina o también para hacernos merecer para los otros las gracias de la intimidad.

Estas separaciones dolorosas no deben hacernos prescindir de nuestra actitud objetiva. Como María, hay que continuar mirando solamente a Él; y sobre todo, es preciso no encerrarse en la tristeza, sino considerarla bajo todos los aspectos y saborearla.

Como dice Fray Luis de Granada: «Después del dolor de la Virgen considera la diligencia que esta piadosa Señora tendría buscando la joya perdida, y preguntando por ella en todas partes: y señaladamente dice el Evangelista que le buscó entre los conocidos y parientes, y que no le halló. Para que tú por aquí entiendas que no se halla Cristo en los afectos y regalos de carne y sangre, sino en la renunciación y mortificación de todas estas ternuras. «¿A quién —dice el profeta— enseñará Dios su sabiduría, a quién revelará sus misterios? A los destetados de la leche, a los apartados de los pechos» (Is 28, 9)[146].

La tristeza divinamente aceptada debe enraizar en nuestra alma la caridad y, por el hecho mismo de profundizarla, debe también enreciarla. Pero esta virilidad divina, que excluye toda complacencia humana, todo infantilismo psicológico que impida adquirir la verdadera autonomía, no debe, sin embargo, confundirse con la reciedumbre psicológica. Esta reciedumbre sobrenatural implica una pequeñez divina, una pobreza divina, un espíritu de dependencia radical respecto a la voluntad del Padre. Ser adulto en la vida divina implica una pequeña niñez divina perfectamente aceptada y vivida, en tanto que ser adulto desde el punto de vista psicológico lleva consigo ser destetado de la leche materna y de todo lo que con ello se relaciona. Es esencial esta distinción, si no, como Nicodemos, no podríamos aprehender el sentido divino de este nacimiento divino según el «agua y el Espíritu», nacimiento que se repite cada vez más profundamente. No aceptaríamos volver al seno materno, el de María y el de la Iglesia. Bajo pretexto de virilidad y de

146 FRAY LUIS DE GRANADA, *op. cit.*, p. 87.

plena conciencia de nuestros derechos, rehusaríamos este nuevo nacimiento, este estado de pequeñez evangélica, esta dependencia de la Madre que nos ha sido dada.

CAPÍTULO IV

VIDA EN NAZARET. LA CARIDAD Y EL TRABAJO

San Lucas nos advierte: «Y así que se cumplieron todas las cosas ordenadas en la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret»[147]. Y por su parte, San Mateo afirma: «Avisado por Dios en sueños, él (José) se retiró a la región de Galilea, y llegado allá, se estableció en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliese lo dicho por los profetas, que se llamaría Nazareno»[148].

Sin considerar las divergencias entre los dos relatos y sin preguntarnos las razones de estas divergencias, retengamos solamente aquí el hecho afirmado por los dos evangelistas: esta vida común vivida por Jesús, María y José, en la casa familiar.

He aquí las divergencias entre los dos relatos y sin preguntarnos las razones de estas divergencias, retengamos solamente aquí el hecho afirmado por

147 Lc 2, 39.
148 Mt 2, 22-23.

los dos evangelistas: esta vida común vivida por Jesús, María y José, en la casa familiar.

He aquí la primera parte de la vida llamada «oculta» de Jesús. Esta vida sencilla, laboriosa, no manifiesta nada extraordinario a los ojos de los hombres, pero es tan rica y llena a los ojos de Dios porque todo está ordenado al cumplimiento de la voluntad divina, hasta los menores detalles de la vida cotidiana. Nos encontramos aquí en presencia del modelo de la vida cristiana laboriosa, generosa, simple, amorosa; en el cuadro más íntimo que pueda darse, el cuadro familiar. La gracia y la caridad cristianas se nos manifiestan entonces como capaces de asumir todas las exigencias de esta común vida familiar, de transformarlas desde lo interior, de darles un valor divino, un valor meritorio, y permitirle, por ello mismo, convertirse en un alimento para el crecimiento del amor.

No es el valor intrínseco de nuestras actividades lo que le da un valor divino, sino el amor sobrenatural con el que las realizamos. He ahí la diferencia del juicio de valor que sobre nuestras actividades humanas emiten el filósofo y el cristiano: el primero juzga nuestras actividades según su nobleza intrínseca y objetiva. Él tiene su escala de valores de las actividades humanas según la concepción que se hace de la naturaleza humana. El cristiano, el hijo de Dios, movido por el Espíritu Santo, juzga el valor de sus actividades humanas según su conformidad con la voluntad divina y el grado de amor que lo anima. El mérito de una acción no proviene inmediatamente de la dificultad que hemos experimentado al realizarla, ni del valor más o menos grande de esta acción, sino del amor y de la intensidad del amor que ponemos en ella.

Este primer período de la vida oculta de María

con Jesús, nos sitúa frente a este misterio de amor divino que parece a veces —e incluso con frecuencia en los largos períodos de formación— preferir traducirse en pequeños gestos, en actividades humanas muy comunes, incluso muy banales; nada hay más común que la actividad de una madre de familia que cuida y educa a su hijo, cocina para todos los miembros del hogar y pone toda su atención en hacer este hogar alegre, atrayente, agradable. Al amor divino, en efecto, y sobre todo al amor cristiano, le gusta ocultarse para ser más puro y para reinar más plenamente. Cuando el amor inspira las acciones humanas heroicas, las acciones muy grandes, sólo raramente puede comprenderlo todo, asumirlo todo: con frecuencia debe aceptar compromisos con la gloria y el amor humanos, en tanto que puede ser totalmente puro cuando inspira gestos humanos muy humildes, muy ocultos. La actividad humana puede entonces muy bien no ser sino un «signo», un testimonio del amor, extrayendo del amor divino todo su sentido, todo su valor propio. Puede entonces revestirse únicamente de un amor intenso por Dios.

He aquí por qué la sabiduría divina, tras los grandes acontecimientos de la Navidad, de la adoración de los pastores y de los Magos, de la Purificación, del éxodo y la vida en Egipto, ha reservado a María este período de vida más tranquila, más sencilla, más oculta. No era porque María necesitase reposo y sosiego, sino para permitirle amar de una manera más pura, más intensa, y hacer que todo en ella fuera movido interiormente por el amor.

Bajo esta luz es como hay que comprender de qué modo la caridad cristiana pide aquí abajo no sólo desarrollarse en abandono, en vida contemplativa, en vida de caridad fraterna y de misericordia,

en vida litúrgica, sino también transfigurar el trabajo, la vida sencilla del que debe trabajar con el sudor de su frente para ganar su pan cotidiano. La caridad social se apodera entonces de este estado propio del hombre, animal social, comprometido en una comunidad, ejercitando su inteligencia práctica y toda su energía para conservar y desarrollar su vida y la de los que la providencia les ha confiado. En este caso, la caridad es, más que nunca, la levadura que hace crecer la masa. Porque sin ella, el trabajo humano que, a causa del pecado es penoso, humillante, un verdadero castigo, corre siempre el riesgo de ser rechazado como un mal que no se puede aceptar, como un pesado fardo que no puede llevarse sino renegando, y con el deseo de liberarse de él lo más rápidamente posible, por todos los medios y de todas las maneras. El trabajo, entonces, no forma parte de nuestra vida humana auténtica y llegamos a considerarlo como un enemigo que nos brutaliza y nos violenta, que nos martiriza y nos sofoca, y del que tenemos derecho a liberarnos lo más totalmente posible.

He ahí uno de los excesos a los que somos conducidos casi fatalmente cuando el trabajo humano no es considerado sino como una pena debida al pecado.

Pero hay que señalar otro exceso, diametralmente opuesto, pero que en la práctica conduce a los mismos resultados. Este exceso ya no proviene del carácter austero y penoso del trabajo, sino de su profunda connaturalidad con nuestra naturaleza humana. Considerado en sí mismo, como medio para enriquecernos, como pura marca de dominación social y política, el trabajo, con sus técnicas, corre el riesgo de acaparar todas nuestras fuerzas humanas, nuestras facultades, nuestro horizonte,

de tal modo que nos convertimos en sus esclavos. En lugar de servirse del trabajo para ganar su pan, el hombre es dominado por el trabajo y tiranizado por él. Después de haberse dejado atrapar por esta tiranía brutal e inhumana, para escapar y liberarse de ella, el hombre estará dispuesto a aceptarlo todo.

La única manera de humanizar el trabajo es transformarlo por la caridad en una pena que, ciertamente, castiga al hombre, pero también lo purifica, convirtiéndose en un medio de ser a la vez más hombre —porque todo trabajo exige una lucha y un esfuerzo continuos— y más hijo de Dios, al reclamar él un amor más puro, más generoso, capaz de soportar un castigo con alegría y ofrecerlo a Dios.

Cuando decimos que el trabajo puede ser transformado por la caridad debemos hacer notar que esto hay que entenderlo de un modo totalmente distinto a la transformación operada en la virtud de religión. Pensemos, en efecto, que el ejercicio de la virtud de religión permanece en el cielo, en tanto que el del trabajo no, y que es esencialmente terrenal. La religión no es una pena, un castigo, pero se funda en las exigencias de la naturaleza humana como tal; el trabajo, con su carácter de labor penosa, es un castigo, consecuencia del pecado original fundada sobre la naturaleza humana en las condiciones especiales en la que aquélla se encuentra aquí abajo tras la primera caída. La actividad de la virtud de religión es transformada total e intrínsecamente por la caridad, de tal suerte que esta actividad adquiere verdaderamente una forma y una estructura nuevas. El trabajo no puede recibir de la caridad sino un motivo nuevo y extrínseco: se ejecuta por amor de Dios, para manifestarle la dependencia en la que nos encontramos frente a Él y

para corregirnos de nuestro orgullo. Pero, en su naturaleza esencial, el trabajo no puede ser cambiado: sigue siendo lo que es, mantiene sus exigencias propias, pudiendo perfeccionarse gracias a técnicas especiales. Porque el trabajo, si en cuanto al uso, en sí mismo, pertenece al dominio moral, es del dominio de lo *factibile*, de lo que el hombre «fabrica». Mas lo *factibile* no puede ser inmediatamente transformado por la caridad, porque no mira sino a un fin particular, el bien útil o la belleza de la obra, que es del dominio de la causa ejemplar. Lo *factibile* no tiene, pues, conexión inmediata alguna con el fin último. Solamente en su ejercicio podrá ser puesto en relación con el fin último, y ello no en razón del fin de la obra, sino del fin del que opera.

Este misterio de la vida oculta —desde la vuelta de Egipto hasta la del encuentro en el Templo— nos presenta el modelo de la santificación humildísima, santísima, del trabajo manual de María como ama de casa en Nazaret.

Acerca de todo este período, cuyo carácter dominante es el de estar oculto y realizarse según la ley común de la humanidad, la Escritura no nos da detalle alguno; afirma solamente que «el niño crecía, y se robustecía llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre El. Iban sus padres cada año a Jerusalén por la fiesta de Pascua» [149].

Es únicamente este progreso del Niño-Dios —progreso físico: «crecía y se robustecía», progreso mortal y espiritual, desde el punto de vista de la experiencia y la manifestación— lo que el Espíritu Santo ha querido señalarnos poniéndolo a plena luz. Al progreso físico y experimental de Jesús co-

[149] Lc 2, 40-41.

rresponde, en el corazón de María, una maravillosa ascensión en el amor. Aquel oscuro trabajo del que hemos hablado, totalmente orientado hacia Dios y al servicio de la caridad fraterna, es como el alimento cotidiano que permita a la ascensión de la caridad realizarse de esta manera tan divina, tan simple, pero a la vez tan segura. Si la caridad transforma el trabajo ordenándolo a Dios y al prójimo, dándole un sentido nuevo, el trabajo aceptado por amor es al mismo tiempo como un combustible que mantiene este fuego divino de amor, que le ofrece una materia humana penal para quemarla, para permitirle ser cada vez más puro y brillante a los ojos de Dios, pero cada vez más oculto, como cubierto de cenizas, a los ojos de los hombres.

Es bajo esta luz como debemos comprender de qué modo la caridad transforma todo el trabajo penoso que forma parte de nuestro deber de estado, y cómo este trabajo permite a nuestra vida divina permanecer más oculta y más pura, revistiéndola de las «cenizas» de las penas debidas al pecado, Dios se complace en sumir largamente a las almas que ama en el deber común y banal de la humanidad para que progrese y se fortalezcan en su amor humilde, para que la gracia de Dios las penetre cada vez más profundamente.

Todo este período es un período de gozo. Jesús está presente. Por penosa y dura que sea la labor, si Jesús está allí y se hace por Él, esta labor se convierte en alegría y fuente de gozo. Porque la labor humana mantiene muy unida a la comunidad familiar y le permite conocer una intimidad nueva, la de la obra común realizada en conjunto con vistas a una misma finalidad. Y, por ello, es verdaderamente fuente de alegría y de expansión en la caridad fraterna.

Después del misterio del hallazgo de Jesús en el Templo, el Evangelio nos dice: «Y bajó en su compañía y se fue a Nazaret, y vivía sometido a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres»[150].

Aparentemente nada ha cambiado. Este segundo período de la vida en Nazaret es continuación del primero. El progreso en el crecimiento físico y espiritual de Jesús permanece. El progreso en la vida de caridad y de trabajo de María sigue igualmente. Sin embargo, no olvidemos lo que hemos señalado a propósito del misterio del hallazgo en el Templo. Si exteriormente María reemprende la misma vida después de este misterio, interiormente, en lo profundo, hay algo nuevo. La palabra de Cristo es para ella una luz amorosa que le muestra cómo llevar esta vida común de una manera cada vez más contemplativa. María debe ser cada vez más pobre, estar cada vez más sometida a la voluntad del Padre. En su única preocupación por cumplir la voluntad de Dios, Jesús le enseña la manera de entregarse cada vez más a esa santa voluntad, la manera divina de apaciguar cada vez más profundamente su corazón. Habiendo ya experimentado en su corazón cuán penetrante y aguzada era la espada de la palabra, cómo podía realizar una cruel y divina separación, María, en esta experiencia cotidiana, realiza aún mejor en su fe la exigencia absoluta de la voluntad del Padre. Fuera de esto nada para ella es fijo, estable, seguro, salvo la conformidad de cada instante a esta única voluntad, ya que todo puede serle retirado de un momento a otro, según el deseo del Padre. En este abandono tan pobre, tan expolia-

[150] Lc 2, 51-52.

dor para su corazón de Madre, debe continuar haciéndolo con una atención, una generosidad tanto más grande cuanto que todo se hace como si fuese la última vez, y Jesús debiera desaparecer de nuevo, serle arrebatado. Esto es lo que caracteriza este segundo período de Nazaret, muy semejante al primero, y que, sin embargo, reclama un abandono aún más menesteroso, una caridad fraterna aún más desinteresada, un trabajo de sierva inútil aún más despojado, una soledad contemplativa todavía más exigente. Cuanto más avanza Jesús en edad, más desaparece María en este despojamiento de sí misma, en este abandono paupérrimo, para dejar totalmente el puesto a Jesús. La actitud de Juan Bautista frente a Jesús es más verdad para María: «Él conviene que crezca, yo me disminuya»[151]. Incluso la muerte de José permite a Jesús convertirse más aún en el único sostén de María, la única autoridad que el padre le ofrece. Así, tras la muerte de José, Nazaret es cada vez más la casa del Padre, la casa del silencio y la soledad, de la vida contemplativa totalmente reservada al Padre, oculta por el trabajo cotidiano humildísimo de los pobres servidores. En este medio familiar tan pobre y tan consagrado al Padre todos los gestos, todas las acciones, todas las palabras, todo el silencio de Jesús están reservados a María y le pertenecen. El alimento que el Padre le da es verdaderamente único. Cuanto más acepta María no ser nada, reconociendo los derechos soberanos del Padre sobre Jesús y sobre ella, más le es dado Jesús, Jesús le está más presente.

---

151 Ioh 3, 30.

CUARTA PARTE

ETAPAS DOLOROSAS: LOS ENRAIZAMIENTOS DE LA CARIDAD. LA PACIENCIA DE LOS SANTOS

CAPÍTULO I

EL MISTERIO DE CANÁ: COOPERACIÓN OCULTA DE MARÍA A LA VIDA APOSTÓLICA DE JESÚS

La Escritura no nos dice nada acerca de la muerte de José. No sabemos cuándo y cómo murió, pero seguramente murió antes que Jesús y que María. María es la única invitada a Caná; ella será también la única ante la cruz.

A la muerte de José, Jesús se convierte en el jefe de la familia; es Él quien trabaja para ganar el pan; es Él quien tiene la autoridad, tanto desde el punto de vista del fuero externo cuanto del interno como sacerdote.

La intimidad de Nazaret entre María y Jesús se intensifica aún más; ella es aún más sencilla y más divina, puesto que Jesús posee toda la autoridad sobre María. María no tiene que hacer sino obedecer filialmente y amar. La comunidad cristiana es entonces una comunidad contemplativa, muy silenciosa y muy oculta por el humilde trabajo de conseguir el sustento. Esta vida contemplativa —en la que María está en la escuela de Jesús— se realiza

en el cuadro de una comunidad humana muy unida y cuyos lazos son los de una madre y un hijo bienamados.

Para recibir plenamente las enseñanzas de su Hijo, María debía vivir a solas con Él, como madre, como discípula, como «Niña». Era precisa esta larga preparación silenciosa y recogida, gozosa y apacible, para permitir a los misterios dolorosos realizarse en toda su sangrante brutalidad. Es como un largo adviento que prepara para el don supremo y doloroso.

De hecho, las bodas de Caná, a las que es invitada María, son como la transición de los misterios gozosos a los dolorosos.

«Y al día tercero se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. Y como faltase el vino, dice María a su Hijo: —«No tienen vino.» Y le dice Jesús: «Qué tenemos que ver tú y yo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.» Dice su madre a los que servían: «Todo cuanto Él os diga, hacedlo.»

Había allí seis hidrias de piedra, destinadas a la purificación de los judíos, cada una de las cuales podía contener de dos a tres metretas. Díceles Jesús: «Llenad de agua las hidrias.» Y las llenaron hasta arriba. Y les dice: «Sacad ahora y llevadlo al maestresala.» Y lo llevaron. Mas cuando gustó el maestresala el agua hecho vino —y no sabía de dónde era, pero sabíanlo los que servían, que habían sacado el agua— llama al esposo el maestresala y le dice: «Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando están ya bebidos, pone el peor; tú has reservado el vino bueno hasta ahora. Este primer milagro hízolo Jesús en Caná de Galilea, y

manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos»[152].

La vida apostólica de Cristo, inaugurada por el bautismo en el Jordán, por el testimonio oficial del precursor y por la elección de los apóstoles, va a comenzar. Las bodas de Caná, a las que Cristo es invitado con sus discípulos y su Madre, van a ser la ocasión de su primer signo milagroso, esto es, de la primera manifestación pública de su poder divino. En efecto, la cantidad de vino que se había preparado para el banquete no fue bastante. María, en la misericordia maternal de su corazón, se da cuenta del problema que se presenta al dueño de la casa y se dirige entonces a su Hijo: «No tienen vino.» Se dirige a Él con una cierta súplica maternal, para exponerle la dificultad de estas buenas gentes y decidirle a intervenir en su favor, si tal es su voluntad y la de su Padre.

Según el Evangelio de San Juan, nos hallamos aquí en presencia de la primera petición de María a su Hijo que el Espíritu Santo nos ha querido comunicar. Si se unen Juan y Lucas, habría que entender esta petición como la segunda vez que María interviene cerca de su Hijo.

Jesús responde no como un Hijo sumiso y obediente, sino de una manera misteriosa: «¿Qué tenemos que ver tú y yo, mujer?» Todavía no ha llegado mi hora»[153].

---

[152] Ioh 2, 1-11.

[153] Cfr. SAN AGUSTÍN, *In Joannes evangelium tractatus*, VII: «En un designio evidentemente lleno de misterio, Él parece desconocer la madre de cuyo seno ha salido como su hijo, cuando le dice: "Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo? Aún no es llegada mi hora." ¿Qué significan estas palabras? ¿Habría querido asistir Jesús a estas bodas para enseñar a los hijos a desconocer a sus madres?... Hay aquí algún misterio oculto... Nuestro Señor

El Padre Braun, en su artículo *La Madre de Jesús según San Juan*, anota: «La tentación del comentador piadoso ha sido siempre la de suavizar la aspereza de estas palabras. De creer a ellos, no se trataría de un rechazo. La palabra «mujer» sería, sin duda, un poco solemne, pero no hasta tal punto que un joven israelita no pudiera utilizarla para dirigirse a su madre. Prueba esto el que Jesús, antes de morir, no hablará de otro modo a su madre presente al pie de la cruz. La expresión τί ἐμοί καὶ σοί debería traducirse por *déjame hacer* o algo parecido. En cuanto a la hora de Jesús sería la de hacer milagros. Expuestas con matices variados...[154].

Sin detenernos aquí en todas las discusiones de exégesis científica recordemos solamente la conclusión del padre Braun, que nos hace entrar más profundamente en la significación de este misterio:

«La respuesta de Jesús es clara. Y no podría te-

Jesucristo era a la vez Dios y hombre; como Dios, no tenía madre; como hombre, sí. Ella era, pues, la madre de su carne, la madre de su humanidad, la madre de esta naturaleza sujeta a las enfermedades que él ha tomado para nuestra salvación. Así, el milagro que iba a operar allí era obra de su divinidad y no de su humanidad; debía hacerlo como Dios que ha existido siempre, y no como hombre débil, nacido en el tiempo... Su madre le pedía un milagro; Jesús, en el momento de hacer una obra divina, parece desconocer el seno de su madre y le dice: Tú no has engendrado el principio que en mí debe operar los milagros, tú no has engendrado mi divinidad; pero como has engendrado mi naturaleza débil y mortal yo te reconoceré cuando esa naturaleza sea clavada en la cruz. He ahí lo que significan aquellas palabras... Como María no era la madre de su divinidad y el milagro que pedía era obra de su naturaleza divina, Él le responde: "Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?" No creas, sin embargo, que reniego de ti como madre. "Aun no es llegada mi hora." Yo te reconoceré cuando esta naturaleza sujeta a las enfermedades y de la que eras la madre sea crucificada...»

[154] F. M. Br., *Rev. Th.*, n.º 3, 1950, p. 446.

ner otro sentido que éste: "¿Qué hay de común entre nosotros, en este asunto en el que tú me pides que intervenga?" Por atemperada que se la suponga por el tono de voz, esta frase parecía claramente denegatoria...»

«Jesús responde a su madre dándole a entender que no corresponde a ella cambiar el curso de su vida pública, dominio reservado en el que se debe totalmente a las órdenes de su Padre. En tanto que "su hora no haya llegado" él no tendrá en cuenta deseo alguno ni petición que sean como extrínsecas a los "asuntos del Padre", incluso si estos deseos y peticiones proceden de personas muy amadas. Su misma madre deberá mantenerse apartada y deberá comprender que su hijo ha entrado en una nueva fase de su vida, durante la cual los lazos de sangre quedarán como supendidos» [155].

Esta actitud de Jesús respecto a María es, pues, semejante a la del encuentro de Jesús en el Templo, si bien las circunstancias exteriores son diferentes. El hecho ocurre en Galilea, en un banquete de bodas; Jesús no es ya el Niño de doce años, sino el Enviado que comienza su misión. El objeto de la solicitud de María no se refiere a la conducta personal de Jesús respecto a ella, sino que quiere simplemente llamar la atención de Jesús hacia una situación humanamente delicada y penosa. Es una súplica de María en favor de los que están en tribulación, y en una tribulación muy humana.

Tras las palabras de Cristo en el Templo, Jesús le es devuelto, y vuelve con ella a Nazaret y le permanece sumiso. En tanto que, después de este episodio, después de estas palabras de Cristo, que son como una orden, María va como a desaparecer, a

[155] F. M. Br., *op. cit.*, p. 450.

ocultarse en una nueva soledad y ya no se va a hablar más de ella si no es para afirmar de qué manera los lazos que la unen con Cristo son ante todo lazos divinos. Los sinópticos, en efecto, nos dan a conocer este hecho que se sitúa todavía en el comienzo de la vida apostólica de Cristo. A poco de regresar a Nazaret, la multitud, agolpada en torno suyo, le dice a Jesús «Mira que tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». Jesús responde inmediatamente: «¿Quién es mi madre y mis hermanos?» Y paseando su mirada sobre los que estaban sentados en torno suyo, dice: «Ahí tenéis mi madre y mis hermanos. Pues el que hiciere la voluntad de Dios, éste es mi hermano y hermana y madre»[156]. Y este otro pasaje de San Lucas: «... levantando la voz una mujer de entre la turba, le dijo: «Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que mamaste.» Él dijo: «Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan»[157]. Jesús proclama la superioridad absoluta del lazo espiritual adquirido por la fe a la palabra de Dios y por la fidelidad a su obediencia.

El encuentro de Jesús en el Templo no era sino una prueba para que María viviese en un mayor desprendimiento de sí y gozase de manera más divina de la presencia física de Jesús que le había sido dada, mientras que en Caná no se trata de una prueba pasajera, sino de un estado nuevo en el que Jesús le pide que entre, un estado de separación que va a terminar en la cruz y en el sepulcro.

Este estado va a durar todo el tiempo de la vida

---

156 Mc 3, 31-35. Vid. también Mt 12, 46-50; Lc 8, 19-21.

157 Lc 11, 27-28. Vid. *Comentarios* de Cayetano: «Él no niega verdaderamente lo que ha sido dicho... pero al afirmar esto, añade la razón formal común de la santidad.»

apostólica de Cristo hasta el momento de su hora. «Todavía no ha llegado mi hora»: esta referencia a la pasión manifiesta a la vez el término de la separación y de la vida apostólica de Cristo, e indica asimismo que cuando llegue su hora, María deberá estar presente de nuevo. Esto lo precisa también la profecía de Simeón: la hora del Hijo será la de la Madre; los dos estarán unidos de una manera especialísima en ese momento. Su intimidad conocerá algo absolutamente nuevo, y María tendrá entonces todos los derechos para pedir todo lo que quiera y para exponer a Jesús todas las necesidades de los hombres, todas sus miserias.

Como en el Templo y más profundamente aún que en el Templo, es preciso que María acepte estar separada de Jesús para que Él pueda, como Buen Pastor, buscar las ovejas extraviadas. Es necesario que María acepte la ausencia física para que Jesús pueda enseñar no a los doctores, sino a los apóstoles, a los doce, y discutir con los doctores.

Todos los sufrimientos que lleva consigo esta separación son aceptados para la obra redentora de Cristo. Como Virgen, María sigue al Cordero doquiera que Él va, espiritualmente, divinamente, pero acepta todas las separaciones que Él quiere y como Él quiere.

Es por esto por lo que la aceptación silenciosa y amorosa de estas separaciones es meritoria y eficaz para nosotros, pues permite a María jugar ya en cierto modo su papel de Abogada, de Mediadora. Al renunciar, en la más pura confianza a interceder por aquellas buenas gentes, María merece para ellos la acción milagrosa de Cristo.

En efecto, en el misterio del reencuentro de Jesús en el Templo, María, después de la palabra de Cristo, sin comprender, sin pedir explicación algu-

na, guarda silencio, porque sólo tocaba a ella y a José. Aquí no ocurre lo mismo; así, aceptando en su corazón la palabra que la separa de Cristo, aceptándola con amor, quiere vivir plenamente de este orden nuevo, ocultarse y permanecer en silencio. Pero como este silencio es un silencio de amor, pleno de confianza en el amor y la misericordia infinita de Jesús, en vez de dirigirse humanamente a los servidores y decirles con un poco de tristeza y amargura, como quien no ha obtenido lo que pedía: «Lo siento, pero no puedo hacer nada: aun no ha llegado su hora; nada puedo hacer por vosotros», María les dice: «Todo cuanto Él os diga, hacedlo.» María obedece inmediatamente a Jesús; abdica de todos sus deseos de intervenir, de modificar los designios de su Hijo. Pero esta abdicación es al fruto de un amor y por ello es fecunda. María quiere hacer comprender cuán bueno es someterse totalmente a Él: comunica así a los demás lo que ella vive en este instante. Quiere que su verdadera felicidad sea también la felicidad de los demás. Es lo mejor que ella podía darles; ha comenzado por interceder en solicitud de bienes materiales, del vino que ella no podía darles. La negativa de Jesús le obliga a comunicarles lo único que ella posee y que, para ella, es más que todo: esta docilidad sin límites a la voluntad de Jesús. Por ello, María pone a estas buenas gentes en relación directa con su Hijo. Al retirarse, al separarse, ella les va a impulsar para que ellos también obdezcan a todo lo que Él les diga que hagan.

María nos enseña la actitud totalmente divina que hay que adoptar en la oración de petición. Nos muestra la audacia divina que hay que tener para «llamar a la puerta», audacia redoblada por el hecho de que la plegaria es una forma de misericor-

dia, la primera y la más eficaz que debemos ejercer respecto al prójimo cuando tiene necesidad de ella. María toma en sus manos los intereses de aquellas gentes, considera súbitamente como suyos sus problemas. En su corazón, adopta con misericordia maternal su penuria sin juzgarla. María hubiera podido hacerles comprender que la falta de vino no tenía importancia. ¿No se trataba acaso de una superfluidad de bienes temporales? Y estos bienes no eran nada comparativamente al bien divino, infinitamente superior, que poseían con la presencia de Jesús. Como Madre, María se adapta maravillosamente a los sentimientos de los que ama y a los que desea conducir a su Hijo. Viviendo su problema, y viviéndolo más que ellos, no duda un instante y se lo expone a Jesús con una confianza total, por extraordinaria que pueda parecer su petición. Su confianza no se ve disminuida en absoluto por la respuesta tan inesperada que recibe.

Se puede apreciar aquí la transformación divina, por la caridad, de la virtud de religión y el modo divino de su ejercicio bajo la influencia del don de piedad. La petición tiene una nota de familiaridad, de confianza, de sencillez absolutamente divina, y por lo mismo, ella puede extenderse a realidades muy humanas, que interesan a todos los que el Señor pone en nuestro camino como nuestros prójimos. El don de piedad debe permitirnos dirigirnos a Jesús, como María. Se puede pedir todo si verdaderamente se permanece en una confianza filial en este sentido preciso de que si Cristo no responde a nuestra llamada, si incluso parece desinteresarse por ella, si parece que se aleja y se aparta, a pesar de ello, hay que tener confianza, aceptar con amor esos silencios, esos rechazos, esas separaciones y no interpretarlos humanamente ni perder la con-

fianza. Cristo es Amor, y todo lo que se le pide le interesa: «Ni un cabello de vuestras cabezas caerá...» Es preciso que tengamos esta confianza total y hacerlo todo como Él quiera, permaneciendo atentos a todo lo que Él quiera.

La confianza de María y su amorosa obediencia conmueven el corazón de Jesús hasta tal punto que va más allá de lo que ella le ha pedido. Por ella Jesús anticipa, adelanta su acción milagrosa; por causa de ella, opera su primer milagro.

Podemos preguntarnos, en efecto, si hubiera sido posible, en Caná, conseguir el vino necesario de una manera natural. Parece que sí. De cualquier modo, lo que queda muy claro es la desproporción de la grandeza del milagro con la petición inicial de María. No solamente el vino no falta, sino que su calidad es extraordinaria, lo que es normal, puesto que este vino milagroso es el fruto inmediato de la omnipotencia divina: lo que Dios opera inmeditamente por sí mismo no debe ser inferior a lo que opera la naturaleza, dice San Agustín, ya que Dios es el autor de la naturaleza. La grandeza impresionante del milagro era intencional: manifestaba la gloria de Jesús, es su primer milagro. Simeón había predicho a María que Jesús sería la «gloria» de su pueblo; era normal que María tuviese las primicias de esta gloria, ya que ella debía estar tan unida a su pasión.

Jesús, al realizar este milagro por María y a causa de María, a la vez que manifiesta su gloria, la glorifica también: Él era verdaderamente la gloria de Israel, y por ello, la de María. María, por este milagro, comprende mejor toda la grandeza de su Hijo y cómo la omnipotencia de Dios habitaba en Él. María había creído en ello después de la palabra del ángel, pero ahora ella misma era testigo de

esta virtud omnipotente. Es su Tabor, la manifestación de la gloria de su Hijo Jesús. María no comprendía sino una etapa de la vida de Jesús, la etapa que le estaba reservada, la etapa en la que Él había querido vivir plenamente la vida cotidiana de la humanidad y durante la cual había debido ejercer plenamente su maternidad permaneciendo tan cerca, tan íntimamente unida a su Hijo bienamado; y esta etapa se terminaba. Ahora comenzaba una nueva fase de su vida, aquella en la que Él deberá enseñar a sus discípulos y formarlos, en la que deberá luchar contra todos los que no quieren seguirle. Él será un «signo de contradicción»; la profecía se realizará plenamente. María debe, durante este tiempo, callarse, permanecer oculta y llevar en su corazón todas estas luchas y toda esta gloria; aceptar ser la Madre escondida de Aquel que es tachado de loco y es exaltado; aceptar estar separada de Él y dejarle actuar según las exigencias mismas de su misión, porque esta aceptación plena es amorosa y fecunda, más fecunda que toda actividad exterior. Jesús pide a María, con este misterio de las bodas de Caná, que abdique de toda actividad humana, por noble y grande que pueda ser, que abdique de su papel de madre para con Él para no vivir sino una vida oculta vida contemplativa, la vida de la Madre del Apóstol y del Buen Pastor. Jesús le pide que crea que esta vida oculta de contemplación será más fecunda aún que el ejercicio de su maternidad física cerca de Él, y más amorosa aún que esta vida común, tan santa y perfecta, que ha conocido con Él. En su fe y su amor, María debe recibir esta nueva enseñanza divina que le muestra que la amorosa aceptación de estas separaciones le permite cooperar de manera divina a la obra apostólica de su Hijo Jesús y, por ello mismo, conocer una inti-

midad aún más profunda y plena con Él. Cooperar a la obra profunda del amigo es vivir al unísono de su corazón. Cuanto más perfecta sea esta cooperación, es decir, cuanto más es del orden de la complementariedad espiritual, más reclama una actitud fiel más perfecta puede ser la unidad que realiza. Nada es más complementario de la vida apostólica de Cristo que este silencio solitario contemplativo de María. El propio simbolismo de este milagro lo pone de relieve. Porque, no lo olvidemos, como casi en todos los milagros relatados por San Juan, hay en éste un alcance espiritual: es un signo divino. La primera actividad de María, su actividad de Madre hacia Jesús, debía transformarse en esta nueva actividad divina de Madre de las almas que Cristo venía a salvar. Es la transformación del agua en vino[158].

---

158 San Agustín, hablando del agua de la primera vasija, es decir, la que simboliza para él la primera edad, la de Adán y Eva, recuerda el simbolismo del Apóstol (Ep 5, 31): «Serán los dos una sola carne. Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre y se unirá con su mujer formando una sola carne» (Gen 2, 24).

«Si, pues, Jesucristo está unido a la Iglesia de modo que los dos forman una sola carne, ¿en qué sentido puede decirse que ha dejado a su padre, que ha dejado a su madre? Ha dejado a su Padre cuando, teniendo la naturaleza de Dios, no ha creído en absoluto que fuese para él una usurpación el igualarse a Dios y, sin embargo, se ha anonadado a sí mismo tomando la forma de esclavo (Phil 2, 6), es decir, que ha dejado a su padre, sin separarse, sin alejarse de él, y porque ha aparecido entre los hombres bajo una forma diferente de la que le hace igual al Padre.

¿Cómo ha dejado a su madre? Abandonando la sinagoga de los judíos que son su madre según la carne y uniéndose a la Iglesia que él ha compuesto de todas las naciones.

La primera vasija contenía, pues, una profecía que tenía por objeto a Jesucristo...

Se podría, en vez de la Sinagoga, hablar de María, y la separación de las bodas de Caná sería más clara y neta.

Este simbolismo, que considera en primer lugar a María, mira

De esta obra de transformación divina, de transustanciación, María no sólo es la primera beneficiaria, sino que coopera a ella de una manera muy especial, intercediendo de una forma muy desprendida, es decir, aceptando que su intercesión pudiera ser rechazada, que ella no hiciese nada y que

---

también a toda la Iglesia. El agua contenida en las vasijas de piedra, dispuestas para las abluciones de los judíos, significaría el antiguo régimen de la fe. Este régimen legal se acaba: debe ser transformado en un régimen más divino: el «vino nuevo» del Evangelio, el del amor y el Espíritu. Es la explicación de los misterios ocultos en este milagro que nos ofrece San Agustín, y continúa: «La profecía ha comenzado desde los tiempos más antiguos y por un designio providencial cada siglo ha estado marcado por nuevos oráculos. Pero estas profecías, en tanto que no se veía a Jesucristo, eran sólo de agua; porque el vino está en cierto modo oculto en el agua.» Así el Apóstol nos enseña la verdad oculta que debemos ver en esta agua: «Hasta hoy, siempre que es leído Moisés, un velo está puesto sobre el corazón de ellos. Mas cuando se vuelva al Señor, es quitado el velo» (2 Cor 3, 15). El velo aquí es la oscuridad que hace imposible la comprensión de la profecía. El velo se levanta cuando vais hacia el Señor, entonces el agua se cambia para vosotros en vino. Leed todos los escritos de los profetas sin ver en ellos a Jesucristo: no hay nada más insípido, nada más desprovisto de sentido. Pero si descubrís allí a Jesucristo lo que leéis no solamente está lleno de sabor para vosotros, sino que os embriaga, eleva vuestra alma por encima del cuerpo, os hace olvidar lo que está tras de vosotros y avanzar hacia lo que está delante (Phil 3, 13).

Hablando de los discípulos de Emaús: Él les llama insensatos porque tenían aún el gusto por el agua más bien que por el vino. ¿Cómo ha cambiado aquí el agua en vino? Abriéndoles el espíritu y explicándoles las Escrituras, recorriendo todos los profetas, desde Moisés. Así exclaman ellos en una santa embriaguez: «¿Por ventura nuestro corazón no estaba que ardía dentro de nosotros cuando Él nos hablaba en el camino, cuando nos abría el sentido de las Escrituras?» (Lc 24, 32).

Nuestro Señor Jesucristo ha cambiado, pues, el agua en vino, y proporciona un sabor divino a todo lo que estaba sin sabor, y una virtud embriagante a lo que no tenía ninguna fuerza (*Trac. IX, in Ioan*, cap. 3).

toda la gloria fuese para Jesús. Intercede como sierva inútil, con tanta más confianza y audacia cuanto que acepta con amor esta inutilidad para dejar totalmente el puesto a Jesús. Esta intercesión tiene una eficacia divina: Jesús actúa inmediatamente con la omnipotencia divina para realizar más de lo que María, a pesar de su audacia de pobre, hubiera osado proponerle.

Este primer milagro, al que María coopera de un modo tan discreto, y que manifiesta la gloria de Cristo ante sus discípulos, trae como fruto propio y último la fe de los discípulos en Cristo. Los discípulos creían ya, sin duda, pues de otro modo no habrían sido «discípulos», pero necesitaban creer más divinamente en Él.

El milagro, en la intención de Dios, está, pues, ordenado a manifestar la gloria de Cristo otorgando divinamente la petición de su Madre en razón de su obediencia perfecta a su voluntad y a causa de su humildísima oración de sierva humildísima. Está igualmente ordenado a aumentar la fe en el corazón de sus discípulos. En cierto modo, es la segunda epifanía de Jesús. La del Bautismo, por la Paloma y la Voz misteriosa, manifestaba su filiación divina: «Tú eres mi Hijo amado; en ti me agradé»[159]. La de Caná manifiesta a la vez su misión divina, su omnipotencia y el lazo misterioso que le une a María, o mejor, que une María a su misión. Cuando se trata de la manifestación de su cualidad de Hijo de Dios, María no interviene; cuando se trata de la manifestación de su misión dolorosa, de su hora, María coopera con ello a su manera.

Advirtamos, aún, con Santo Tomás, esta interpretación mística de las bodas de Caná, que significan

[159] Lc 3, 22.

las bodas espirituales y divinas de nuestras almas con Cristo. A estas bodas está invitada María, está presente, y tiene un papel como *conciliatrix nuptiarum*, ya que es por su intercesión por lo que nuestras almas se unen a Cristo por la gracia.

Con las bodas de Caná se entra, pues, en todo un aspecto más misterioso y aún más divino de la vida de María. Es, verdaderamente como la anunciación de los misterios dolorosos, anunciación hecha directamente por Jesús, que le habla de su muerte, del papel que ella deberá cumplir en tal momento y en fin de lo que Dios espera de ella de allí en adelante. Esta anunciación la sume en un nuevo adviento, adviento de separación, de abandono, de plegarias y de lágrinas, totalmente diferente del primer Adviento de gloria. Durante estos tres años que la preparan a los grandes misterios de dolor, María debe guardar la palabra de Jesús, como una buena tierra, para hacerla fructificar divinamente. Acepta en silencio con amor que otros vivan aparentemente más cerca de su Hijo Jesús, que reciban más inmediatamente sus enseñanzas; acepta que otras santas mujeres se dediquen a Él y le presten los servicios materiales y temporales que pueda necesitar. Acepta que entre los hijos de Israel haya algunos que, por orgullo, se opongan a su doctrina y la rechacen por demasiado dura o por errónea, que le consideren como un blasfemo, un usurpador, un traidor a la tradición judaica y mosaica y a las autoridades políticas. ¿Acaso no se considera como rey de su pueblo e Hijo de Dios? Su misericordia es excesiva y no respeta ya la justicia de la ley. María lleva en su amante y fiel corazón todas estas oposiciones crecientes y pérfidas hacia Aquél que es su Hijo y su Dios.

Este adviento, que le pide la sabiduría divina, se-

rá totalmente silencioso y oculto. Es preciso que el grano de trigo se hunda en la tierra para que fructifique. Es necesario que la tierra sea bien labrada para que la semilla divina sea divinamente recibida. Es el adviento que prepara el gran heroísmo en el amor, y para esto es preciso recogerse en el amor.

CAPÍTULO II

EL MISTERIO DE LA AGONÍA: MISTERIO DE TRISTEZA EN LA LUCHA Y LA SOLEDAD

La pasión de Cristo —su hora— comienza con el misterio de la agonía. En su oración sacerdotal que sigue a la institución de la santa Eucaristía, Jesús, orando al Padre, afirma: «Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti...»[160].

Trataremos de penetrar en el misterio de la agonía de Cristo y ver cómo María lo ha vivido, cómo el Espíritu ha querido que ella lo viva, y lo que este misterio aporta de especial y único a su vida divina; cómo, en fin, y por ella, debemos vivir nosotros.

La Escritura relata que, llegado a Getsemaní, Jesús se separa de sus discípulos como un tiro de piedra para orar en soledad. Les había recomendado antes que orasen. «Orad, para no caer en tenta-

---

[160] Ioh 17, 1.

ción»[161]. Pero los discípulos, fatigados, se durmieron «de tristeza». Jesús los despierta: «¿Cómo dormís? Levantaos y orad, para que no entréis en tentación»[162].

Jesús está, pues, solo en su agonía: los discípulos no han penetrado en ella, a pesar de las exhortaciones y las súplicas de Cristo. Están abatidos por el peso de la tristeza.

Pero San Lucas, el evangelista de los misterios gozosos de la Virgen, no nos expone solamente, como Marcos y Mateo, la oración de Cristo durante su agonía: «Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya», sino que nos revela también la presencia de un ángel y el sudor de sangre. «Y se le apareció un ángel venido del cielo, que le confortaba. Y venido en agonía, oraba más intensamente. Y se hizo su sudor como grumos de sangre, que caían hasta el suelo»[163].

En esta terrible soledad de la agonía, hay un ángel testigo de ella, que vela con Jesús, que penetra en su agonía y que le reconforta, *confortans eum*. La Escritura nada nos dice de María; no habla de ella. Aparentemente, María no está allí; su presencia física no será señalada sino desde la crucifixión. Sin embargo, la Santísima Virgen ha vivido sin duda de un modo divino este misterio de agonía, puesto que comenzaba la hora de Cristo y por ello el momento en que ella como Madre, debía permanecer cerca de Él. Además, como Virgen, por otra parte, ¿no tiene el derecho y el deber de seguir a Cristo, hasta su retiro más solitario y más peligroso? «La Virgen sigue al Cordero doquiera que va.»

---

161 Lc 22, 40.
162 Lc 22, 46.
163 Lc 22, 43-44.

Nada queda excluido. Allí donde los apóstoles no penetran por falta de amor y de generosidad, la Virgen prudente debe penetrar sola. La que espera en la noche la llegada del Esposo es la única que puede vivir este misterio de la última noche, de la noche de agonía de su Hijo Jesús, que le está como reservada. María, la Virgen por excelencia, la Virgen de las vírgenes, ha penetrado divinamente en este misterio. Si aún dudamos de ello pensemos en que la práctica de la Iglesia lo atestigua. Entre los misterios del Rosario, que nos muestran los diversos misterios de María y Jesús, está el misterio de la agonía, el primero de los misterios dolorosos. Además, no se comprendería bien cómo solamente este misterio de la vida terrena de Cristo habría escapado a ella, en tanto que nos ha sido revelado a nosotros y que debemos tratar de vivir de él. Por eso podemos decir que este misterio, que nos ha sido revelado y comunicado por San Lucas, nos ha sido revelado y comunicado en realidad por María misma, la única que, en efecto, entre todas las criaturas había penetrado de modo divino en lo más íntimo de este misterio.

Un hecho nos llama inmediatamente la atención: la ausencia física de María y la presencia del ángel. En la crucifixión, por el contrario, María estará físicamente presente y no se hablará del ángel.

La agonía es, en efecto, un misterio de tristeza: «Mi alma está triste hasta la muerte», dice Jesús. Es su alma la que está triste, la que no puede más. Esta tristeza es mortal, es excesiva. Hace agonizar el alma de Cristo y todo su cuerpo es sacudido por ella. Esta tristeza es vivida en la lucha y en una lucha que llega al paroxismo. Lo propio de la agonía es ser una lucha que conduce normalmente a la muerte, una lucha extrema, la última lucha. Esta

lucha forma parte de la tristeza divina de su alma y le da un carácter agudo y violento. Pero, como para que la agonía se realice perfectamente como agonía, como lucha que tiene su paroxismo en la tristeza, era necesario que Jesús estuviese solo, separado físicamente de todos sus amigos, de sus discípulos y de su Madre; que sólo Él estuviese frente a Dios, de cara a su Padre, y que se encontrase como rechazado y abandonado de su Padre. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Gracias a esta soledad total, aunque divina —especie de duelo divino, podríamos decir, figurado por la lucha de Jacob con el ángel—, la agonía podía realizarse hasta el fin. Si María hubiese estado presente físicamente, la agonía no hubiera conocido este paroxismo agudo, logrado únicamente en el aislamiento. La presencia del ángel consolador no suprime la soledad de Jesús, porque es un ángel que penetra en este misterio, y lo hace como puro contemplativo. Está allí como enviado de Dios, enviado del Padre, no para suprimir la lucha y el peso de la tristeza, sino para «reconfortar» el alma de Jesús, para sostenerla en Él dándole fuerzas, permitiéndole llegar hasta el fin. María ha penetrado en este misterio más que el ángel, porque es la Reina de los ángeles; ha vivido este misterio, en unión del corazón de Jesús como su Madre y su Ayuda; ha conocido la tristeza especial de su corazón agonizante y esta lucha divina del huerto de Getsemaní es como si se hubiese prolongado y termino en su alma. También ella, para estar más cerca de la agonía de su Hijo, ha debido vivir el misterio de tristeza y de lucha en la soledad más completa de la noche. Era necesario que Jesús estuviese solo frente al amor misericordioso de su Padre, así como frente a su cólera y su justicia. Era necesario que María también estuviese sola frente

a este mismo misterio vivido en el alma de su Hijo Jesús. La soledad de Cristo engendraba en el alma de María una soledad semejante y que se hacía de modo inmediato eco de la suya.

Si María hubiese estado allí, cerca de Jesús, físicamente presente, no hubiera vivido con tanta intensidad y fuerza el misterio de la agonía; habría estado fuera de este misterio de absoluta tristeza, de este abatimiento total, de esta suerte de postración en la que la sume la agonía de su Hijo. Para vivir verdaderamente en unión del Corazón de su Hijo agonizante, para conocer las exigencias últimas del amor del Padre en esta tristeza mortal, lejos de las miradas humanas, a solas con Él, y en cierto modo incluso sin Él, era necesario que María no solamente respetase la soledad de Jesús, sino que ella misma se ocultase, y, como Él, estuviese totalmente recluida en este exceso de amor.

Los dos están como recluidos y unidos en el mismo misterio. Evidentemente, lo viven en cuadros exteriores totalmente diferentes y, psicológicamente, con luces y conocimientos diversos. Jesús permanece en su visión beatífica. Pero Dios permite que esta visión beatífica no impida a su naturaleza humana, en lo que tiene de más natural, sentir todo el horror de la proximidad de la muerte, de esta muerte violenta que no puede admitir en su amor natural e instintivo. Jesús tiembla en todas las fibras de su ser humano ante esta muerte inminente cuyas circunstancias infamantes Él conoce bien. Su honor humano, en su enraizamiento natural, no puede sufrir estas burlas, estas injurias, esta degradación; su corazón humano, en su amor natural por los hombres, no puede tolerar esta traición, la traición de un amigo. Más profundamente aún, su corazón humano, en su amor espontáneo por los

hombres, no puede aceptar que su muerte sea causa de terribles sufrimientos para su madre, sea causa de sufrimientos para Juan, el discípulo bienamado, para las santas mujeres, para todos sus discípulos. Desde el punto de vista de la naturaleza pura hay algo de irritante para este hombre —que es más hombre que cualquier otro, que es el nuevo Adán, el nuevo jefe de la humanidad— y es el ser Él quien va a arrastrar por su muerte a todos sus discípulos en un misterio de muerte en cruz. La generosidad natural de su voluntad aceptaría aun la muerte violenta con todas sus infamias si al menos sus hermanos, los que pertenecen al género humano, aquellos para quienes Él ha venido, fuesen todos salvados y liberados inmediatamente después del sufrimiento. El mesianismo de su pueblo, en lo que tiene de más profundo, de más radicalmente natural ha sido vivido por Él en su agonía. Hay que ir aún más lejos: su corazón infinitamente puro, inmaculado, no puede sufrir el horror del pecado, del mal en tanto que mal, en tanto que ofensa y ultraje al honor de su Dios; su corazón humano, en lo que tiene de más puro, de más profundo y de más amante —su amor natural respecto a Dios— no puede aceptar esta masa de iniquidades desde el primer pecado hasta el último que va a abatirse sobre su corazón. En realidad, este peso terrible de los pecados de la humanidad es lo que provoca el sudor de sangre, esta tristeza infinita, insondable, que es un peso insoportable que hace gemir su alma hasta tres veces.

Si Dios, en su sabiduría, ha permitido que Jesús, a pesar de la visión beatífica, experimente todas estas exigencias, naturalmente buenas e íntimas, de su corazón de hombre, es para que, con plena consciencia de ellas, las inmole y las ofrezca al Padre,

para que antes del holocausto, sangrante y visible, ocurra este holocausto no sangrante e invisible, pero tanto más profundo cuanto que se apodera de toda el alma humana de Cristo en lo que tiene de más humana, de más radicalmente natural. Jesús acepta cargar con la masa entera de las iniquidades del mundo; acepta aparecer ante la justicia de su padre como el chivo expiatorio que se carga con todos los males. La oración de Jesús que nos transmite la Escritura nos revela estos abismos de lucha, de separación, de holocausto, que son aceptados por amor al Padre. «No mi voluntad, sino la tuya.»

María vive este mismo misterio en su fe, su esperanza y su amor. Acepta en las tinieblas de la fe esta lucha misteriosa, esta tristeza, este desgarramiento de su Hijo. Y su fe conoce entonces una oscuridad nueva, la que caracteriza los misterios dolorosos. Esta oscuridad procede del hecho de la cuasi contradicción que se da en la agonía, esta tristeza infinita que se abate sobre el Hijo de Dios y lo reduce a nada. Él, el Dios Fuerte, el Dios Pacífico, el Hijo bienamado del Padre, lucha frente a su Padre, en una debilidad aparentemente extrema y en una suerte de duelo en el que toda su vida se halla comprometida y en el que no puede haber compromiso posible. Esta lucha que tiende a separar y a oponer, en el corazón de Jesús, en la misma raíz de su voluntad, las exigencias más fundamentales y las de su vida divina es, para la inteligencia y el corazón del hombre, como un escándalo y una locura. ¿Acaso no es contradictorio que el Hijo bienamado luche contra su Padre, que el Dios Fuerte aparezca como agotado y aterrado, que el Dios Pacífico se vea comprometido en un duelo terrible? Para la fe de María, que se adhiere plenamente al

misterio de su Hijo esta agonía es una terrible prueba. Esta cuasi contradicción, sin embargo, no la hace dudar ni un solo instante; María permanece firme, estable en su fe; la certeza de su fe no hace sino aumentar en su corazón, a pesar de la opacidad de las tinieblas de la noche.

Pero esta fe martiriza su corazón, porque es una fe viva, totalmente informada por el amor. Esta adhesión de fe implica, pues, un compromiso total; la aceptación de vivir en su corazón de Madre de una manera mística todo lo que vive su Hijo, y considerar el misterio de la agonía como propio. Es necesario que ella se adhiera a esta muerte psicológica de su Hijo, a esta muerte en la tristeza y en la soledad, a esta ofrenda íntima de su «yo psicológico», frente a las exigencias de la voluntad imperativa del Padre. Es necesario que la agonía de su Hijo sea vivida por ella en su corazón de Madre y de Virgen. He ahí la espada que comienza a traspasar su alma.

El amor exige siempre que el amado esté en el amante y con todas las modalidades propias del amado. La plenitud de amor del corazón de María hacia su Hijo exige que su corazón armonice cada vez más con éste, que viva en unión con su corazón agonizante, llevando en su corazón el mismo peso de tristeza, de aniquilamiento, de lucha. María debe aceptar llevar con su Hijo la masa de las iniquidades del mundo, revestirse con Él y por Él de las faltas de toda la humanidad, ser por Él una madre misericordiosa para todos los pecadores, para todos los criminales, para todos los malditos que hacen agonizar a su Hijo, aceptar plenamente por Él la voluntad del Padre sobre su Hijo y sobre ella misma. María no tiene otra oración que la de Jesús en esta noche solitaria, no tiene otra tristeza en su co-

razón que la de Jesús, por lo que toda ella es acogimiento y atención a esta tristeza divina, y puede recibirla en una pureza total sin alterarla en nada. María no tiene agonía propia, no vive sino la agonía de Jesús.

Llegamos aquí a una de las grandes consecuencias de su privilegio de Inmaculada. Por no tener falta alguna, hay en ella una plena objetividad frente a la tristeza, puede vivirla en un amor totalmente puro y por lo mismo vivir verdaderamente el mismo misterio que Jesús.

Nosotros, a causa de las consecuencias del pecado original, llevamos en nuestro corazón humano múltiples y diversas tristezas, tenemos nuestras pequeñas agonías personales. Es verdad que podemos y debemos divinizarlas uniéndolas a las de Jesus, pero es muy raro que nuestras tristezas se transformen totalmente por el amor, en razón de su carácter tan profundamente personal. Al vivir este misterio en esta plenitud de amor tan puro, María reconforta místicamente, divinamente, el amor de Jesús agonizante. He aquí lo que puede hacernos comprender una de las propiedades características de la esperanza cristiana, cuyo modelo es María.

Cuando se está en la tristeza, el solo hecho de saber que alguien vive la misma tristeza que nosotros, para estar más próximo a nosotros, sirviéndose de esta tristeza como de un medio para estar más unido a nuestro corazón, nos consuela y aligera un poco el peso terrible de aquella tristeza. Consolar los afligidos es una obra de misericordia, porque la tristeza en sí es un mal, es una miseria interior que puede llegar a sofocarnos interiormente, deteniendo por completo los impulsos más íntimos de nuestro corazón.

Cristo, en su agonía, es, sin duda, el más mise-

rable de los hombres, el que ha conocido la más angustiosa de las tristezas y la vive con plena consciencia, con plena lucidez, y con la mayor agudeza psicológica. Pero Él no tiene necesidad de ser confortado, su amor hacia el Padre y hacia nuestras almas es tan grande que le da una fuerza divina permitiéndole soportarlo todo con una infinita grandeza de alma. Además, Cristo, puesto que tal es la voluntad del Padre, quiere que su Madre penetre en su misterio de tristeza, en su corazón agonizante, quiere que María viva lo que Él vive, y por ello mismo acepta ser confortado por ella. El ángel expresa y simboliza divinamente a la vez esta soledad eficaz y mutua. Jesús atrae a María en la soledad de su agonía. Ella le sigue, se deja atraer por estos abismos de tristeza y al mismo tiempo reconforta el corazón de su Hijo bienamado. María, por su esperanza cristiana, se apoya sobre el corazón de su Hijo, se apoya sobre el que agoniza por ella, y extrae de allí la fuerza pra llevar el peso terrible de sus tristezas, y esta fuerza divina de amor le permite sostener, ayudar al que no puede más, y que solicita su fuerza divina de Madre y de Virgen.

Jesús, al aceptar ser reconfortado por María, nos muestra hasta qué punto tiene sed de comunicar lo más posible su amor, y de qué manera tiene sed de su amor. María, aceptando vivir este mismo misterio, nos manifiesta el deseo de su corazón de estar cada vez más cerca de Él; de ser una con Él en su misterio de Redención.

Vemos así cómo, en estos misterios dolorosos, la unión entre Jesús y María va a intensificarse y a conocer un modo nuevo de cooperación aún más profundo. María no solamente es la que, por su fe, puede dar al Verbo de Dios un cuerpo humano; no es sólo la sierva que da a Dios su carne y su sangre;

es también la que, por su fe, su esperanza y su amor, puede cooperar eficazmente a su misión de Salvador de los hombres. Ella se convierte en ayuda, en la nueva Eva de este nuevo Adán, permitiéndole cumplir perfectamente su obra propia, la obra para la que ha venido[164]. María le permite ir hasta el límite de este misterio de tristeza, vivirlo más profundamente que si hubiese estado solo, pues, gracias a su fe, su esperanza y su amor, este misterio de tristeza puede sobreabundar en su corazón e invadirlo totalmente.

Por nuestra parte, no podemos penetrar en el misterio de la agonía de Cristo, en la de sus miembros —la agonía actual de la Iglesia perseguida y traicionada—, sino en la medida en que María nos haga penetrar en ella. Sin María, incluso aunque seamos muy buenos apóstoles, nos adormeceremos bajo el peso de la fatiga y la tristeza humanas, y no penetraremos en el misterio. María, como Madre, puede hacernos participar de este misterio solitario y tan reservado que es para nosotros uno de los grandes medios de conocer la misericordia del corazón de Jesús, de conocer los abismos insondables de la tristeza de su corazón, de comprender cómo ha llevado sobre sí todas las tristezas de los hombres, cómo las ha vivido; Él las ha hecho suyas hasta morir interiormente, psicológicamente. Su corazón agonizante es verdaderamente la patria de todas las tristezas.

Por todo ello conoceremos también hasta qué punto María es nuestra Madre, pues ha llevado toda nuestra tristeza llevando la de Jesús y viviendo este misterio de agonía con Él y por Él.

---

164 Cfr. Ps. ALBERT, *Mariale*, q 42: «En la Cruz, María no es vicario de Cristo, sino su coadjutora y su asociada, *non vicaria sed coadjutrix et socia.*»

CAPÍTULO III

EL MISTERIO DE LA CRUCIFIXIÓN: MISTERIO DE SUFRIMIENTOS

«Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, pues, viendo a la Madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: "Mujer, he aquí a su hijo." Luego dice a su discípulo: "He ahí a tu Madre." Y desde aquella hora la tomó el discípulo en su compañía» [165]. Oigamos lo que dice bellamente San Ambrosio.

«María, la Madre del Señor, estaba en pie junto a la cruz de su Hijo; nadie lo ha relatado sino San Juan Evangelista. Los otros habían dicho cómo el mundo había temblado ante la pasión del Señor, cómo el cielo se había cubierto de tinieblas, cómo el sol se había ocultado, cómo el ladrón había sido recibido en el paraíso después de su piadosa confesión. Pero es Juan el que me ha enseñado lo que los

[165] Ioh 19, 25-27.

otros no me habían dicho, cómo Jesús en su cruz ha llamado a su Madre; ha dado más valor a esta muestra de piedad filial hecha a su Madre por el Cristo vencedor de los suplicios que al don del reino celestial»[166].

Hay tres afirmaciones bien claras en el evangelista: la presencia de María junto al Crucificado, las palabras de Cristo dirigidas a su Madre y a Juan, y la actitud nueva de Juan.

Presencia de María junto al Crucificado. El «Stabat Mater»

Durante el misterio de la agonía, María y Jesús vivían del mismo misterio de agonía y soledad frente a la voluntad imperativa del Padre, pero de muy diversa manera. En el Calvario, siguieron viviendo el mismo misterio también de manera distinta, como precisaremos después, pero lo propio de este misterio de la crucifixión es la presencia física de María: ella está allí, cerca del Crucificado.

¿Cuándo se reunió María con su Hijo? ¿En el Calvario o durante la vía Dolorosa, como nuestra devoción gusta de representarlo? La Escritura solamente nos habla de su presencia en la cruz y eso es suficiente.

Desde la flagelación a la crucifixión, Jesús no ha cesado de ser martirizado en su cuerpo de mil maneras. A la tristeza interior del alma suceden los sufrimientos físicos, violentos, que flagelan todo su cuerpo sin respetar parte alguna, sin que ninguna parte resulte intacta. Es necesario que todo se convierta en signo e instrumento de amor, por la san-

[166] Carta a los sacerdotes de Verceil.

gre y en la sangre. A estos dolores físicos se añade el clima de injurias, de blasfemias, de deshonor. Es necesario que todas las muertes vengan a tomar posesión de su naturaleza humana del modo más violento. Jesús no ha guardado nada de su naturaleza humana: todo lo que podía ser ofrecido ha sido ofrecido. Es verdaderamente el holocausto perfecto, en el que todo es quemado, en el que todo es consumido para la gloria del Padre y la salvación de las almas. Retengamos ahora estos dos aspectos del mismo misterio: holocausto de amor para glorificación del Padre, misericordia salvadora para las almas. El amor permite unificar lo que, sin él, no podría ser unificado.

Para que el holocausto fuese superabundante, era preciso que María estuviese allí, presente. En su sabiduría, Dios lo ha querido así.

En efecto, la presencia de María cerca del Crucificado a la vez aumenta su sufrimiento y lo aplaca. «Desde lo alto de la cruz, dice San Ambrosio, Jesús ha acogido el amor de su Madre, pero no ha buscado la asistencia de nadie» [167]. María es verdaderamente la alegría de Cristo crucificado, y su gloria. La que guarda su palabra, la que recibe su sangre, la que ha guardado la palabra-espada, la que recibe la cruz. Es la consecución plena de su sacrificio, las primicias de su «sacerdocio real». La presencia de María pone también un colmo de dolor en el alma de Cristo. Está allí, como testigo de todos sus sufrimientos, degradaciones e injurias. Y está allí como madre: es la madre del condenado a muerte, del que ha sido rechazado como un despreciable esclavo. Es, sin duda, terrible para el corazón de este Hijo bienamado ser la causa de este espectáculo y es-

[167] *Op. cit.*, p. 84, n.º 2.

tos sufrimientos para su Madre propia. En su corazón humano, como Hijo bienamado, Él habría deseado que María no estuviese allí a fin de apartarla de tal dolor, de un dolor tan atroz. Pero el Padre quería que el cáliz fuese apurado hasta el fin. Jesús lo ha aceptado todo.

María toma en su alma de Madre y de Virgen todos estos sufrimientos, los hace suyos con amor, como había hecho suyas todas las tristezas de la agonía.

María compadece todos estos sufrimientos. Los sufre con Cristo por amor al Padre y a nosotros; los sufre verdaderamente como los sufre Jesús. Este misterio de compasión es divino y totalmente puro. Porque normalmente, María no habría debido sufrir como tampoco habría debido conocer la tristeza, puesto que el sufrimiento es una consecuencia del pecado original. Sufre verdaderamente por amor, por seguir a Jesús doquiera que El vaya, para cooperar a su obra propia que es la de rendir testimonio a la verdad y rescatar nuestras almas.

María, de hecho, lleva en sí todos los sufrimientos de Cristo sin excepción alguna. Los toma todos en su alma y en su corazón, pues Jesús le pide que complete en su corazón y en su alma lo que «falta a su pasión». Debemos comprender bien el sentido en que se puede hablar de «completar» o de «faltar». A la pasión de Cristo no le falta nada: es perfecta y, por tanto, no pide ser completada como si se tratase de una obra inacabada. Pero Jesús puede pedir a María que haga sobreabundar en ella el misterio de su pasión. Es verdad que Jesús no le pide que vierta su sangre, que martirice su cuerpo. No: el cuerpo de María debe permanecer intacto, porque es el cuerpo de la Virgen. Pero su alma debe aceptar completar lo que Cristo no puede reali-

zar y realiza por ella. Porque Jesús, en las cimas de su alma, de su inteligencia y de su voluntad, escapa al dolor y a la tristeza, puesto que estas cimas están irradiadas por la visión beatífica. Para que la naturaleza humana en todas sus partes sea ofrecida en holocausto y sea consumada para la gloria del Padre y la salvación de las almas, Jesús necesita de su Madre que, como nueva Eva, como Virgen purísima, pueda vivir de este misterio de la crucifixión y de la muerte de su Hijo en la fe, la esperanza y el amor, y, por ello, ofrecer a Dios el holocausto de las cimas de su inteligencia y de su voluntad.

En efecto, ya hemos subrayado esto para la agonía, pero aquí todo se hace aún más explícito, más claro: en este misterio de la cruz, la fe de María conoce un modo doloroso que inmola de una manera violenta su inteligencia. Esta vez mira al misterio de Cristo crucificado. En este misterio se dan como ciertas contradicciones aparentes para María: ¿no es Jesús para ella el Hijo de Dios que debe reinar eternamente sobre la casa de David, como había dicho el ángel Gabriel? María guarda en su corazón esta palabra de la Anunciación, y ahora Jesús se presenta ante ella como el Crucificado, como el maldito de Dios y de los hombres. ¿Acaso no se dice en la Escritura: «Maldito el que está clavado al madero». Jesús aparece, pues, como el que ha sido rechazado por Dios y no solamente es que aparece así, sino que El mismo lo declara: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»[168]. Él, el Hijo bienamado, en quien «se agrada» el Padre[169], es ahora el abandonado, el que debe vivir este estado de anatema, de separado. Hay en ello una oposición brutal

168 Mt 27, 46.
169 Mt 3, 17.

que rompe hasta el fondo lo más íntimo de la inteligencia de María, pues esta cuasi contradicción se refiere a quien es a la vez para ella su Verdad, su Camino, su Vida y su Hijo bienamado. Si María escuchase las exigencias de su inteligencia humana, descartaría inmediatamente una parte de esta contradicción aparente; o bien se abandonaría a la desesperación, pensando que el ángel la ha engañado, o bien rehusaría aceptar la cruz, considerando y guardando solamente la palabra del ángel. En estas condiciones, habría una elección humana, una herejía, al dividir humanamente lo que está «unido» en la sabiduría de Dios. En nombre de las exigencias de la razón humana, haría una división, no consideraría ya íntegramente el mensaje de Dios.

En un acto de fe heroica, el acto de fe de la esposa, el *sponsabo te mihi in fide Osee*[170]. María se adhiere a la voluntad del Padre sobre su Hijo. Este acto de fe, bajo la moción del don de inteligencia, sobrepasa las fórmulas, las expresiones visibles cuasi contradictorias y por ello intolerables, para adherirse a la *res*, a la voluntad amorosa del Padre hacia su Hijo.

Ya en el misterio del hallazgo de Jesús en el Templo su fe tenía que pasar por encima de todas las circunstancias exteriores tan poco inteligibles para ella, y había debido adherirse a la voluntad del Padre hacia su Hijo, pero esta adhesión purísima era una adhesión gozosa. Jesús le era devuelto por ello mismo. Aquí, en la Cruz, este sobrepasar lo exterior le arrastra a seguir a su Hijo en su misterio de holocausto, de separación violenta y sangrante.

Al adherirse en toda su pureza a la voluntad infinitamente amorosa del Padre hacia su Hijo y hacia

---

[170] Os 2, 22.

ella, María penetra mucho más adentro en su intimidad. Porque la unidad se realiza entonces en esta voluntad del Padre, en el Espíritu Santo. María coopera activamente a la obra de Jesús. La cruz se apodera de su inteligencia que, en este acto heroico de fe, se ofrece e inmola totalmente. Recordemos el holocausto de Elías, prefiguración maravillosa del de la cruz. El fuego del cielo se apodera de las víctimas, del altar y del agua. Se trata verdaderamente de la fe de la Esposa que cree en el amor de su Esposo hacia ella, mientras las circunstancias exteriores parecen negarlo, parecen oponerse. Esta fe es totalmente silenciosa, porque implica el holocausto de la inteligencia que no puede decir nada más —no comprende nada—, que no puede comprender nada más. Por eso aquí no hay ni siquiera el «quomodo» de la Anunciación. María debe ser totalmente pasiva, totalmente entregada a la voluntad del Esposo.

Esta fe es fecunda, porque permite esta cooperación divina con Cristo en su misterio de Redención. María, por este acto de fe, se convierte en Madre de todas nuestras almas. Nos da a luz en su fe. Esta fecundidad podemos verla prefigurada en la bendición de Dios a Abraham después que éste acepta la inmolación de su hijo. La fe de Abraham que Dios recompensa es, sin duda, una figura de la fe de María. Decimos una figura; la realidad es María que la vive. Abraham, en efecto, no ha tenido que sacrificar en realidad a Isaac, el hijo de la promesa; María ha debido realmente sacrificar a su Hijo. En el lugar de Isaac estuvo el carnero señalado por el ángel. Jesús era a la vez Hijo de la promesa y «carnero emisario» ofrecido para la salvación de su pueblo. Por eso, la fe de María es mucho más comprometida, mucho más realista y divina que la de

Abraham. Ella debe ir más lejos que su antepasado. Dios no le pide solamente que acepte una prueba, como en el caso de Abraham, sino que acepte un hecho irremediable, con todo lo que tiene de absoluto: la muerte ignominiosa de su Hijo único, el Hijo de la promesa. La promesa hecha a Abraham no se realiza plenamente, sino en María y por ella [171]. He aquí la fecundidad maravillosa de esta fe heroica, que ordena un tal holocausto, una muerte tal. Verdaderamente lo que se inmola es lo que hay en María de más vital, de más íntimo, por lo que es normal que a partir de ahí se dé una maravillosa fecundidad divina. Si la fe de María es fecunda, esta fe la separa de todo lo que no sea verdad crucificada. Ya en la Anunciación, por su «fiat» María había conocido una grandísima soledad y un gran silencio; en la cruz, en medio del tumulto y de la agitación humana, por un «fiat» de fe a la voluntad del Padre, María conoce una nueva soledad y un nuevo silencio. Sola en medio de todos permanece firme en su fe, se adhiere siempre a la palabra de Dios, a Aquel que es la Palabra de Dios sin importarle el que las apariencias han cambiado, el que los hombres hayan cambiado totalmente su actitud respecto a Él.

Lo que acabamos de decir de la fe de María, en su misterio de compasión, hay que decirlo también de su esperanza. María coopera, además, efectiva-

---

171 «Juro por mí mismo, palabra de Yahvéh, que por cuanto has hecho esto y no me has rehusado a tu hijo único, te llenaré de bendiciones y abundosamente multiplicaré tu descendencia, como las estrellas del cielo y como las arenas que hay en la ribera del mar, y por cuanto escuchaste mi voz, tu posteridad se apoderará de la puerta de sus enemigos, y serán benditas en tu descendencia todas las naciones de la tierra» (Gen 22, 16-18).

mente al misterio de Cristo por su esperanza. Hay también, a propósito de la esperanza, unas bodas divinas, porque ella ofrece entonces a Jesús la inmolación de lo que hay de más noble y elevado en su voluntad humana, en su apetito humano como tal. Lo que Jesús no puede inmolar, porque posee la felicidad plena, lo inmola por María. En el Calvario, la esperanza de María conoce un modo de pobreza sangrante. No solamente su esperanza es divina y paupérrima, sino que posee además un modo de despojamiento tal que el corazón de María, su voluntad, está como desposeído de toda orientación de vida, de toda fuerza humana. En el Calvario, María debe esperar en la cruz, en su Hijo crucificado, contra toda esperanza humana. Para una madre, en efecto, la muerte de su hijo único, de su hijo bienamado, es motivo de la más grande desesperación, porque esta muerte le despoja de toda razón de ser. ¿Acaso esta muerte no lleva consigo la supresión misma del ejercicio de la maternidad? Cuando este hijo único es, a la vez, el Hijo único del Padre, su muerte cava en el alma de su Madre un aniquilamiento infinito, una suerte de abismo de soledad y abandono. Dios pide a María esperar en la muerte misma de su Hijo único y su dios, esperar en su crucifixión, y considerarla como el mayor motivo de esperanza. María debe apoyarse sobre la debilidad del Crucificado, en su muerte ignominiosa, para tener una esperanza totalmente divina de Esposa compasiva, compadecedora.

En todo ello se aprecia un poco la abnegación profunda de esta esperanza de María. Se aprecia cómo el don de temor perfecciona divinamente esta esperanza cristiana, y no le permite que se apoye sino sobre la fuerza misma de Dios, es decir, en el amor del Padre, tal como quiere manifestarse res-

pecto a su Hijo crucificado, y por Él, a María. Así esta voluntad demanda el holocausto completo, total, de Jesús, superabundando por el holocausto del corazón de su Madre. La esperanza de María debe entonces apoyarse en el holocausto de su Hijo para ser absolutamente pura y divina.

La esperanza teologal se apoya sobre la omnipotencia misericordiosa de Dios para obtener de Él la beatitud, la vida eterna. La esperanza cristiana se apoya sobre la omnipotencia misericordiosa de Dios manifestada en Cristo para obtener del Padre la entrada en la casa paterna. Para que esta esperanza pueda ser eficaz, debe ser divinamente pobre, porque no podemos apoyarnos en la misericordia si no somos pobres. Dios no puede hacer misericordia sino al pobre, a aquel que ha reconocido que no tiene nada y que todo lo recibe de El. Hay un lazo esencial entre la misericordia y el espíritu de pobreza: la misericordia nos invade en la misma medida en que estamos vacíos de nosotros mismos. En la cruz, la esperanza de María debe apoyarse en la omnipotencia misericordiosa del Padre, manifiesta en Cristo crucificado, para obtener del Padre la vida eterna para ella y para nosotros. Así, la misericordia del Padre se manifiesta de una manera totalmente divina en su Hijo crucificado, si bien parece aparentemente que le abandona y lo deja solo en su miseria como al pobre Job. La esperanza de María no debe, pues, detenerse ante las apariencias, sino que, contra ellas, debe penetrar en el misterio de esta misericordia infinita del Padre hacia su Hijo y en Él hacia ella y toda la especie humana. Pero María no puede penetrar, sino por la puerta estrecha: deba abdicar de todo juicio, de todo deseo humano de mesianismo, de toda ambición maternal, por noble y bella que pudiera ser, de todo derecho

de propiedad, sea el que fuere, y aceptar ser revestida de la sangre de Cristo, con todos sus deshonores, sus salivazos, con todas sus ignominias, con todos sus oprobios. Debe aceptar ser la madre de Aquel que es considerado como un blasfemador, un maldito, un usurpador. Es necesario un anonadamiento del yo sangrante, humillante, incluso envilecedor externa y socialmente, para penetrar en esta misericordia del Padre.

Esta esperanza de la esposa, la de la cruz, reclama, pues, del alma de María todas las abdicaciones posibles, hasta en sus raíces más profundas, más invisceradas. Esta esperanza la hace vivir al unísono del corazón de Cristo y le permite penetrar en todos los abismos de este corazón herido, «enraizarse» en él y explorar todas sus dimensiones divinas.

«En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.» Si esta palabra es verdadera para el buen ladrón, lo es *a fortiori* para María. Por su esperanza, esta «ancla» divina es «fijada» en el corazón de Jesús crucificado y penetra en lo más íntimo del misterio de la misericordia del Padre. Esta esperanza de la cruz pone, pues, el alma de María en un estado de unidad mucho más perfecto con la misericordia de Dios. Es el *sponsabo in misericordia.*

Esta misericordia es de tal manera divina que sobreabunda y comunica al corazón de María una nueva fecundidad. Porque esta esperanza de esposa, totalmente abandonada en su misma pobreza, da a su corazón un nuevo impulso de amor, un nuevo «sursum corda» en el que ella nos arrastra a todos. Si, en efecto, su corazón de Madre debe aceptar morir en la cruz, su corazón de nueva Eva comienza a latir. En su misterio de compasión, María espera verdaderamente por toda la Iglesia.

Todas las exigencias tan profundas de la fe y de la esperanza de María provienen del amor y están esencialmente ordenadas a un desarrollo más divino de la caridad. Las exigencias de la fe y de la esperanza que reclaman tales desposeimientos de nuestra inteligencia y nuestra voluntad humanas son siempre por razón de amor. Se realizan por amor y tienen el amor por término. El amor, pues, las rodea completamente.

Cristo en la cruz es holocausto de amor; y quiere que María lo sea con Él. Todas las exigencias de holocausto de la inteligencia y del deseo que acabamos de ver proceden del amor. Para que María dé a Jesús todo lo que ella puede darle, así como Él mismo le ha dado todo lo que podía darle, era necesario que —desde el punto de vista de las exigencias de amor— ella le hiciese don, por su fe y su esperanza heroicas, de todas las fuerzas vivas de su inteligencia y de su voluntad. De otro modo, María se habrá reservado algo. Y es que el amor divino, en lo que tiene de sí mismo, reclama todos estos sacrificios sangrantes, martirizantes. Y sólo el amor podía reclamarlos. Sólo el amor divino puede pedir a una inteligencia humana que abdique radicalmente de su derecho a juzgar, a ver claro; sólo el amor divino puede pedir a una voluntad humana y al corazón de una madre que abdique de sus derechos más profundos, de sus derechos de madre sobre la vida de su hijo. Estos sacrificios están ordenados al amor y permiten al amor divino invadirlo todo. El fuego del cielo va a poder quemarlo todo.

Por el «fiat» silencioso de María a la cruz, Jesús puede ofrecer al Padre una hostia completa, el holocausto consumado de toda la naturaleza humana[172]. Evidentemente, el holocausto de Cristo en sí

[172] Cfr. ARNAULD DE BONNEVAL, *De laudibus B.M.V.*, PL., 189,

es perfecto, desde el punto de vista de la intensidad y de la perfección del amor. Es infinito en mérito y no tiene necesidad de ser completado o terminado por otro holocausto. Pero este holocausto puede extenderse superabundantemente, tener una acción propia sobre el corazón de María y, por ello, adquirir una irradiación nueva y un esplendor único, enraizarse en la humanidad. Como el «fiat» de María en la Anunciación era el «fiat» de la humanidad aceptando libremente en la fe esta nueva alianza de Dios con los hombres, realizándose en el misterio de la Encarnación, el «fiat» de María en la cruz es también el «fiat» de la humanidad aceptando libremente en la fe esta alianza sangrante de Dios con los hombres, aceptando que el sacrificio de la Cabeza sea el de los miembros, que el holocausto de Cristo sea el de los hombres[173].

1727: «No había sino una voluntad de Cristo y de María: los dos parejamente ofrecían a Dios un único holocausto: ella, en la sangre de su corazón; él, en la sangre de su cuerpo.»

[173] Cfr. M. J. SCHEEBEN, *La Mère virginale du Sauveur*, trad. A. Kerkvoorde, Desclée, 1953. «La colaboración de María al sacrificio de Cristo recibe su expresión perfecta cuando se considera su alma o su corazón como el altar vivo preparado en la humanidad. Sobre este altar la ofrenda venida de su seno es ofrecida por Cristo como un holocausto consumido por el fuego que él contiene en sí mismo y del que también María aparece como henchida. De esta manera, el Cristo sacrificado es ofrecido por mediación de María, no solamente como precio de la humanidad y ofrendado por ella, sino también como ofrendado en la humanidad, un participación amorosa a sus sufrimientos. Del mismo modo, Cristo, sacrificador sacerdotal, no se ofrece solamente él mismo; por el intermedio de María se ofrece en la humanidad y ofrece la humanidad en sí mismo.

Al estar incluido este sacrificio pasivo de María en la unión amorosa con el sacrificio de Cristo, su función se concentra en la noción de «la que lleva el sacrificio». Esta noción, tomada en todo su sentido, expresa la relación de María con el sacrificio de

También aquí, sólo el amor excesivo del corazón de Jesús puede hacernos comprender a la vez el carácter de superabundancia de este holocausto místico del corazón de María y su carácter de cuasi necesidad. El fuego divino reclama que arda todo lo que es combustible.

La acción sacerdotal de Cristo adquiere, pues, por el «fiat» de María como una nueva eficacia, o más exactamente, una nueva extensión. María ofrece a su Sacerdote una tierra virgen, una inteligencia y una voluntad en las cuales sólo Dios ha penetrado y actuado. Acepta que Jesús ejerza sobre ella su acción sacerdotal de forma plena, convirtiéndose en holocausto con Él. El sacerdocio de Cristo no ha podido ofrecer en holocausto la inteligencia y la voluntad humana en sus cimas, sino gracias a este «fiat» de María, «fiat» comenzado en la Anunciación y acabado, consumado, en la cruz.

Es cierto, y comprendemos bien que la acción sacerdotal de Cristo-Hostia es perfecta y no necesita de ninguna otra hostia para serlo. Pero, de hecho, como su sacerdocio es un sacerdocio de amor, y Él podía tener en María una nueva hostia que ofrecer, era «cuasi necesario» (con la necesidad de la sabiduría que quiere hacer sobreabundar el amor) que se apoderase de la inteligencia y de la voluntad de María para realizar plena y totalmente su obra propia. El Amor no tiene otra medida que sus propias exigencias de amor, y nada puede detenerlo.

Vemos claramente por esto cómo María es doblemente Madre del Sacerdote: comunicándole a Jesús la materia de su sacrificio, su carne y su sangre, y

---

la redención de una manera tan rica y profunda como la noción de engendradora de Dios lo hace por su dignidad y su función» (página 183).

aceptando que su propia vida humana, en lo que tiene de más íntimo, sea ofrecida con el cuerpo y la sangre de Cristo, como el agua del sacrificio [174]. Este acto heroico del corazón de María en la cruz la entrega totalmente a Jesús Sacerdote y Hostia y la coloca con Él en un estado de unidad de hostia y holocausto de amor. Es el don más perfecto que pueda haber, el más pleno. Y este don se hace en la total oscuridad de la fe y en el total desasimiento de la esperanza. Se hace, pues, en el abandono más desinteresado, el más puro que darse pueda. A la donación total de Cristo, María responde por una entrega total interior, íntima, divina, puesto que es por eso por lo que podrá verdaderamente entregarse como Esposa, como nueva Eva. Solamente este don completa, acaba, imita divinamente el de Jesús crucificado. No lo copia materialmente ni desde lo exterior, sino que penetra en lo más íntimo de Jesús, bajo la acción directa del Espíritu Santo, del Don personal. Por ello, podremos comprender su carácter totalmente divino, en su naturaleza y en

---

174 Cfr. SAN BUENAVENTURA, *Sent. I*, dist. 48, a 2, q 2: «No debe dudarse en absoluto, la Bienaventurada Madre y Virgen María, con un corazón recio y con una determinación constante, quería entregar a su Hijo para la salvación del género humano, de tal suerte que la Madre estuvo en todo conforme con el Padre. Y en todo esto lo que es más de alabar y querer es que ella hubiese estado de acuerdo con que su Hijo único fuese sacrificado para la salvación de los hombres.

Y, sin embargo, ella se compadecía en este punto tanto que hubiera querido de buen grado, si ello hubiera sido posible, tomar sobre sí todos los tormentos que su Hijo padecía.

Verdaderamente ella fue fuerte y tierna, dulce y rigurosa a la vez, avara para ella misma, pródiga para nosotros. Así pues, conviene amarla y reverenciarla por encima de cualquier otra cosa, después de la Trinidad Suprema y de su Hijo santísimo, Nuestro Señor Jesucristo, cuyo misterio divino ninguna lengua puede llegar a expresar.»

su ejercicio: es verdaderamente la obra del don de sabiduría. Es por eso por lo que es absolutamente silencioso, oculto en el corazón herido de Jesús y le está plenamente reservado. Es el don de la Esposa: *Sponsabo te mihi in sempiternum.* Exteriormente no se ve nada: María está de pie junto a la cruz; ella no muere, no está ensangrentada, no es injuriada; se olvidan de ella, solamente se ocupan de Él. Pero divinamente, en su alma, María muere, está ensangrentada, cubierta de todas las iniquidades, vive toda la pobreza de su Hijo, pero únicamente para Él y para el Padre, en el amor.

Este amor que se apodera del corazón de María, que la une tan profundamente a la voluntad del Padre por su donación total a su Hijo y en esta donación, es un amor fecundo, capaz de engendrarnos en la vida divina, capaz de purificarnos, de transfigurarnos[175]. Este amor tan celoso —pues considera tan absolutamente la voluntad del Padre y no quiere ver nada más que esta voluntad, reduciendo al silencio todas las aspiraciones naturales de la inteligencia y de la voluntad— posee una fecundidad divina maravillosa, universal. María acepta todo este misterio de la comparación para hacer la voluntad del Padre. Ahora bien, esta voluntad del Padre es una voluntad de amor superabundante que posee una eficacia universal: al querer el holocausto del alma de María quiere unir a María íntimamente con Cristo, el nuevo Adán, y permitirle cooperar a

175 «María en la cruz no es asumida por el Señor en una función sacerdotal, pero ella es la Madre del Salvador y su Ayuda. Todos los órdenes de la Iglesia poseen una función (un ministerio). Así, la Bienaventurada Virgen no es asumida por el Señor en una función, sino que es asumida en la comunidad de bienes y como Ayuda, según esta afirmación: "haréle una ayuda semejante a él."» Cfr. Ps. ALBERT, *Mariale,* q 42.

su Redención, a nuestra salvación y nuestro rescate. Comprendemos entonces cómo María, por este amor tan perfecto, tan puro, tan divino, se convierte realmente en nuestra Corredentora, la que, por sobreabundancia de amor, coopera íntimamente al misterio de la redención, a nuestro nuevo nacimiento en Jesús Cristo crucificado.

Esta fe, esta esperanza, este amor, en razón de su eficacia divina, movilizan toda la vida de María para ofrecerla en holocausto vivo en una obediencia filial y silenciosa, enteramente pasiva. María está en dependencia del Cordero de Dios, conformándose plenamente como una verdadera hostia de amor ofrecida por Cristo-Sacerdote. Toda la enseñanza que ha recibido de Jesús durante su vida oculta debía conducir a este holocausto en el que Jesús Sacerdote la presenta al Padre para su gloria. He aquí el nuevo servicio que Jesús le pide. Ya no se trata de entregarse en un servicio temporal, sino de darse aún más divinamente en un servicio absolutamente interior, totalmente oculto y reservado a Dios.

El *stabat* traduce exteriormente esta actitud de sumisión amorosa y recia. María está de pie frente a Jesús crucificado, todo lo cerca de él que le es posible, para estar presente en todos los sufrimientos de su cuerpo, viéndolos, contemplándolos, amándolos. Comprendemos por qué era necesaria aquí la presencia física de María: se trata de com-padecer los sufrimientos físicos, los dolores evidentes. Para poder com-padecer verdaderamente tales sufrimientos, era preciso que a la presencia íntima, efectiva y amante se añadiese la presencia física [176].

[176] Resulta interesante comparar las dos presencias de María cerca de Jesús, señaladas por San Juan en su Evangelio, la de

Se comprende por ello el papel de María en su cooperación divina a la vida apostólica de Cristo. Porque su maternidad es precisamente una maternidad de fe, su papel no es solamente terrestre, si-

---

Caná y la de la Cruz. El paralelismo entre estas dos presencias es fácil de comprender: En Caná, Jesús inaugura su ministerio mesiánico, opera su primer milagro. En el Calvario acaba su obra: todo está consumado. María está junto a Él en estos dos momentos, se encuentra en compañía de los primeros apóstoles, o sólo del discípulo amado; los otros han abandonado, han renegado, han traicionado.

En la cruz, dice San Agustín, Él reconoce públicamente a su Madre, Él, que jamás había cesado en conocerla. Antes de que Él hubiese tomado un nuevo nacimiento en su seno, la había conocido en los secretos de su predestinación; antes que Dios hubiese dado el ser a aquella de la que Él debía recibirlo, conocía a su Madre.

Pero en una determinada hora, por un designio misterioso, parece desconocerla y en otra hora que aún no es llegada, la reconocerá por el mismo designio *(Agust.* Trat. VIII, 9, *in Joan).*

Se comprende por ello el papel de María en su cooperación divina a la vida *apostólica* de Cristo. Porque su maternidad es precisamente una maternidad de fe, su papel no es solamente terrestre, sino que sobrepasa todos los lazos de la carne y de la sangre; su papel es divino; por su fe, ella coopera a la vida apostólica de Cristo, coopera a su vida de Sacerdote, a su vida de Hostia, pues su vida apostólica, en su nota última, no es otra cosa que una función sacerdotal y sacrificial.

Esta cooperación, por ser divina, exige un grandísimo desprendimiento. Es vivida primero en la separación voluntaria, después en la separación sangrante del Calvario. Esta cooperación es maternal y virginal. Como Madre, María se entrega con su Hijo, lo ofrece al Padre por el sacerdote, como en el misterio de la Presentación; como Virgen, coopera a esta ofrenda dejando al sacerdocio de Cristo inmolar su alma en lo que tiene de más íntimo. La profecía de Simeón se realiza plenamente. Ella es, pues, Madre del Sacerdote y Virgen-Hostia. En la Cruz, de hecho, María permite a Jesús ofrecerse totalmente ofreciéndolo de una manera maternal. Ella permite a Jesús ser Hostia total ofreciéndose con Él y por Él. De este modo, María permite verdaderamente a su sacerdocio conocer una superabundancia de amor. Como Ma-

no que sobrepasa todos los lazos de la carne y de la sangre; su papel es divino; por su fe, ella coopera a la vida apostólica de Cristo, coopera a su vida de Sacerdote, a su vida de Hostia, pues su vida apostólica, en su nota última, no es otra cosa que una función sacerdotal y sacrificial.

Esta cooperación, por ser divina, exige un grandísimo desprendimiento. Es vivida primero en la separación voluntaria, después en la separación sangrante del Calvario. Esta cooperación es maternal y virginal. Como Madre, María se entrega con su Hijo, lo ofrece al Padre por el Sacerdote, como en el misterio de la Presentación; como Virgen, coopera a esta ofrenda dejando al sacerdocio de Cristo inmolar su alma en lo que tiene de más íntimo. La profecía de Simeón se realiza plenamente. Ella es, pues, Madre del Sacerdote y Virgen-Hostia. En la Cruz, de hecho, María permite a Jesús ofrecerse totalmente ofreciéndolo de una manera maternal. Ella permite a Jesús ser Hostia total ofreciéndose con Él y por Él. De este modo, María permite verdaderamente a su sacerdocio conocer una superabundancia de amor. Como Madre y como Virgen dispone y prepara el sacrificio de Jesús crucificado, coopera haciendo sobreabundar su amor y en esto mismo puede decirse que lo acaba y completa. Es verdad que al sacrificio de Cristo no le falta nada, pero este sacrificio puede acabarse, completarse en un misterio de sobreabundancia de amor.

---

dre y como Virgen dispone y prepara el sacrificio de Jesús crucificado, coopera haciendo sobreabundar su amor y en esto mismo puede decirse que lo acaba y completa. Es verdad que al sacrificio de Cristo no le falta nada, pero este sacrificio puede acabarse, completarse en un misterio de sobreabundancia de amor.

LAS PALABRAS DE CRISTO

Todas las palabras de Cristo en la cruz son mesiánicas[177]. La palabra que dirige a su Madre debe ser como las demás, aunque de hecho, Juan no haga mención de ello.

Entre las profecías alusivas a la Madre del Mesías, Isaías 7, 10-16 y Génesis 3,13, la primera concierne al nacimiento virginal, la segunda a la lucha que se producirá entre la mujer y la serpiente: «Enemistad pondré entre ti y la mujer y entre tu prole y su prole, la cual te apuntará a la cabeza mientras tú apuntarás a su calcañar.» No olvidemos que Juan, cuando se refiere al Antiguo Testamento, cita según los Setenta. Y los Setenta precisan lo que el texto hebreo dejaba inconcreto a propósito de «El te quebrará la cabeza». El texto de los Setenta ha optado por el sentido individual. El vencedor de la serpiente es el descendiente de la mujer: el Mesías.

Así, es evidente que para Juan, la cruz, que es la hora de Jesús, representa el gran duelo entre el Me-

---

[177] Cristo crucificado realiza la profecía. San Juan, en el capítulo 19 de su evangelio, señala tres veces, a propósito de este misterio, el cumplimiento de la Escritura:

— A propósito del reparto de las vestiduras (24).

— A próposito de la esponja empapada de vinagre (28).

— A próposito de la sepultura (36-37).

Se citan tres textos del Antiguo Testamento:

1.° Ps 22,19: Mis ropas para ellos se reparten, y acerca de mi túnica echan suertes.

2.° Ioh 19, 37: No le será quebrantado hueso alguno. Cfr. Ps 34, 21; Ex 12, 46; Nb 9, 12.

3.° Zach 12, 10: Y me contemplarán a mí, a quien traspasaron.

sías, Hijo de Dios y Satán, el príncipe de este mundo, el adversario de Dios, pues como Cristo mismo dice: «Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo» [178]. La última acción del Hijo de Dios no puede ser otra sino aplastar la cabeza de la serpiente. En la ocasión de su entrada en Jerusalén, Jesús había dicho: «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera» [179].

La cruz es, así, para Juan, el gran combate entre el linaje de la mujer y el linaje del diablo, es decir, el gran combate entre los que han nacido de Dios y los nacidos del diablo y que, como él, son «homicidas» y «mentirosos» [180], los fariseos retorcidos, los grandes sacerdotes ambiciosos y todos los que se dejan llevar por ellos, por temor o por táctica utilitaria.

No se puede separar este duelo y este combate —en realidad son una misma cosa— porque el que es «homicida y «mentiroso» es una misma cosa con el demonio, y quien ha «nacido de Dios» posee en él el germen de Dios, es «hijo de Dios». «Vosotros sois uno en Cristo Jesús», dice San Pablo, y San Juan nos repite frecuentemente que ha sido dado a los hombres el poder de participar de la condición de Hijo unigénito [181].

Estas dos identificaciones aparecen muy claras en Judas y en Juan respectivamente. Ellos serán como los jefes de fila de estos dos linajes.

El diablo comienza por poner en el corazón de

---

178 1 Ioh 3, 8; cfr. Ioh 6, 70-71; 7, 39; 13, 2; 21-27; 14, 30.
179 Ioh 12, 31.
180 Ioh 8, 41-44.
181 1 Ioh 3; 4; 5.

Judas el designio de traicionar a su Maestro [182]. Después, el diablo entra en él [183] cuando el propósito se convierte en una resolución precisa. La unión entonces entre los dos es tal que Judas podrá ser considerado como un demonio. Jesús lo dice expresamente, hablando a los doce: «Uno de vosotros es un demonio» [184].

Juan, por el contrario, es el prototipo de los que han nacido de Dios. Es el discípulo amado, el que siempre conoció una intimidad de elección con su Maestro, una intimidad especial, reservada. Así, no es extraño que Jesús le designe desde lo alto de la cruz como el hijo de la mujer.

Las palabras divinas de Cristo a su Madre y a Juan deben ser consideradas en este gran conjunto de la Revelación para comprender todo su sentido divino. «Mujer, he ahí a tu hijo.» La última palabra de Jesús a su Madre, esta palabra que puede ser considerada como su testamento de amor hacia aquella a la que tanto ha amado, nos revela el lugar de María en la economía divina. Es la nueva Eva, la enemiga por excelencia de la serpiente, porque en ella «el germen de Dios» se ha desarrollado plenamente; la semilla divina ha encontrado en ella una buena tierra en la que ha podido centuplicar su fruto. María es la «mujer» tal como Dios, en su sabiduría, ha querido rehacerla después de la caída de la primera Eva. Es el prototipo de la Iglesia, la que ha sido formada por el nuevo Adán y a partir de Él. Todo lo que ella tiene lo ha recibido de Él; todo lo que es ella, es relativo a Él.

Y como este nuevo Adán, en la cruz, rescata a la

---

[182] Ioh 13, 2.
[183] Ioh 13, 27.
[184] Ioh 6, 70.

humanidad, engendra la Iglesia, María se convierte por el hecho mismo en la Madre de esta Iglesia, de todos los miembros de Cristo [185]. Así como Juan es el prototipo de los hijos adoptivos, Jesús, al mostrarle a Juan, le muestra a toda la Iglesia y le ordena que sea su Madre [186].

María recibe en una fe de esposa esta palabra de Cristo, en medio de las tinieblas del misterio de la cruz. Esta palabra de Cristo es para ella infinitamente dulce, aunque a la vez sea una espada aguda que hiere su corazón.

Esta palabra le pide que mire a Juan como a su hijo, que lo adopte como Jesús crucificado lo adopta. Esta palabra le permite penetrar más profundamente en el corazón de Jesús, comprender la unidad divina, la nueva alianza en la sangre entre Jesús y Juan, comprender de qué modo Juan lo recibe todo de Él, que es el hijo amado del Padre y que en Él esta toda la Iglesia que contempla Cristo y que pide a su Madre que ame con Él.

Jesús pide, pues, a María esta cooperación divina y se lo pide un modo claro, preciso, concreto, individual. Esta palabra de Jesús en este momento trá-

---

185 Señalemos aquí este bellísimo comentario de Salmerón: «Nosotros... contemplamos la madre... como la segunda Eva, o la mujer dada al segundo Adán como ayuda semejante a él, para reengendrar al mundo según el Espíritu, como leemos que la primera Eva fue dada al primer Adán como ayuda para engendrar según la carne, por esta contemplación conocemos que somos sus hijos según el espíritu.» Cfr. *Comment. in Evang. Histor. de passione et morte D.N.J.C.* Tract. 38.

186 Es el testamento de Cristo en la cruz, repartiendo entre su Madre y Juan los deberes de piedad. Así el Señor establece su testamento, no solamente su testamento público, sino también su testamento doméstico, y Juan colocaba en él su firma, digno testigo de tan gran testador (San Ambrosio, Carta al sacerdocio de Verceil...).

gico es, en efecto, para María, un testamento, una última voluntad que atraviesa divinamente su corazón de Madre. Jesús quiere que ella reciba en su corazón a Juan como a un hijo amado, mientras que las más profundas exigencias humanas de su corazón de Madre no querrían considerar este momento sino a Jesús y no pensar más que en Él. Porque una madre tiene el derecho, que ninguna autoridad humana puede quitarle, de ser toda para su hijo moribundo, sabiendo bien que solamente ella puede ayudarle en este momento último, ya que es la fuente de su vida humana. Es preciso que María, que es una madre abnegada que ha abdicado de todos sus derechos de madre para no ejercerlos sino bajo la moción del Espíritu Santo, conozca esta última abnegación en su corazón de madre, la mas profunda de todas las renuncias. Es necesario que acepte verse privada del privilegio que tiene como Madre de estar totalmente atenta al último suspiro, a los últimos gestos, a las últimas palabras de su Hijo.

Es su Hijo, como Sacerdote, el que da esta orden. En el misterio del Templo, Jesús, con todo el esplendor de sus doce años, le pide que mire al Padre y que le encuentre cerca del Padre. Aquí, Jesús crucificado, Jesús, que va a dejarla, le pide que mire a Juan, el discípulo amado, y que Le reencuentre en el corazón de Juan. En un acto de fe purísimo, María se adhiere a esta palabra, sin hacer comparación alguna entre Jesús y Juan. San Agustín, en una bellísima homilía, para hacernos comprender el heroísmo de María en la cruz, establece la comparación entre Jesús y Juan, entre el Maestro y el discípulo. Establece esta comparación como teólogo y para nosotros. María no compara: toma en su corazón esta palabra divina de su Hijo para que esta pa-

labra sea fecunda y realice en su corazón un corazón de Madre bienamada para Juan, y por Juan para toda la Iglesia.

En una fe absolutamente divina, crucificando y martirizando su corazón de Madre, María ha sobrepasado las apariencias para adherirse a la realidad divina, al misterio del cuerpo místico, de la unidad divina de Jesús y de Juan, de la cepa y de las ramas, de la Cabeza y del cuerpo, del Esposo y de la Esposa.

En la Anunciación, por su «fiat», Cristo viene a habitar en ella; por su fe, ha concebido con alegría al Verbo encarnado. Aquí, en esta anunciación dolorosa, por su «fiat», el Cristo total se apodera de su corazón. Concibe de manera divina a toda la Iglesia en el sufrimiento. Hay un paralelismo muy misterioso entre las dos anunciaciones, la una transmitida por Lucas, la otra por Juan; la una divina y milagrosa, con la aceptación gozosa de la sierva humilde de Dios; la otra, divina y misteriosa, en el gran dolor del Calvario; la una hecha por el ángel Gabriel en el mayor secreto; la otra por Jesús crucificado ante todo el universo y la ciudad santa, en medio de las discordias de la lucha.

María ya no pide el «quomodo». Se calla, porque su corazón está partido y su inteligencia totalmente inmolada. Acepta enteramente, en las tinieblas, las tinieblas de la cruz. Nos hace comprender entonces cómo la Esposa se adhiere a la palabra del Esposo, que es para ella un Esposo de sangre, un Esposo que la hiere en el corazón en lo que tiene de más amado y más santo, y que le pide esta última fidelidad, la de guardar su tesoro tras su muerte y vivir como Él lo vivía.

Esta última palabra de Cristo para ella es también un alimento divino su abnegadísima esperanza

de Esposa. Puede servirse de ella para apoyarse más divinamente aún en la omnipotencia misericordiosa del Padre y elevarse en un nuevo «sursum corda». En efecto, esta palabra reclama de María una última renuncia para su corazón de Madre, y por el mismo hecho, esta última renuncia le permite conocer una misericordia especial de su Padre, pues cada abnegación divina solicitada por Dios lo es para un don de su misericordia. María, al aceptar no ser exclusivamente para su Hijo en sus últimos momentos, recibe del Padre la gracia de esta fecundidad divina, la gracia de cooperar eficazmente a la obra de su Hijo. Ella no es solamente la sierva de Dios, sino la ayuda de Dios. La afirmación de Jesús: «He ahí a tu hijo», se lo hace comprender bien. Esta fecundidad, al referirse a Juan, se refiere a toda la Iglesia puesto que Juan es el representante de todo el linaje de los nacidos de Dios.

Esta misericordia del Padre la recibe María y vive de ella por el corazón de Jesús. Esta fecundidad divina que le es comunicada es la de su Hijo Jesús. Por eso, esta entrega que hiere y martiriza su corazón maternal, lo dilata y expande al mismo tiempo, alivia la herida, uniéndola íntimamente con el corazón de Cristo que engendra la Iglesia.

Se comprende entonces el impulso nuevo de su corazón. A partir de esta misericordia y en ella, María contempla a Jesús en Juan. Penetra aún más íntimamente en el corazón de su Hijo, porque ve toda la prolongación, toda la irradiación en Juan. Y de allí se lanza hacia el Padre, comprendiendo mejor que Él es la fuente de toda fecundidad.

María vive esta última palabra de Cristo en su caridad, en su caridad de Madre y de Virgen. Esta orden de Jesús determina en su corazón una preferencia, una elección, que el Espíritu Santo le había

ya solicitado de una manera pasiva en la aceptación del misterio de la cruz. Pero ella debe aceptarla ahora de una manera mucho más clara y comprometerse en ella personalmente. En efecto, al aceptar el misterio de la Redención, María acepta la voluntad del Padre de que Jesús muera por nuestra salvación y, por el hecho mismo, se conforma con esta orden de la Sabiduría: preferir nuestra vida divina a la presencia física de Cristo cerca de ella. Es preciso ahora que ella misma realice esta elección, que prefiera la vida divina de Juan a la vida terrena de Jesús junto a ella, que prefiera ser la Madre divina de Juan mejor que continuar ejerciendo su maternidad humana cerca de su Hijo único.

Viviendo en el amor esta última voluntad de su Hijo, ella debe hacer suya, debe realizar la elección divina. Y decimos bien, elección divina en el sentido de que María no debe renegar de su maternidad cerca de Jesús para adaptar a Juan, pero debe aceptar verse privada totalmente en la tierra de la presencia visible, sensible, de su Hijo bienamado, para ejercer en el alma de Juan su papel de Madre. Debe aceptar que Jesús muera en las condiciones dolorosas de la cruz, y que ella misma viva íntimamente todo este misterio de la cruz para dar a luz en la gracia cristiana a Juan, el discípulo amado, y por él a toda la Iglesia. Debe, pues, aceptar con Jesús crucificado estar como separada de Dios para que Juan sea más perfectamente hijo de Dios al ser el hijo bienamado de su corazón herido y del corazón de Cristo.

Esta elección, si verdaderamente lleva consigo ciertas renuncias a los lazos y a las proximidades visibles y sensibles, realiza más profundamente una unidad divina con el Padre en el corazón de Cristo. María, por esa elección, vive el secreto del

Padre sobre su Hijo, sobre ella y sobre la Iglesia. Por esta elección, los secretos de los corazones, los de Juan y de toda la Iglesia, le son comunicados y revelados.

Puesto que esta palabra de Cristo a María nos revela la elección divina de su corazón, nos revela también, por el mismo hecho, la cualidad divina del amor de María hacia su Hijo único para Juan y para la Iglesia. Toda elección que implica una preferencia nos manifiesta siempre la cualidad del amor. Jesús, por esta orden, nos manifiesta la confianza total que tiene en su Madre. Él puede pedírselo todo; sabe que su único deseo es conformarse a la voluntad del Padre por Él. Él puede pedirle en el último momento esta última renunciación y pedírsela como una orden directa, con toda sencillez. María, al aceptar esta elección, nos manifiesta toda la confianza divina que ella tiene en Él; sabe cuánto la ama su Hijo, pero también cuán fuerte es su amor y que está totalmente ordenado al Padre. María sabe de qué modo Él la quiere todo para Él, pero en una total pobreza, para que Ella sea toda del Padre, totalmente revestida de su misericordia. No hay nada de debilidad, de insulsez en su amor divino; todo es fuerte y recio.

María ama a Juan como a Jesús, con todo su corazón de Madre. Lo ama por Jesús y con el corazón de Jesús. Ama por el Padre y con toda la misericordia del Padre. El signo de su amor es la aceptación de la muerte de su Hijo por Él. Así como Jesús pudo decir que no hay amor más grande que dar su vida por los que se ama, así María pudo decir a Juan que no hay amor más grande que el de dar la vida de su Hijo único, de Aquel que lo es todo para ella.

El amor de María por Juan existe para cada una

de nuestras almas. Lo que dijo a Juan puede decirlo a cada una de nuestras almas, de las que ella es la Madre.

Para que este amor maternal se realice en relación con Juan es necesario que Juan la elija por Madre. Por eso, Jesús, después de haber hablado a su Madre, habla a Juan. Le da la orden de considerar a María como a su Madre. Juan recibe esta palabra en su fe de discípulo amado como el testamento de su Maestro. Esta palabra divina configura inmediatamente en él un corazón de hijo respecto a María. A partir de este momento, la toma «in sua», nos dice. A partir de este momento, Juan considera a María de una manera totalmente nueva; la considera como la considera Jesús: la ama con el corazón de Jesús. Quiere ser para ella un verdadero hijo, que no tiene secretos para su madre y que vive en su intimidad.

Gracias a María, Juan conoce una nueva intimidad con su Maestro. En el corazón de María, lo encuentra como el hijo amado de María, como un hermano mayor. Jesús y Juan tienen ahora la misma Madre. María, como Madre, enseña a Juan los secretos del corazón de Jesús. En el corazón de María, Juan descubre a Jesús de una manera totalmente nueva, como Aquel que nos da la vida divina y la guarda como el buen Pastor que da su vida por sus ovejas. ¿No es el que da su vida divina en plenitud a su Madre?

Lo que estamos diciendo de Juan es también verdad para nosotros, porque la maternidad de María sobre nuestras almas, al ser divina, no puede ejercerse y realizarse, sino en la medida en que nosotros la aceptemos, es decir, en la medida exacta en que nosotros la tomemos por Madre, en la medida en que la palabra de Cristo dirigida a Juan tenga

para nosotros todo su sentido, en la medida en que recibamos esta palabra como su testamento de amor para nosotros. La alianza nueva en la sangre se realiza, de hecho, en el corazón de María. Pero no puede realizarse sin nosotros. Sin nuestra adhesión divina a la palabra de Cristo crucificado, María podría ser alguien a quien se respeta, alguien a quien se venera y se ama, pero no habría esta intimidad entre María y nosotros: no la llevamos a «nuestra casa» como una Madre divina, que tiene el derecho de conocer todos los secretos de nuestro corazón, que debe comunicarnos todos los secretos del suyo e indicarnos los senderos ocultos que nos conducirán más rápidamente a Jesús.

María, en esta anunciación, tiene, pues, el papel de la nueva Eva, la enemiga más feroz de la serpiente, más terrible para ella «que un ejército preparado para la guerra», la Madre de Jesús, que aplasta la cabeza de la serpiente, la Madre de Juan y de todos los nacidos de Dios. La enemistad entre María y la serpiente es tal que ésta llega a matar al Hijo único de María por la traición de uno de los doce, la envidia de los fariseos, la cobardía de un Pilato. En esta lucha terrible en la que no pueden existir zonas neutras —«puesto que eres tibio, y ni caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca»[187]—. Cristo se presenta como un signo de contradicción: o se está con Él o contra Él. No hay otra solución. María está allí de pie. No huye a Egipto como en el tiempo de los misterios gozosos, sino que cepta este cuerpo a cuerpo terrible. Por una astucia divina, va a salvar a su pueblo y a toda la Iglesia. Dejando que el demonio se apodere de la vida humana de su Hijo único, éste le aplasta la ca-

[187] Apc 3, 16.

beza y libera por ello a todos los hijos de Eva de su dominación tiránica. Como en otro tiempo la astucia de Judith salvó a su pueblo cortando la cabeza de Holofernes, María, en la cruz, salva a su pueblo por la espada de Dios —la palabra divina encarnada— cortando la cabeza del verdadero Holofernes.

La huida a Egipto fue ciertamente una huida estratégica y no una capitulación o una falta de valor. La hora del combate aún no había llegado; era preciso entonces fortificarse, huir de la tentación. En el Calvario, la hora había llegado: era preciso «arrojar al príncipe de este mundo». Por su fe, su esperanza y su amor, María puede permanecer de pie, no sentirse trastornada por la victoria aparente de Satán. Ella puede dar valor y fuerza a su Benjamín, enseñarle maternalmente a luchar hasta el fin por la verdad, incluso si Él está solo. Pensemos en esta madre «admirable» de los Macabeos, asistiendo al martirio de sus siete hijos y dando valor al séptimo para que se mostrase digno de sus hermanos muertos y de ella misma. Esta madre admirable es claramente la figura de María que, en la cruz, asiste al misterio del Cristo total y anima a Juan, el benjamín, a mostrarse digno de Jesús y digno de ella.

A ejemplo de Juan, todos nosotros somos estos benjamines y para cada uno de nosotros, cuando la cruz se levanta ante nosotros, y sobre todo en nosotros, ella está allí para darnos fuerza y valor, para exhortarnos a ser fieles hasta el fin. Como a su benjamín, ella nos habla entonces en la «lengua de nuestros padres» y nos vuelve a decir: «Hijo, ten compasión de mí, que por nueve meses te llevé en mi seno, que te amamanté por tres años, que te crié, te eduqué y alimenté hasta esta edad. Ruégote, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra, y veas todo

lo que contienen, y entiendas que de la nada lo hizo Dios, y todo el humano linaje ha venido así a la existencia. No temas a este verdugo, antes sé digno de tus hermanos, y recibe la muerte, para que te vuelva a encontrar con tus hermanos en el templo de la misericordia»[188].

La lanzada

A todas las heridas y a la infamia se añade la herida del costado y del corazón, de la que Juan es testigo y de la que da testimonio con tanta fuerza y solemnidad: «Vinieron, pues, los soldados y al primero quebrantaron las piernas y luego al otro que había sido crucificado juntamente con Él. Mas a Jesús, cuando vinieron, como le vieron ya muerto, no le quebrantaron las piernas, sino que uno de los soldados, con una lanza le traspasó el costado, y salió al punto sangre y agua. Y el que lo ha visto lo ha testificado, y su testimonio es verídico, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis»[189].

María está presente. Ella es testigo, también, de esta lanzada que abre el costado y el corazón del

---

188 2 Mach 7, 27-29.

189 Ioh 19, 32-35. Véase también: «Y derramaré sobre la casa de David y sobre el habitante de Jerusalén espíritu de favor y de plegarias» (Zach 12, 10). «En aquel tiempo habrá fuente abierta para la casa de David y los moradores de Jerusalén para el pecado y la impureza» (Zach 13, 1).

En el evangelio de San Juan encontramos esta afirmación: «Quien cree en mí, como dijo la Escritura, manarán de sus entrañas ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él. Porque todavía no había Espíritu, puesto que Jesús no había sido aún glorificado» (Ioh 7, 38-39).

cadáver de Jesús y que Le hace verter sus últimas gotas de sangre y de agua.

Si Cristo no ha sufrido esta última herida, puesto que ya está muerto, María sí. Esta última herida era, pues, para ella, le estaba reservada. Si este golpe no podía ser mortal para Jesús, lo era para su corazón de Madre: «Una espada te atravesará el alma», le había dicho Simeón. La profecía se realiza entonces, y con qué violencia.

Si esta herida no podía ya entristecer y humillar a Jesús, hacerlo más pobre y menesteroso, más sediento de amor, podía aún entristecer y humillar el corazón de su Madre. María veía el poco respeto que merecía el cadáver de su Hijo, con qué cínica libertad abrían su costado y traspasaban su corazón; María comprendía entonces hasta qué punto Él había querido hacerse pobre, menesteroso, sediento del amor de los hombres para atraerlos todos a Él. No pudiendo ya gritar su sed de amor, no pudiendo ya ponerla de manifiesto con nuevos gestos, era necesario que su cadáver pudiera decirlo de esta manera brutal y absoluta; era necesario que quedara inscrita en su cuerpo la señal irrecusable de su deseo infinito de amor hacia nosotros: la llaga de su costado. Esta herida que llega al corazón y lo traspasa es una herida de superabundancia de amor que se sobreañade a las otras. Como herida del corazón y herida de sobreabundancia, es ciertamente un signo maravillosamente adaptado por la sabiduría divina para expresar lo que ninguna palabra, ningún gesto, podía decir. Sólo la muerte, y esta muerte realizada en el corazón por una herida abierta, podía ser el signo de un amor infinito, absoluto, y la sobreabundancia de esta herida mortal pone como un acento nuevo, una intensidad única al valor de este signo.

María comprende que esta herida es, primeramente para ella, que debe recibirla en su corazón como un «saquito de mirra». Estas últimas gotas de sangre y de agua le están como reservadas, y debe venerarlas con un amor especialísimo. Porque son como las lágrimas de sangre de su corazón, lágrimas ardientes que corredimen de una manera sangrante. María, al contemplar esta herida, estas últimas gotas de sangre y de agua, las ofrece al Padre, consumando así la obra sacerdotal de su Hijo. Como la Ayuda, la Asociada de su corazón sacerdotal, ella debe ofrecer al Padre este corazón inmolado, estas últimas gotas de sangre y de agua, puesto que Jesús, como sacerdote, no puede hacerlo ya. Juan es el testigo de este gran misterio y como testigo, lo vive. Lo vive, porque es el hijo de María.

Se puede distinguir, en efecto, una sucesión en las revelaciones que la Escritura nos presenta: la Eucaristía, el reposo sobre el corazón de Jesus, los sufrimientos de la crucifixión, la entrega de María como Madre, la muerte de Jesús, la lanzada. Juan había resposado sobre el pecho de Jesús en la Cena. La Eucaristía le había dado esta audacia divina de hijo bienamado. El don que Jesús le hace de su Madre le da una nueva audacia divina, la de ser testigo de la herida del costado. Por María puede Juan penetrar en lo más íntimo del corazón de Jesús y recibir el último secreto silencioso de este divino pobre. La lanzada, que tiene un eco tal en el corazón de María, se imprime, por el corazón de la Madre, en el corazón del hijo. Juan, por María y con ella, ofrece al Padre esta última herida, estas últimas gotas de sangre y de agua.

En esta ofrenda se ejerce por primera vez en su corazón la adoración «en espíritu y en verdad». Y esta ofrenda y esta adoración que serán como el

alma íntima de su sacerdocio es lo que necesitaba María para acabar y completar eficazmente para ella el sacerdocio de Cristo. María lo necesitaba para que ella misma —con el alma traspasada por la lanza— fuese ofrecida como hostia viva al Padre, en una unidad cada vez más profunda con la única Hostia. Esta hostia viva e inmolada, para ser cada vez más una en el amor a Jesús crucificado, demandaba ser como asumida por el sacrificio eucarístico del que era su hijo y su sacerdote.

Se comprende entonces cómo María, por esta inmolación íntima de su alma, tan unida a la de Jesús, se convertía en Madre del sacerdocio de Juan. El deseo tan intenso del alma de María de vivir más cada vez del misterio del sacrificio de su Hijo, deseo que le daba su sentido de sacrificio eucarístico, revelaba a Juan todas las exigencias y toda la grandeza, todo el sentido y el valor que conllevaba su sacerdocio.

María es verdaderamente un lazo divino de amor entre Jesús Sacerdote y el sacerdocio de Juan. ¿No es, acaso, ella la hostia viva en la que el sacerdocio de Juan conocerá una unión de amor más profunda con el de Jesús? Es verdad que María no da a Juan su sacerdocio, sino que el apóstol lo ha recibido directamente de Cristo en la Cena, pero María permite a este sacerdocio sacramental ejercerse más divinamente, explicitar todas sus virtualidades, todas sus riquezas. Este poder divino del sacerdocio conoce, en efecto, múltiples virtualidades posibles, que de hecho no se despliegan plenamente sino bajo la inmediata influencia de María, Madre del sacerdocio. ¿No es ésta la razón profunda por la que el primer hijo espiritual de María es un sacerdote, un apóstol, un evangelista, y precisamente el que cierra la revelación de la palabra de Dios, el

que debía revelarnos los secretos íntimos del corazón de Jesús, el fuego de su amor y la luz de su verdad?

CAPÍTULO IV

EL MISTERIO DEL SEPULCRO: MISTERIO DE SEPARACIÓN

El cuerpo inerme de Cristo, el cuerpo muerto de Dios, debía ser depositado en un sepulcro; debía ser devuelto a la tierra, después de que hubiera recibido los cuidados previstos por la costumbre. Juan, en efecto, nos dice: «Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo, aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato llevarse el cuerpo de Jesús; y se lo permitió Pilato. Vino, y se llevó el cuerpo de Jesús. Vino también Nicodemo, el que fue a Él primeramente de noche, llevando unas cien libras de una mezcla de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con aromas, como acostumbraban los judíos a sepultar.

Y había en el lugar, donde fue crucificado, un huerto; y en el huerto, un sepulcro nuevo, donde nadie había sido puesto aún. Allí, pues, a causa de la Parasceve de los judíos, porque el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús»[190].

---

[190] Ioh 19, 38-42. Cfr. Lc 23, 53-56: «Entonces, un hombre lla-

Era preciso que este cuerpo divino conociese esta última humillación: estar oculto en las entrañas de la tierra y estar como abandonado, ya que las santas mujeres, María y Juan no podrían permanecer cerca del cadáver divino porque el día del sabbat obligaba al descanso.

Tratemos de comprender un poco el modo cómo vive María este último misterio doloroso, que es, al mismo tiempo, como la preparación última para los misterios gloriosos; tratemos de penetrar en el carácter particularmente doloroso de este misterio para el corazón de María y que ha sido para ella como el poso del cáliz que ha debido beber hasta la última gota.

La Escritura nos señala con precisión que las santas mujeres tuvieron que abandonar el sepulcro del Señor en razón del descanso del sábado. Estamos, pues, en presencia de la última separación: María ha tenido que separarse del cadáver de su Hijo y regresar con Juan. Esto fue para su corazón una última herida. Pensemos en el dolor penetrante que atenaza el corazón de una madre cuando vienen a buscar a su casa el cuerpo del hijo muerto. En este momento, todos los sufrimientos anteriores, todas las angustias vividas durante su enfermedad y en el momento de su muerte parecen renovarse con una agudeza especialísima. Es el dolor de

---

mado José... de Arimatea, ciudad de Judea, que esperaba el Reino de Dios, se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús; y habiéndole bajado, lo envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro cavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía. Era el día de la Parasceve y rayaba ya el sábado. Las mujeres que le habían acompañado desde Galilea le siguieron de cerca y vieron cómo su cuerpo fue colocado; y de vuelta, prepararon aromas y ungüento. Y el sábado reposaron según el precepto.» Cfr. Gen 23, la primera vez que la Escritura habla de sepultura.

una herida cicatrizada que se reabre brutalmente. Este nuevo dolor es más terrible aún que el primero porque el que lo padece está más débil. Comprendamos bien que una madre que es verdaderamente madre, casi no puede aceptar en su corazón maternal esta última separación. Mientras el cuerpo inanimado de su hijo está allí ella tiene aún como la ilusión de su presencia física; pero cuando manos extrañas vienen a arrancar de su lado lo que ella considera siempre como su bien propio, enloquece de dolor, con unos celos particulares en razón misma de su impotencia y de su muerte, porque es la única que quiere defenderlo y guardarlo. Podrían citarse multitud de hechos que ilustrarían este celo especial del amor maternal velando ferozmente, como una tigresa, el cuerpo muerto del hijo.

María, la Madre más amorosa y la más tierna, ha conocido en su corazón humano, durante el misterio del sepulcro, este último sufrimiento. Aquel que ninguna mano extraña había tocado en el momento de su nacimiento debía ser ahora abandonado por ella, convertido en un cadáver sangrante, desfigurado, a manos extrañas. Era preciso que María se separase totalmente de aquel cuerpo adorable, que aceptase no verle más, no volver a contemplarlo, que aceptase el alejarse de él y volver a casa de Juan, mientras que Él reposaba en la tierra, en la roca, solo, en las tinieblas.

Esta última separación le hace revivir las del encuentro en el Templo, las de la vida apostólica, y le pone de manifiesto todo el abismo que la diferencia, fuera de toda esperanza humana, de aquellas otras separaciones parciales y relativas. Es en su corazón, en el que ya no hay más que «amargura», «soledad», llantos, «profundo mar de sufrimiento», donde deben llevar esta última llaga y vivir de ella

con una intensidad y agudeza únicas, puesto que los lazos que le unían a Jesús eran también únicos.

María acepta sin protesta, sin oposición, esta ley del sabbat que la separa del cadáver de su Hijo. Este es el último sabbat que la ley de Dios imponía a su pueblo. Este último sabbat era para el reposo del cadáver del Hijo de Dios después de su gran trabajo, su gran tarea cumplida y acabada en la cruz. Pero debe decirse que este último sabbat —el más perfecto de todos los sabbats y que, en cierto modo culmina todos los anteriores dándole un sentido último— es un sabbat, sobre todo para el corazón de María, puesto que el cadáver de Cristo no lo vive sino materialmente y el reposo de este cuerpo divino es para su Madre. Es María —y nosotros en ella— la que tenía necesidad de él, para que conociese esta última herida. Al querer respetar este sabbat, María se entrega más plenamente aún a la voluntad del Padre que la martiriza, reclamando de ella una última separación. Toda la ley, como toda profecía del Antiguo Testamento, se termina, pues, en el corazón herido de María, como una espada divina, imperiosa y anónima, que viniera a dar el golpe de gracia a este pobre corazón que ya no puede más.

María acepta esta última voluntad del Padre en la fe, la esperanza y el amor. Esto le permite no perder el tiempo y prepararse de manera divina para la nueva etapa: los misterios gloriosos.

En su fe, María acepta la total separación, física y humana, de Jesús para vivir más divinamente con El y participar divinamente en este nuevo estado de Jesús. La separación humana y física debe ser plena; María no debe volver a su casa, sino a la de Juan. No debe vivir del pasado, de los recuerdos del tiempo en que Jesús estaba todavía con ella. No

debe crearse imaginativamente, sensiblemente, afectivamente, un mundo de recuerdos, en que Jesús estaría como presente. El Espíritu Santo no quiere que ella viva allí donde no está Cristo ya, sino que siga al Cordero doquiera que vaya. En su fe, debe unirse a Jesús donde esté y como esté. Debe vivir divinamente unida a su corazón muerto, no debe dejar la herida de su corazón, que es el lugar propio de su vida divina. Porque aunque esta herida, durante estos tres días, sea la herida de un cadáver, sigue siendo la herida del corazón de un Dios muerto por ella. En su fe, María debe, pues, permanecer unida a la herida de este corazón y, como él, conocer este estado glacial de la inanimación y esta opacidad de las tinieblas de la tierra. La fe de María ha conocido, en este momento, una oscuridad que acababa en cierto modo la de la cruz y la agonía. Para comprender un poco su carácter propio, ayudémonos de una comparación que, por otra, parte, nos viene como providencialmente sugerida por las circunstancias mismas de estos divinos misterios, y consideremos la diferencia entre las tinieblas oscurísimas de la cruz y las tinieblas opacas del sepulcro. Las tinieblas de la noche, por oscuras que sean, implican siempre algunos puntos de referencia para nuestra mirada: acaban siempre por aparecer algunos contrastes, proporcionando a la vista una cierta satisfacción. La opacidad de las tinieblas de la tierra tiene de propio el ser de una tal uniformidad que no permite comparación alguna. Son verdaderamente las tinieblas en lo que tienen de más terrible para nuestra mirada, pues son la negación pura y simple de la luz.

Esta comparación nos puede hacer entrever todas las diferencias que separan el sepulcro de la cruz desde el punto de vista de la oscuridad de la fe

en María. En la cruz hay una oscuridad profunda, pero está todavía la palabra de Jesús, sus gestos, su presencia visible. Lejos del sepulcro, durante estos tres días, hay como una densidad totalmente nueva de oscuridad, porque no hay palabras, no hay gestos, no hay presencia visible. No queda sino el sepulcro cerrado y estas tinieblas de la tierra ocultando el cuerpo muerto y abandonado por los hombres. Pero al mismo tiempo, la fe de María progresa en certidumbre, y esta oscuridad tan intensa del sepulcro anuncia ya, para su corazón que se adhiere tan firmemente a las promesas divinas, la gran luz de la Resurrección. En su fe, ella no duda un instante que Jesús es la «Luz del mundo», que es «la Resurrección».

La esperanza de María conoce, por este misterio del sepulcro, como una última pobreza: ¿acaso no debe vivir, en lo más íntimo de su corazón de Madre, la abnegación última y suprema del corazón de Jesús que, en las tinieblas glaciales del sepulcro, permanece abandonado de los hombres, de sus amigos? Se le considera ya como no perteneciente a este universo, como no teniendo ya ningún papel que cumplir en favor de los hombres, como inútil y vano (recordemos las actitudes de los discípulos de Emaús). María pone toda su esperanza divina en este corazón glacial y abandonado, como el instrumento propio de la misericordia divina sobre su alma y su vida de hija del Padre y Madre de los hombres. Debe, pues, apoyarse divinamente en este corazón oculto, invisible a los ojos humanos, y por él y en él, esperar la misericordia del Padre que se calla, que parece haberse alejado definitivamente, pero de la que ella no desespera, porque la promesa de la Resurrección permanece viva para ella, para su esperanza divina, de tal modo que jamás es-

ta promesa ha sido tan intensamente vivida, tan próxima.

La intensidad misma de este deseo tan sobrenatural y tan firme de la Resurrección inminente debió hacer infinitamente larga al corazón de María esta espera silenciosa. Durante esta espera María ejerció divinamente su paciencia, puesto que, humanamente, nada podía hacer, sino desear anteriormente la liberación del cuerpo de Jesús, su Resurrección; no podía hacer sino pedírsela al Padre con toda la esperanza de la plegaria de un pobre que no tiene nada, a quien se acaba de quitar su último tesoro, que humanamente no tiene otra razón de vivir en la tierra y que vive como rechazado e inútil.

Este misterio del sepulcro, si es vivido por María en una fe tan tenebrosa y tan cierta a la vez, en una esperanza tan despojada y tan firme, es vivido asimismo en un amor de una intensidad nueva. El corazón de María vive al unísono del corazón de Jesús y de su alma. Se esposa con el estado inerte del cuerpo de Jesús, el estado de este cuerpo exangüe, glacial, entregado a la tierra. La caridad del corazón de María, entregado al corazón de su Hijo, se expande divinamente durante estos tres días de una manera oculta, silenciosa. Es una nueva etapa dictada por el estado mismo de Jesús, por el misterio de su sepultura.

Y decimos bien: la caridad del corazón de María *se expande divinamente*, porque si, a los ojos de Dios, esta etapa realiza una expansión del amor, desde el punto de vista humano exige como una pasividad de cuerpo muerto. El corazón humano de María, durante esos días, permanece como un corazón traspasado, que ya no tiene vida propia. Desde el punto de vista humano, su vida ya no tiene senti-

do alguno; y al no tener ya objeto y función que cumplir en la tierra, su corazón está como totalmente desorientado. No podrá sino gemir en silencio, ocultamente, lejos de las miradas de los hombres. Comprendemos, pues, en qué sentido hay que entender esta expansión divina de su corazón y la particular modalidad de su contemplación durante estos tres días. Se podría decir que esta contemplación se realiza en un reposo tan profundo y una docilidad tal a la voluntad del Padre que ella vive verdaderamente del misterio del reposo del cuerpo yacente de Jesús. ¿No es la contemplación de la que vive para la Iglesia el misterio de las catacumbas, en lo que tiene de más radical y absoluto? El misterio del sepulcro es claramente el misterio prototipo de las catacumbas.

Si el corazón de María, en este misterio del sepulcro, vive al unísono con el corazón inerme de Jesús, vive también al unísono de su alma. María vive, en su contemplación, el misterio de la separación del alma y del cuerpo de Jesús. Vive el estado violento de esta separación, estado tanto más violento cuanto que Jesús, en razón misma de su misterio de Hijo del Padre, no debía morir. ¿No es Dios el Amor, misterio de Unidad? Esta separación sustancial de la muerte, considerada en sí misma, repugna a este misterio de Amor, a este misterio fuente de unidad —Dios no es el Dios de la muerte, es el pecado el que engendra la muerte—. María debe vivir este estado violento de la separación del alma y del cuerpo de Jesús. Pero María debe vivir también el misterio del descenso del alma de Jesús a los infiernos. ¿No vive María este misterio para la Iglesia? Así como el misterio del cuerpo yacente de Cristo puesto en el sepulcro es el misterio prototipo de las catacumbas, el misterio de la separación de su al-

ma y de su cuerpo, ¿no es el misterio prototipo de ciertas separaciones que dividen a los cristianos? En fin, el misterio del descenso del alma de Jesús a los infiernos, ¿no es el misterio prototipo de esas catacumbas espirituales en las que la Iglesia aparece hoy como sumergida? ¿No es el infierno el lugar en donde Dios es voluntariamente rechazado, blasfemado, incluso negado? (en la medida en que esto es posible: Él no puede ser negado sino por los pueblos y por los que viven aquí abajo), ¿no es el infierno el lugar en donde la misericordia del Padre es considerada como un mito infantil?

Estar sumergidos en un medio tal, ¿no es el misterio de las catacumbas espirituales de la Iglesia del siglo XX? No se trata solamente de persecuciones sangrantes, se trata sobre todo de «sofocar» espiritualmente las almas de los creyentes, de adormecerlas progresivamente inoculándoles lentamente, inconscientemente, un veneno sabiamente dosificado... María, en este misterio del descenso del alma de Jesús a los infiernos, vive, por aquellos que Cristo le ha entregado, esta última prueba que anuncia el retorno, la Resurrección gloriosa.

María espera en el amor con paciencia, aceptando silenciosamente esta última prueba. Es la docilidad oculta, escondida, de quien humanamente ya no puede más y que, como agotada por los golpes, no tiene fuerzas para emprender nada nuevo; dócil al Amor, se abandona, esperando lo que Dios quiera. La liturgia se sirve de las *Lamentaciones* del Profeta para expresarnos el estado doloroso del corazón de María en este misterio de compasión que se acaba en esta primera vigilia pascual. *Torcular calcavit Dominus virgini Filiae Juda.* «Como un lagar pisó Yahvéh a la doncella de Judá. Por estas cosas yo lloro, mis ojos derraman agua, pues se ha

alejado de mí el consolador, el que reanima mi alma» [191].

En esta docilidad tan profunda, María permanece despierta en un amor ardiente. Su corazón no duerme. Si, hablando psicológicamente, todo debería hundirla en el más profundo sopor para huir de la cruel desesperación y tratar de olvidar el más absurdo de los fracasos, el Espíritu de Dios que «antes que fuera la luz» «se cernía sobre las aguas» [192] cubre con su amor el corazón doloroso de la Mujer. «Bajo su sombra» Él toma a la que no cesa de decir «fiat» a la voluntad amorosa del Padre. El Espíritu Santo le permite amar en una nueva llama de amor aún más ardiente, pero más contenida, más soterrada, más escondida. En este amor Él mantiene su corazón despierto. ¿No es María, más que nunca, la virgen prudente que espera pacientemente en la noche el retorno del Esposo?

En esta espera misteriosa, en esta noche que se prolonga, envolviendo este último «sabbat» de Israel, el corazón de María, bajo el soplo del Espíritu, permanece encendido de amor, de un amor oculto, soterrado, celosamente reservado a Dios; su corazón, como un carbón encendido, incandescente, pero cubierto de cenizas, aparece como extinguido, mas en realidad no espera sino mostrarse e inflamarlo todo.

Se podría comparar el Adviento gozoso que prepara el nacimiento de la Natividad con este advienta doloroso que prepara el nacimiento glorioso de Cristo. Se comprendería así que la pasividad, el silencio, la pobreza, la vida oculta, pueden ser vividos divinamente de modo totalmente diferente con

---

191 Lam 1, 15-16.

192 Gen 1, 2.

exigencias múltiples e irreductibles. Esencialmente siempre es un misterio de amor, de esperanza y de fe cristianas, pero con modalidades diversas. La pasividad gozosa permitía determinadas iniciativas de misericordia, de caridad fraternal, determinadas actividades litúrgicas. La pasividad dolorosa del sepulcro ya no permite nada, lo absorbe todo, lleva a un estado de desolación. *Posuit me desolatam, tota die moerore confectam:* «Me ha dejado desolada, enferma todos los días» [193]. Todo está como destruido, reducido a polvo. Es un estado de ruina divina, de soledad aplastante, en el que la paciencia divina juega un gran papel.

La razón profunda de esta diferencia es que, en realidad, la pasividad gozosa implica la presencia: Jesús está presente durante el Adviento; la pasividad dolorosa implica la separación absoluta, irreparable: Jesús está muerto, no está allí.

Notemos igualmente el paralelismo y la diferencia que existen entre el misterio del Templo y el del sepulcro para conocer mejor lo que hay de absolutamente propio en esta etapa tan misteriosa y tan importante, puesto que prepara los misterios gloriosos.

Desde ambas consideraciones, se trata de un misterio de separación violenta, pero cuántas diferencias hay entre ellos; uno prepara una alegría más pura, aun mayor; es una prueba que purifica y permite una mayor unidad de vida; el otro prepara la gloria y no solamente la alegría; no es solamente una prueba: es una realidad vivida con todo su realismo, con todo lo que tiene de absoluto.

Cuando se trata del misterio de separación antes

---

[193] Lam 1, 13.

del reencuentro en el Templo, María debe hacer todo lo que está en su mano para encontrar a Jesús; cuando se trata de misterio de separación del sepulcro, María debe permanecer profundamente encerrada con una paciencia divina, en su vida de fe, de esperanza y de amor. Debe permanecer pasiva en el dolor, en espera atenta, es verdad, pero pacientemente, sometiendo totalmente su voluntad a la de Dios.

Cuando de hecho el Señor parece dejarnos, cuando se oculta bruscamente, comprendamos bien que en ciertos casos quiere que nos mostremos diligentes en buscarlo; en otros, quiere que nos abandonemos totalmente. Se trata, pues, de discernir si, de hecho, nos hallamos en presencia de un misterio análogo al del Templo, si el Señor nos ha dejado para ir a enseñar a algún teólogo, a conversar con él, o si nos hallamos en presencia de un misterio análogo al del sepulcro. No es siempre fácil tal discernimiento y, sin embargo, resulta indispensable porque es preciso tener en cada caso la actitud conveniente. Parece que el criterio más seguro debe partir del hecho de que la separación del Templo se verifica sin que María lo supiese; es tanto que la separación del sepulcro se realiza con pleno conocimiento de ella. Aquí se da el «fiat» de María, su total aceptación. Es una cooperación al misterio de la cruz, en tanto que en el otro caso es Jesús quien educa de manera divina a su Madre. Por eso, cuando el Señor nos deja sin nuestro consentimiento, busquémosle como la Esposa del *Cantar de los Cantares;* cuando nos pide nuestro «fiat» y nos hace comprender que debe morir en nosotros, sepultarse en nosotros, entonces, con María, permanezcamos en el reposo del sabbat, el reposo del Señor, en el que no está permitida ninguna ocupación

salvo las necesarias para la vida: estemos allí únicamente para Él.

Este gran descanso, vivido en el dolor, prepara los misterios gloriosos.

QUINTA PARTE

ETAPAS GLORIOSAS: EXPANSIÓN DE LA CARIDAD. LA LIBERTAD DE LOS HIJOS DE DIOS

CAPÍTULO I

EL MISTERIO DE LA RESURRECCIÓN: LIBERTAD DE LA FE

Si, sobre los misterios dolorosos de María, la Escritura nos proporciona muchos menos detalles que acerca de los misterios gozosos, para los misterios gloriosos aún es mucho más discreta. Solamente se menciona su presencia en Pentecostés. Este silencio no quiere decir que María estuviese como extraña en el misterio de la Resurrección y en el de la Ascensión, ni que estos misterios no marcasen su vida y quedaran para ella como algo extrínseco. La práctica de la Iglesia dándonos el Rosario está ahí para atestiguar lo contrario si es que quisiéramos ponerlo en duda. Este silencio tiene, pues, otra significación que será necesario que tratemos de comprender.

Dios, como ya hemos dicho, nos enseña no solamente por medio de la palabra, sino también con silencios. Un maestro humano no puede actuar de este modo, no puede enseñar sino con la palabra, llegar a través de ella a la inteligencia de su discí-

pulo y comunicarle la ciencia que él ha adquirido. El objetivo de su enseñanza es el de comunicar la verdad.

El objetivo del gobierno divino, que implica una educación y una enseñanza, es el de comunicar una verdad divina, personal, que es amor. Por eso, aquí en la tierra, toda la revelación recibida por la fe está ordenada a la visión beatífica, la gran Revelación, por el crecimiento del amor. Este crecimiento es como el fin más inmediato. Así, el amor puede nutrirse de ciertos silencios, que a veces dicen mucho más que la palabra. Así, no hay nada extraño en que ciertos silencios de Dios, tanto como sus palabras, sean el alimento divino de nuestra fe. Incluso se podría decir que si desde el punto de vista social la palabra es lo primero —porque la teología como saber especulativo, como saber de la Iglesia no puede originarse sino sobre la palabra de Dios—, desde el punto de vista personal, en nuestra intimidad con Dios, la palabra de Dios está ordenada a estos silencios divinos. La fe está ordenada al amor divino, y este amor reclama el silencio. María está a los pies del Señor y se calla, guarda en su corazón la palabra de Dios, la comprenda o no la comprenda. Pero guarda también, y sobre todo, los silencios de Dios.

Así, no es extraño que estos últimos misterios del crecimiento del amor en el corazón de María sean tan silenciosos. Dios se reserva cada vez más a María para Él. Cuanto más avanza ella en el amor divino, más la oculta Dios en su rostro divino, en una vida totalmente contemplativa. Así, Él la sitúa como fuera de los hechos y las contingencias históricas. La vida contemplativa, cuando se realiza de una manera plenamente divina, es una vida que escapa a la historia, se realiza en Dios. Por lo mismo, los

misterios gloriosos son esencialmente misterios de vida contemplativa, porque la gloria es lo propio del cielo. Solamente por la vida contemplativa, llevada imperfectamente aquí abajo, podemos penetrar en estos misterios gloriosos, en lo que tienen de verdaderamente propios. Pues esta vida contemplativa, ¿no es un cierto preámbulo de la vida del cielo, de la vida gloriosa? Así, no hay nada de extraño en que, en los misterios gloriosos de María, el Espíritu Santo, por su silencio, haya querido hacernos penetrar un poco más profundamente en el silencio del corazón de María. Se ha servido para ello del medio más apto: el medio a la vez más elocuente, más brillante y del medio más pobre, más oculto, más misterioso.

Tratemos, pues, de penetrar en este silencio divino del corazón de María, en este misterio de la Resurrección, y para ello, comparemos la actitud de María con la de María de Magdala, y la de María con la de Juan.

De hecho, la Escritura nos habla largamente de María Magdalena, de su actitud esperando el fin del sabbat, de su celo para ir al sepulcro. San Lucas nos dice, hablando de las «mujeres que habían venido con Él desde Galilea» que «el primer día de la semana, apenas rayó el alba se vinieron al monumento llevando consigo los aromas que habían preparado» [194].

San Juan precisa claramente que se trataba de María de Magdala «El primer día de la semana, al amanecer, estando oscuro todavía, María Magdalena viene al monumento» [195].

María de Magdala, en razón de su gran amor por

194 Lc 23, 55; 24, 1.
195 Ioh 20, 1.

Jesús, se ocupa activamente de todo lo que era necesario para honrar la sepultura de Aquel que ella ama. Y para esto lleva cosas excelentes en sí, bellas y nobles. ¿Qué puede haber más noble que preparar aromas para honrar el cuerpo de Cristo? Ya conocemos, en Betania, el gesto de María hacia Jesús, seis días antes de la Pascua: «María, pues, tomando una libra de perfume de nardo legítimo de subido precio, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos, y la casa se llenó de la fragancia del perfume» [196]. Ante el escándalo de Judas, que aparenta defender la causa de los pobres, Jesús toma directamente la defensa de María, y no solamente aprueba su gesto, sino que lo elogia: «Déjala que no lo haya guardado para el día de mi sepultura. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis» [197].

Su ardor y su generosidad la empujan a ir lo más rápidamente posible al sepulcro. Así, en cuanto se ha acabado el sábado y ella es libre, la vemos precipitarse allí. En el camino, ella se pregunta cómo podrá levantar la gruesa piedra que cierra el sepulcro. Llegada a la tumba, ve la piedra removida y el sepulcro vacío. Y, según el evangelio de San Juan, vemos su espanto al constatar el hecho. Piensa inmediatamente en un robo. En seguida corre a buscar a Simón Pedro y al otro discípulo a quien quería Jesús, y les dice: «Se llevaron al Señor del monumento y no sabemos dónde lo pusieron» [198].

Con Pedro y Juan, María de Magdala vuelve al sepulcro. Y, en tanto que los dos discípulos, tras haber constatado el hecho de la desaparición, vuelven

---

196 Ioh 12, 3.
197 Ioh 12, 7-8.
198 Ioh 20, 2.

«donde posaban», María de Magdala se queda allí, junto a la tumba, fuera, «sollozando». Se encuentra en la más completa confusión. Todos sus planes se han venido abajo. Lo que ella buscaba por encima de todo ha desaparecido y no sabe dónde encontrarlo. Se encuentra como completamente desguarnecida ante este vacío terrible; esta ausencia cruel es verdaderamente desesperante para ella.

«Y así llorando, inclinóse para mirar dentro del sepulcro, y ve dos ángeles con vestiduras blancas, sentados uno a la cabeza y otro a los pies del sitio donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Y dícenle ellos: «Mujer, ¿por qué lloras?» Díceles: «Porque se llevaron a mi Señor y no sé dónde lo pusieron» [199]. Su dolor es tan fuerte que no pone atención a esta aparición, por extraordinaria que sea. Ella no busca a los ángeles, a los enviados de Dios, sino a su Señor, y por eso, «como hubo dicho esto, volvióse atrás» [200].

Tras la aparición de los ángeles, es el mismo Jesús el que está allí, pero se oculta bajo las apariencias de un hortelano que la interroga. El texto de la Escritura nos dice: «Ve a Jesús de pie, y no sabía que era Jesús. Dícele Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella, imaginando que era el hortelano, le dice: «Señor, si tú te lo llevaste, dime dónde lo pusiste, y yo lo tomaré.» Dícele Jesús: «¡María!» Ella, volviéndose a Él, dícele en hebreo: «¡Rabbuní!», que quiere decir: «¡Maestro!» Dícele Jesús: «Suéltame —que todavía no he subido al Padre—, mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» [201].

---

199 Ioh, 20, 11-13.
200 Ioh, 20, 14.
201 Ioh, 20, 14-17.

Jesús se revela a María llamándola por su nombre. Pero, incluso en ese momento, Jesús se separa y no quiere ser tocado.

Si tratamos de comprender el sentido de esta primera aparición de Jesús a María de Magdala, es fácil ver que Jesús se le aparece para purificar y vivificar su vida de fe, de esperanza y de amor, recordándole las exigencias de la vida contemplativa. María de Magdala, a causa de su dolor vivido de una manera demasiado humana, no ha aceptado dejar el sepulcro y el cuerpo de Jesús sino mal de su grado. Obedece al precepto de permanecer en reposo el día del sabbat porque no puede hacer otra cosa, pero parece que es a pesar suyo, hasta tal punto está impaciente por volver allí donde la llama su corazón, a rendir a Jesús los honores que le son debidos. El texto de la Escritura señala bien esta impaciencia diciéndonos que ella llegó al sepulcro «estando oscuro todavía».

La Escritura nos señala también el objeto de sus pensamientos durante esta inmovilidad forzada. María Magdalena hace proyectos, piensa qué es lo que podrá hacer por Él, está preocupada por el modo en que podrá actuar... María de Magdala, en realidad, no aceptando plenamente la voluntad de Dios sobre ella, manifestada por el precepto de la ley, ha dejado el reposo divino de su vida contemplativa para preocuparse, a causa de su grandísimo dolor, a causa de la herida tan violenta de la separación, en obras de la vida activa que, en sí mismas, son muy bellas y muy buenas, pero que para ella son en realidad inútiles. Al abandonarse a estas preocupaciones, sigue la inclinación espontánea de su corazón; su inclinación natural sube a primer plano y ahoga en ella las exigencias propias de la vida contemplativa. Y por eso, queriendo ser la primera en

llegar al sepulcro para encontrar el cuerpo de Jesús lo más rápidamente posible, pierde el tiempo. En realidad, Le busca donde ya no está; se preocupa de cosas que, en realidad, no tienen sentido.

Así vemos que Dios, en su sabiduría, que ama a María de Magdala porque ella ama mucho y encierra una gran generosidad de amor, quiere recompensarla concediéndole la primera aparición, pero al mismo tiempo la corrige paternalmente, porque quiere que permanezca en una verdadera vida contemplativa y penetre en el misterio gozoso de la resurrección de Cristo.

María de Magdala encuentra el sepulcro vacío. Es una prueba terrible, cuando se piensa un poco en la febrilidad de la espera, en el deseo tan vivo, tan intenso, que llenaba su corazón. Tras dos noches y un día de espera, pensando siempre en el sepulcro, viviendo solamente por la esperanza de volver a encontrar a Jesús, de estar de nuevo cerca de Él, María Magdalena encuentra este vacío incomprensible, y su imaginación representa las cosas más terribles: «Se lo han llevado.»

Después, la segunda vez, encuentra a los ángeles. Estos hubieran podido representar un cierto consuelo para su alma, puesto que son los enviados de Dios y los ministros de su Maestro. Pero su sufrimiento es tan grande que le impide detenerse y servirse de ellos. Solamente quiere a Él; encontrarlo es su única preocupación. Por eso se puede decir que la presencia de estos dos ángeles es para ella también una prueba, porque esta presencia es un intermediario que no puede aceptar, que no quiere aceptar. Incluso la pregunta que los ángeles le formulan, apaciblemente, parece impacientarla. Cuando se busca intensamente a una persona a la que se ama, se piensa que todo el mundo tiene la misma

preocupación que nosotros, y encontrarnos con personas que parecen no pensar como nosotros nos irrita y nos hiere. Parece claro que éste fue el caso de María de Magdala, que no atiende la aclaración de los ángeles, tan irritada parece por el planteamiento de esta pregunta que está tan lejos de su gran preocupación.

En fin, la propia presencia de Cristo es para ella una prueba. Porque está presente y ella no le reconoce; le toma por el hortelano. Es una dura humillación que Jesús le inflige, porque cuando se ama a alguien, se pretende poderlo reconocer siempre, por disfrazado que se presente; se pretende poseer esa suerte de perspicacia capaz de detectar las astucias más inteligentes que quieran frustrarnos. María de Magdala está cerca de Él y su amor es incapaz de adivinar que es Él; su amor no sobrepasa las apariencias, no puede penetrar más allá de ellas y encontrar al que quiere encontrar. Jesús ha de tomar la iniciativa de llamarla por su nombre: «María»; debe despertar en ella su ideal de vida contemplativa para que comprenda que Él está allí.

Incluso en este momento, Jesús le hace comprender que espera de ella un amor nuevo, cada vez más puro, cada vez más divino. Ella no puede tocarlo, como cuando estaba junto a Él en Betania y ungía sus pies con perfume de nardo. De ahora en adelante es preciso que lo busque cerca de su Dios y Padre. Él resucita en primer lugar para la gloria del Padre, y vive junto a Él: *vado ad Patrem.* Hay que encontrarlo en una fe totalmente divina, encontrar no solamente su divinidad, sino también su humanidad, su cuerpo, puesto que su cuerpo glorificado escapa a nuestro universo y se convierte para María de Magdala y para todos sus discípulos en objeto de contemplación.

María, la Madre de Jesús, que, por el contrario, ha vivido de modo divino la prueba del sepulcro, como hemos visto, puede vivir inmediatamente del misterio de la Resurrección. No habiendo dejado, en su vida de fe, de esperanza y de amor, la presencia divina del corazón parado de Jesús, habiendo vivido al unísono de este corazón aquellos días de prueba, habiéndolos vivido en el silencio de la muerte, desde el primer instante en que este corazón divino ha revivido gloriosamente por la omnipotencia misericordiosa del Padre, María, en su fe, su esperanza y su amor, vive, en silencio, de este misterio de amor triunfante y resplandeciente. María no pierde tiempo, no quiere perderlo, porque quiere conformarse plenamente con la voluntad del Padre hacia ella. Así, no se pierde el tiempo sino cuando se deja esa voluntad y se sigue la propia y voluntaria inclinación. Conformar plenamente la voluntad a la de Dios, en cada instante, es vivir necesariamente, ya en esta tierra, de la eternidad y del misterio del amor de Dios, tal como Dios quiere que lo vivamos.

Comprendamos bien, en efecto, que la Resurrección se realiza en el sepulcro, en las entrañas de la tierra, allí donde se encuentra el corazón herido de Cristo y su cadáver divino. Este corazón, que ha dejado de latir tras la muerte en la cruz, comienza de nuevo a latir por la virtud omnipotente del Padre. Es verdad que sigue siendo el corazón herido de muerte, el corazón traspasado por la lanza. Pero esta herida mortal es transformada en una herida de gloria que, lejos de impedir la vida, le permite ser aún más radiante. Dios se sirve de esta herida para que el amor pleno del alma de Jesús resplandezca y estalle en un esplendor único en su corazón de carne y por él en todo su cuerpo humano.

El corazón herido y glorificado de Jesús es más que un carbón incandescente totalmente impregnado de fuego, luminosísimo, fuente de fuego y de luz, capaz de comunicar el fuego y la luz, capaz de quemar e incendiar todo lo que toca. Y todo esto no es más que una comparación: el amor del alma de Jesús, sirviéndose de la omnipotencia del Padre, realiza un misterio aún más maravilloso en el corazón herido de Jesús y en todo su cuerpo desfigurado por la flagelación y la crucifixión. La unión entre el carbón incandescente y el fuego que lo quema es infinitamente menor que la unión del amor divino del alma de Jesús y de su corazón glorificado, de su cuerpo glorioso.

Este primer movimiento del corazón glorioso de Jesús es ante todo para el Padre, para su gloria. Pero es también para María. Si el primer latido del corazón del Niño Jesús proveniente de María, su Madre, era para el Padre y para María —nadie más ha vivido de él; le estaba reservado— era normal que el primer movimiento del corazón de Jesús glorificado, proveniente de la omnipotencia del Padre, le estuviese también reservado. Jesús devolvía a su Madre centuplicado lo que había recibido de ella.

María vive en su fe de este misterio, de este primer latido del corazón glorificado de Jesús. Este acto de fe permanece oscuro en el alma de María, pero lleva a la gloria y a la luz cegadora del corazón y del cuerpo resucitados de Cristo. Esta oscuridad es muy diferente de la del sepulcro. Es la que vela el esplendor de la claridad del sol de mediodía, que nos da a la vez una certeza absoluta de su presencia y nos oculta aun su estallido en sí mismo. Esta oscuridad está impregnada de luz, es como diáfana y translúcida, pero por eso es más terrible y más dura de admitir para la inteligencia y para el

corazón, porque aparece como anormal. Pues, ¿no es anormal creer en la luz, en la presencia misma de la luz? La luz, por sí misma, no es objeto de fe, sino de visión. Cuando está presente, lo ilumina todo. En esta fe gloriosa del misterio de gloria, la luz está allí presente para María. María tiene la certeza de la luz, pero la luz no se da como luz, sino como puro amor.

Este acto de fe tan divino no necesita de ningún signo exterior. María, para creer en el misterio de la Resurrección, no necesita de ninguna aparición visible y sensible. Bajo el soplo del Espíritu Santo, se adhiere espontáneamente a este misterio de la gloria. Sigue al Cordero en su nuevo estado como lo había seguido en la santa montaña del Calvario. No sabemos si, por superabundancia, como en la Anunciación, le fue dado un signo, si Jesús se le apareció. La Escritura se calla. Este silencio debe enseñarnos que, incluso si esta aparición tuvo lugar, fue solamente para ella, totalmente reservada a su vida divina. Porque el Espíritu Santo, a partir del sepulcro, quiere que permanezca oculta, en una pura vida solitaria y contemplativa, en tanto que Jesús se aparece a María de Magdala para reconfortar su fe, y le pide que vaya a prevenir a los apóstoles. Su aparición debe servir a un fin apostólico; es una aparición carismática. Para María, si tuvo lugar una aparición, fue en pura superabundancia contemplativa.

Este misterio de la Resurrección, aceptado en un acto de fe totalmente puro y divino, une el alma de María a Jesús de una manera aun mucho más intensa que el de la Anunciación. María esta como totalmente recluida en este misterio, como si resucitase con Jesús y ya no fuese de este mundo. Se produce como una separación profunda de todo lo que

es terreno. San Pablo nos dice: «Así pues, si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; aspirad a las cosas de arriba, no a las que están sobre la tierra. Porque moristeis, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» [202].

Buscando solamente «las cosas de arriba», viviendo solamente de Cristo resucitado, María vive en un silencio total, absoluto, como si no fuese de este mundo. Juan debió respetar este silencio sin comprenderlo, sin penetrar en toda su significación. Porque María vivía ya del misterio de la Resurrección; Juan, en cambio, permanecía aún en la tristeza de la separación, de la crucifixión y del sepulcro. Es por ello por lo que a la llamada enloquecida de María de Magdala volviendo del sepulcro, corre a él con Pedro para constatar el hecho. Según el relato evangélico se ve claro que Juan y Pedro permanecían aún en la ansiedad y la espera. También ellos habían perdido la actitud firme y apacible de la fe totalmente divina y amorosa. Y por eso, en lugar de calmar y pacificar a María de Magdala, se dejan arrastrar por ella, y corren «los dos juntos». Es una carrera hacia el sepulcro. Juan, el más joven y más amante, llega el primero.

La presencia de María, su intensidad de vida contemplativa, no parece haber iluminado a Juan, que todavía no ha creído plenamente en el misterio de la Resurrección. Dios quería que María permaneciese en un silencio absoluto, más que nunca.

El misterio de la Resurrección no solamente ilumina la fe de María, sino que también ilumina su esperanza. Esta sigue siendo muy desprendida, pero este desasimiento es diferente del de la cruz y la

[202] Col 3, 1-3.

Natividad. Es la pobreza de quien vive en contacto inmediato con un tesoro infinito, y sabe que este tesoro es para él, pero a la vez sabe que debe esperar aún para poseerlo perfectamente; que aún no tiene el derecho de ponerle la mano encima, pero que puede usar de él según la voluntad de quien lo posee plenamente.

Es la humildad del servidor que no comprende ya por qué sigue aún aquí, en la misma situación que antes, cuando la tarea que le había sido encomendada está acabada, plenamente acabada. Debe esperar, perdiendo aparentemente el tiempo, sin inquietarse, pero manteniendo una confianza absoluta en su dueño, que actúa sabiamente.

En esta pureza sobrenatural, la esperanza de María en este misterio de la Resurrección conoce un «sursum corda» maravilloso, porque su corazón es completamente puro en su amor y está totalmente anclado en la herida gloriosa de Jesús. Esta esperanza se expande en un impulso, un deseo ferviente de estar al lado del Padre y solamente a su lado, puesto que ahora el Cristo puede realizar esta llamada. El invierno de las separaciones ha pasado. Jesús puede ahora estar totalmente entregado a las cosas del Padre y ser al mismo tiempo todo de María. Nada detiene en el alma de María este deseo y este impulso; por el contrario, todo contribuye a hacerlo más puro, más ardiente. Este misterio de la Resurrección es para ella un testimonio de la misericordia infinita de Padre para con Jesús y por ello también para con su Madre, para aquella que Le ha seguido hasta el fin. En su divina esperanza, María reclama para sí esta misericordia, la implora mostrando que ya no tiene razón de permanecer aquí abajo, que no puede vivir sino cerca del Padre. Pero esta demanda sigue siendo la petición de una pobre

que se somete a la voluntad a la voluntad de Dios, a la voluntad del Padre.

La iluminación de la fe y de la esperanza implica una iluminación análoga de la caridad. María, gracias a este misterio de la Resurrección, vive una vida aun más íntima con Jesús. Este misterio la compromete más intensamente aún en lo que fue toda su vida, pero que ahora es vivido con una nueva plenitud. Ahora más que nunca la vida de María es una «vida unitaria», una vida toda de amor, totalmente apaciguada en el amor, toda transfigurada por el amor.

Jesús se le entrega ahora mucho más que en la Natividad o en la Anunciación, porque no solamente desde entonces ha tenido lugar el don maravilloso de la cruz que permanece, sino el don nuevo de su corazón glorificado. Él resucita para ella, para serle totalmente entregado, cuerpo y alma. Por la Resurrección, el cuerpo de Cristo se convierte en modelo de todas las otras resurrecciones, modelo de la resurrección futura del cuerpo de María. Todo es, pues, en Cristo, modelo para María, en tanto que en su vida terrena —sobre todo en los misterios de la infancia— no podía ser modelo sino de la vida divina de María. Hay en ello, para el corazón de María, un motivo de grandísimo gozo y de una gran paz, puesto que en este misterio se da una presencia más divina, más íntima de Jesús que en los misterios gozosos y dolorosos; una presencia más total, pero absolutamente divina y que, como tal, escapa a la experiencia sensible y no es conseguida sino por la fe y en la fe.

Esta presencia divina de Jesús glorificado ordena toda la vida de María hacia el Padre. Se podría decir que esto es lo que caracteriza esta última etapa de su vida contemplativa: la de ser verdaderamente

una contemplativa que, en el corazón de Jesús y por él, alcanza divinamente al Padre y se reposa *in sinu Patris*. Lo que caracteriza a Cristo crucificado es, precisamente, estar *in sinu Patris*, glorificado todo entero por el Padre y para Él. Él es la gloria del Padre; por eso María, por el Misterio, vive también junto al Padre.

Esta vida de fe, de esperanza y de amor, parece absorber toda la vida de María, ya que ella, a partir de esta etapa, no puede reunirse con Jesús sino por el ejercicio de aquellas virtudes. Lo único que le atrae es vivir junto a Él y por Él, vivir junto al Padre.

Se comprende bien de qué manera el don de sabiduría purifica de hecho el ejercicio de la caridad del corazón de María, y le permite a la vez vivir en esta unidad y esta paz, en esta intimidad nueva, silenciosa y secreta. El don de sabiduría le permite captar ese silencio misterioso de Dios en su fuente primera y original, y de aprehender toda su pujanza, toda la fecundidad divina, en connaturalidad con el misterio trinitario, en el corazón de Jesús y por él.

Debió haber, sin duda, en este primer instante de la Resurrección del corazón de Jesús, una experiencia divina, extática, del don de sabiduría en el espíritu de María, en el que con Jesús glorificado y por Él, diría en silencio: «Padre, aquí estoy», en el que su alma se dirigió al Padre, como su hija bienamada, que percibía por el corazón herido glorificado de Cristo cuánto la amaba el Padre en esta alianza divina, la de la sangre y el agua, surgidas de la herida del corazón.

He ahí la paz divina que degustaba el alma de María en esta noche santa y gloriosa, en tanto que María de Magdala acechaba el amanecer para pre-

cipitarse al sepulcro vacío y Juan y los otros discípulos dormían seguramente, fatigados por aquellas terribles jornadas, tan agitadas y contradictorias.

Como en la agonía, solamente María velaba. Pero ya no para consolar y reconfortar, sino para dejarse arrastrar divinamente y atraer por el maravilloso poder del corazón glorificado de su Hijo.

Señalemos para terminar que si Cristo resucitado se aparece por sobreabundancia a María, ésta, además de la presencia divina de fe, de esperanza y de amor, ha podido gozar entonces de una presencia carismática que se apodera de toda su sensibilidad y su imaginación. Por el mismo hecho, toda la vida de María, la divina y la humana, quedaba como captada por Jesús. Todo estaba penetrado por esta presencia divina, mística y carismática.

CAPÍTULO II

EL MISTERIO DE LA ASCENSIÓN: POBREZA DE LA ESPERANZA

No podemos comprender el modo como María ha recibido el misterio de la Ascensión sino comparando su silencio con la actitud de los Apóstoles.

Desde la Resurrección a la Ascensión sabemos que los apóstoles fueron gratificados con algunas visitas.

Sabemos que desde la Resurrección a la Ascensión, Jesús glorificado visitó varias veces a los Apóstoles. Jesús venía a ellos para confirmarles en su fe, en su esperanza y en su amor, así como para acabar de formarlos por medio de sus palabras y de su vida.

Los apóstoles siempre lentos en comprender, cuando Cristo está a punto de dejarles, le hacen una pregunta que, de hecho, será la última: «Señor, ¿en esta sazón vas a restablecer el reino de Israel?» [203]. Esta era su gran preocupación y su gran

[203] Act 1, 6.

deseo. El misterio de la cruz no les ha iluminado. En su pensamiento, la Resurrección de Cristo debe implicar un mesianismo, un cierto reino terrenal de Cristo sobre el universo.

Nuestro Señor les aclara: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos oportunos que el Padre fijó con su propia potestad; mas recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos así en Jerusalén como en toda la Judea y Samaría y hasta el último confín de la tierra»[204]. Estas son las últimas palabras oficiales que Cristo dirige a sus discípulos.

No podemos saber cuándo se realizará el reinado pleno de Cristo sobre el universo, porque esto permanece en el secreto del Padre. No podemos saber cuándo se realizará esta vuelta de Cristo como Juez y como Rey del universo. Nadie, si no es el Padre, conoce la hora del juicio final. Nuestro Señor hace comprender a sus discípulos que en realidad plantean una pregunta falsa, para la que no puede haber respuesta. Hay en ello un deseo de usurpación respecto a los designios del Padre.

Por el contrario, ellos deberían ocuparse de la venida del Espíritu Santo que va a tener lugar de una manera inminente y que va a cambiar sus vidas, transformándolos de tímidos en fuertes, capaces de ser testigos de Jesús a través del mundo entero. Nuestro Señor, pues, antes de dejarlos, les orienta de nuevo hacia el Espíritu Santo, como para hacerles comprender que es El el que les proporcionará la comprensión divina de sus palabras y les ayudará a ser fieles hasta el fin. No se trata de soñar con un mesianismo «aquí y ahora», sino de esperar el reino divino, oculto, interior, del Espíritu

[204] Act 1, 7-8.

Santo, es decir, del amor en lo que tiene de más propio y más exigente.

Tras estas palabras, profetizando la suerte y la misión de sus discípulos y precisándoles su papel de testigos gracias al amor del Espíritu Santo, Jesús desaparece: «Y como esto hubo dicho, viéndolo ellos, fue llevado hacia lo alto, y una nube, tomándolo sobre sí, lo ocultó a sus ojos»[205].

Evidentemente, los apóstoles no se esperaban esta partida tan brusca. En el preciso momento en que de nuevo aspiraban al reino temporal y divino de Cristo sobre su pueblo, he aquí que Cristo lo rechaza de modo definitivo, dejando visible y físicamente su puesto de Rey en la comunidad humana. «Mi reino no es de este mundo.» Los apóstoles, en su estupor, continúan mirando en la dirección en que Cristo ha desaparecido. Y mientras estaban con los ojos clavados en el cielo mirando cómo se iba, de pronto se les presentaron dos varones con vestiduras blancas, los cuales además dijeron: «Varones galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando fijamente al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido quitado de entre vosotros para ser elevado al cielo, así vendrá, de la manera que le habéis contemplado irse al cielo»[206].

Hizo falta que fueran los ángeles los que explicaran a los apóstoles lo que acababa de pasar y les situaran así ante su deber y ante las exigencias de la voluntad de Dios acerca de ellos.

Se comprende fácilmente, dado el estado de espíritu en que se encontraban los apóstoles, que el misterio de la Ascensión les apareciera como un misterio de separación inesperada e incompren-

---

205 Act 1, 9.
206 Act 1, 10-11.

sible; era una nueva separación muy diferente de la de la crucifixión y del sepulcro, en cierto modo la última separación. Porque ellos deseaban intensamente que Cristo permaneciese visiblemente presente en medio de ellos. Y como toda separación es un poco violenta, ésta provoca en el corazón de los apóstoles una cierta tristeza: su deseo más profundo prece que no se puede realizar. Esta tristeza, sin embargo, se ve como sobrepasada y dominada por una fortísima esperanza en la venida del Espíritu Santo y el regreso futuro de Jesús. Esta separación, por grande que sea, no es total y absoluta. Jesús ha prometido que «no les dejará huérfanos», que enviará al Paráclito. Es una separación pasajera: Él volverá.

Por el contrario, María vive directamente el misterio de la Ascensión. Ella no había deseado, como los apóstoles, el reino mesiánico, habiendo comprendido en la cruz que el reino de Cristo era un reino divino, un reino en el amor. La Resurrección había aumentado, sin duda, su confianza y su esperanza en Jesús. Pero vivía ante todo del misterio de la Resurrección, no de las apariciones que pudiera haber tenido, consideradas como una gracia de superabundancia y en las que no se detenía. Su amor por Jesús era demasiado puro, su fe demasiado divina para humanizar todas las consecuencias de la Resurrección. Era demasiado vacía de sí para querer acaparar esta presencia visible y sensible. Por eso María puede vivir este misterio de la Ascensión sin tristeza, en una alegría gloriosa y absolutamente divina.

Este misterio de la Ascensión, si es cierto que implica una separación, no es, ante todo y en primer lugar, para ella una separación nueva, análoga a la del Templo o la del sepulcro. Este misterio es

en realidad para ella un nuevo don, una nueva intimidad amorosa, una nueva presencia de Jesús. Porque esta separación es normal y necesaria. Cristo glorificado ya no pertenece a este mundo corruptible: es necesario que lo deje visiblemente, socialmente, por otro lugar: el cielo, su reino. María, que no vive sino para El, no puede, así, entristecerse por esta Ascensión gloriosa; por el contrario, el misterio de la Ascensión es la exaltación última de la humanidad gloriosa de Cristo. Esta humanidad gloriosa, que no pertenece a nuestro universo, no puede ser contenida por él como una de sus partes, sino que lo trasciende y, en cierto modo, lo contiene y lo mensura, en el sentido de que el cuerpo glorioso de Cristo es un cuerpo perfecto, que vive según un modo eminente. Es el cuerpo más perfecto, que da la medida a todos los demás cuerpos. Este cuerpo glorioso tiene en sí mismo su propio lugar, el cielo, y es verdaderamente el lugar propio de todos los demás cuerpos que serán glorificados: es la «Casa del Padre» en la que hay muchas moradas, la «Cabeza» que ejerce incesantemente su influencia íntima e inmediata sobre todos sus miembros.

María, en su fe, vive de este misterio. Se adhiere a esta especie de trascendencia de la humanidad gloriosa de su Hijo, «sentado a la diestra del padre», y junto a El como abogado nuestro, interce-diendo sin cesar por nosotros como gran sacerdote. Así, sabemos muy bien que toda nueva trascendencia tiene como consecuencia permitir una inmanencia nueva. En la medida en que un ser es trascendente, puede ser inmanente; en la medida en que vivimos de su trascendencia, podemos vivir de su inmanencia. El misterio de la Ascensión permite a María vivir en una intimidad aún más profunda

con Jesús, comprender cómo su presencia de Glorificado es para ella más preciosa y más íntima que la de la Anunciación y la del Adviento. Porque durante el Adviento, si bien María llevaba en sí a Jesús y le daba vida, sin embargo, el corazón del niño, aun permaneciendo sin duda muy próximo, totalmente dependiente de ella, permanecía también yuxtapuesto, como exterior al suyo. Había, ciertamente, dos corazones latiendo al unísono, pero dos corazones yuxtapuestos y exteriores el uno al otro.

En el misterio de la Ascensión, el corazón glorificado de Jesús le es dado con toda su trascendencia divina y su gloria, y por ello, le es dado con una intimidad nueva.

María, en su fe, vive de este misterio de trascendencia y de inmanencia. Este corazón glorificado se convierte para ella en el medio propio de su vida divina, el medio vital en el que su vida divina va a expandirse de una manera totalmente divina en el sentido de que va a conocer una intimidad maravillosa con el corazón de Jesús, recibiéndolo todo de él y siendo como divinamente envuelta por su influencia y su amor. Se podría decir que por el misterio de la Ascensión, el corazón de Cristo es dado a su Madre como la «puerta» del rebaño divino, como el «camino» que conduce al lugar, como el «puro signo» y el «puro instrumento» del amor del Padre hacia su Hijo unigénito y hacia ella; el corazón de Cristo le es dado como la vida misma de su vida, como lo que hay de más profundo, de más íntimo en su propio corazón, como esta fuente impetuosa y brava de la que surgen con energía los «ríos de aguas vivas», como el corazón bienamado en que el Padre ha puesto todas sus complacencias, para Él y para ella.

Este misterio de la Ascensión lleva consigo tam-

bién una extensión en la fe de la Santísima Virgen, porque no solamente debe considerar la trascendencia y la inmanencia del corazón de Cristo para ella, sino también para Juan y para toda la Iglesia. En la fe, María debe, a partir de este momento, considerar a Juan como a su sacerdote, *alter Christus*, otro Cristo para ella como el que posee la autoridad íntima de Cristo. Debe considerar a Pedro como el jefe de esta Iglesia naciente, como el que ha recibido de Cristo la autoridad para gobernarla y mantenerla en la unidad. Debe creer, a pesar de las apariencias, en esta inmanencia de Cristo en la Iglesia, en los miembros de Cristo; creer en la virtud eficaz de Cristo que se comunica como El quiere, con diversidad y unidad. Es bien sabido que hace falta un acto de fe más divina para creer en la autoridad de Dios residente en sus instrumentos deficientes, deformes, caducos, aparentemente tan alejados del «seno del Padre» y del corazón de Jesús. Es preciso vencer ciertas dificultades provenientes de nuestro espíritu crítico para sobrepasar las apariencias y adherirse a la realidad del cuerpo místico y, en él, a la autoridad sacerdotal y gubernamental de Cristo, el Buen Pastor.

El misterio de la Ascensión permite a la esperanza de María considerar más explícitamente y más intensamente el cielo como su lugar propio, como su propia casa, puesto que es el lugar propio de su Hijo, pues ella se encuentra ahora totalmente connaturalizada con este santo lugar. En este misterio, su esperanza adquiere un modo maravilloso de simplicidad, puesto que el deseo del cielo coincide con el deseo de su corazón de Madre de reunirse con su Hijo. En un mismo impulso divino aspira a vivir del Padre y de su Hijo. Dedicarse totalmente a los asuntos del Padre es, al mismo tiempo, para

ella, estar totalmente junto a su Hijo, estar junto a Él y vivir de Él.

Esta simplicidad divina, que pone una nota de intensidad mucho mayor en su deseo —puesto que toda su eficacia y todas sus virtualidades están canalizadas en un mismo sentido—, reclama a la vez una abnegación muy grande. Este misterio de la Ascensión deja definitivamente a María, hasta el fin de su vida terrena, sola con Juan. Esta presencia de Juan es para ella seguramente una presencia dulcísima y amorosa, pero al mismo tiempo, muy empobrecedora. Porque ha de ser a través de Juan y por su sacerdocio como ella reciba sacramentalmente el cuerpo de Jesús. Es preciso que se apoye en la oración sacerdotal de Juan para apoyarse más eficazmente en la oración de Jesús. Debe ofrecerse e inmolarse sacramentalmente en el misterio de la Eucaristía para continuar viviendo la ofrenda y la inmolación que hizo en la cruz.

El servicio del sacerdocio de Juan, como el de su Hijo para ella, exige del corazón de María una pureza divina muy grande, porque es preciso aceptar que Jesús pueda y quiera hacer, por su ministerio, cosas más grandes que las que hizo directamente. Es preciso aceptar que la Sabiduría divina se sirva de instrumentos múltiples y variados para comunicarse más divinamente, en una sobreabundancia más misericordiosa; porque esta misma multiplicidad exige de nosotros una actitud más pobre, más profundamente abandonada.

María, que ha conocido la influencia directa de Cristo, que ha conocido la conducta directa de Cristo sobre ella, debe aceptar de ahora en adelante que Cristo la conduzca, la dirija, a través de su ministro, de su sacerdote. Esto, evidentemente, reclama una fe y una entrega muy grandes en el corazón

de María. Es necesario que acepte morir al régimen privilegiado que conoció en Nazaret e incluso hasta la Ascensión, para entrar deliberadamente en la vía común de la Iglesia; para ser Madre de la Iglesia es necesario que acepte ser la *pars principalis,* y, por ello, que acepte vivir al unísono con sus miembros.

Hemos admirado la humildad de María en el misterio de la Purificación, humildad que consistía en no tener en cuenta sus privilegios para seguir la ley común y los preceptos del Antiguo Testamento; aquí hay una abdicación y una humildad aún más profundas; es necesario que no tenga en cuenta alguna de la gracia incomparable de haber recibido directamente e inmediatamente la enseñanza de Jesús, privilegio único y señal de un amor de predilección; es necesario que acepte seguir la ley común de los miembros de la Iglesia, dejarse conducir, enseñar, por el sacerdocio sacramental de Cristo en Juan. Este pobreza interior, tan total, permite a su esperanza ser libre, absolutamente sencilla y conocer una eficacia de deseo y de impulso totalmente nueva.

Tratemos, en fin, de comprender cómo este misterio de la Ascensión transforma la vida de amor del corazón de María, pues, cuanto más reclama Dios la pureza de la fe y de la esperanza, más quiere comunicar su amor en total libertad, en total plenitud.

Viviendo de este misterio, el amor divino del corazón de María conoce una simplicidad totalmente nueva, puesto que la vive ahora en la unidad. En efecto, gracias a este misterio, María puede abarcar, en un mismo acto de amor, todo el misterio de amor en Dios —«in sinu Patris»— y todo este mismo misterio de amor en Cristo glorificado; puede abarcar este misterio como plenamente donado en

el corazón de Jesús. Su amor puede descansar en esta unidad plena trinitaria y cristiana a la vez.

Su amor puede entonces ejercer de una manera totalmente simple porque, en lo más íntimo del corazón de Jesús, María encuentra el amor del Padre, y este amor del Padre le dona el corazón de Jesús como un «signo» indubitable de su amor y de su infinita misericordia.

Gracias al don de sabiduría, este amor se amplía en una contemplación simplicísima, divina, una contemplación al unísono de la vida trinitaria en el corazón de Jesús; una contemplación que permite a María vivir en contacto personal con las tres Personas divinas, en su misterio personal y secreto. María vive en el Verbo y por el Espíritu la inefable fecundidad del Padre, todo lo que hay de único en su misterio de Persona no engendrada y de fuente primera de todo amor. Vive en el Verbo este misterio de unidad, de transformación en el corazón de Jesús. Vive la luz del Verbo, que le es comunicada, que le es dada en la fe y la sabiduría; la vive directamente como hija del Padre, engendrada por Él en su luz, como el Verbo mismo es engendrado por el Padre en su luz. Vive en el Verbo esta única mirada del Padre que es su vida. Vive por el Espíritu Santo este amor mutuo que une al Padre y al Hijo, que une al Padre y a su alma, porque es amada por el Padre, en el Espíritu Santo y por Él.

Por el don de sabiduría, su contemplación trinitaria en el corazón de Jesús se apropia de todo su ser y se extiende a toda la Iglesia, de la que es Madre por la voluntad del Padre. María lleva toda esta Iglesia en su corazón, en su fe, su esperanza y su amor. La engendra en la vida divina por sobreabundancia de amor y de vida contemplativa, y muy especialmente a Juan, que es para ella como el primo-

génito, el arquetipo de sus hijos. No sólo debe servirse de Juan, sino que debe hacer mucho más: debe engendrarlo, llevarlo, alimentarlo, de modo divino, porque es verdaderamente su hijo, el que Cristo le ha dado. Juan forma parte de su vida contemplativa en el sentido de que es el primer beneficiario de la sobreabundancia divina de su contemplación, el primero que participa en su vida y que recibe toda su plenitud.

Estos dos aspectos, servirse de Juan como sacerdote y engendrarlo como hijo, que desde el punto de vista de nuestra psicología humana se oponen y se excluyen, desde el punto de vista divino se completan e identifican. Cuanto más es Juan hijo de María, más puede ejercer sobre María su poder sacerdotal; cuanto más Madre de Juan es María, más dócil y receptiva puede ser respecto a su autoridad de sacerdote, puesto que todo acrecentamiento de amor implica necesariamente un crecimiento de todo lo que en nosotros hay de divino.

Este misterio de la Ascensión, que coloca a María «a la derecha del Padre» —ella sigue al Cordero doquiera que va—, pone también en el alma de María un deseo intenso de recibir el Espíritu Santo. Jesús ha dicho: «Os cumple que yo me vaya; porque si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros»[207]. María está sedienta de recibir El que ha sido prometido y debe venir. Por eso, la Ascensión es para ella también el punto de partida de una nueva espera, de un nuevo adviento, totalmente silencioso, divino, muy abnegado y muy ardiente.

En la oración, y solamente en la oración, es como María espera, como suplica al Padre, por Jesús, que le envíe al que debe ser el Consolador divino de su alma y de la Iglesia.

[207] Ioh 16, 7.

CAPÍTULO III

EL MISTERIO DE PENTECOSTÉS: FECUNDIDAD DEL AMOR

Durante esta espera de la venida del Espíritu Santo, «todos perseveraban unánimemente en la oración juntamente con las mujeres y con María, la Madre de Jesús, y con sus hermanos». Todos están unidos en la misma «cámara», en el Cenáculo, todos están animados de un mismo amor y oran incansablemente. Y en el centro de ellos, María.

Este Adviento, que prepara la comunicación plenaria del Espíritu Santo y la de sus dones carismáticos, es a la vez muy semejante y muy diferente al primer Adviento que preparó el nacimiento de Jesús. Muy parecido, porque en los dos se da la oración, el recogimiento, el silencio, la fe en la promesa, el deseo ardiente de su realización, el amor de este don divino. María, llevando a Jesús oculto en su seno, permanecía sumergida en el silencio de su oración, de su contemplación. María, viviendo interiormente unida al corazón glorificado de Jesús,

permanece más profundamente recogida aún en el silencio de la oración.

Esta espera del don del Espíritu Santo es, en cambio, muy diferente del primer adviento en cuanto a las circunstancias exteriores de tiempo y de lugar. El uno dura nueve meses, el tiempo natural para la formación del cuerpo de Jesús en María; el otro dura solamente algunos días, el tiempo fijado por la Sabiduría divina, según su voluntad. El uno acontece en Nazaret, el otro en Jerusalén. María en su primer Adviento, era la única en vivir de la promesa realizada en ella; aquí, vive de la promesa de Cristo con los apóstoles y las santas mujeres. Es, verdaderamente, una espera compartida, la de la Iglesia; la primera era personal, la espera de María. Por ello, la una debía realizarse en el cuadro normal de la vida humana, sin que nada cambiase aparentemente, a fin de que todo permaneciese oculto; la otra, por el contrario, exigía un lugar propio, separado del cuadro normal de la vida humana y de sus preocupaciones ordinarias, un cuadro especial en el que todo estuviese orientado a ese fin preciso: la preparación para la venida del Espíritu Santo. Incluso se podría decir que esta espera en el Cenáculo es la primera manifestación de la Iglesia naciente, de esta Iglesia aún embrionaria, pero que va a nacer enseguida con la recepción del Espíritu Santo. Hay en ello un hecho muy curioso que debe anotarse, y es que este primer gesto comunitario de la Iglesia reclama como una cierta ruptura con las otras comunidades humanas, familiares o políticas, en tanto que el primer Adviento de María, lejos de romper los lazos comunitarios humanos, los intensifica, al mismo tiempo que los empobrece. Esta diferencia nos manifiesta a la vez la autonomía propia de la comunidad cristiana

—que es una comunidad propia, irreductible a las otras comunidades, que tiene su naturaleza y sus leyes propias— y el enraizamiento de esta comunidad en la comunidad humana familiar.

Al considerar la conducta de la sabiduría de Dios en ambos casos, ¿no podría decirse que Dios quiere una autonomía política para su Iglesia y su enraizamiento en la comunidad familiar y que estos aspectos son complementarios e inseparables? De otro modo, se humanizaría demasiado la Iglesia al enraizarla en una comunidad política —la Iglesia es libre frente a toda especie de régimen político— o, por el contrario, se la idealizaría demasiado separándola totalmente de la comunidad familiar, porque la Iglesia no es indiferente respecto a cualquier especie de régimen familiar, sino que posee su propia doctrina sobre la familia.

Pero hay una diferencia aún más fundamental y profunda, que se refiere al término propio, al fin específico de estos dos advientos: el uno considera el nacimiento en el tiempo del Verbo encarnado, el otro la comunicación en el tiempo, comunicación comunitaria y personal del Espíritu Santo. Se puede pensar que el Espíritu Santo ya había sido comunicado a algunos de un modo totalmente personal e íntimo, pero, en realidad, no se había comunicado aún colectivamente, de una manera eclesial, a la Iglesia como tal, es decir, de una manera a la vez carismática y personal.

A causa de la diversidad de tiempo, estos dos recogimientos divinos tuvieron una diferente naturaleza en el alma de María: el uno formaba parte de sus misterios de gozo e implica el misterio de la Visitación y el desplazamiento de Nazaret a Belén; el otro forma parte de sus misterios gloriosos y no implica ningún otro misterio. Todo debe ser reser-

vado exclusivamente para esta espera. Es lo único que debe contar y ocupar la actividad de María, de los apóstoles y de las santas mujeres, de toda esta comunidad. Esta nota de exclusividad, de intensidad y de actividad durante estos días de espera es señalada por la Escritura como muy característica.

Este primer recogimiento comunitario de la Iglesia alrededor de María, totalmente ordenado a la recepción del Espíritu Santo, del Paráclito, es extremadamente significativo; debe permitirnos comprender lo que hay de precisamente característico en la comunidad cristiana como tal; porque puede decirse que es como la disposición última, la que nos desvela con frecuencia la naturaleza propia de la forma sustancial.

En este clima particular es donde hay que comprender el misterio mismo de Pentecostés, el nacimiento visible de la Iglesa como Iglesia: «Y al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. Y se produjo de súbito desde el cielo un estruendo como de viento que soplaba vehemente, y llenó toda la casa donde se hallaban reunidos. Y vieron aparecer lenguas como de fuego, que, repartiéndose, se posaban sobre cada uno de ellos. Y se llenaron todos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas diferentes, según que el Espíritu Santo les movía a expresarse»[208].

Notemos bien los «signos» de que se sirve la sabiduría de Dios para indicarnos la acción del Espíritu Santo en el alma de María y de los apóstoles. Puesto que se trata de una verdadera misión temporal y visible del Espíritu Santo, estos signos tienen un valor de pura significación, para ayudarnos a penetrar en el misterio.

---

208 Act 2, 1-4.

Es primeramente este ruido extraordinario, «como de viento que soplaba vehementemente». Se sabe que en el Antiguo Testamento, la obra del Espíritu Santo es frecuentemente sugerida por el «soplo», para expresar a la vez la delicadeza y el dinamismo maravilloso del amor divino. No hay nada más sutil que el viento, que llega a penetrar por todas partes, que parece incluso penetrar los cuerpos inanimados y darles una vida propia. Los anima y los desplaza. A esta idea de sutilidad, de ligereza, se añade la idea de fuerza y de violencia. Se conoce la violencia inusitada de los ciclones, de los huracanes que lo arrasan todo a su paso. Cuando alcanza esta violencia, el viento parece entonces poseer como una voz que le es propia [209]. La Escritura nos señala aquí este ruido extraordinario y la violencia de este viento. Es fácil comprender que todas las propiedades del viento evocan maravillosamente las del amor divino, que es a la vez lo que tiene de más tierno y suave, y lo que tiene de más fuerte; lo que se insinúa de este modo es que no parece venir del exterior, y que puede entonces reanimar o dar la vida a quien no la tiene. El amor divino es más fuerte que la muerte: nada resiste al Amor, porque es la fuente misma de la fuerza y de su eficacia. Sin amor no habría ni fuerza ni eficacia.

Pero notemos bien que este «ruido», signo auditivo, procedente de este «viento vehemente» no es señalado aquí, en el texto de la Escritura, sino como un clima general que llenó todo el Cenáculo, toda la morada en que se encontraban. El signo específico es visual: son la especie de lenguas de fuego que se

[209] Por eso la Escritura, tomando como testigo las diversas realidades del universo para que alaben a su Creador, afirma: «Viento de tempestad que su orden cumple» (Ps 148, 8).

posaron sobre cada uno de los miembros de la comunidad. El fuego, de una manera aún más precisa, es empleado en la Escritura para significar el amor de Dios. Recordemos la aparición que tuvo Moisés: «Y apareciósele el ángel de Yahvéh a manera de llama de fuego en medio de una zarza. Miró él, y he aquí que la llama ardía en el fuego, pero no se consumía. Dijo entonces Moisés: «Me acercaré a mirar ese gran fenómeno de por qué no se consume la zarza.» «Heme aquí», contestó. «No te acerques acá —dijo—, descálzate las sandalias de tus pies, porque el lugar donde estás es tierra santa»[210].

Este fuego que arde sin consumir es la imagen del amor divino que lo quema todo sin destruirlo, sino dándole la vida. El fuego posee esa sutilidad maravillosa que parece poder compenetrar los cuerpos, transformarlos en su interior, sin arrebatarles su naturaleza propia, sino dándoles como un modo de ser totalmente nuevo. Pensemos en los carbones y en los vidrios incandescentes.

El fuego posee también esta suerte de fecundidad prodigiosa por la que se comunica incesantemente y se asimila todo lo que toca, incluso lo que le es más contrario, como el agua. Y esta comunicación se hace con una rapidez sorprendente y proverbial.

El fuego posee esta propiedad de purificar, de separar los cuerpos amalgamados entre ellos y devolverles, por su acción propia, su primitiva pureza. Y este poder es tan fuerte que el fuego lo comunica a los cuerpos que ha hecho incandescentes, a los cuerpos que se ha asimilado. Isaías relata esta visión del Serafín que vuela hacia él «teniendo en la mano una piedra ardiendo, que había cogido del

[210] Ex 3, 2-5

altar con unas tenazas», tocó la boca del profeta diciendo: «He aquí que esto toca tus labios, y desaparecerá tu iniquidad y tu pecado quedará expiado»[211].

Por este poder de purificar, de separar lo que hay de puro y de impuro, el fuego será tomado como testigo, otorgándole el poder de juzgar lo que es auténtico y lo que es falso. Pensemos en el holocausto de Elías; en el fuego del cielo que quema las víctimas, el altar... para atestiguar que sólo este sacrificio es legítimo y aceptado por Dios.

He aquí todas las cualidades que posee el amor divino mucho más propiamente, en realidad, que el fuego, que no es más que una imagen. El amor divino posee una fecundidad prodigiosa, puesto que es la fuente misma de toda fecundidad. Toda fecundidad procede necesariamente de este amor primero, pues el amor, según su naturaleza profunda, no solamente lo atrae todo hacia sí, sino que es también «difusivo de suyo»: *bonum diffusivum est*. Se comunica tanto como puede, y por naturaleza, se comunicaría incesantemente. Si, de hecho, se producen límites en esta difusión, no es por el amor como tal, sino formalmente por algún otro determinado aspecto del ser.

El amor, si une, si es una fuerza unitiva, es al mismo tiempo y bajo otro aspecto una fuerza que separa y divide. En el sentido de que si el amor une los seres que son semejantes entre sí o que pueden completarse mutuamente, el amor también separa y rechaza todo lo que podría ser nocivo para esta unidad. He ahí cómo el amor purifica. Y las más exigentes purificaciones, las más profundas, las

---

[211] Is 6, 6-7.

más terribles, provienen del amor porque el «amor es celoso», con estos santos celos que no toleran compartir nada y lo quieren todo.

Y es asimismo verdad que no solamente el amor divino en sí mismo es capaz de purificar, sino también lo es todo lo que este amor ha transformado en sí mismo.

Se puede comprender igualmente cómo el amor tiene el poder de juzgar, en razón misma de su poder de unir y de separar, porque este poder de unión y de separación implica necesariamente un poder de discernimiento y por ello de juicio.

En razón de esta correspondencia tan perfecta entre las cualidades del fuego y las del amor, nos resulta fácil comprender la conveniencia del simbolismo de las lenguas de fuego para manifestar el don del Espíritu Santo y comprender, asimismo, la conveniencia de este doble simbolismo, el «ruido» como procedente de un viento violento y las «lenguas de fuego». El amor, para comunicarse en plenitud, reclama amor. Sabemos muy bien que el amor, en su expresión suma, es un amor mutuo de amistad. Porque para amar verdaderamente, para poder entregarse perfectamente a alguien, es preciso darse a un amigo, a alguien que nos ama. No podemos darnos perfectamente a alguien que sea un extraño para nosotros, un indiferente, porque no podemos comunicar lo que es más nuestro, nuestros secretos íntimos y personales, sino a un corazón que es ya nuestro, que es tan nuestro como el propio corazón. No se pueden arrojar perlas a los puercos, como dice Cristo; la perla es justamente el fruto más personal de nuestro corazón, este «verbum cordis» que traduce nuestro amor, nuestra vida. Los puercos, en este caso, son todos aquellos que no son el amigo capaz de recibir nuestro secre-

to con un amor igual al amor en que el secreto ha sido concebido y es llevado.

Este doble simbolismo nos recuerda, a la vez, que el Espíritu Santo es el fruto propio del primer Amor mutuo, el del Padre y el Hijo, y que no puede ser comunicado en plenitud si nuestro corazón virginal no le ama y lo recibe con amor.

Comprendemos por ello la gran diferencia que existe entre el hecho de recibir la Luz y recibir el Amor y que necesariamente una debe preceder al otro. Para recibir la luz, es preciso tener una buena voluntad, no poner obstáculos y entre los obstáculos, es preciso, sobre todo, prescindir del orgullo: el humilde recibe la luz. Y la luz puede comunicarse. El Verbo, Luz, se hizo carne y habitó entre nosotros. Todos los pobres han sido evangelizados y han recibido la luz; los orgullosos la han rechazado.

Para recibir plenamente el Amor, es necesario que la luz haya disipado ya las tinieblas y haya producido en nosotros un corazón puro y amante. Para recibir el Amor no es bastante la humildad; es preciso amar ya; de otro modo el Amor no podría comunicarse, no puede darnos lo que tiene de más suyo. El Verbo se ha encarnado, ha venido a morar entre nosotros. A todos aquellos que lo han recibido les ha dado el poder de ser hijos de Dios. Y a éstos les ha prometido enviarles el Espíritu Santo.

Hay un orden divino entre las dos misiones, un orden de sabiduría divina. Por eso, el Adviento ordenado a recibir el Verbo encarnado es anterior al adviento ordenado a recibir el Espíritu Santo.

Y después de la misión del Espíritu Santo no puede haber ninguna otra más. Porque el Espíritu Santo es el *nexus*, el «nudo» del Padre y del Hijo y el que nos une al Padre en el Hijo. En Él se termina y acaba la Unidad. El Espíritu Santo tiene por mi-

sión conducirnos al Padre, *apud Patrem,* en el Hijo, haciéndonos vivir de la palabra de Dios. La vuelta a la casa paterna, *in sinu Patris,* se hace por el Espíritu Santo, en el Hijo unigénito.

Bajo la forma de lenguas de fuego, el Espíritu Santo toma posesión del corazón de los apóstoles, de las santas mujeres y de María. Para comprender mejor su obra divina en María, comprendamos primeramente su obra en los apóstoles, de la que nos habla la Escritura y después, por comparación, trataremos de penetrar en el nuevo silencio, obra propia del Espíritu Santo, en el corazón de María.

El Espíritu Santo da a los apóstoles una palabra divina, con una eficacia divina capaz de engendrar la fe, de convertir los corazones y de transformarlos, capaz también de hacerse comprender por cada uno en su lengua propia y familiar. El texto de la Escritura es claro: «Hallábanse en Jerusalén judíos allí domiciliados, hombres religiosos de toda nación de las que están debajo del cielo; y al oírse este estruendo, concurrió la multitud y quedó desconcertada, por cuanto les oían hablar cada uno en la propia lengua. Y se pasmaban todos y maravillaban diciendo: «Mira, ¿qué no son galileos todos esos que hablan? ¿Y cómo oímos nosotros hablar cada uno en nuestra propia lengua en que nacimos —partos, medos y elamitas, y los pertenecientes a la Mesopotamia, a la Judea y a Capadocia, al Ponto y al Asia, a Frigia y a Panfilia, a Egipto y a las partes de la Libia junto a Cirene, y los romanos aquí residentes, así judíos como prosélitos, cretenses y árabes—, cómo les oímos hablar en nuestras lenguas las magnificencias de Dios?» [212].

---

[212] Act 2, 5-11.

La efusión del Espíritu Santo comunica también a los apóstoles, y muy especialmente a Pedro, el carisma del *sermo sapientiae*. Basta considerar su discurso para convencerse de ello[213]. Además, este discurso tiene una eficacia divina inmediata: transforma los corazones de quienes le escuchen: «Al oír esto, sintieron traspasado de dolor su corazón y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué tenemos que hacer, varones hermanos?» Pedro a ellos: «Arrepentíos, dice, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesu-Cristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo.» «Y nacía aquí temor en toda alma»[214].

No es solamente la palabra de los apóstoles la que ha cambiado, sino también su vida. De temerosos y cobardes —pensemos en Pedro—, pasan a ser unos seres fuertes, testigos de la divinidad de Cristo. Ya no sienten vergüenza de su título de discípulos de Cristo; por el contrario, este título es ahora su única gloria. Lo que Nuestro Señor les había anunciado antes de su Ascensión se realiza ahora plenamente.

Esta gracia de Pentecostés transforma no solamente su actitud respecto a Jesús, sino también su actitud mutua. Un nexo vivo y profundo de amistad fraternal se establece entre ellos. «Todos los que habían abrazado la fe vivían unidos, y tenían todas las cosas en común; y vendían las posesiones y los bienes, y los repartían entre todos, según que cada cual tenía necesidad. Y día por día, asiduos en asistir unánimemente al templo y partiendo el pan en sus casas, tomaban el sustento con regocijo y sencillez de corazón, alabando a Dios y hallando favor

213 Act 2, 14-36.
214 Act 2, 37-38, 43.

cabe todo el pueblo»[215]. Es fácil reconocer los efectos propios del don de piedad y sus exigencias propias. Esta comunidad cristiana tiene una muy clara especificidad sea cual fuere la comunidad. Es claramente una gracia de transformación completa y total que les ha sido dada en el amor, y que tienen el poder de comunicar a los demás. Es, verdaderamente, una «gracia de fuego» que ha inflamado todo su corazón y de su corazón se extiende a todos aquellos que les escuchan y se acercan a ellos.

En María, el Espíritu Santo se comunica con plenitud única, porque el corazón de María es más puro y más pobre, más sediento de amor que el de los apóstoles. Pero esta comunicación más perfecta produce en María un silencio más divino, aún más absoluto. En el corazón de los apóstoles, el Espíritu Santo suscita una palabra divina, eficaz, capaz de convertir. En el corazón de María suscita de nuevo abismos de silencio. Transforma a los apóstoles en testigos visibles de Cristo por su palabra y su vida, y hace vivir a María una vida solitaria y oculta de Madre de estos testigos. Así como la palabra de los apóstoles es como envuelta por el silencio divino de María, así su testimonio debe estar como enraizado en la vida solitaria y oculta, cada vez más solitaria, de María. Por eso el misterio de Pentecostés, para María, es el punto de partida de la última etapa de su vida terrena, la etapa más divina, la más oculta, la más secreta, durante la cual debe vivir de la efusión del Amor en lo que tiene de más inefable y más misterioso.

Este misterio no implica, en su vida divina, ningún don carismático, sino una nueva exigencia, úl-

---

[215] Act 2, 44-47.

tima, de vida contemplativa, absolutamente oculta, reservada a Dios y a sus hijos, a Juan en primer lugar y por él a todos los apóstoles, a toda la Iglesia. Esto es absolutamente normal, pues este misterio es la comunicación del amor divino en lo que tiene más de sí mismo, de más íntimo y personal. El amor cuando se comunica plenamente se comunica según sus propias exigencias y según la conveniencia de aquel a quien se comunica. Por eso, aquí abajo, al comunicarse en los misterios de fe y de esperanza, y a través de ellos, se comunica en el silencio, de una manera secreta y oculta. María lo recibe en silencio, en un «fiat» totalmente silencioso, de una manera íntima y escondida. La comunidad de los apóstoles está allí para ocultarlo; exteriormente, María es una de las santas mujeres que oran con los apóstoles; está como perdida en medio de ellos, porque el Espíritu quiere darse de esta manera oculta. La humildad de María, su pobreza, la abdicación de todos sus privilegios, de todas sus distinciones le permite recibir el Amor de una manera absolutamente secreta y escondida. Si queremos penetrar un poco en esta última exigencia de silencio de la vida divina de María debemos tratar de precisar lo que el misterio de Pentecostés añade de especial a su vida de fe, de esperanza y de amor, pues este silencio es el fruto más excelente del ejercicio divino de su fe, de su esperanza y de su amor.

Por este misterio, su fe alcanza su última exigencia, tanto desde el punto de vista de la extensión como desde el de la intensidad. Todos los misterios de la vida de Jesús han sido, sucesivamente, objeto de su fe. Tras la Ascensión, ya no queda más, desde el punto de vista de la extensión, sino la difusión del Espíritu Santo, anunciada por Cristo.

Desde el punto de vista de la intensidad, nos ha-

llamos asimismo en presencia de una última exigencia, que implica una dificultad última. En efecto, por este misterio, lo que se convierte en el objeto de fe es el misterio mismo del Amor y de su difusión. Hay que creer en el Amor. Creer en el Amor es la prueba suprema de la fe. Porque si resulta normal creer en la palabra de alguien y más normal aún creer en la palabra de Dios —pues la fe nos ordena a la visión, al conocimiento pleno de la verdad—, resulta como «anormal» creer en el Amor. Desde nuestro punto de vista psicológico, el amor es objeto de experiencia y no de fe, en tanto que la palabra puede ser objeto de fe. Un hombre no puede pedir a otro que crea en su amor, sin experimentarlo directa o inmediatamente. El realismo del amor repugna a lo que hay de indirecto y un poco abstracto en la fe. Solamente Dios puede pedir a su criatura que crea en su amor, y esta es la prueba suprema de la fe. Al ser su autoridad soberana y la comunicación de su amor soberanamente libre también, Él puede exigir este acto de fe para que la criatura reconozca más profundamente los derechos supremos de Dios en el orden del amor, para que la criatura pueda por eso rendir a Dios supremo homenaje y atestiguar su dependencia suprema. Dios podrá actuar entonces más libremente y realizar su obra de amor más superabundantemente, puesto que este acto de fe exige que la criatura reconozca esos derechos soberanos de Dios. Si, pues, un tal acto de fe ya no tiene ni puede tener ningún soporte psicológico, es soberanamente razonable únicamente porque Dios lo reclama. Y será soberanamente irracional respecto a cualquier otro amor.

María, en este misterio, cree en el amor de Dios que le es comunicado de un modo más pleno aún

que a los apóstoles. Es verdad que María ha creído siempre en este amor de Dios, pero en este misterio se explicita e intensifica aún más profundamente esta fe en el Amor personal de Dios, en el Espíritu Santo. María cree en este «Don» por excelencia: el Espíritu Santo le es dado plenamente. Por su fe, se adhiere a este amor de Dios, difundido en el Espíritu Santo que le ha sido dado. *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis*[216]. El Espíritu no proporciona solamente un bien particular, un don: se da a sí mismo. Y en este misterio de Pentecostés, no sólo comunica sus dones carismáticos: *se* da. Hace del corazón de María, mucho más totalmente aún, su morada y su templo, el lugar donde habita, en el que quiere reposar.

Más que nunca, y con una intensidad nueva, es el «dulce Huésped» del alma y del corazón de María. Nuestro Señor había prometido al que ama a Dios: «Vendremos a él y en él haremos mansión»[217]. Esta palabra, ante todo, se realiza en María.

El Espíritu Santo que, desde el misterio de su concepción inmaculada, ha habitado en María, en este misterio de Pentecostés viene verdaderamente a instalarse en ella y a fijar en ella, con un ardor nuevo, su morada. Bajo esta posesión aún más fuerte del Espíritu Santo, y en Él y por Él, María vive plenamente esta vida divina, toda amor, en el corazón de Jesús, con el Padre. ¿No es el Espíritu Santo amor mutuo del Padre y del Hijo? Este amor mutuo es el que le es dado a María para que esté unida de un modo aún más personal, más íntimo,

---

216 Rom 5, 5.
217 Ioh 14, 23.

con su Hijo y con el Padre. Todo lo que Jesús le ha dicho, debe decírselo de nuevo interiormente, con una nueva penetración de amor. Porque Jesús quiere que su doctrina tome posesión del espíritu de María de tal forma que sea verdaderamente la que el Hijo ha recibido del Padre y esté tan vitalmente unida a su espíritu que sea como su propio pensamiento. «El Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todas las cosas que os dije yo»[218]. «El Espíritu de verdad os guiará en el camino de la verdad integral», dice Jesús a sus discípulos, «pues no hablará de sí mismo, sino lo que oyere, eso hablará, y os anunciará lo por venir»[219]. Y el Espíritu Santo «glorifica» a Dios en María haciéndole vivir cada vez más íntimamente en la fe todas sus palabras, como palabras de vida y de amor; el Espíritu Santo le permite vivir plenamente este espíritu de adopción, con el cual ella exclama: ¡Padre![220].

En esta nueva comunicación del Amor, María se vuelve hacia el Padre con un amor más intenso, más ardiente. Es el fuego vivificador del Espíritu que abrasa su alma de amor hacia el Padre. María vive de su paternidad amorosa y se lanza con un nuevo impulso de amor para que el Padre se apodere de toda su vida.

Por esto, María permanece verdaderamente en Dios y Dios en ella, porque ella permanece en el Amor. Este «fiat» silencioso, por el que recibe el Espíritu, es comunicado en el Verbo encarnado y por Él, en un acto de fe en el misterio trinitario. Es-

---

218 Ioh 14, 26.
219 Ioh 16, 13.
220 Rom 8, 15.

ta adhesión de fe al Amor no conoce más límites que el del amor que le es dado; es mensurada por el amor infinito de Dios mismo. Es, pues, infinita y no tolera ninguna limitación interna ni externa. Así, son las últimas justificaciones de la inteligencia humana, que debe entonces como abdicar de todos sus derechos para ocultarse en el amor divino, entregarse voluntariamente como prisionera de sus propias exigencias, comprendiendo que prácticamente vale más entrar en el reino de Dios «voluntariamente tuerto o ciego» que haber querido medir, limitar, determinándola, la palabra de Dios.

El Amor, al apoderarse totalmente de la vida de María, exige como una nueva renuncia de la inteligencia, para dejar a la verdad divina que invada, más profundamente aún, hasta los recovecos más íntimos y ocultos de su inteligencia humana. El amor divino tiene todos los derechos. Puede reclamarlo todo para ser más libre y comunicarse más aún.

Gracias a este don de inteligencia la fe profundiza tan hondamente estas abdicaciones del lado del ejercicio de la facultad intelectual humana, pero al mismo tiempo este don proporciona a la fe una fuerza de penetración mucho mayor, que le permite adherirse inmediatamente a lo único necesario, dejando de lado todo lo secundario, todo lo que no es amor. Esta adhesión de fe, por amor, sobrepasa todas las fórmulas, todas las realidades accidentales, todo lo secundario, para fijarse únicamente en lo esencial. Una fe tal permite a María permanecer totalmente recluida en el misterio de amor de Dios, misterio de amor el más personal y más comunicativo por el corazón glorificado de su Hijo y en él. Una fe tal, absolutamente purísima, totalmente divina, la separa a la vez de todo lo que no es Él —es

su exigencia propia de amor— y la pone en contacto íntimo, inmediato, desde dentro, con todos los que reciben este amor o que pudieran recibirlo. Jamás ha estado María, por su fe, tan oculta, tan recluida, tan absorbida por la trascendencia del Dios-Amor y jamás ha sido más Madre, ha estado más cerca de todos los que son sus hijos y le han sido confiados por el Espíritu Santo.

La fe de María, por este misterio, conoce una plenitud y una penetración maravillosas, las del Amor. Por su fe y en su fe, María contempla lo invisible como si lo viese y por su fe y en su fe, acoge a todos sus hijos, a toda la Iglesia, a los que son verdaderamente fieles y a los que les cuesta trabajo serlo. María cree en el amor difundido en nuestros corazones.

Las últimas exigencias divinas que acabamos de señalar desde el punto de vista de la fe se encuentran de nuevo en la esperanza. Esta esperanza mira hacia el Amor, se apoya en el Amor ya dado y aspira al Amor prometido. Es, pues, muy simple, muy divina. No tiene límites, pues el amor de Dios no los conoce. Muestra maravillosas audacias, inspiradas en el amor y ordenadas al amor, audacias divinas como sólo los «niños» o las «esposas» cuya fidelidad ha sido puesta largamente a prueba por el sufrimiento pueden tener.

Pero una esperanza tal, si se eleva tan alta a causa de la pureza de su origen y de su dirección, exige a la vez una entrega total, la que reclama el Amor y todos los caprichos del Amor. No hay límite para tal pureza de afecto, e interiormente no tiene barreras ni fronteras. Puede devastar toda el alma de María en un total abandono. Cada vez más, lo único que cuenta a los ojos de María es solamente la voluntad de Dios.

Esta esperanza tan abnegada, que explica todas las audacias divinas de los indigentes, que no conocen el verdadero valor intrínseco de las realidades, permite a la misericordia del Padre servirse de María absolutamente como quiere. No hay determinaciones humanas que se infiltren, que humanicen, y, por lo mismo, disminuyan y limiten la eficacia divina.

El amor del corazón de María, en este misterio, encuentra como su propio alimento divino el amor mismo de Dios, en su misterio personal y difusivo, amor que posee una pureza, una intensidad, una simplicidad inauditas. Porque es el mismo Espíritu Santo el que hace que el corazón de María ame, el que le hace vivir al unísono con el corazón de Jesús y del Padre. Él anuda el corazón de María al de Jesús y en Él al amor del Padre.

Gracias al don de sabiduría, María puede responder a este don magnífico que se le hace. Puede amar y darlo todo. Puede, libremente, tratar de alcanzar en pureza, en espontaneidad, el don del Espíritu Santo y por Él y en Él, fijarse en el Padre, morar junto al Padre, *apud Patrem*. Por ello, Israel fija definitivamente su morada en su Dios, en su Padre.

Este retorno se hace en la oscuridad de la fe; se hace en el grandísimo deseo de esperanza, pero se hace también y sobre todo en el don de sabiduría, en la paz, la seguridad y en plena consciencia divina.

La vida contemplativa de María, en esta última etapa de su vida, se apodera de todo para que verdaderamente todo quede oculto en el amor de Dios, en el Padre; para que todo esté como sepultado en el amor de Dios. Y al mismo tiempo, esta vida contemplativa es extremadamente fecunda: se expande

divinamente en un misterio de maternidad espiritual.

María vive con Juan, con quien Cristo le ha dado. Lo adopta divinamente para que todo su tesoro sea para él, para el que, como hijo y como sacerdote, María no tiene secretos. Hay una puesta en común maravillosa de su ideal, de su vida divina, con todas sus exigencias y sus llamadas.

Y esta intimidad con Juan es como el modelo de lo que ocurre con cada uno de los discípulos bienamados de Jesús, los otros «Juan».

Toda esta vida con Juan es como la superabundancia de su vida contemplativa personal con el Padre y como un medio que dispone a nuevos impulsos de amor.

Todo es simple y divino en esta última etapa. No hay más que Él y Juan, indisolublemente unidos en su amor. María permanece en el Padre, por su Hijo; permanece cerca de Juan por su Hijo. El don de sabiduría le permite vivir los secretos del Padre y los de Juan. Le permite unificar divinamente estas dos actividades de su caridad en el silencio de su amor excesivo.

Por eso es por lo que la Escritura se calla acerca de esta última etapa de la vida de María, que está como totalmente reservada a Dios, para hacernos comprender que, cuando Dios nos esconde en sí de este modo, da a todas nuestras actividades una nota divina amorosa, infinitamente fecunda.

CONCLUSIÓN

Hemos visto que las etapas del crecimiento de la caridad en María, que son sus misterios de gozo, de dolor, de gloria, representan muy claramente tres etapas sucesivas, cada una de las cuales posee su carácter original y propio. En los misterios de gozo, domina la presencia de Cristo; es Jesús el que actúa en el alma de María educándola de manera divina, y quien le demanda el servicio material de su maternidad física. En los misterios de dolor, lo que domina es la separación de Cristo; Cristo actúa directamente sobre el alma de María, pero de una manera dolorosa. Obra más divinamente sobre ella y exige una donación, una entrega, aún más total. Jesús le solicita un servicio más espiritual: el de cooperar a su Redención. En los misterios de gloria, se da la presencia divina en la separación. Jesús está divinamente presente en María, pero ya no es de este universo; actúa más que nunca sobre su

Madre, pero sobre su fe, sobre su esperanza, sobre su amor.

Ya en el interior de los misterios de alegría se dejan sentir algunas fisuras que son profetizadas y parcialmente realizadas. La alegría total dura muy poco tiempo e implica siempre una exigencia de renuncia.

En los misterios de dolor, se da una cierta alegría que permanece: una alegría divina invade el alma de María al cumplir la voluntad de Dios, la voluntad del Padre. Pero en su psicología humana, en su sensibilidad, hay numerosas sombras.

En los misterios de gloria hay alegría y tristeza, pero ésta aparece como dominada por algo muy especial: esta nota de gloria, de unidad, de paz.

Por todo ello puede apreciarse cómo la caridad se ensancha primero en conformidad con las exigencias más fundamentales de nuestra naturaleza humana; después exige cortes, cercenamientos, fisuras. Lucha entonces contra ciertas exigencias de la naturaleza. Después es lo suficientemente fuerte como para extenderse por sí misma, independientemente de su conformidad o disconformidad con nuestra psicología humana. Entonces la caridad aparece como totalmente libre, por encima de las contingencias humanas. Todo puede ser bueno y alimento divino si es querido por Dios. En la última etapa, María vive, de hecho, en una unidad totalmente divina con su Dios, por Jesús y en Jesús, como indiferente en relación con todo lo que no es Él, pero entregada a todo lo que es de Él.

Además, las diversas etapas del misterio del crecimiento de la caridad en María nos ponen de manifiesto de una manera única, a la vez, las dimensiones de la misericordia del Padre respecto a su criatura, la nueva criatura totalmente rescatada por Je-

sús, y la edificación, en el alma de María, del templo del Espíritu Santo.

El misterio de la Inmaculada Concepción nos manifiesta, en efecto, el primer gesto de la misericordia gratuita del Padre respecto a su hija bienamada, respecto a María. Comparémosla con la que Dios ejerce respecto a Adán y Eva, nuestros primeros padres. Éstos habían sido creados, por pura gratuidad, en un estado de inocencia. El acto del Creador respecto a ellos, acto radical, fundamental de misericordia es, de hecho, antes del pecado, inseparable de la comunicación de la gracia santificante; ésta, por otra parte, es igualmente un acto de misericordia totalmente gratuito, ya que no es debida a la naturaleza humana. El primer pecado de orgullo de Adán y Eva rompió esta armonía inicial, querida por Dios, entre las exigencias de la naturaleza humana y las de la gracia, puso un obstáculo a esta comunicación sobrenatural de la gracia, oponiendo la voluntad del hombre a la de su Dios-Padre. Esta oposición ha despojado a Adán de sus dones preternaturales y ha colocado a su naturaleza humana en un estado de caída, de seridumbre respecto a los bienes humanos.

Dios permite entonces que todos los descendientes de Adán, en razón de esta primera falta, nazcan en el pecado. Al ser Adán el jefe de la humanidad, el responsable de toda la especie humana, es normal que todos sus descendientes sufriesen las consecuencia de su primer pecado de orgullo. Si él no hubiese pecado, sus descendientes habrían heredado sus privilegios: Dios los habría comunicado la gracia santificante a la vez que creaba su alma. Mas puesto que de hecho, Adán se dejó seducir por la tensión de orgullo, su pecado puso obstáculos a la misericordia de Dios no solamente en relación con él, sino

también respecto a sus descendientes, de tal modo que al crear el alma humana en los cuerpos de los hijos de Adán, Dios permite que esta alma sea inmediatamente contaminada, oscurecida por la falta original. Esta permisión de Dios está hecha en vista de un bien aún mayor, de una misericordia aún más grande: el rescate de los descendientes de Adán por la sangre de Jesucristo. Es verdad que para nosotros este rescate no se realiza inmediatamente de un modo pleno: las consecuencias del pecado permanecen, incluso después del don de la gracia. El hombre rescatado por Cristo no retorna al paraíso terrenal, sino que debe luchar y sufrir las penas temporales, que son la consecuencia de la primera falta. Pero este rescate se realiza de una manera perfecta, radical y plenamente, en María; concebida sin la señal del pecado, que recibe del Padre una maravillosa dote real, una plenitud única de gracia. En María, la eficacia de la sangre redentora de Jesús es total; nada en ella escapa a la misericordia del Salvador. El Padre, en virtud de los méritos de Cristo crucificado, realiza en María un gesto de misericordia único. Al crear el alma de María, la santifica dándole una plenitud de gracia y una belleza únicas que las separan radicalmente del reino de las tiniebles. Este gesto es de una atención maravillosa. Envuelve íntimamente el alma y el cuerpo de María con su celosa misericordia de Padre.

En su misterio de la Inmaculada Concepción, María nos aventaja a todos. Nos anuncia que un día, en el cielo, todos nosotros seremos también inmaculados, rodeados por esta misericordia divina. Pero nos manifiesta también que, ya aquí sobre la tierra, en la medida en que somos sus hijos, nos es dado este misterio de la misericordia atenta del Pa-

dre y de la eficacia plena de la sangre de Jesús. El celo del Padre hacia María es un celo divino, no es exclusivo como nuestros celos pasionales; es un celo de exceso de amor, un celo sobreabundante. Si el Padre colma a María de su misericordia, si se la reserva para sí, también nos la da, y nos la da con la misma fuerza con que Él se la ha reservado. Su corazón inmaculado, formado únicamente por el Padre, nos es dado sin reservas. Es el corazón de nuestra Madre.

Bajo la luz del misterio de la Inmaculada Concepción podemos conocer mejor por qué Dios, en su misericordia, ha permitido este misterio del pecado original. Ha permitido que toda la raza de Adán sufriese las consecuencias del pecado de orgullo de su padre para ejercer de una manera más perfecta su misericordia sobre aquella que ha elegido para ser la Madre de su Hijo y la Madre de toda la Iglesia. La gratuidad de esta misericordia aparece entonces con una luminosidad única. En realidad, a la luz de la sabiduría de Dios, todo debe comprenderse en función de esta misericordia inicial hacia María. El misterio de la Inmaculada Concepción nos indica cómo, en su maravillosa sabiduría, Dios se sirve de las consecuencias del primer pecado de orgullo de Adán y Eva para hacer una obra más bella, más divina. La unidad primera que existía, en Adán y Eva, entre la naturaleza y la gracia, se reencuentra en María más divina aún. La plenitud de gracia, concedida inicialmente a María, es mayor que la concedida a Adán y Eva; es una plenitud de gracia cristiana que orienta a María hacia su Hijo crucificado. Para María no hay sino una concepción y un nacimiento: nacimiento divino y humano, natural y sobrenatural. La misericordia del Padre, gracias al misterio de la Redención, puede ser de nuevo radi-

cal, a la vez creadora y sobrenatural. Si para nosotros hay ciertamente dos nacimientos, uno según la carne y la sangre y otro según el Espíritu y el agua, si hay una dualidad profunda que permanece aquí abajo entre el «hombre viejo» y el «hijo de Dios», en el cielo, sin embargo, la unidad exisistirá, por María y en ella. María es la «puerta del cielo». Dios acelera su obra; desde aquí abajo esta unidad tiende a realizarse.

En fin, este primer gesto de misericordia, tan capital y tan maravilloso, pues recrea en María la naturaleza humana de un modo armonioso y perfectamente ordenado a Dios, se ejerce de una manera absolutamente escondida. Es en las entrañas de la madre de María donde tiene lugar este gesto único de misericordia —ningún hombre lo sabe— y el Espíritu Santo ha ido madurando en el Magisterio de la Iglesia este misterio hasta su formulación dogmática en el siglo XIX, manifestándolo como el gran signo de la misericordia generosa del Padre para nosotros. Cuando Dios quiere que un misterio revelado en Cristo alcance su claridad máxima en un momento dado de la vida de la Iglesia, es para que vivamos de él. Toda la revelación es relativa a nuestra fe y en modo alguno puede considerarse como un puro conocimiento especulativo, abstracto; es un conocimiento divino, que tiende a connaturalizarnos con el misterio revelado y a permitirnos vivir de él. Cuando el Padre nos revela las «locuras» de su sabiduría misericordiosa, es para que las admiremos, para que las contemplemos con ojos divinos, es decir, para que vivamos de ellas. Es el «pan» de los niños. Cuando los ataques de Satán son cada vez más violentos, cuando el poder de la «bestia» que «sale de los mares» es cada vez más manifiesta, es más necesario a los cristianos de hoy

penetrar profundamente en los misterios de la misericordia vigilante y celosa del Padre, para que nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor sean más determinados. Así, este secreto de su misericordia nos ha sido como reservado. Y en la misma medida en que Dios permite que el poder de la bestia sea grande, intensifica también sus misericordias.

El misterio de la consagración virginal en el abandono nos manifiesta la segunda dimensión de la misericordia del Padre respecto a María. La misericordia vigilante está ordenada a otra misericordia, la que consiste en educar nuestra alma enseñándola a presentarse voluntariamente a su Dios. Y María se presenta a Dios, su Padre, consagrándose virginalmente, cuerpo y alma, en un abandono sencillo y total. El abandono es la forma más divina del deseo, porque no lo disminuye. He aquí la primera cooperación de María a la misericordia generosa del Padre. A esta misericordia totalmente gratuita María responde abandonándose, es decir, abriéndose a todas las virtualidades de esta misericordia inicial, sin querer limitarlas a su propia comprensión. El verdadero conocimiento divino de sí, de la nada que se es, está en la base de toda expansión de nuestra vida divina. Ello nos hace reconocer que nada podemos por nosotros mismos, fuera de esta misericordia generosa que nos envuelve, nos conduce y nos hace vivir. No se puede construir un edificio elevado sino fundándolo en la roca de la misericordia del Padre. La consagración en el abandono es, sin duda, la primera piedra del templo del Espíritu Santo.

Esta consagración en el abandono se termina y completa por este acto de caridad hacia José y en este mismo acto. Al confiarle su secreto —y al ha-

cerlo suyo José— María se liga de modo divino a José. Los dos llevan una vida común totalmente reservada a Dios, en un mutuo abandono divino, ávidos de realizar su única voluntad.

El misterio de la Anunciación nos manifiesta la tercera dimensión de la misericordia del Padre para con María. Si la misericordia del Padre quiere nuestra cooperación a su acción misericordiosa, es para realizar con nosotros una alianza personal muy íntima, en una donación mutua. La misericordia del Padre para con nosotros proviene, en efecto, de su amor excesivo y superabundante. Por eso, la misericordia nos conduce a vivir de su amor, a recibir la plenitud de su amor, es decir, a recibir el don personal de su Hijo. En la Anunciación, el Padre manifiesta a María su amor misericordioso dándole su Hijo: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito»[221]. Dándole su Hijo se da Él. Pero no nos podemos dar a alguien si ese alguien no se dona a su vez. Todo don personal reclama otro don personal. El don personal del Hijo reclama el don personal de María. En su misericordia, Dios quiere que María se entregue como una madre se entrega a su hijo. María, en la misericordia del Padre y por su «fiat» se dona, se entrega verdaderamente como Madre al Hijo bienamado del Padre. Éste quiere que María coopere de una manera plenamente eficaz a su entrega personal convirtiéndose en la Madre de su Hijo bienamado y siéndolo de la manera más perfecta, la más plena que sea posible.

Cooperar al don personal del Padre dándose personalmente exige un amor perfecto, en una pura re-

---

221 Ioh 3,-16.

ceptividad en relación con el don del Padre y en una generosidad sin reservas, al unísono de este don. Por su fe viva, purísima y límpida, María recibe el don del Verbo en lo más íntimo de su espíritu. El «fiat» traduce la acogida divina de su alma que se deja transformar, transfigurar por la «Luz» del Padre. Su alma se abre totalmente a este don del Hijo, para que el Hijo lo tenga todo. Acoger el don del Hijo, es borrarse divinamente ante este don, de suerte que este don sea Vida de su vida, Amor de su amor. He aquí, claramente, lo que representa la pequeñez evangélica, exigida a causa del don personal del Hijo. No se puede acoger este don si no es desapareciendo en el amor. «Él conviene que crezca, yo que disminuya»[222]. En su fe purísima de hija del Padre, María recibe su secreto y este secreto se convierte en el secreto de ella. Sumergida en este secreto de amor, María se recluye totalmente en la Trinidad y vive en su silencio.

Por esta fe a la vez tan pura y tan realista, toda la vida de María está comprometida en este don. La receptividad tan pura de su alma le permite una generosidad plena, sin beneficios. Por su «fiat» coopera eficazmente al don del Padre, convirtiéndose en Madre, según la carne y la sangre, del Hijo del Altísimo. La niña bienamada del Padre, que recibe su «Secreto» es, a la vez, su pequeña sierva, «fiel y dulce». María entrega todas sus fuerzas, todas las energías de su naturaleza humana, a la voluntad de la omnipotencia del Padre, para cumplir perfectamente la tarea que le ha sido solicitada. Sierva fiel que se entrega sin restricción, sierva dulce que se entrega humildemente sin imponer su opinión per-

---

222 Ioh 3, 30.

sonal, María es también la sierva pobre, que abdica de todos sus derechos ante la obra que el Padre le ha encomendado. María es pobre en su maternidad: acepta no tener ningún derecho sobre su Hijo, usa divinamente todos los bienes que el Padre ha realizado entre su Hijo y ella, pero los utiliza sin el menor acaparamiento, según la voluntad del Padre y como el Padre quiere que sean utilizados.

Si la generosidad maternal del alma de María es total, ella, es, sin embargo, infinitamente abnegada: así se alía perfectamente con su fe incondicional. La «sierva» y «la hija» del Padre no solamente cohabitan en el alma de María gracias a este anonadamiento, sino que se perfeccionan mutuamente: la sierva humilde oculta al niño y el niño, por su secreto divino, fortifica a la sierva. Ésta permite al Hijo de Dios encarnarse revistiéndose de la carne y la sangre de su criatura y de este modo coopera a la presencia física de su Dios y a la realización de su reino. El niño recibe a su Dios y vive, por Él, su vida de Hijo bienamado del Padre. Esta alianza maravillosa de la «sierva» y de la «hija» de Dios en el alma de María la constituye Madre bienamada del Hijo del Padre.

El misterio de la Visitación nos manifiesta la cuarta dimensión de la misericordia del Padre para con su sierva bienamada. El Padre no solamente tiene misericordia de María, sino que quiere, además, que participe en sus manifestaciones de Padre misericordioso, quiere que ella sea, como Él, fuente de misericordia. En este misterio de la Visitación, el Padre le encomienda este gesto de misericordia temporal con su anciana prima, y ésta, por su parte, no ha reclamado nada, sino que ha permanecido callada. Pero el enviado de Dios, el ángel Gabriel, ha indicado simplemente la situación de Isabel. La

misericordia, para ejercerse de un modo totalmente divino, debe brotar por sobreabundancia y gratuitamente. Además, debe realizarse con dulzura y humildad. María se pone humildemente al servicio de su prima. Es la primera en saludar. Jesús se sirve de ese gesto de misericordia temporal para hacer una obra de misericordia temporal con Juan el Bautista. Por María, santifica a Juan, y por Juan, a su Madre Isabel.

Este misterio de misericordia gratuita y sobreabundante, tan suave y eficaz, se termina y completa por la salutación de Isabel y el Magnificat de María. La misericordia, que viene de Dios, debe ascender en alabanza, en acción de gracias, en gloria, a Dios. Isabel glorifica a María, María golorifica a su Señor y Salvador. La primera alabanza que María recibe, la que le dirge su prima proclamando su dignidad de Madre de Dios, es ofrecida por María inmediatamente a su Dios, sin guardar nada para ella. María es pobre en su maternidad divina; todo es para su Padre su Hijo. A sus propios ojos ella no es nada: lo «grande» es lo que Dios hace en ella. He ahí la magnanimidad divina de su alma, que no teme reconocer que Dios ha actuado «con grandeza» en ella, pero sin que su alma esté tocada por ninguna vanagloria. Y así, María glorifica a Dios con todas sus fuerzas.

El misterio de la Natividad nos coloca en presencia de la quinta dimensión de la misericordia del Padre en relación con María. El Padre quiere que María se repose en la alegría de la presencia de su Hijo bienamado. La misericordia del Padre se cumple en la comunicación de su gozo. El gozo del Padre, en efecto, es vivir, en plena luz, de la presencia de su Hijo bienamado. El Padre se entrega todo entero a su Hijo; el Hijo se entrega totalmente al Pa-

dre. De esta donación mutua, sustancial y personal, resulta una presencia única de compenetración. Porque hay unidad de naturaleza en la dualidad de las personas. El gozo del Padre es un gozo consustancial a su persona y a la de su Hijo. En su misericordia, quiere que este gozo sobreabunde en María por este misterio de Navidad, puesto que en este misterio María goza de la presencia de su Hijo, el Hijo único del Padre. Todas las circunstancias providenciales del nacimiento de Jesús están ordenadas a intensificar este gozo divino del corazón de María, para que ésta, en todo su ser, exulte de gozo en su Hijo. Pero esta alegría es vivida en la humildad, porque si el gozo de Navidad es un cumplimiento, si el nacimiento de Jesús es, sin duda, el término de la espera del Adviento, es también un nuevo punto de partida: es el comienzo de la vida terrena de Jesús. Esta alegría de la Navidad dilata el alma de María fortificándola; es una misericordia divina del Padre para fortificar el alma de María, haciéndola capaz de asociarse íntimamente a toda la vida de Jesús y muy especialmente a sus misterios dolorosos.

Estos cinco primeros misterios de la vida de María están ordenados divinamente a la alegría purísima de la Natividad. Desde el misterio de la Purificación aparece el sufrimiento. Ahora bien, el sufrimiento no es, en sí mismo, ni constructivo ni inteligible; no es luminoso, sino que, por el contrario, lo rompe todo y nos impide con frecuencia aprehender el orden de la sabiduría divina que se encierra en él. Por eso, estos cinco primeros misterios nos muestran de un modo único y sorprendente, como en plena luz, la aurora de la nueva ley. En la misericordia generosa de pura gratuidad, brotando del corazón herido de Jesús, el Espíritu Santo constru-

ye en María y con María el templo de la Santísima Trinidad. La primera piedra de este templo es la consagración virginal en el abandono y la confianza fraternal que la une divinamente a José; la segunda es el «fiat» del «infante» que nace a su vida divina de hijo recibiendo el don del Hijo, el Secreto personal del Padre. Al guardar este secreto, el alma permanece silenciosamente oculta en el misterio del Padre, recluida en este misterio. En el silencio dice: «Abba, Pater», con el Hijo unigénito, Jesús. Sin ver a su Padre, ella lo contempla cara a cara, como si ya hubiese entrado en la visión beatífica. Es el «fiat» de la sierva fiel, dulce, humilde, la que no quiere sino servir a su Dios y cumplir su voluntad. Estos dos «fiat» son inseparables, porque la hija adoptiva del Padre sigue siendo una criatura que debe servirle, pues la gracia no destruye la naturaleza. La tercera piedra es la misericordia, temporal y espiritual, de la Visitación, realizada divinamente, con fuerza y suavidad. Esta misericordia divina resplandece en alabanza, en gratuidad hacia todas las misericordias de Dios; la cuarta es la gloria divina: vivir plenamente para ella misma de la presencia amorosa de Dios.

Resulta, sin duda, evidente, que las tres primeras «piedras» de este templo pueden como desdoblarse: se tendrían entonces seis piedras en lugar de tres, y siete contando la alegría de la Natividad. Estas siete piedras nos manifiestan el orden primero de la sabiduría divina en María. Así, María es como el maravilloso prototipo de la obra del Espíritu Santo en nuestras almas. Por ello, podemos considerar estas siete piedras como revelación del orden arquitectónico de la vida de gracia en nuestras almas. Si reflexionamos acerca del carácter de estas siete piedras divinamente esculpidas por el Espíri-

tu Santo en el alma de María, con su propio concurso, se puede ver en ello como un reflejo vivo de las tres Personas divinas. El abandono respecto al Padre y respecto a José son como el eco divino de la omnipotencia del Padre; el «fiat» silencioso del «infante» y de la sierva es como el eco del «Fiat sustancial» del Padre, el Hijo unigénito; la misericordia estallante en gloria es como el eco del Espíritu Santo. En cuanto al gozo, a la alegría, al ser lo que acaba y remata, reuniéndolo todo en unidad, es el eco divino de esta misma unidad de las tres Personas. El Espíritu Santo esculpe en María esta imagen viva de la Trinidad, y no puede sino reproducir en ella el rostro íntimo del Dios trinitario para que María pueda ser la Madre amadísima de Aquel que es «irradiación esplendorosa de su gloria y sello de su sustancia»[223].

Con el misterio de la Purificación, vemos la manera como el Padre, en su misericordia, introduce el sufrimiento en el alma gozosa de su sierva bienamada. Es también una misericordia, y muy característica, del Padre, de la que únicamente Él puede ser el autor: asociar una pura criatura a la obra propia de su Hijo, encarnado, a su obra de Salvador. La misericordia, cuando se ejerce de una manera connatural a nuestro corazón humano, trata por todos los medios de evitar las miserias y los sufrimientos, porque quiere elevar al miserable despojándole de todo lo que le hiere, proporcionándole el mejoramiento de su vida. Jesús, al resucitar al hijo único de la viuda de Naim, hace una obra de misericordia, suprime el dolor de esta abnegada madre; al devolver la vista a los ciegos, la palabra a los

---

223 Heb 1, 3.

mudos, hace también obra de misericordia. Y nosotros comprendemos estos gestos, pero el Padre puede obrar su misericordia divina de un modo muy diferente; puede pedirnos que aceptemos vivir el misterio de la agonía y la crucifixión de Jesús, que llevemos con Él su cruz, para que cooperemos a la obra de la Redención y que por ello conozcamos, de una manera íntima, el corazón de su Hijo y podamos vivir su vida de Salvador. Verdaderamente no se puede ser amigo de alguien sino viviendo su secreto y cooperando en su obra personal. Y esta es la exigencia característica de la misericordia del Padre para con nosotros: nos quiere plenamente hijos suyos, absolutamente identificados con su Hijo bienamado, en el que ha puesto todas sus complacencias. María, más que ninguna otra criatura, ha recibido esta misericordia tan celosa del Padre y la ha vivido de modo divino.

El misterio de la purificación es el anuncio de la «espada» que debe traspasar el alma de María. Todas las profecías del Antiguo Testamento hallan su término en esta profecía del anciano Simeón, asociando íntimamente la suerte de la Madre a la del Niño. Se trata aquí de una anunciación profética que se realizará más tarde, en tanto que la anunciación gozosa del ángel Gabriel, por el «fiat» de María, se realiza inmediatamente. Esta anunciación profética no se dirige inmediatamente sino a la vida íntima de María. En su vida exterior nada ha cambiado, pero para su fe viva la profecía es real. El Padre, en efecto, quiere que María la viva primero de una manera absolutamente oculta, escondida, para que esta amenaza dolorosa aumente aún más su amor y su dedicación maternal hacia Jesús y sobre todo, que intensifique su silencio divino. Al secreto comunicado por el ángel se añade ahora el re-

velado por Simeón. Si el Padre dona a María su Hijo de una manera tan suave, se lo da también de una manera violenta, con toda la violencia de la espada. Jesús es dado a María como la Palabra de Dios que hiere su corazón de Madre, que traspasa su alma. El corazón virginal y maternal de María, herido mortalmente, puede ofrecerse en holocausto íntimo, invisible y oculto. Por ello, está en unión con el corazón de Jesús que, oficialmente, acaba de ser ofrecido al Padre. El holocausto de los dos pichones es simbólico; los dos corazones purísimos de Jesús y de María son en verdad la única víctima aceptada por el Padre.

Este anuncio profético se realiza parcialmente una primera vez en el misterio de obediencia de la huida a Egipto. A causa del furor de Herodes, José y María, con el Niño, deben partir a un país extranjero, para ponerse a salvo, aun aceptando la matanza de otros «inocentes», los más cercanos a Jesús en edad y lugar. María lleva profundamente en su corazón el dolor de estas madres que lloran a sus hijos, pues este dolor ha sido ocasionado por Jesús. El que no debía traer sino una «gran alegría a todo el pueblo», como lo proclamaran los ángeles en la noche de Navidad, a causa de los ambiciosos celos de un Herodes, origina esta terrible matanza. Jesús «es un signo de contradicción».

Este anuncio profético se realiza parcialmente, una segunda vez, en el misterio de la primera separación que María conoce respecto a Jesús. Éste, sin advertirlo a sus padres, permanece en Jerusalén, en el Templo, junto a los doctores de la ley, mientras María y José se vuelven a su aldea. He ahí la primera gran tristeza divina que hiere el alma de María, quien conoce esta primera separación en circunstancias muy duras que contribuyen a hacer

más intenso su dolor. Esta separación dura tres días, tres días de búsqueda angustiosa. Al encontrar a Jesús en medio de los doctores, la espada de la palabra divina alcanza profundamente el corazón de María, tan vulnerable después de esta angustiosa espera y esta aguda tristeza. Es Jesús, su Jesús, el que, por primera vez, se muestra extrañado de su conducta. «Por qué me buscabais?», y le revela las exigencias íntimas de su corazón: «¿No sabíais que había yo de estar en casa de mi padre?» [224].

La tercera realización parcial de la profecía de Simeón se cumple en Caná. A la súplica misericordiosa de María, abogando por la buena gente de las bodas, Jesús parece responder con un rechazo. Hace comprender a su Madre que durante su vida apostólica es necesario que ella permanezca exterior y visiblemente como separada de Él, que ya no tiene necesidad de sus servicios temporales. Pero cuando su hora haya llegado, ella deberá estar allí de nuevo.

Estas tres realizaciones parciales de la profecía de Simeón son también tres pruebas en las que, misericordiosamente, el Padre forma progresivamente el alma y el corazón de María, connaturalizándola con el dolor, con las luchas violentas y crucificantes, con la tristeza de la separación definitiva.

La profecía de Simeón se realiza perfectamente en los grandes misterios dolorosos de Jesús, durante su agonía, su crucifixión y su sepultura. La espada atraviesa entonces el alma de María de una manera mortal. María vive el misterio de la agonía de Jesús en la soledad y el silencio. Vive en su alma la

---

224 Lc 2, 49.

tristeza mortal de Jesús, la tristeza del abandono divino, del rechazo del Padre. María acepta, como Jesús, ser anatema a los ojos del Padre, para los pobres mortales que apenas se preocupan o que duermen por cansancio.

María vive el misterio de la crucifixión a la faz del mundo, en presencia de los enemigos de Jesús y de sus verdugos. Lleva en su alma todos los martirios del cuerpo flagelado de Jesús, las heridas más profundas de la crucifixión, la herida mortal del corazón. Es en el alma de María donde la lanzada produce su último efecto, pues el corazón de Jesús ya no sufre. María, en su alma, sufre en lugar de su Hijo; su alma está traspasada por amor a Jesús, y también ella bebe el cáliz hasta el fondo.

María vive el misterio del sepulcro sepultada en casa de Juan. Es la última separación. María acepta que el cuerpo de su Hijo muerto sea arrancado de sus brazos, acepta que manos extrañas se apoderen de este cuerpo divino, toquen esa sangre, sus llagas, su corazón herido. Por respeto a la ley del sabbat, frente a los fariseos y los príncipes de los sacerdotes que acaban de destruir el verdadero templo de Dios, María acepta dejar el sepulcro, que queda al cuidado de los guardianes. Estos abismos de tristeza y de sufrimiento hieren divinamente el alma de María despojándola, de una manera violenta y sangrante, de todo apoyo humano. Por esas tristezas y esos sufrimientos mortales, su corazón se acrisola de un modo divino; su amor divino se enraíza aún más profundamente, para intensificarse de un modo nuevo; utiliza estas tristezas y estos sufrimientos como alimento divino, concedido por el Padre en su misericordia.

Sin embargo, bajo el soplo del Espíritu Santo, en la misericordia del Padre, María continúa viviendo

su misterio de abandono total, su misterio de «fiat» en el silencio y la pobreza, su misterio de misericordia y de alabanza, su misterio de gozo. Estos misterios, vividos primeramente en la plena expansión, se apoderan más radicalmente aún de su alma en la tristeza y el sufrimiento. Están como escondidos en Dios, ocultos a las miradas humanas.

Gracias a la prueba de Caná y al misterio de la agonía, María vive de una manera totalmente nueva el misterio del «fiat» de la Anunciación. En el misterio de la agonía, en efecto, recoge el «Don» del Padre en medio de circunstancias infinitamente contradictorias para su corazón de Madre. Debe entonces acoger el «Don» del Padre en un «fiat» de fe viva purísima, que sobrepasa las contradicciones aparentes. Debe acoger por su «fiat» a Aquel que está abatido por la tristeza y abandonado de su Padre, aceptando que su alma sea invadida por la misma tristeza mortal y conozca el mismo abandono. Acoger a Cristo agonizante es dejar que su alma padezca de manera divina bajo el peso de la tristeza y aceptar el que su corazón sea triturado al unísono con el corazón agonizante de Jesús. Acoger divinamente al Cristo agonizante como el don de amor excesivo del Padre es recibir el «Secreto» personal del Padre. El Cristo agonizante revela a María su secreto: entregarse totalmente a la voluntad amorosa de su Padre: «No mi voluntad, sino la tuya». Es la voluntad del Padre la que se apodera del corazón de María, para unirlo en el silencio y en la agonía al corazón infinitamente triste y solitario de su Hijo. En este «fiat» silencioso de la agonía, María coopera de un modo eficaz al «don del Padre», al don del que agoniza. Coopera no ya como una «sierva», sino como «ayuda» de Aquel que agoniza. Es una cooperación totalmente íntima en

la fe, la esperanza y el amor. Viviendo en su fe, su esperanza y su amor el misterio de Jesús agonizante, María permite que el sacrificio de la cruz adquiera toda su talla. Permite al holocausto de Cristo cumplirse en un holocausto no sangriento, el de las profundidades y las cimas de su alma. Para esto, María acepta morir en su corazón de Madre; acepta que su obra de sierva sea destruida, aniquilada ante sus ojos; acepta que toda su obra aparezca como un fracaso total.

En la agonía la actitud de la criatura del Padre y la de la sierva, o más exactamente, de la cooperadora, se identifican, porque el único servicio que el Padre reclama es el de la fe y la esperanza amorosa a través del aparente fracaso de toda la obra realizada anteriormente. Es necesario aceptar no sólo la desaparición como sierva, sino también asistir al anonadamiento completo, radical, y violento, de toda su cooperación eficaz al gobierno del Padre. El Espíritu Santo exige verdaderamente de María la fe divina en el amor y la paciencia silenciosa en la misericordia.

Gracias a la prueba de la huida a Egipto y gracias al misterio de la crucifixión, María vive de una manera nueva los misterios de la misericordia y del Magnificat. El Padre le pide que viva de la misericordia infinita de Cristo crucificado, la misericordia de Aquel que, como Cordero de Dios, lleva sobre Él todas las iniquidades del mundo. En la cruz, Jesús perdona sus faltas a los hombres, les perdona aceptando ser su responsable ante el Padre. María debe vivir al unísono de esta misericordia redentora. En la cruz, Jesús se da enteramente al discípulo bienamado y quiere que también su Madre se entregue totalmente a él. Quiere que sea la Madre bienamada de Juan, como es su propia Madre biena-

mada. María hace suya esta sobreabundancia de misericordia de Cristo crucificado. En la cruz, María se convierte para nosotros en una Madre de misericordia, la que nos engendra a la vida divina con Jesús crucificado y en Él. He aquí la nueva misericordia en la sangre de Jesús. María es Madre del Cristo total.

El Magnificat de la crucifixión es la nueva alabanza, la nueva adoración «en espíritu y en verdad». Una alabanza que tiene su fuente en esta misericordia divina que reclama el sacrificio, el holocausto de lo que más se ama según el corazón humano y según la gracia de Dios, y que nos pide que cooperemos a este sacrificio inmolándonos también nosotros. Esta alabanza tan silenciosa posee una nueva profundidad, recoge el silencio del «fiat» del alma que recibe el secreto del Padre. Es una alabanza totalmente amorosa en una inmolación ardiente, que consume hasta la palabra. Cuando nuestra inteligencia, causa de nuestra palabra, forma parte del holocausto, nuestra alabanza se hace silenciosa por amor. Es el Magnificat de la cruz.

Gracias a la prueba del encuentro en el Templo y al misterio del sepulcro, María vive de una manera nueva el misterio de abandono. A pesar de las circunstancias exteriores que, desde el punto de vista humano, deberían engendrar inmediatamente la angustia y la amargura, la decepción y la desesperación, el Padre le pide a María vivir en su alma, abandonada a su poder misericordioso, feliz en su amor divino. El abandono no es vivido heroica y divinamente sino cuando todo aquello que nos es más querido, desde el punto de vista humano y divino, nos es retirado brutalmente, como si jamás hubiéramos de encontrar de nuevo a Dios, como si la ayuda del Padre, hecha visible en su «Don», en su

«Enviado», nos faltase súbitamente y fuésemos como reducidos a la nada, absolutamente despojados de todo. Es necesario entonces que nos abandonemos heroicamente a su misericordia «sin arrepentimiento», a su misericordia «fiel», aunque todo alrededor de nosotros y hasta dentro de nosotros mismos, según nuestra conciencia humana, parezca decirnos lo contrario. Es preciso el abandono del «infante» que acepta el desierto con su sed ardiente y su infinita soledad, sin querer comprender, sin querer salvarse. Es preciso el abandono del que se entrega hundiéndose, por su fe amorosa y su abandonada esperanza, en el abismo de la omnipotencia misericordiosa del Padre, que puede rehacerlo todo, que puede recrearlo todo, que puede resucitar. Este abandono heroico del «infante» que no quiere conocer sino el abismo de la omnipotencia misericordiosa del Padre y que quiere ocultarse en ella como un «infante» en el seno de su Madre, implica un deseo infinito, sin más límite que la misma misericordia del Padre. María ejerce este abandono heroico respecto al Padre, y es ejercido por ella asimismo respecto al que Jesús le ha dado como hijo y como sacerdote: Juan. Con Juan, a quien ha escogido, María ejerce una nueva caridad fraterna, materna, en una confianza absoluta. Esta Madre infunde confianza a su hijo porque es amada por Jesús.

Vemos, pues, prácticamente, cómo, en los misterios dolorosos, todas las «piedras» esculpidas divinamente en el alma de María se encuentran de nuevo otra vez según un modelo nuevo. Estas «piedras» aparecen entonces como más escondidas en el alma. Por el mismo hecho, no se ven tan bien sus caracteres distintivos y originales. En cierto modo, se podría decir que estas «piedras» están todas pre-

sentes en cada uno de estos misterios de prueba y de dolor, y sin embargo, no es menos verdad que algunas de ellas están más explícitamente en acto en cada uno de estos misterios. Porque la agonía es un misterio más secreto y más íntimo que la crucifixión; y la sepultura es el misterio de la soledad que acaba y consuma la vida terrena de Jesús. En fin, los misterios dolorosos, tanto el del anuncio profético cuanto los de su realización, no nos dan ningún principio nuevo de organización de la vida cristiana, no nos manifiestan ningún carácter arquitectónico del templo de Dios, pero nos proporcionan como un espíritu nuevo, como una nueva luz, dentro de los cuales todo el edificio divino aparece como retomado, purificado, simplificado, decantado, enraizado más divinamente en la misericordia del Padre. Por eso, bajo la luz de los misterios dolorosos, se puede decir que las siete «piedras» se reducen a tres: el «fiat» silencioso del don doloroso, la misericordia que arrasa e inmola aquello que más ama, el abandono heroico ante el fracaso aparente. En cuanto al gozo, es claro que está encerrado, escondido en su fuente: la voluntad de querer la voluntad del Padre por encima de todo. El aspecto de pasividad, de sumisión, de obediencia es mucho más manifiesto en estos misterios dolorosos, lo que lleva consigo, por lo mismo, una importancia creciente de los elementos exteriores y de ciertas intervenciones violentas. Todo el misterio de la lucha viene entonces a convertirse en algo primordial y lo mismo ocurre con el de la paciencia, la actitud amante de un alma que padece por amar más. No es solamente la imagen viva de la Trinidad, la reproducción del rostro de Dios que el Espíritu Santo esculpe en el alma de María, es la imagen viva del Salvador, de Cristo crucificado, del Hijo que, por salvarnos, ha

aceptado ser el «Cordero de Dios que lleva todas las iniquidades del mundo», de ser Aquel que «no aparecía ya como un hombre».

En cuanto a los tres misterios gloriosos, nos manifiestan de una manera última la misericordia del Padre hacia María. La misericordia, como el amor, es siempre impaciente, quiere quemar etapas. El Padre quiere que, ya sobre esta tierra, María viva, de una manera anticipada, la vida del cielo. Los misterios gloriosos son ciertamente el preámbulo del cielo. Así, el amor misericordioso, victorioso de la muerte y de todas las consecuencias del pecado, del orgullo y del odio de Satán, el amor que estalla en los misterios de la Resurrección y de la Ascensión de Cristo, van a apoderarse del corazón de María. En estos misterios gloriosos, la misericordia del Padre le da una vida divina que se ejerce con plena libertad, la libertad de los hijos de Dios, de los que conocen esa santa indiferencia con relación a todo lo que no es inmediatamente la voluntad del Padre hacia ellos.

María vive el misterio de la Resurrección de Jesús en una fe viva, purísima. Es su Hijo Jesús crucificado que resucita para la gloria del Padre y para gloria de María. Jesús resucitado le es dado por el Padre de una manera nueva, más íntima y plena aún que en la Anunciación y en la cruz. El sacramento de la Eucaristía le es dado como signo divino para manifestar y realizar este nuevo don, en una unidad sustancial de vida, realizando esta presencia mística tan profunda y tan íntima de Cristo muerto y resucitado. Jesús resucitado es dado a su Madre para realizar con ella una unidad de vida que reproduzca su unión con el Padre. La cooperación de María con los dolores de Cristo es reclamada por el Padre para conseguir esta unidad de

amor. He ahí el nuevo secreto de amor que el Padre comunica a María, secreto tan divino, tan extraordinario, que el Padre ha querido que sea expresado por el pan eucarístico, pues la sola palabra no es suficiente. Esta unidad sustancial de vida reclama un signo más fuerte, más realista, un signo que sea a la vez una realidad, una «res», la «res» por excelencia que pueda a la vez ser signo: el cuerpo divino. El sacramento del cuerpo de Cristo compromete la omnipotencia del Padre poniéndola al servicio inmediato del don más humilde, pero también el más eficaz, es decir, el alimento, el pan-cuerpo de Jesús.

El «fiat» al don de Cristo resucitado, que se ejerce por la Eucaristía y en ella, nos permite comprender la nueva cualidad del silencio de María en estos misterios gloriosos. Es el silencio de la unidad, proveniente del pleno don del Resucitado, expresado y realizado por el de la Eucaristía, en donde la fuente de la vida está oculta bajo las apariencias de pan, de granos de trigo triturados. El corazón de María permanece también triturado, pero la Fuente de la vida, de la luz, del amor, está presente en ella, viviendo en su alma de una manera más íntima aún que la intimidad que su propia alma tiene consigo misma.

Este «fiat» silencioso es también el de la sierva humilde que ya no tiene ningún motivo humano, consciente y visible, para seguir en esta tierra; el «fiat» de la sierva inútil que se entrega a todo lo que Dios quiere, sin juzgar ya sobre la importancia, el interés, la utilidad, de la obra que se le demanda, mirando únicamente la voluntad del Padre. Después de haber sido para Jesús sirviente y Madre, María acepta ser su Madre, sin comparar la diferencia que existe entre estos dos estados, deseando

solamente permanecer aún más escondida, más pequeña, sirviendo al discípulo.

Por el misterio de la Ascensión, María vive en un abandono incondicionado y muy libre. Acepta permanecer sobre la tierra todo el tiempo que Dios quiera, con un deseo cada vez más encendido de cielo. La misericordia del Padre, por este misterio de la Ascensión, se sitúa cada vez más próxima. María vive con una intensidad única la afirmación de San Pablo: *Si consurrexistis cum Christo, quae sursum sunt quaerite, ubi Christus est in dextera Dei sedens; quae sursum sunt sapite, non quae super terram.* «Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; aspirad a las cosas de arriba, no a las que están sobre la tierra»[225]. El corazón de María está todo entero junto al Padre, pues su tesoro, Cristo, está allí. El sacramento de la Eucaristía es verdaderamente su viático, a la vez sacramento del peregrino, dándole fuerzas para continuar su camino en el desierto y sacramento de la gloria, orientando todo su espíritu, toda su alma, hacia Cristo glorificado y hacia el cielo. Este abandono tan pobre es vivido por María también respecto a Juan, su hijo y su sacerdote.

Por el misterio de Pentecostés, María vive de la misericordia del Padre y de Jesús, que le envían el Espíritu Santo, el Consolador. El Espíritu Santo le es dado bajo la forma de lengua de fuego para incendiar divinamente su alma. El Padre se sirve de la separación de Jesús, que ha sido plenamente aceptada por María, para comunicarle subreabundantemente el fuego del amor. «Os cumple que yo

---

225 Col 3, 1-2.

me vaya»[226]. Para que María viva el misterio de la maternidad divina respecto a la Iglesia naciente, el fuego del Espíritu Santo incendia su corazón de Madre y hace de él una enorme brasa de amor, de la que brota su misericordia maternal para con todos los apóstoles de Jesús y toda la Iglesia. Como Jesús-Hostia, María es dada a cada miembro de Cristo. Su corazón de Madre es entregado a cada uno de sus hijos, que es su lugar propio, como su medio sobrenatural.

En una pura alabanza de amor, María glorifica a Dios por toda su fecundidad misericordiosa. Su alabanza es silenciosa, como la de la hostia.

El Espíritu Santo esculpe en el alma de María el reflejo de Cristo crucificado. Su alma es el espejo vivo de su gloria, después de haber sido el espejo de su oprobio.

En fin, existe esta misericordia última de la perseverancia final, dada por el Padre a María en el último acto de su vida terrenal, este acto de éxtasis de amor en la fe y la esperanza. Todo se acaba en esta misericordia luminosa de la visión beatífica. El Padre hace entrar a María en su gloria; ella vive de su Vida, contempla en su Luz, ama con su Amor. Esta visión beatífica, que realiza la unidad sustancial de vida y de amor en el Verbo, irradia sobre toda la naturaleza humana de María para beatificarla.

Todas las «piedras» esculpidas por el Espíritu Santo en el alma de María, todos los misterios dolorosos, todos los misterios gloriosos, todos estos misterios, están ligados entre sí por el misterio de la obediencia, que une divinamente, en el amor, actividades y exigencias tan diversas. Este es, por lo

---

[226] Ioh 16, 7.

demás, el papel principal de la obediencia: realizar la unidad del amor en la diversidad de operaciones. La obediencia puede realizar esta unidad sin suprimir la diversidad específica de las actividades humanas, porque ella no tiene materia propia, sino que es esencialmente la virtud del ejercicio, de la ejecución. Pone en el ejercicio una dependencia entre quien tiene autoridad y quien la obedece. María, en todas sus actividades, obedece a Dios de una manera perfecta. Esta obediencia es también el fruto de una misericordia del Padre, que quiere asociarla de manera íntima a su gobierno paternal. Nos manifiesta la autoridad propia de la misericordia divina, pero se realiza de hecho según las diversas maneras según las cuales el Padre ejerce su autoridad misericordiosa.

En el misterio de su consagración virginal, parece que María obedece directamente a la inspiración del Espíritu Santo, que la invita a dedicarse totalmente a su Dios y a escoger a José como esposo. En el misterio del «fiat» de la Anunciación, María obedece al enviado angélico, contemplativa del Padre. En el misterio de la Visitación es dócil a la inspiración del Espíritu Santo, que se manifiesta a ella por el signo que el ángel le ha dado: Isabel, la estéril, espera un hijo; Isabel, bajo la inspiración del Espíritu Santo, alaba a María, y María responde con su Magnificat, que brota, también, de una inspiración divina interior. En cuanto al gozo de Navidad, María lo recibe de manera divina; se deja invadir totalmente por esta gran alegría divina que le llega del Padre; es también un misterio de docilidad interior ante el soplo del Espíritu Santo.

Estos misterios de gozo están, sin duda, muy relacionados entre sí por un misterio de obediencia, obediencia de fuero interno en el sentido más pre-

ciso del término. Esta obediencia es, ante todo, gozosa y suave, porque el Espíritu Santo habita en el alma de María, y la mueve desde dentro de un modo íntimo y amoroso.

El misterio de la Purificación, que es como el preludio divino de los misterios de dolor, implica la obediencia a la ley, a una ley que parece inadaptada respecto a María, por lo que reclama por su parte una gran humildad. María no considera sus privilegios personales, sino su dependencia respecto a la ley y por ello respecto al bien común de su pueblo.

La obediencia a esta ley permite a María encontrar a Simeón y entender su profecía. El Espíritu Santo le anuncia, por medio de un anciano elegido por Dios y representante de todo el pueblo de Israel y de toda la humanidad, que una espada le atravesará el alma. María acoge en la obediencia esta profecía que hiere su alma.

Tras la adoración de los Magos, es José quien recibe inmediatamente el mensaje de los ángeles, porque él es el jefe que tiene la autoridad en el hogar. María ha de obedecerle en todo lo que respecta al bien común de la familia. Esta obediencia a José se realiza en un contexto doloroso e implica un sacrificio: es necesario expatriarse sin tener tiempo de hacer los preparativos para ello, y hay que ejecutar la orden durante la noche.

En el misterio del encuentro de Jesús en el Templo, María obedece a circunstancias providenciales. Habiendo perdido el rastro de Jesús, debe hacer todo lo posible por encontrarlo. Estos tres días de búsqueda angustiosa están dominados ciertamente por circunstancias providenciales, imprevisibles e independientes de la voluntad de María. Cuando encuentra a Jesús, su Hijo se dirige a ella, por pri-

mera vez, como Enviado del Padre, lo que reclama, por parte de María, una obediencia muy íntima y que, sin embargo, hiere su corazón.

En Caná, se dan de nuevo circunstancias providenciales, imprevisibles e independientes de la voluntad de María, que hacen que dirija a su Hijo esta primera petición oficial: «No tienen vino». Y por segunda vez, Jesús habla a su Madre como sacerdote y reclama de ella una obediencia de fuero interno que hiere su corazón.

En los misterios de la compasión —agonía y crucifixión—, María obedece al soplo del Espíritu Santo y a la palabra de Cristo. Obedece a la ley del sabbat en la última separación del sepulcro.

Es fácil constatar que los misterios dolorosos se encuentran como en dependencia inmediata de determinados actos de obediencia de fuero externo, esto es, que se trata de obedecer a la ley, a la autoridad de José o a circunstancias providenciales. Estos actos de obediencia de fuero externo están como ordenados hacia otros actos de obediencia de fuero interno en relación con la autoridad sacerdotal, la del Antiguo Testamento bajo la forma profética y la de Cristo. En fin, es un acto de obediencia de fuero externo el que termina y perfecciona todos estos misterios dolorosos.

Es normal que la obediencia de fuero externo haga sufrir, porque es siempre un poco violenta. La ley es un precepto universal que para un determinado individuo, considerado en su propia individualidad existencial, parece siempre inadaptado y con frecuencia parece llevar a error. Además, la ley, al ser aplicada como algo que viene del exterior, tiene siempre el aire de violentar al individuo considerado como un cierto todo personal. Se podría hacer análogas consideraciones respecto a la

autoridad de fuero externo que da preceptos individuales y particulares. Estos preceptos son también órdenes que proceden del exterior, porque el superior, por prudente que sea, jamás conoce perfectamente todas las exigencias vitales de aquel a quien manda, y su orden podrá siempre parecer inadaptada a los ojos del que la recibe. En cuanto a la autoridad del sacerdote, debe señalarse que está ordenada al sacrificio; su palabra sacerdotal es una espada. Así, no puede resultar extraño que, en la medida en que se sustrae la vida humana a la obediencia de fuero externo, se aparte del misterio de la cruz; por el contrario, en la misma medida en que se somete la propia vida a esta obediencia, se apodera de ella el misterio de la cruz.

Por lo que hace a los misterios gloriosos, los tres colocan a María bajo la inspiración del Espíritu Santo. Si el misterio de la obediencia comienza por la docilidad al Santo Espíritu, se concluye en esa misma docilidad; únicamente ella es eterna. El Espíritu Santo tiene verdaderamente autoridad para dirigir y rectificar nuestra vida divina, pero aquí abajo la docilidad gozosa al Espíritu Santo debe conducirnos a obedecer a los enviados angélicos de Dios, a los signos dados por Dios, a las circunstancias providenciales y a todos aquellos que son mandatarios de Dios para conducirnos a la casa del Padre, incluso si esta obediencia nos hiere y nos crucifica. En la tierra, la obediencia al Espíritu Santo no es verdadera sino en la medida en que se expande en estas formas de obediencia sin duda inferiores, pero propiamente características de nuestra manera terrena de seguir a Cristo y de vivir sus misterios. Este misterio de la obediencia aparece, pues, no solamente como una condición necesaria para el verdadero crecimiento de la caridad, sino como for-

mando parte esencial del misterio, explicitando nuestra condición de «hijos de Dios»: «Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y quien me ama, será amado de mi Padre»[227].

Este misterio del crecimiento de la caridad en María, que nos manifiesta de una manera única la construcción del templo de Dios en el alma humana, puede relacionarse en definitiva con la edificación de las «piedras» divinas, obra común de la misericordia del Padre y de María. Esta edificación se efectúa primeramente en un deseo gozoso. Es la especial modalidad de los primeros misterios hasta la Natividad; después, en una paciencia dolorosa; por último en una libertad de amor. La unidad de esta divina construcción se realiza en un espíritu de obediencia cada vez más exigente, que expande el alma de María en la alegría, que la libera en el fuego del Espíritu Santo.

Además, el misterio del crecimiento de la caridad aparece también, primero, como un gran adviento, una espera gozosa, y después, una gran subida a Jerusalén, con pruebas, luchas, combates, sobre todo, con su fracaso, de apariencia total, y por último, como una especie de espera gloriosa del regreso, en el que ya el cielo está presente, aun cuando sea en un desasimiento completo. Nos manifiesta como los cuatro grandes componentes de nuestra vida cristiana en la tierra; es una espera distendida y alegre, una prueba en la lucha y en el combate, un fracaso humano total, una muerte; es, en fin, el cielo ya empezado, la espera de la vuelta de Cristo. Se reconoce en ello las grandes tendencias de toda vida cristina. Si se les aísla y separa, se cae en ciertas formas de falsas místicas que reducen la vida cris-

227 Ioh 14, 21.

tiana a no ser otra cosa que un humanismo perfecto, o una prueba de lucha para las conquistas, o un fracaso en la muerte, o una espera exclusiva de Cristo en su gloria. Si queremos permanecer en la verdad, es preciso mantener estos aspectos diversos y su equilibrio divino y considerar a la que nos ha sido dada para comprenderlo, como tan maravillosamente lo dice San Bernardo: *Y el nombre de la virgen era María.* Digamos también, acerca de este nombre, que significa estrella de la mar, y se adapta a la Virgen Madre con la mayor proporción. Se compara María oportunísimamente a la estrella; porque, así como la estrella despide el rayo de su luz sin corrupción de sí misma, así, sin lesión suya, dio a luz la Virgen a su Hijo. Ni el rayo disminuye a la estrella su claridad, ni el Hijo a la Virgen su integridad. Ella, pues, es aquella noble estrella nacida de Jacob, cuyos rayos iluminan todo el orbe, cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra los abismos; y, alumbrando también a la tierra y calentando más bien los corazones que los cuerpos, fomenta las virtudes y consume los vicios. Esta misma, repito, es la esclarecida y singular estrella, elevada por necesarias causas sobre este mar grande y espacioso, brillando en méritos, ilustrando en ejemplos. ¡Oh!, cualquiera que seas el que en la impetuosa corriente de este siglo te miras, mas antes fluctuar entre borrascas y tempestades, que andar por la tierra, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María.

Si eres agitado de las ondas de la soberbia, si de la detracción, si de la ambición, si de la emulación, mira a la estrella, llama a María.

Si la ira, o la avaricia, o el deleite carnal impele violentamente la navecilla de tu alma, mira a María. Si, turbado a la memoria de la enormidad de tus crímenes, confuso a vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado a la idea del horror del juicio, comienzas a ser sumido en la sima sin suelo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María.

No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás, si es tu guía; llegarás felizmente al puerto, si ella te ampara [228].

La senda de los justos es cual fúlgida luz matinal cuyo brillo va creciendo hasta la plena radiación del día» [229].

UNIVERSIDAD
SAN DÁMASO
Biblioteca

228 SAN BERNARDO, *La Virgen Madre*, pp. 55-56, Rialp, Madrid, 1957. En su encíclica, *Doctor mellifluus* declara Pío XII que no hay mejor alabanza de la Virgen Madre de Dios que ésta de San Bernardo.

229 Prv 4, 18.

ESTE LIBRO, PUBLICADO POR EDICIONES RIALP, S. A., PRECIADOS, 34, 28013 MADRID, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 31 DE MARZO DE 1986, EN GRÁFICAS ANZOS, S. A., FUENLABRADA (MADRID).

PATMOS, LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

1. EUGENIO ZOLLI: *Mi encuentro con Cristo.* (Cuarta edición.) Prólogo de FRANCISCO CANTERA BURGOS.
2. RAYMOND-LÉOPOLD BRUCKBERGER, O. P.: *El valor humano de lo santo.* (Quinta edición.) Prólogo de MIGUEL SIGUÁN.
3. GUSTAVE THIBON: *El pan de cada día.* (Cuarta edición.) Prólogo de RAIMUNDO PANIKER.
4. JACQUES LECLERCQ: *El matrimonio cristiano.* (Decimoséptima edición.) Precedido de la Encíclica «Casti Connubii», de Su Santidad Pío XI. Prólogo de FRANCISCO MARCO MERENCIANO.
5. REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.: *La vida eterna y la profundidad del alma.* (Cuarta edición.)
6. JESÚS URTEAGA LOIDI: *El valor divino de lo humano.* (Trigésima edición.)
7. NICOLÁS CABASILAS: *La vida en Cristo.* (Tercera edición.) Traducción directa del texto griego y estudio preliminar de los PP. LUIS GUTIÉRREZ VEGA, C. M. F., y BUENAVENTURA GARCÍA RODRÍGUEZ, C. M. F.
8. UN CARTUJO: *La vida en Dios (Introducción a la vida espiritual) y Sermones capitulares.* (Cuarta edición.) Prólogo de JUAN BAUTISTA TORELLÓ.
9. JOSEF PIEPER: *Sobre la esperanza.* (Tercera edición.) Prólogo de JOAN BAPTISTA MANYÁ.
10. EUGENE BOYLAN, O. Cist. R.: *Dificultades en la oración mental.* (Novena edición.)
11. JERÓNIMO SAVONAROLA: *Ultima meditación. (Sobre Salmos «Miserere» e «In te, Domine, speravi.)* (Segunda edición.) Traducción y prólogo de ANTONIO FONTÁN.
12. JOSEF HOLZNER: *El mundo de San Pablo.* (Cuarta edición.)
13. ANSELM STOLZ, O. S. B.: *Teología de la mística.* (Segunda edición.)
14. JEAN GUITTON: *La Virgen María.* (Segunda edición, revisada y aumentada.)
15. JOHANNES PINSK: *Hacia el centro.* (Segunda edición revisada y aumentada.)
16. MICHAEL SCHMAUS: *Sobre la esencia del Cristianismo.* (Terce-

ra edición.) Presentación de LUIS PELAYO ARRIBAS, C. M. F.

17. GUSTAVE THIBON: *Sobre el amor humano*. (Quinta edición.) Introducción de MIGUEL SIGUÁN.

18. EMMANUEL CARDENAL SUHARD, Arzobispo de París: *Tres Pastorales*. (Cuarta edición.) Prólogo de CARLOS SANTAMARÍA.

19-20. DIETRICH VON HILDEBRAND: *Nuestra transformación en Cristo*. (Segunda edición.) (Dos volúmenes.)

21. REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.: *La santificación del sacerdote*. (Segunda edición.)

22. P. PHILIPPE, O. P.; A. JOURNET, O. P., etc.: *De la vida de oración*. (Segunda edición.)

23. JOSEF CARDENAL MINDSZENTY, Primado de Hungría: *La madre*. (Quinta edición.)

24. JACQUES LECLERCQ y JOSEF PIEPER: *De la vida serena*. (Tercera edición.)

25. SIGRID UNDSET, PETER WUST, MAX JACOB, etc.: *Testimonios de la fe. Relatos de conversiones*. (Segunda edición aumentada.)

26. GERTRUD VON LE FORT: *La mujer eterna*. (Tercera edición.)

27-28. EUGENE BOYLAND, O. Cist. R.: *El amor supremo*. (Tercera edición.)

29. FRANZ JANTSCH: *José de Nazaret*. (Segunda edición.) Prólogo de ANGEL MARÍA GARCÍA DORRONSORO.

30. ROMANO GUARDINI: *Vía Crucis*. (Tercera edición.)

31. JEAN-ABD-EL-JALIL, O. F. M.: *Cristianismo e Islam*.

32. JACQUES LECLERCQ: *Siguiendo el año litúrgico*. (Segunda edición.)

33. UN CARTUJO: *La Trinidad y la vida interior*. (Segunda edición.) Prólogo del Excelentísimo y Reverendísimo señor Doctor Fray JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, O. S. A., Obispo de Tuy. Presentación de REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.

34. SALVADOR CANALS: *Institutos seculares y estado de perfección*. (Segunda edición.)

35. FRANCISCA JAVIERA DEL VALLE: *Decenario al Espíritu Santo*. Edición y presentación de FLORENTINO PÉREZ-EMBID. (Novena edición.)

36. JOSEF PIEPER-HEINRICH RASKOP: *Catecismo del cristiano*. (Segunda edición.)

37. JOSEPH-MARIE PERRIN, O. P.: *La Virginidad*. (Tercera edición.) Precedido de la Encíclica «Sacra Virginitas», de Su Santidad Pío XII. Prólogo de JUAN BAUTISTA TORELLÓ.

38-39. ROMANO GUARDINI: *El Señor*. (Sexta edición.) (Dos volúmenes.)

40. DOROTY DOHEN: *El mandamiento nuevo*. (Quinta edición.)

41. GEORGES CHEVROT: *Nuestra misa*. (Cuarta edición.)

42. JACQUES LECLERCQ: *Santa Catalina de Siena*.

43. JOSEPH-MARIE PERRIN, O. P.: *El misterio de la caridad (El amor sin medida)*. (Segunda edición.)

44. ROMANO GUARDINI: *Sobre la vida de la fe*. (Tercera edición.)

45. ADOLPHE TANQUEREY: *La divinización del sufrimiento*. (Segun-

da edición.) Prólogo del Excelentísimo y Reverendísimo Sr. D. FRANCISCO JAVIER LAUZURICA, Arzobispo de Oviedo.

46. CHARLES HAURET: *La despedida del Señor (Juan, XIII-XVIII.)* (Segunda edición.)
47. ROBERT DE LANGEAC: *La vida oculta en Dios.* (Segunda edición.) Introducción de Fray FRANCISCO DE SANTA MARÍA, O. C. D.
48. FRANZ M. MOSCHNER: *La oración cristiana.* (Segunda edición.)
49. JOSEPH LÉCUYER, C. S. Sp.: *Nuestro Padre Abraham.*
50. THOMAS MERTON: *La senda de la contemplación.* (Segunda edición.)
51. REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.: *La unión del sacerdote con Cristo, Sacerdote y Víctima.* (Segunda edición.)
52. ABADÍA DE LA PIERRE-QUI-VIRE: *Monjes.* Prólogo de Dom JUSTO PÉREZ DE URBEL, Abad de Santa Cruz del Valle de los Caídos.
53. GEORGES CARDENAL GRENTE, Arzobispo-Obispo de Le Mans: *Padre nuestro.* (Segunda edición.)
54. THOMAS MERTON: *San Bernardo, el último de los Padres.* Nota preliminar de S. E. R. PEDRO, CARDENAL FUMASONI-BIONDI, Prefecto de la Sagrada Congregación de la Propaganda Fide. Con la Encíclica «Doctor Melifluus», de Su Santidad Pío XII.
55. RONALD A. KNOX: *El torrente oculto.* (Segunda edición.)
56. GEORGES CHEVROT: *Simón Pedro.* (Decimoquinta edición.)
57. FRANZ JOSEPH PETERS: *Espiritualidad sacerdotal.*
58. STÉPHANE PIAT, O. F. M.: *El evangelio de la pobreza.* (Segunda edición.)
59. GEORGES CHEVROT: *Las Bienaventuranzas.* (Novena edición.)
60. FEDERICO SUÁREZ: *La Virgen Nuestra Señora.* (Decimooctava edición.)
61. STANISLAS FUMET: *Mikael. ¿Quién como Dios?*
62. RONALD A. KNOX: *Ejercicios para seglares.* (Segunda edición.)
63. *Oraciones de los primeros cristianos.* Introducción de DANIEL-ROPS.
64. JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ DE GARNICA: *Perfección y Laicado.* (Segunda edición.)
65. EUGENE BOYLAN, O. Cist. R.: *El Cuerpo Místico.*
66. FRANZ M. MOSCHNER: *Las parábolas del Reino de los Cielos.*
67. FEDERICO SOPEÑA: *La confesión.* (Segunda edición.)
68. EMILE BLANCHET: *Ausencia y presencia de Dios.*
69. THOMAS MERTON: *El pan vivo.* (Segunda edición.) Nota preliminar de S. E. R. GREGORIO PEDRO XV, CARDENAL AGAGIANIAN, Patriarca de Cilicia y Armenia.
70. ADRIENNE VON SPEYR: *El triunfo del Amor.*
71. ERICK PETERSON: *El libro de los ángeles.*
72. FRANZ M. MOSCHNER: *Rosa mística.*
73. SYLVESTER BIRNGRUBER: *La moral del seglar.* (Cuarta edición.)

74. JEAN DE FABREGUES: *El santo Cura de Ars*. (Tercera edición.)

75. RONALD A. KNOX: *Ejercicios para sacerdotes*. Presentación de PEDRO SANZ, C. M. F.

76. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P.: *El misterio del más allá*. (Tercera edición.)

77-78. EUGENE VANDEUR: *Retiro*. (Dos volúmenes.)

79. KILIAN J. HEALY: *En presencia de Dios*. (Segunda edición.) Prólogo de JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ DORAL.

80. STEPHAN CARDENAL WYSZYNSKI: *El espíritu del trabajo*. Prólogo del Excelentísimo y Reverendísimo señor don ANGEL HERRERA ORIA, Obispo de Málaga.

81. JOSEPH-MARIE PERRIN, O. P.: *Vivir con Dios*. (Segunda edición.)

82. F. VAN DER MEER: *El símbolo de la fe*. (Segunda edición.) Prólogo de S. E. R. el Cardenal de Jong.

83. HUBERT VAN ZELLER: *El hombre busca a Dios*. (Segunda edición.)

84-85. ANTONIO PIOLANTI: *El misterio eucarístico*. (Dos volúmenes.)

86. *La Biblia, libro de oración*. Introducción de DANIEL-ROPS. (Segunda edición.)

87. URBAN PLOTZKE: *Mandamiento y vida*. (Segunda edición.)

88. JOSEPH-MARIE PERRIN, O. P.: *El evangelio de la alegría*. (Tercera edición.)

89. PIERO BARGELLINI: *San Francisco de Asís*.

90. EDWARD LEEN, C. S. Sp.: *¿Por qué la Cruz?* (Segunda edición.)

91. JOSÉ ORLANDIS: *La vocación cristiana del hombre de hoy*. (Tercera edición.)

92. MAURICE HENRY-COÜANNIER: *San Francisco de Sales, su vida y sus amistades*.

93. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P.: *El mundo de hoy*. (Segunda edición.)

94. E. E. REYNOLDS: *Santo Tomás Moro*.

95. *Textos de espiritualidad oriental*. Selección de MATTHIAS DIETZ. Introducción de IGOR SMOLITSCH.

96. GEORGES CHEVROT: *En lo secreto*. (Quinta edición.)

97. HILDEGARD WAACH: *San Juan de la Cruz*.

98. SALVADOR CANALS: *Los institutos seculares*.

99. EDWARD LEEN, C. S. Sp.: *El Espíritu Santo*. (Segunda edición.)

100. JESÚS URTEAGA: *Dios y los hijos*. (Decimoséptima edición.)

101. LOUIS BERTRAND: *San Agustín*.

102. PIE RÉGAMEY: *La cruz del cristiano*.

103. MGR. EMILE GUERRY, Arzobispo de Cambrai: *Iglesia católica y comunismo ateo*. (Segunda edición.)

104. *La gesta de la sangre*. Introducción de DANIEL-ROPS.

105. JOSEPH LUCAS: *Nosotros, hijos de Dios*. (Tercera edición.)

106. JOSÉ ORLANDIS: *El espíritu de verdad*.

107. IGINO GIORDANI: *El mensaje social de Jesús*.

108. PAUL MARIE DE LA CROIX, O. C. D.: *Meditación del Padrenuestro.*

109. JEAN DAUJAT: *Vivir el Cristianismo.* (Tercera edición.)

110. SALVADOR CANALS: *Ascética meditada.* (Decimoséptima edición.)

111. SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Doctrina teológica.* Adaptación de WALTER FARRELL, O. P., y MARTÍN J. HEALY.

112. C. BARTHAS: *La Virgen de Fátima.* (Sexta edición.) Adaptación española, introducción y notas por FLORENTINO PÉREZ-EMBID.

113. GERARD MERCIER, O. S. B.: *Cristo y la liturgia.*

114. ROLAND A. KNOX: *Sermones pastorales.*

115. EUGENE BOYLAN, O. Cist. R.: *La piedad sacerdotal.*

116. PIERO BARGELLINI: *Los santos también son hombres.*

117. ROLAND A. KNOX: *Tiempos y fiestas del año litúrgico.*

118-19-20. LUIS MARÍA DE LOJENDIO, O. S. B.: *El testimonio personal de San Pablo.* I. *El hombre y su paisaje.* II. *El hombre interior.* III. *El hombre de acción.* (Tres volúmenes.)

121. *Dios les basta.* Introducción de BERNARDO BRO, O. P.

122. ANASTASIO GRANADOS, Obispo Auxiliar de Toledo: *El «Misterio de la Iglesia» en el Concilio Vaticano II.*

123. PIUS-AIMONE REGGIO, O. P.: *Espíritu sobrenatural y buen humor.* (Segunda edición.)

124. JOSEF PIEPER: *La fe.* (Segunda edición.)

125. ELISABETH STOPP: *Historia de una santa: Madame de Chantal.*

126. SYLVESTER BIRNGRUBER: *El Apocalipsis de San Juan.*

127. ANASTASIO GRANADOS, Obispo Auxiliar de Toledo: *La «Palabra de Dios» en el Concilio Vaticano II.*

128. SANTO TOMÁS DE AQUINO: *El hombre cristiano.* Selección y presentación de A.-I. MENNESSIER.

129. FEDERICO SUÁREZ: *El sacerdote y su ministerio.* (Cuarta edición.)

130. ALICE SCHERER: *Las mujeres de la Biblia. I.*

131. DIVO BARSOTTI: *La fe en el Amor.*

132. DOMINGO RAMOS LISSÓN: *El testimonio de los primeros cristianos.*

133. CLAUDE JEAN-NESMY: *La alegría de la penitencia.*

134. JOSÉ MARÍA PICH: *El Cristo de la Tierra.* (Tercera edición.)

135. JOHN DANKELMAN: *La llamada de Dios. El amor creador.*

136. JOHN DANKELMAN: *La llamada de Dios. La gran Esperanza.*

137. ANTONIO OROZCO DELCLÓS: *Resurrección.*

138. ANSELM MOYNIHAN y FRIEDRICH VON HÜGEL: *Siempre presencia de Dios.*

139. JOHN DANKELMAN: *La respuesta del hombre. El misterio de la existencia humana.*

140. JOHN DANKELMAN: *La respuesta del hombre. Tarea en el mundo.*

141. FEDERICO SUÁREZ: *La puerta angosta.* (Novena edición.)

142. MERCEDES EGUIBAR GALARZA: *¿Por qué se amotinan las gentes? (Salmo II).* (Tercera edición.)

143. PIE RÉGAMEY: *Los mejores textos sobre la Virgen María.* Traducción y notas de FEDERICO DELCLAUX. (Segunda edición.)

144. DIETRICH VON HILDEBRAND: *Santidad y virtud en el mundo.*

145. JOSEF PIEPER: *El amor.*

146. GUSTAVE THIBON: *Nuestra mirada ciega ante la luz.*

147. RAFAEL MARÍA DE BALBÍN: *Sacrificio y alegría.* (Segunda edición.)

148. CAMILO LÓPEZ PARDO: *Sobre la vida y la muerte.*

149. ALICE SCHERER: *Las mujeres de la Biblia, II.*

150. FEDERICO SUÁREZ: *La paz os dejo.* (Quinta edición.)

151. JOSEPH-MARIE PERRIN: *Resucitó para mí.*

152. GERALD VANN: *La misericordia divina.*

153. JESÚS URTEAGA: *Cartas a los hombres.* (Cuarta edición.)

154. LEO J. TRESE: *La fe explicada.* (Séptima edición.)

155. SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Escritos de catequesis.* Dirigido por JOSÉ IGNACIO SARANYANA. Epílogo de ALVARO DE SILVA VERÁSTEGUI. (Segunda edición.)

156. JOSÉ A. IÑIGUEZ: *Verdad y belleza.*

157. ANDRÉS VÁZQUEZ DE PRADA: *Sir Tomás Moro.* (Cuarta edición.)

158. GEORGES CHEVROT: *El pozo de Sicar.* (Segunda edición.)

159. FEDERICO SUÁREZ: *La vid y los sarmientos.* (Segunda edición.)

160. JEAN-BAPTISTE CHAUTARD: *El alma de todo apostolado.* Prólogo de JORGE SALINAS.

161. JOSÉ MARÍA PICH: *La sal de la tierra.*

162. REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE: *La Madre del Salvador y nuestra vida interior.* Revisión y notas de FEDERICO DELCLAUX. (Segunda edición.)

163. CHARLES JOURNET: *Las siete palabras de Cristo en la Cruz.* Introducción de JESÚS POLO CARRASCO.

164. DOM VITAL LEHODEY: *El Santo Abandono.* (Tercera edición.)

165. REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE: *El Salvador y su amor por nosotros.* Revisión y prólogo de FEDERICO DELCLAUX.

166. FRANZ HENGSBACH: *Un nuevo comienzo. Pláticas sobre la oración y la Eucaristía.*

167. LOUIS BOUYER: *La Biblia y el Evangelio.* Presentación de ANTONIO GARCÍA-MORENO.

168. PH. DELHAYE y J. BOULANGÉ: *Esperanza y vida cristiana.*

169. JOSÉ MIGUEL PERO-SANZ: *La hora sexta.*

170. FEDERICO SUÁREZ: *Después.* (Segunda edición.)

171. ARMANDO BANDERA, O. P.: *La Virgen María y los Sacramentos.* Presentación de JORGE IPAS.

172. JESÚS URTEAGA LOIDI: *Los defectos de los santos.* (Cuarta edición.)

173. LÉON CRISTIANI: *San José. Patrón de la Iglesia universal.* Introducción de LAURENTINO MARÍA HERRÁN.

174. CHARLES JOURNET: *Charlas acerca de la Gracia.*

175. JOSEMARÍA LEÓN: *Muestrario de luchas*. Prólogo de JESÚS URTEAGA. (Segunda edición.)

176. SANDRO MAGGIOLINI: *El matrimonio, la virginidad*. Prólogo del Cardenal GIOVANNI BENELLI.

177. GEORGES HUBER: *El brazo de Dios*. Prólogo del Excelentísimo y Reverendísimo señor don MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, Cardenal Arzobispo de Toledo.

178. GEORGES CHEVROT: *«Pero Yo os digo...» (Evangelio de San Mateo, capítulo V)*. Presentación de JORGE IPAS.

179. ANTONIO OROZCO DELCLÓS: *Mirar a María*.

180. FEDERICO SUÁREZ: *José, Esposo de María*. (Segunda edición.)

181. JERZY ABLEWICZ: *Seréis mis testigos. Ejercicios espirituales en el Vaticano*. Presentación del cardenal BERNARDIN GANDIN.

182. JOSÉ LUIS ILLANES MAESTRE: *Mundo y santidad*.

183. BONAVENTURE PERQUIN, O.P., S.T.M.: *Abba, Padre. Para alabanza de tu gloria.*

184. M.-D. PHILIPPE, O.P.: *Misterio de María. Crecimiento de la vida cristiana.*